

Saul Bellow

Ravelstein



Lectulandia

En la vida de Saul Bellow su relación con el filósofo Allan Bloom fue decisiva. Tanto que en esta novela Bloom se convierte en Abe Ravelstein. En el Hôtel Crillon de París, Abe Ravelstein y su amigo Chick celebran, entre lujos y excentricidades, el éxito del revolucionario libro del primero. Tras años como brillante profesor universitario, con un salario que no le permitía alcanzar la vida hedonista y fastuosa que tanto deseaba, Ravelstein se ha convertido por fin en un intelectual millonario. Así se inicia la travesía por las emociones y las ideas de estos dos fascinantes personajes, que recorren en sus valientes conversaciones temas como el amor, la historia, la política y el humor. Pasión y conocimiento se unen en esta deslumbrante narración.

Lectulandia

Saul Bellow

Ravelstein

ePub r1.0

German25 06.01.16

Título original: *Ravelstein*
Saul Bellow, 2000
Traducción: Roser Berdagué
Diseño de cubierta: Alicia Sánchez

Editor digital: German25
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Alla bella donna della mia mente.
A Janis, la estrella sin la cual yo no podría navegar.
A la verdadera Rosie.*

Quisiera dar las gracias a mi editora, Beena
Kamlani, por su talento y clarividencia.

SAUL BELLOW

Raro es que los benefactores de la humanidad sean personajes divertidos. Ése, por lo menos, es el caso de América. Si alguien quiere gobernar el país tiene que entretenerlo. En tiempos de la Guerra Civil la gente se lamentaba de los chistes de Lincoln. Quizá él considerase que la seriedad estricta era mucho más peligrosa que cualquier cuchufleta. Los críticos, con todo, decían de él que era frívolo y hasta su mismo ministro de Defensa lo calificó de simio.

Entre los papanatas e impostores que formaron los gustos y mentalidades de mi generación, H. L. Mencken se llevó la palma. Mis compañeros de enseñanza secundaria, lectores del *American Mercury*, estaban al corriente del juicio de Scopes cuando Mencken informó acerca del mismo. Mencken estuvo muy duro con William Jennings Bryan y también con el Bible Belt^[1] y el Boobus Americanus. Clarence Darrow, que defendía a Scopes, representaba la ciencia, la modernidad y el progreso. Tanto para Darrow como para Mencken, Bryan, el Creacionista Especial, era un redomado absurdo del Cinturón Agrícola. En el lenguaje de la teoría evolucionista, Bryan era una rama seca del árbol de la vida. Su estándar monetario de la Plata Libre era puro chiste. Y lo mismo su oratoria congresista al viejo estilo. Y lo mismo los desaforados ágapes nebraskianos que devoraba. Sus comilonas, adujo Mencken, fueron su muerte. Sus puntos de vista sobre la Creación Especial quedaron cubiertos de ridículo extremo en el juicio, y Bryan siguió el camino de los pterodáctilos —torpe versión de una idea que triunfó más tarde—, reptiles planeadores que se transformaron en pájaros de sangre caliente que volaban y cantaban.

Yo tenía un cuadernillo plagado de citas de Mencken a las que añadí más tarde notas de cómicos que hacían sus gracias a costa de los demás o de sí mismos, como W. C. Fields o Charlie Chaplin, Mae West, Huey Long y el senador Dirksen. Había incluso una página sobre el sentido del humor de Maquiavelo. No tengo intención, sin embargo, de hacerles partícipes de mis especulaciones en torno al ingenio y a la ironía que se ejerce a costa de uno mismo en las sociedades democráticas. No se preocupen. Me alegra haber perdido el viejo cuadernillo. No tengo ganas de recuperarlo. Sólo ha aflorado de manera fugaz a modo de amplia nota a pie de página.

Siempre he tenido debilidad por las notas a pie de página. A mi modo de ver, una nota a pie de página, sea inteligente o perversa, ha redimido más de un texto. Y ahora me doy cuenta de que me sirvo de una larga nota a pie de página para introducir un

asunto serio: desplazarme en rápido movimiento a París, a un ático del Hôtel Crillon. Primeros de junio. Hora de desayunar. El anfitrión es mi buen amigo el profesor Ravelstein, Abe Ravelstein. Mi esposa y yo, que también nos hospedamos en el Crillon, ocupamos una habitación debajo de la suya, en el sexto piso. Ella todavía duerme. Toda la planta debajo de la nuestra (esto no tiene absolutamente nada que ver, pero en cierto modo tengo por inevitable mencionarlo) está ocupada en este momento preciso por Michael Jackson y su séquito. Actúa por la noche en algún inmenso auditorio parisino. Sus *fans* franceses no tardarán en llegar y pronto veremos una multitud de rostros vueltos hacia arriba que gritarán al unísono *Miekell Jack-sown*. Una barrera policial retiene a los *fans*. Dentro, desde el sexto piso, basta echar un vistazo a través del hueco de la marmórea escalera para descubrir a los guardaespaldas de Michael. Uno está resolviendo el crucigrama del *Paris Herald*.

—¡Terrible!... ¿No te parece?... ¡Ese circo popular!... —dijo Ravelstein.

El profesor estaba muy contento esa mañana. Se había servido de la administración del Hôtel para conseguir aquella codiciada *suite*. Estar en París..., en el Crillon. Estar aquí por una vez con dinero a espuestas. Se habían acabado las apestosas habitaciones del Dragón Volant, o como quiera que se llamase, en rué du Dragón. O del Hôtel de l'Académie, en rué des Saints Pères, enfrente de la facultad de Medicina. Ahora ya no se construyen Hôtels tan grandiosos ni tan lujosos como el Crillon, donde se alojaba la plana mayor de la milicia americana durante las negociaciones de paz de la Primera Guerra Mundial.

—¡Fantástico!, ¿verdad? —dijo Ravelstein, con uno de sus rápidos gestos.

Le confirmé que así era. El centro de París estaba a nuestros pies: la plaza de la Concordia con el obelisco, la Orangerie, la Cámara de los Diputados, el Sena con la pomposidad de sus puentes, palacios, jardines. Ni que decir tiene que aquéllas eran cosas grandes y dignas de contemplar, más grandes hoy porque Ravelstein las mostraba desde el ático del Hôtel, un Ravelstein que no hacía más que un año debía cien mil dólares. Quizá más. Solía entonces bromear conmigo acerca de su «fondo de amortización^[2]».

Decía:

—Es un fondo de extinción, pero yo me extingo con él... ¿Sabes qué significa fondo de amortización en los círculos financieros, Chick?

—¿Fondo de amortización? Tengo una vaga idea.

Antes de que Ravelstein se hiciera rico nadie se había planteado nunca que necesitara trajes Armani ni maletas Vuitton, ni puros cubanos, inencontrables en Estados Unidos, ni accesorios Dunhill, ni estilográficas Montblanc de oro macizo, ni cristal de Baccarat o de Lalique para servirse el vino..., o para que se lo sirvieran. Ravelstein era uno de esos hombres voluminosos —voluminoso, no fornido— a quienes les tiemblan las manos cuando tienen que llevar a cabo tareas delicadas. La causa no estaba en alguna flaqueza suya sino en una tremenda y ávida energía que lo llenaba de agitación cuando se descargaba.

Pues bien, sus amigos, colegas, alumnos y admiradores ya no tenían que poner de su parte para que pudiera costearse sus lujosas costumbres. A Dios gracias, ahora ya podía prescindir de ciertas elaboradas transacciones con sus camaradas académicos a base de trueque de objetos de plata Jensen, de Spode o de Quimper. Éstas eran cosas del pasado. Ahora era muy rico. Había llegado al público con sus ideas. Había escrito un libro —difícil pero popular—, un libro ingenioso, inteligente, polémico que se había vendido bien y que todavía seguía vendiéndose bien en ambos hemisferios y a ambos lados del ecuador. El hecho se había llevado a cabo con rapidez pero con absoluta seriedad: nada de concesiones baratas, nada de populacherías, nada de truculencias mentales, nada de *disculpas*, nada de aires de patricio. Ahora tenía todo el derecho a presentarse tal como lo hizo mientras el camarero nos servía el desayuno. Su intelecto lo había convertido en millonario. No es moco de pavo hacerse rico y famoso diciendo exactamente lo que uno piensa..., y saber decirlo con palabras propias, sin componendas.

Esa mañana Ravelstein llevaba un quimono azul y blanco. Se lo habían regalado en Japón hacía un año con motivo de una conferencia. Le habían preguntado si había algo que le gustara particularmente y él había respondido que le habría gustado un quimono. Aquél, adecuado para un sogún, debió de ser objeto de un pedido especial. Ravelstein era muy alto. No era muy agraciado. Llevaba la enorme prenda muy suelta en la cintura y abierta en más de la mitad. Tenía unas piernas de insólita largura, no muy bien formadas. Los calzoncillos no muy sujetos en la cintura.

—Me ha dicho el camarero que Michael Jackson no come en el Crillon —dijo. — Lo acompaña a todas partes su cocinero en su *jet* privado. En cualquier caso, el *chef* del Crillon se ha llevado un chasco. Dice que su cocina fue buena para Richard Nixon y Henry Kissinger, al igual que para toda una recua de shas, reyes, generales y primeros ministros. Pero ese monito de la farándula no quiere su cocina. ¿No dice algo la Biblia sobre reyes mutilados que hacen vida debajo de la mesa de sus conquistadores..., y comen de las sobras que les caen?

—Me parece que sí. Recuerdo que les habían cortado los pulgares. ¿Y eso qué tiene que ver con el Crillon y con Michael Jackson?

Abe se echó a reír y dijo que no lo sabía muy bien. Era sólo algo que le había pasado por la cabeza. En ese punto, las voces atipladas de los *fans*, adolescentes parisinos —chicos y chicas gritando al unísono—, vinieron a añadirse a los ruidos de los autobuses, camiones y taxis.

Aquella demostración histórica fue nuestro telón de fondo. Pasamos un buen rato tomando café. Ravelstein estaba muy animado. Con todo, hablábamos en voz baja porque Nikki, el compañero de Abe, seguía durmiendo. Nikki había adquirido, en Estados Unidos, la costumbre de ver películas de *kung fu* de su Singapur natal hasta las cuatro de la madrugada. También aquí se pasaba despierto gran parte de la noche. El camarero había cerrado las puertas correderas para no turbar el delicado sueño de Nikki. De cuando en cuando, a través de la ventana, yo echaba una ojeada a los

rotundos brazos del muchacho y a los largos mechones negros y ondulados desparramados sobre el brillo de sus hombros. Con poco más de treinta años, Nikki conservaba algo del niño que había sido.

Entró el camarero con fresas silvestres, *brioche*s, tarros de mermelada y una serie de botecitos que, consecuente con la educación que me habían dado, yo llamaba el servicio del Hôtel. Ravelstein garrapateó con descuido su nombre en el cheque al tiempo que se llevaba un bollo a la boca. Yo era el comensal más pulcro. Cuando veías comer y hablar a un tiempo a Ravelstein te hacía sentir que allí había algo biológico en marcha, que estaba pertrechando su organismo y alimentando sus ideas.

Esta mañana volvió a instarme a ser más público, a salir de mi vida privada, a interesarme en «la vida pública, la política», para servirme de sus mismas palabras. Quería que probase fortuna en la biografía y me avine a decirle que lo haría. A petición suya, había escrito una breve reseña acerca de las argumentaciones de J. M. Keynes sobre las reparaciones de guerra alemanas y el levantamiento del bloqueo aliado en 1919. A Ravelstein le había complacido lo que yo había escrito, aunque sin satisfacerlo del todo. Según él, yo tenía un problema retórico. Yo le dije que hacer hincapié excesivo en los hechos literales reducía el interés general del trabajo.

No me habría costado salir al paso de su comentario: cuando yo cursaba enseñanza secundaria tuve un profesor de lengua inglesa llamado Morford (le llamábamos «el loco Morford») que nos hizo leer el ensayo de Macaulay sobre el *Johnson* de Boswell. No sabría decir si había sido idea de Morford o de la Junta de Estudios. El ensayo de Macaulay, encargado por la *Encyclopedia Britannica* en el siglo XIX, fue publicado por Riverside Press como libro de texto. Leerlo me dio fiebre. Macaulay me entusiasmó con su versión de la *Vida*, con la «anfractuosidad» de la mente de Johnson. Desde entonces he leído muchas críticas sesudas acerca de los excesos Victorianos de Macaulay. Pero no me he curado nunca, jamás he querido curarme de mi debilidad por Macaulay. Gracias a él todavía veo al pobre Johnson, caminando con pasos convulsivos, tocando todos los faroles de la calle y comiendo carne en malas condiciones y pasteles rancios.

Qué línea adoptaría al escribir una biografía se convirtió en el problema. Contaba con el ejemplo del propio Johnson en las memorias que escribió de su amigo Richard Savage. También con el de Plutarco, por supuesto. Al citar a Plutarco a un estudioso de lo griego, lo rechazó tildándolo de «mero literato». Pero ¿acaso se habría podido escribir *Antonio* y *Cleopatra* sin Plutarco?

Consideré a continuación las *Vidas breves* de Aubrey.

No pienso repasar toda la lista.

Había intentado describir el señor Morford a Ravelstein: yo, en clase, no había visto nunca borracho al loco Morford, pero es evidente que era un beodo..., tenía la cara colorada de los borrachines. Llevaba todos los días el mismo traje, que parecía sacado de una venta de saldos por incendio del local. Ni él quería conocerte ni que tú lo conocieras. Su mirada azul y abstraída de alcohólico nunca se fijaba en nadie.

Debajo de las alborotadas cejas, sus ojos se dirigían tan sólo a las paredes, atravesaban las ventanas, penetraban en el libro que estuviera leyendo. *Johnson* de Macaulay y *Hamlet* de Shakespeare fueron las dos obras que estudiamos aquel curso con él. Johnson, pese a su escrófula, a sus andrajos, a su hidropesía, tuvo sus amistades, escribió sus libros exactamente de la misma manera que Morford atendía sus clases y nos escuchaba cuando recitábamos de memoria los versos: «¡Qué fatigosos, rancios, insulsos y vanos me parecen todos los usos de este mundo!». La cabeza rapada, torvo el rostro ceñudo, la mano prieta detrás de la espalda. Absolutamente anodino e inútil.

Ravelstein no se mostró muy interesado en la descripción que le hice de Morford. ¿Por qué le invitaba a ver al Morford de mis recuerdos? Pero Abe estuvo acertado al ponerme en la vía del ensayo de Keynes. Keynes, el poderoso economista-estadista a quien todo el mundo conoce por *Las consecuencias económicas de la paz*, envió cartas y comunicaciones a sus amigos de Bloomsbury informándoles de sus experiencias de posguerra, en particular, de los debates sobre reparaciones entre los alemanes derrotados y los líderes aliados: Clemenceau, Lloyd George y los americanos. Ravelstein, hombre que no era pródigo en elogios, me dijo que aquella vez yo había escrito una reseña de primera clase sobre las notas de Keynes a sus amigos. Ravelstein evaluaba a Hayek muy por encima de Keynes como economista. Decía que Keynes había exagerado el rigor de los aliados y había hecho el juego a los generales alemanes y, después, a los nazis. La Paz de Versalles había sido mucho menos punitiva que lo que habría debido ser. Los objetivos bélicos de Hitler en 1939 no se diferenciaban de los del Káiser en 1914. Pero, dejando al margen este error de bulto, Keynes poseía muchos atractivos personales. Educado en Eton y Cambridge, el grupo de Bloomsbury le había conferido lustre social y cultural. La Gran Política de su tiempo lo había desarrollado y perfeccionado. Supongo que, en su vida personal, se consideraba uraniano, eufemismo británico de homosexual. Ravelstein me hizo notar que Keynes se había casado con una bailarina rusa. Me explicó también que Urano había engendrado a Afrodita, pero que ésta no había tenido madre. Había sido concebida por la espuma del mar. Si me decía estas cosas no era porque pensase que yo las ignoraba, sino porque juzgaba que me hacía falta, en un determinado momento, dirigir hacia ellas mis pensamientos. Por eso me recordó que, cuando el titán Cronos mató a Urano, las semillas de éste se dispersaron en el mar. Y en cierto modo, esto tenía que ver con las reparaciones de guerra o con el hecho de que los alemanes, bloqueados aún, se estuvieran muriendo entonces de hambre.

Ravelstein, que, por razones que él sabía, me había metido en el trabajo de Keynes, recordaba sobre todo los pasajes que describen la incapacidad de los alemanes de cubrir las exigencias de Francia e Inglaterra. Los franceses andaban tras las reservas de oro del Kaiser; decían que el oro debía entregarse de inmediato. Los ingleses dijeron que se conformaban con las divisas fuertes. Uno de los negociadores alemanes era judío. Lloyd George, tras haber perdido los estribos, se volvió contra

aquel hombre e hizo a su costa un asombroso numerito: se agachó, se encorvó, caminó renqueante, escupió, sonorizó las eses, sacó giba..., una zancajosa parodia de los andares judíos. Keynes lo describió a sus amigos de Bloomsbury. Ravelstein no tenía buena opinión de los intelectuales de Bloomsbury. Le disgustaban sus manierismos culturales, desaprobaba sus extravagantes bufonadas y lo que él llamaba sus «mariconadas». No podía ni quería censurarlos por chismosos. A él le gustaba demasiado chismorrear para sucumbir a tales censuras. Decía, sin embargo, que no eran pensadores sino esnobs y que su influencia era perniciosa. Los espías que más tarde, en los años treinta, reclutaron la GPU o el NKVD en Inglaterra^[3] habían sido formados en Bloomsbury.

—Pero lo sacaste bien, Chick, sobre todo la aviesa parodia del *youpin* que hizo Lloyd George.

Youpin es el equivalente francés de *kike*^[4].

—Gracias —dije.

—Lejos de mí querer entrometerme —dijo Ravelstein—, convendrás conmigo en que intento ayudarte.

Por supuesto que yo comprendía sus razones. Quería que escribiera su biografía y, al mismo tiempo, quería apartarme de mis malas costumbres. Según él, yo me había recluso en el individualismo y necesitaba ser restituido a la comunidad. «¡Son demasiados años de interioridad!», solía decir. Yo me moría de ganas de ponerme en contacto con la política, pero no política local ni maquinaria política, ni siquiera política nacional, sino política tal como Aristóteles y Platón entendían el término, una política con raíces en la propia naturaleza. No se puede volver la espalda a la propia naturaleza. Concedía a Ravelstein que leer aquellos documentos de Keynes y escribir el ensayo había sido algo parecido a unas vacaciones. Había sido un volver a la humanidad, darse un baño de humanidad. A veces necesito ir en metro a la hora punta o meterme en un cine atiborrado de gente: a eso le llamo yo un baño de humanidad. Como la res que necesita lamer sal, también yo a veces anhelo el contacto físico.

—Tengo unas cuantas ideas vagas con respecto a Keynes y al Banco Mundial, a su acuerdo de Bretton Woods y también a su ataque al Tratado de Versalles. Sé de Keynes justo lo indispensable para introducir su nombre en un crucigrama —dije—. Me alegro de que me llamaras la atención sobre sus notas personales. Sus amigos de Bloomsbury seguramente se morían de ganas de conocer sus impresiones sobre la Conferencia de la Paz. Gracias a él dispusieron de asientos de primera fila en un acto histórico mundial. Supongo que Lytton Strachey y Virginia Woolf estarían debidamente narcotizados. Por algo representaban los intereses superiores de la sociedad británica. Tenían el deber de saber, un deber de artista.

—¿Y qué me dices del aspecto judío de la cuestión? —dijo Ravelstein.

—A Keynes no le gustaba demasiado. Recuerda que la única amistad que hizo en la Conferencia de la Paz fue con un judío miembro de la delegación alemana.

—No, no debía de preocuparles demasiado un hombre tan adocenado como Lloyd

George a aquellos bloomsburianos.

Pero Ravelstein conocía el valor de una camarilla. Él tenía la suya. La constituían estudiantes que él había formado en filosofía política y amigos de muchos años. La mayoría se habían formado, al igual que el propio Ravelstein, con el profesor Davarr, y se servían de su vocabulario esotérico. Algunos de los alumnos más antiguos de Ravelstein ocupaban ahora puestos de importancia en periódicos nacionales. Había algunos en el Departamento de Estado. Otros daban clases en la Academia Militar o formaban parte del personal del Asesor de Seguridad Nacional. Uno era un *protégé* de Paul Nitze. Otro, disidente, publicaba una columna en el *Washington Times*. Los había influyentes, todos estaban bien informados; constituían un grupo cerrado, una comunidad. Ravelstein tenía noticias frecuentes de ellos y, cuando estaba en casa, pasaba horas al teléfono hablando con sus discípulos. En cierto modo, les guardaba los secretos. O por lo menos no los divulgaba mencionando nombres. Incluso hoy, en el ático del Crillon, tenía el teléfono móvil sujeto entre las rodillas desnudas. El quimono japonés le caía de unas piernas más blancas que la leche. Tenía pantorrillas de hombre sedentario, la tibia larga y abrupto el músculo de la pantorrilla, sin redondeces. Hacía unos años, después del ataque al corazón, que los médicos le habían aconsejado que hiciera ejercicio y con ese propósito se había comprado un chándal caro y unas elegantes zapatillas de gimnasia. Estuvo unos días arrastrándose por el perímetro de la pista antes de tirar la toalla. El ejercicio físico no era lo suyo. Él trataba su cuerpo como un vehículo, una moto lanzada a toda velocidad sobre el borde del Gran Cañón.

—No me sorprende lo de Lloyd George —dijo Ravelstein. —Era un cabroncete de alivio. En los años treinta visitó a Hitler y regresó con una gran opinión de él. Hitler era el sueño de los líderes políticos. La gente hacía lo que él quería, y rápido. Nada de discusiones, sin rechistar. Nada que ver con el gobierno parlamentario.

Era un goce oír hablar a Ravelstein de lo que él llamaba Gran Política. A menudo especulaba en torno a Roosevelt y a Churchill. Sentía un gran respeto por De Gaulle. De cuando en cuando se le iba un poco la mano. Hoy, por ejemplo, cuando habló de la «mordacidad» de Lloyd George.

—La mordacidad está bien —dije yo.

—En lo tocante a lenguaje, los británicos nos ganan en mordacidad. Sobre todo a partir del momento en que su fuerza comenzó a hacer aguas y el lenguaje se convirtió en un recurso importante.

—Como la puta de Hamlet, que tiene que descargar su corazón de palabras.

Ravelstein, con su calva y poderosa cabeza, se movía a gusto entre grandes frases, cuestiones importantes y hombres famosos, entre décadas, eras, siglos. Pero estaba tan familiarizado con actores como Mel Brooks como lo estaba con los clásicos y podía pasar de la colosal tragedia que narra Tucídides al Moisés interpretado por Brooks.

—Baja del monte Sinaí con los mandamientos. Dios le había dado veinte pero, al

ver a los hijos de Israel alborotando en torno al Becerro de Oro, a Mel Brooks se le caen diez mandamientos de los brazos.

A Ravelstein le encantaban estas consideraciones tipo Catskill; poseía un don natural para esas cosas.

Le gustó el esbozo que hice de Keynes. Recordó que Churchill había calificado a Keynes de hombre de inteligencia clarividente. A Abe le encantaba Churchill. En tanto economista, Milton Friedman era más inteligente que la mayoría, pero Friedman era un fanático del libremercado y no tenía interés alguno por la cultura, mientras que Keynes poseía una inteligencia cultivada. Se equivocó, sin embargo, con el Tratado de Versalles y era deficiente en política, campo que Ravelstein comprendía a fondo.

La «gente» que Abe tenía en Washington mantenía tan ocupada su línea telefónica que le dije que debía de estar organizando un gobierno fantasma. Aceptó el comentario con una sonrisa, como si la rareza no fuera suya sino mía. Dijo:

—Esos alumnos a los que he preparado en los últimos treinta años siguen dirigiéndose a mí y, en cierto modo, el teléfono hace posible un seminario continuo donde las cuestiones que se les plantean en el día a día de Washington están en la misma línea del Platón que estudiaban hace dos o tres décadas, o de Locke o de Rousseau o, si me apuras, de Nietzsche.

Era muy agradable ganarse la aprobación de Ravelstein, por eso sus alumnos seguían acudiendo a él. Eran hombres que frisaban los cuarenta, algunos habían tenido un papel destacado en la organización de la Guerra del Golfo y se ponían en contacto con él en el momento más impensado.

—Estas relaciones tan especiales son importantes para mí, tienen una prioridad máxima.

Tan natural era para Ravelstein que necesitara saber lo que se llevaban entre manos en Downing Street o en el Kremlin como lo fuera para Virginia Woolf leer el informe privado de Keynes sobre las reparaciones alemanas. Quizá las opiniones o puntos de vista de Ravelstein se abrían camino a veces hacia las decisiones políticas, pero no era eso lo que importaba. Lo que importaba era que él siguiese encargándose de la educación política de sus muchachos. En París también tenía seguidores. Alumnos que habían seguido sus clases en la École des Hautes Études, y que acababan de regresar de una misión en Moscú, también lo telefoneaban.

Estaban también las amistades de cariz sexual y las confidencias de carácter íntimo. En su casa, junto al amplio sofá de cuero negro desde el cual recogía las llamadas, tenía un panel electrónico del que hacía un uso experto. Yo no habría sabido hacerlo funcionar. No tengo aptitudes para la alta tecnología. Pero Ravelstein, pese a que no tenía las manos firmes, manejaba sus instrumentos a la manera de un Próspero.

En cualquier caso, ahora no tenía que preocuparse por las facturas de teléfono.

Pero seguimos en lo alto del Hôtel Crillon.

—Tienes buenos instintos, Chick —dijo. —Lástima que no haya más nihilismo en tu constitución. Habrías sido más parecido a Céline en su comedia o farsa nihilista. La mujer desdeñada que dice a su amiguito, Robinson: «¿Por qué no puedes decir: “te amo”? ¿Qué hay en ti de especial? Tú te empalmas como todo el mundo. *Quoi! Tu ne bandes pas?*». Para ella, empalmarse es lo mismo que amar. Pero Robinson, el nihilista, sólo tiene principios elevados en relación con una cosa: no mentir acerca de las pocas, poquísimas cosas que cuentan de veras. Puede intentar cualquier tipo de obscenidad, pero acaba por ponerse un límite, y aquella golfa, sintiéndose profundamente insultada, lo mata de un tiro porque él no quiere decirle «te amo».

—¿Se refiere Céline a que esto lo hace auténtico?

—Se refiere a que se supone que los escritores te hacen reír y llorar. Y eso busca la humanidad. La situación de ese Robinson es una reposición del drama de la Edad Media en el que los criminales más agresivos y más disolutos rezan a la Virgen María. Pero en este punto no hay desacuerdo. Quiero que hagas conmigo lo que hiciste con Keynes, pero a mayor escala. Además, fuiste demasiado amable con él. Yo no quiero eso. Conmigo puedes ser tan duro como quieras. No eres el angelito que aparentas ser, y quizá cuando me describas conseguirás liberarte.

—¿De qué, exactamente?

—De lo que sea que te domina..., alguna espada de Damocles que pende sobre ti.

—No —dije. —Más bien es la espada de Tontocles.

De haber sostenido aquella conversación en un restaurante, los demás comensales se habrían figurado que contábamos chistes verdes, que nos lo estábamos pasando en grande. La espada de «Tontocles» se encuadraba en las gracias de Ravelstein y por eso se echó a reír para atrás, como el caballo herido que pintó Picasso en el *Guernica*.

El legado que me dejaba Ravelstein era un tema. Él creía legarme un tema, tal vez el mejor que me había correspondido nunca, tal vez el único importante. Pero el significado de aquel legado era que él moriría antes que yo. De haberlo precedido yo en la muerte, seguro que él no habría escrito unas memorias mías. Cualquier cosa que superase la extensión de una página en una ceremonia funeral habría sido impensable de su parte. Sin embargo, éramos amigos íntimos, no podíamos serlo más. De lo que nos reíamos era de la muerte y es un hecho que la muerte agudiza la comicidad. Pero el hecho de que nos riéramos juntos no significaba que nos riéramos por las mismas razones. Que las ideas más sesudas de Ravelstein, metidas en su libro, lo hubieran convertido en millonario sin duda tenía su gracia. Era preciso el genio del capitalismo para transformar las ideas, las opiniones, las *enseñanzas* en mercancía valiosa. Téngase presente que Ravelstein era un maestro. No era uno de esos conservadores que convierten en ídolo el librecambio. Tenía opiniones propias sobre cuestiones políticas y morales. Pero no tengo el más mínimo interés en exponer sus ideas. En este momento me interesa, más que otra cosa, eludir las. Quiero, aquí, ser breve. Él era un educador. Reunir sus ideas en un libro le hizo absurdamente rico. Se gastaba los dólares casi con la misma rapidez con que iban entrando. Precisamente entonces

estaba estudiando un nuevo contrato de un libro de cinco millones de dólares. También sacaba buenos honorarios del circuito de las conferencias. Después de todo, era un erudito. Eso no se lo discutía nadie. Hay que ser erudito para captar la modernidad en toda su complejidad y para evaluar su coste humano. En el escenario social podía ser un tipo excéntrico pero, cuando estaba en el estrado, te dabas cuenta de lo bien fundamentados que estaban sus argumentos. Estaba muy claro que sabía de qué hablaba. El público veía la educación superior como un derecho. La Casa Blanca lo afirmaba. Los estudiantes eran como «mares atiborrados de caballa». El promedio de las tasas anuales universitarias era de treinta mil dólares. Pero ¿qué aprendían los estudiantes? Las universidades eran permisivas, laxas. El puritanismo de los viejos tiempos se había esfumado. El relativismo afirmaba que lo que era verdad en Santo Domingo era mentira en Pago-Pago, y que las normas morales, por tanto, distaban mucho de ser absolutas.

Ahora bien, Ravelstein no era enemigo del placer ni opuesto al amor. Por el contrario, veía el amor como el bien posiblemente más excelso de la humanidad. Que un ser humano estuviera privado de deseo quería decir que su espíritu era deforme, carecía del mayor don, estaba enfermo de muerte. Se nos ofrecía un modelo biológico que desechaba el espíritu y exageraba la importancia de la liberación orgiástica de las tensiones (biostática y biodinámica). No pretendo explicar aquí las enseñanzas eróticas de Aristófanes y Sócrates, ni las de la Biblia. Para eso habría que acudir a Ravelstein. A sus ojos, Jerusalén y Atenas fueron las fuentes gemelas de la civilización. Jerusalén y Atenas no son santo de mi devoción. Que les aproveche. Pero yo era viejo para convertirme en discípulo de Ravelstein. Lo que quiero decir aquí es que incluso en la Casa Blanca y en Downing Street se lo tomaban muy en serio. Fue un invitado de fin de semana de la señora Thatcher en Chequers. El presidente tampoco lo echó en saco roto. Reagan lo invitó a cenar y Ravelstein se gastó una fortuna en atuendos de etiqueta, fajín, gemelos de diamantes y zapatos de charol. Un periodista del *Daily News* dijo que, para Ravelstein, el dinero era algo que se arrojaba desde la plataforma trasera de un tren en marcha. Ravelstein me mostró el recorte entre accesos de risa. Todas esas cosas le divertían profundamente. Por supuesto que yo no tenía las mismas razones que él para reírme. A mí no me habían elegido las inmensas fuerzas hidráulicas del país para auparme como a él.

Aunque yo llevaba muchos años a Ravelstein, éramos íntimos amigos. En mi carácter, como en el suyo, había elementos de inmadurez, lo que nivelaba el terreno y allanaba obstáculos. Alguien que me conocía bien me dijo una vez que nadie que fuese adulto tenía derecho a ser tan ingenuo como yo. Como si yo hubiera elegido ser cándido. Está el hecho, además, de que hasta los más inocentes saben qué les interesa. Mujeres de lo más simple reconocen en qué momento deben trazar una raya entre ellas y un marido difícil, cuándo deben retirar el dinero de la cuenta corriente conjunta. Yo no prestaba particular atención al instinto de conservación. Afortunadamente —o tal vez no tan afortunadamente—, estamos en un tiempo-

cuerno de la abundancia, todas las naciones civilizadas viven una era de opulencia. Nunca, en el orden material, las grandes poblaciones han estado mejor protegidas contra el hambre y la enfermedad. Y esta liberación parcial de la lucha por la supervivencia hace cándidas a las personas. Quiero decir con esto que en sus ilusiones no existen trabas. De acuerdo con un pacto no establecido, lo primero que hace uno es aceptar las condiciones, invariablemente falseadas, según las cuales se presentan los demás. Amortigua sus facultades críticas. Reprime su sagacidad. Y a la que se descuida se encuentra divorciado y pagando una desafortunada cantidad de dinero a una mujer que más de una vez se había declarado ingenua y había dicho que no tenía ni idea de esas cuestiones.

Para acercarse a un hombre como Ravelstein tal vez sea mejor un método gradual.

Aquella mañana de junio en París yo había subido a la lujosa *suite* del ático, no para hablar del ensayo biográfico que pensaba abordar, sino para recoger algunos datos sobre los padres y los primeros años de la vida de Ravelstein. No quería saber más detalles que los necesarios, ahora ya estaba familiarizado a grandes rasgos con su vida. Los Ravelstein eran una familia de Dayton, Ohio. Su madre, mujer de extraordinaria energía, había pasado por el Johns Hopkins. Su padre, que no había conocido la prosperidad, era el representante local de una gran empresa de ámbito nacional y había sido arrinconado en Dayton. Era un hombrecillo gordo y neurótico, un padre histérico, ordenancista. El niño Abe, cuando se le aplicaba un castigo, debía sufrir, desnudo, los zurriagazos del cinturón utilizado por su padre para mantener los pantalones en su sitio. Abe admiraba a su madre, odiaba a su padre, despreciaba a su hermana. Pero Keynes, para volver a él una vez más, tenía poco que decir sobre la historia familiar de Clemenceau. Clemenceau era un cínico redomado, aborrecía a los alemanes y desconfiaba de ellos; no se quitó los guantes grises de cabritilla en la mesa de negociaciones. Pero pasaremos por alto los guantes; a lo que me refiero es a que aquí no vamos a hacer psicobiografía.

Esa mañana, además, Ravelstein no estaba en vena para adentrarse en los incidentes de sus primeros años de vida.

La plaza de la Concordia perdía su primitivo frescor. El tráfico, abajo, era más escaso pero el calor de junio se espesaba, subía. Al sol, el latido del pulso era un poco más lento. Tras la primera arremetida de sentimientos, el poderoso hormigueo en el meollo de una vida vindicada por una victoria incompleta sobre muchos absurdos, todo se había confabulado para situar a Abe Ravelstein, académico, un mero profesor de filosofía política, en la misma cumbre de París, entre los jeques del petróleo del Crillon, los altos funcionarios del Ritz o los *playboys* del Hôtel Meurice. Bajo el sol, en una pausa de la conversación, se quedó un momento en suspenso o tal vez sufrió un bajón, las hemisféricas cejas levantadas... Los labios, colocados para decir algo

más, se abstuvieron de decir nada. Sobre su calva cabeza parecían visibles las marcas de los dedos que la habían conformado. Por un momento se había ido a otra parte; era propenso a esas intermitencias. Pese a tener abiertos los ojos, quizá no te veía. Como rara vez pasaba una noche de sueño ininterrumpido, era habitual en él, especialmente si hacía calor, que se quedara brevemente en suspenso, dormitara, se ausentara, con los largos brazos caídos a los lados de la silla y la rara forma de sus pies desaparejados. Uno era tres números más grande que el otro. Pero no era sólo el sueño fragmentado, era la excitación, el retorcimiento, la tensión de sus placeres, de su vida mental.

La fatiga de esta mañana podía obedecer a la espléndida cena que nos había ofrecido la noche anterior, extraordinario festejo, chez Lucas Cartón, en la place de la Madeleine. Era normal que la digestión de todos aquellos platos tuviera que cobrarse su tributo. El plato fuerte había sido pollo aderezado con miel y cocido dentro de una envoltura de arcilla. Unos arqueólogos habían descubierto, en una excavación reciente en el Egeo, la antigua receta griega. Cenamos aquel delicioso manjar atendidos por no menos de cuatro camareros. El *sommelier*, con la enseña de su oficio en una cadena con sus llaves, vigilaba que fueran rellenándose las copas. Cada plato tenía su vino apropiado y, mientras tanto, otros camareros se movían como acróbatas para disponer la porcelana y la plata. Ravelstein tenía un aire de desafortada felicidad, se reía y balbuceaba, como siempre que estaba de buenas, y empezaba cada frase de sus largas oraciones con un:

—Eeeh, eeeh, eeeh, ésta es la mejor cocina de Europa. Eeeh, eeeh, Chick es un gran escéptico cuando se trata de Francia. Eeeh, eeeh, cree que la cocina es lo único que les queda desde la desgracia de eeeh, eeeh, 1940, cuando Hitler bailó su danza de la victoria delante del Are de Triomphe. Chick ve *la France pourrie* en Sartre, en el desprecio a Estados Unidos y eeeh, eeeh, el culto al estalinismo y en la filosofía y la teoría lingüística. Eeeh, eeeh, hermenéutica..., él dice que la *harmonéutica* son esos bocadillos pequeños que comen los músicos en los entreactos. Pero hay que admitir que una comida como ésta no te la dan en otro sitio. Fijaos cómo se ha puesto de rubicunda Rosamund. Por lo menos hay una mujer que sabe saborear una comida exquisita y eeeh, eeeh, eeeh, la presentación de un restaurador. Y lo mismo Nikki, alguien que sabe juzgar la buena cocina..., eso no me lo negarás, Chick.

No, yo no se lo habría negado. Nikki estaba formándose en una escuela hostelera suiza. A esto no puedo añadir otra cosa puesto que no soy la persona ideal para recordar minucias, pero Nikki era un *maître d'* h^[5] acreditado. Le entraban oleadas de risa cuando se ponía el chaqué del oficio delante de Ravelstein y de mí y se adornaba con sus dignidades profesionales.

Ahora bien, la cena de aquella noche era en mi honor. Era la manera que tenía Ravelstein de agradecer a su amigo Chick el apoyo prestado al escribir su *best-seller*. La idea de todo el proyecto, decía él, era mía, desde el principio. Jamás se habría escrito el libro de no haberlo instado yo a que lo escribiera. Abe tuvo la gentileza de

reconocérmelo siempre:

—Fue Chick quien me puso en marcha.

Existe un paralelismo entre los fenómenos de las zonas urbanas deprimidas y la confusión mental de Estados Unidos, victoriosos de la Guerra Fría, única superpotencia que queda. Ésa es una manera de atenuar las cosas. Esto es lo que tenían que contarnos los libros y artículos de Ravelstein. Él nos llevaba desde la antigüedad a la Ilustración y después —por la vía de Locke, Montesquieu y Rousseau hasta Nietzsche y Heidegger— al momento presente, a la América corporativista, la de la alta tecnología, a su cultura y a sus esparcimientos, a su prensa, a su sistema educativo, a sus gabinetes asesores, a su política. Te ofrecía un cuadro de esa democracia de masas y de su característico —deplorable— producto humano. En el aula —sus clases estaban siempre atestadas—, tosía, balbuceaba, filmaba, vociferaba, reía, ponía de pie a los alumnos y discutía con ellos, los provocaba a singular combate, los examinaba, los machacaba. No preguntaba: «¿Dónde pasará usted la eternidad?», como hacían los piquetes religiosos del fin-está-próximo, sino: «¿Con qué piensa satisfacer, en esta democracia moderna, las exigencias de su espíritu?».

Aquel petimetre alto, con su traje diplomático a rayas o rayado de tiza y su calva (tenías siempre la impresión de que había algo peligroso en su blancura, su fuerza blanca, sus abolladuras) no subía al estrado para aburrirte hasta la memez enumerando el orden correcto de las épocas (la Edad de la Fe, la Edad de la Razón, la Revolución Romántica), ni tampoco se presentaba como académico, ni como un rebelde universitario que alentase las conductas revolucionarias. Las huelgas y ocupaciones de los campus universitarios de los años sesenta habían hecho retroceder al país de manera significativa, según él decía. No camelaba a los estudiantes adoptando aires pomposos ni intentaba escandalizarlos —o, en realidad, divertirlos, como hacen los conferenciantes histriónicos— con exclamaciones como «¡mierda!» o «¡joder!». En él no había nada de salvaje universitario. Sus fragilidades eran visibles. Tenía un conocimiento obsesivo de qué naufragios amenazaban sus fallos o sus errores. Pero no se hundiría antes de describirte la Caverna de Platón. Te hablaría del alma, ya tenue, y que iba encogiéndose aprisa..., cada vez más aprisa.

Atraía a los estudiantes mejor dotados. Sus clases estaban siempre llenas a rebosar. Fue por esto por lo que se me ocurrió que lo único que tenía que hacer era poner sobre papel lo que decía *viva voce*. No había en el mundo nada más fácil para Ravelstein que escribir un libro popular.

Por otra parte, para ser totalmente franco, yo estaba cansado de oírlo lamentarse de su salario insuficiente, harto de sus costumbres bizantinas de pedir dinero prestado y de las componendas y tratos a que se veía obligado tan pronto empeñando su tetera Jensen como sus bandejas antiguas Quimper. Después de atender con más exasperación que interés a la historia de su bellísima tetera Jensen, que estuvo cinco años en manos de Cecil Moers, uno de sus alumnos, licenciado en filosofía, entregada como garantía de un préstamo de cinco mil dólares (y vendida finalmente por dicho

licenciado en filosofía por diez mil dólares a algún anticuario), le dije:

—¿Cuánto tiempo crees que voy a aguantar la historia de esta tediosa disputa, de esta tediosa tetera y de todos tus tediosos artículos de lujo? Mira, Abe, si vives por encima de los medios de que dispones, si eres un aristócrata víctima de su necesidad de verse rodeado de objetos bellos, ¿por qué no aumentas esos medios?

Recuerdo que Ravelstein, al oírlo, se llevó las dos manos a los oídos. Tenía unas manos de delicada factura, pero las orejas eran toscas.

—¿Qué quieres decir? ¿Quieres que me contrate como acompañante?

—Bueno, la verdad es que no sabes bailar. Podrías alquilarte como animador de cenas. Por mil machacantes la noche... No, en lo que estoy pensando es en un libro. Podrías escribir un libro popular basado en las mismas notas que te sirven para tus clases.

—¡Ah, ya! —dijo él. —Como el pobre del párroco Adams, de Fielding, que va a Londres a que le impriman los sermones. El párroco necesitaba dinero y lo único que tenía para vender eran sus sermones. Pero él los tenía escritos. Yo ni siquiera tengo notas. El consejo que me has dado, Chick, es el de un escritor que tiene mucha obra publicada. Me recuerdas a Dwight Macdonald. Un día le dijo a Venetsky, uno de sus amigos, que estaba sin blanca —no tenía lo que se dice un chavo—: «Oye, si tan apurado estás, ¿por qué no vendes algún valor? Siempre queda esta posibilidad». No se le había ocurrido que Venetsky no poseía valor alguno. Los Macdonald tenían valores. Los Venetsky, no.

—Ese Macdonald es como María Antonieta.

—¡Sí! —exclamó Ravelstein con una carcajada. —Eeeh, como aquel chiste viejo de los tiempos de la Depresión que cuenta que un mendigo se acerca a una vieja rica y le dice: «Señora, hace tres días que no pruebo bocado». Y ella le contesta: «¡Oh, pobre! ¡Tiene que esforzarse!».

—No veo por qué desaprovechas la ocasión —le dije a Ravelstein. —Lo único que tienes que hacer es presentar una propuesta. Por lo menos conseguirás un pequeño adelanto. No sería menos de dos mil quinientos dólares. Creo que podría acercarse a los cinco mil. Aunque no llegues a escribir una sola palabra del libro proyectado, por lo menos cubrirás algunas deudas y mantendrás activa tu capacidad de pedir prestado. Total, ¿qué puedes perder?

Pegó un salto. La posibilidad de burlar a un editor estafándole unos miles de dólares y encima librarse de trapicheos y tejemanejes lo atraía poderosamente. Visto en perspectiva, era cualquier cosa menos una mezquindad. Pero no esperaba que mis especulaciones utópicas desembocasen en ningún resultado. Se había acostumbrado a ese teatro de la intriga de poca monta en el que podía irónica y satíricamente representar y afirmar su talla y objetivos excepcionales. O sea que hizo el esbozo y lo envió, firmó un contrato y cobró el adelanto. La inestimable tetera Jensen de plata había desaparecido para siempre, pero a Ravelstein se le había reabierto una línea de crédito. Envío dinero por cable a Nikki, que estaba en Ginebra, con el que se compró

un traje nuevo Gianfranco Ferré. Nikki tenía instintos de príncipe, se vestía como tal. En Nikki, Ravelstein veía a un joven brillante que tenía todo el derecho del mundo a afirmarse. No era cuestión de estilo ni de presentación. Hablamos aquí de la naturaleza de un joven, no de sus estrategias.

Para sorpresa suya, Abe Ravelstein se encontró trabajando en el libro que con su firma se había comprometido a escribir. Entre sus amigos y las tres o cuatro generaciones de estudiantes que había formado se produjo una sorpresa general. Algunos estuvieron en desacuerdo. Se oponían por considerarlo una popularización o una vulgarización de sus ideas. Pero es sabido que enseñar, aunque se enseñe Platón o Lucrecio o Maquiavelo o Bacon o Hobbes, siempre es una vulgarización de algún tipo. El producto de esas mentes preclaras está impreso desde hace siglos y es accesible a un público general ciego a su significado esotérico. Puesto que todos los grandes textos tenían un significado esotérico, según él creía y enseñaba. Eso, creo, debe mencionarse, pero sólo mencionarse. De hecho, lo más simple del ser humano es esotérico y radicalmente misterioso.

Otra pequeña curiosidad de aquella velada en el Lucas Cartón fue que terminó con un vino después de la cena. Habíamos llegado al estuario de la fiesta y volvíamos a encontrarnos una vez más frente al golfo de la cuenta común. Ravelstein sacó su talonario de cheques franceses. Antes, no había tenido nunca una cuenta bancaria en París. Durante largos años había sido un turista o un adorador de nivel medio de la civilización francesa —pero situado debajo de la nube del presupuesto—, aspirante a darse aires pero sin blanca. En nuestro lado del Atlántico había un lejano paralelismo de la situación. Puedes ser judío pero a la vez eres americano, aunque en cierto modo no lo eres. Imaginen, sin embargo, que uno se mete la mano en el bolsillo dispuesto a dejar una propina de gran señor y en el bolsillo encuentra poco más que la pelusa de la costura. Pero Ravelstein, con mano temblorosa, rellenó aquella noche el cheque presa del éxtasis. El camarero había traído un platito con trufas de chocolate junto con la nota y a Ravelstein le abochornó ver que Rosamund abría el bolso y envolvía los bomboncitos picudos cubiertos de cacao en polvo.

—¡Cógelos! ¡Cógelos todos! —dijo Ravelstein, el comediante judío, levantando su voz cascada de club nocturno. —Son recuerdos comestibles. Cada vez que te comas uno volverás a recordar la fiesta. Puedes anotarlo en tu diario y recordar lo lanzada y atrevida que fuiste al enfundarte las trufas en el bolso.

Ravelstein se formaba de uno el mejor de los conceptos cuando veía transgredir los límites. Más adelante, repetiría ocasionalmente a Rosamund:

—No me vengas con esos remilgos de señorita bien educada ni con tapetitos de blonda, que ya te vi cómo te guardabas los bombones en el Lucas Cartón.

Era un hecho que le gustaban los delitos menores y las transgresiones de poca monta. Bajo la capa de sus preferencias siempre había ideas. En este ejemplo, la idea era que la buena conducta uniforme era muy mal signo. El propio Ravelstein, además, tenía debilidad por las golosinas, lo que él llamaba *friandises*. De regreso a

casa, a la salida del despacho, solía pararse en la tienda de comestibles para comprarse una bolsa de caramelos. Por su gusto se habría atracado de frutas azucaradas, especialmente de medias lunas con sabor a lima.

Lo que le llamaba particularmente la atención en el hecho de que Rosamund arramblara con las trufas era que se trataba de una joven muy guapa, bien educada, cortés e inteligente. A Ravelstein le complacía que se hubiera enamorado de un viejo como yo.

—Hay una clase de mujeres que se sienten atraídas de forma natural por los viejos —decía.

Como ya he indicado, tenía debilidad por las conductas anómalas. De manera especial cuando estaban motivadas por amor. Tenía en mucho el deseo. Buscar el amor, enamorarse, era añorar la mitad perdida, como había dicho Aristófanes. Sólo que no lo había dicho Aristófanes, sino Platón en una charla atribuida a Aristófanes. Al principio los hombres y las mujeres eran redondos como el sol y la luna, macho y hembra a la vez, y estaban provistos de dos aparatos sexuales. En ciertos casos los dos aparatos eran masculinos. Así decía el mito. Eran seres orgullosos, autosuficientes. Desafiaron a los dioses del Olimpo, que los castigaron dividiéndolos por la mitad. Ésa es la mutilación que sufrió la humanidad. Por eso, generación tras generación, vamos en pos de la mitad que nos falta, anhelamos volver a ser completos.

Yo no era ningún experto. Como todos o la mayoría de estudiantes de mi generación, había leído el *Banquete* de Platón. Maravilloso esparcimiento, a mi modo de ver. Pero Ravelstein volvió a remitirme a él. No es que me enviara a él literalmente, pero si uno estaba continuamente en su compañía era inevitable volver repetidas veces al *Banquete*. Ser humano quería decir estar dividido, mutilado. El hombre es incompleto. Zeus es un tirano. El monte Olimpo es una tiranía. A la humanidad corresponde, en su estado dividido, buscar la mitad que le falta. Y después de tantas generaciones, uno no encuentra su verdadera contrapartida. Eros es una compensación concedida por Zeus..., posiblemente por razones políticas que él sabe. Y la búsqueda de tu mitad perdida encierra desesperanza. El abrazo sexual lleva a olvidarse temporalmente de uno mismo, pero el dolor de saberse mutilado es permanente.

En fin, poco después de la medianoche nos levantamos para salir. Teníamos enfrente un brillante despliegue de orquídeas. Atraídos por las luces y colores de la floristería, atravesamos la calle desierta. En la luna del escaparate había una abertura vertical, dos ribetes de latón, por la que el aroma de las flores se volcaba en el monóxido de carbono de la place de la Madeleine. Más seducción francesa. Delante de la grandiosa iglesia donde se celebran todos los funerales oficiales, solían congregarse las prostitutas. Ravelstein me lo recordó.

Ahí tienen a Ravelstein. Si no conocieran esa faceta suya, no lo conocerían en absoluto. Sin sus deseos, el espíritu sería un neumático viejo, bueno quizá para un

verano en la playa, nada más. Los hombres y mujeres fogosos, especialmente los jóvenes, se dedican a perseguir el amor. El burgués, en cambio, está dominado por el miedo a la muerte violenta. De la manera más compendiada posible, éste es el esbozo de las preocupaciones más importantes de Ravelstein.

Veo que le hago una injusticia hablando de forma tan simplista. Era un hombre muy complejo. ¿Compartía de veras la opinión (atribuida por Sócrates a Aristófanes) de que buscamos a ese otro que es parte de uno mismo? Nada podía impresionarlo tanto como un ejemplo auténtico de esa búsqueda. Por otra parte, siempre andaba husmeando indicios de la misma en todas aquellas personas que conocía. Por supuesto que aquí incluía a sus alumnos. Es curioso que un profesor vea a los chicos de sus seminarios como actores de ese tambaleante drama eterno. Lo primero que hacía cuando los veía llegar era ordenarles que se olvidasen de sus familias. Sus padres eran tenderos de Crawfordsville, Indiana, o de Pontiac, Illinois. Los hijos se enfrascaban largo y tendido en *Las guerras del Peloponeso*, en el *Banquete* y el *Fedro* y no tenían en absoluto por singular estar más familiarizados de pronto con Nicias y Alcibíades que con el tren de la leche o las tiendas de todo a cien. Poco a poco, Ravelstein conseguía también que confiasen en él. Le contaban sus cosas. No se guardaban nada. Era asombroso lo que Ravelstein acababa por saber de ellos. Su pasión por el comadreo le proporcionaba en parte la información que quería. No sólo los instruía, los formaba, los distribuía en grupos y subgrupos, y los adscribía a categorías sexuales, según le pareciera apropiado. Unos serían maridos y padres; otros, afeminados..., los que eran como es debido, los que no eran como es debido, los sagaces, los divertidos, los jugadores, los temerarios; los eruditos natos, los dotados para la filosofía. Amantes, empollones, burócratas, narcisistas, buscadores. Dedicaba muchas consideraciones a todo esto. Había odiado a su familia y se había desembarazado de ella. Decía a los estudiantes que estaban en la universidad para aprender, lo que significaba que debían librarse de las opiniones de sus padres. Él los encaminaría a una vida superior, llena de variedad y diversidad, gobernada por la racionalidad..., todo menos la aridez. Si tenían suerte, si se aplicaban y ponían voluntad, Ravelstein les haría el mayor regalo que podían esperar y los conduciría a través de Platón, los introduciría en los secretos esotéricos de Maimónides, los guiaría en la interpretación correcta de Maquiavelo, les presentaría la humanidad superior de Shakespeare..., así hasta Nietzsche y más allá. No era un programa académico lo que él ofrecía, era algo bastante más desmadejado. Y la cosa funcionaba, de manera global su programa era efectivo. Ni uno solo de sus estudiantes se convirtió en un Ravelstein en cuanto a alcance, pero la mayoría eran sumamente inteligentes y tenían una singularidad muy satisfactoria. Él los quería singulares. Le encantaban los más peculiares, aunque nunca llegaban a ser lo bastante peculiares para sus gustos. Pero naturalmente, era preciso que conocieran los fundamentos y que los conocieran diabólicamente bien.

—¿Éste no es aquel que está pirado? —diría acerca de alguno. —¿No te ha

mandado una separata de su último artículo...? *¿Historicismo y filosofía?* Le dije que te la dejara en el buzón.

Yo le había echado una ojeada. Me había dejado con la sensación de ser una hormiga que se dispone a cruzar los Andes.

Ravelstein instaba a sus hombrecitos a que se liberaran de los padres. Pero en la comunidad que constituían a su alrededor, Ravelstein ejercía una función que, poco a poco, se convertía en la de un padre. Desde luego, como no saliesen airoso, no dudaba en echarlos. Sin embargo, una vez convertidos en íntimos suyos, planeaba su futuro. Me decía:

—Alí es más listo que nadie. ¿Te parece bien esa irlandesa con la que va?

—Pues no me he fijado mucho. Parece inteligente.

—Inteligente no es más que un aspecto. Dejó la carrera de derecho para estudiar conmigo. Aparte de esto, tiene un buen par de tetas. Hace unos cinco años que Alí y ella viven juntos.

—Entonces ha hecho una inversión legítima en él.

—Ya te entiendo. Sólo que lo dices como si él fuera propiedad de la chica. Recuerda que él es musulmán y ella monógama. Él cuenta con una buena pirámide humana de familia egipcia..., como los acróbatas, en fin...

A Ravelstein le parecía dudoso que los musulmanes se enamoraran. El amor pasión tenía para él un perenne interés. Pero en el Oriente Medio eran habituales los matrimonios de conveniencia.

—Edna, de todos modos, es capaz de arrasar cualquier pirámide —también había estudiado a Edna, aquellos emparejamientos de los estudiantes le daban mucho que pensar. —Esa chica se las sabe todas y, además, es una belleza, de eso no cabe duda.

Como ya he dicho, habíamos planeado que hoy discutiríamos las memorias que yo pensaba escribir, si bien no era buen día para enzarzarnos en detalles biográficos.

—Y pensándolo bien —dijo Abe—, no tengo ganas de volver a los viejos tiempos: a la competente de mi madre educada en Johns Hopkins, la primera de la clase, y al lerdo de mi padre que me decía que yo no estaba calificado para Phi Beta Kappa. En las cosas que importaban yo sacaba las notas máximas. Para las materias obligadas, me conformaba con notables y aprobados. Pese a todo, por muy bien que quedase (me invitaron a dar conferencias en Yale y en Harvard), mi padre no dejó de echarme en cara hasta el final que yo, de Phi Beta K., nada. Tenía un cerebro que era como una ciénaga de Georgia..., Okefenokee pero con lucecillas neuróticas moviéndose en la superficie. Un fracasado, eso era, pero con cierto mérito escondido, tan bien enterrado que no hubo manera de encontrarlo nunca.

Después Ravelstein enmudeció y a continuación dijo:

—Creo que esta mañana prefiero pasear por la rué St. Honoré.

—O lo que queda de la mañana.

—Rosamund estará durmiendo. Anoche la dejamos exhausta con tanto *glamour*, una mujer hermosa cenando con tres hombres deseables. Tú habrías sido un engorro

para tu mujer antes de la una. Quisiera tu consejo sobre una chaqueta deportiva de Lanvin. Le dije al dependiente que pasaría por la mañana. Hoy estoy un poco atontado, ahora mismo estaba dando cabezadas. El amodorramiento es un estado que detesto de manera particular...

Abandonamos el ático. Elegimos bien el momento porque varios pisos más abajo se paró el ascensor y entraron Michael Jackson y los suyos. Llevaba uno de aquellos trajes suyos centelleantes, oro sobre fondo negro, muy ceñido, los rizos recién peinados y lucía su fina sonrisa casta. Era inevitable rastrear su cara con los ojos en busca de señales de cirugía plástica. Le encontré un aire de melancolía transicional. Muchachos de oro que descienden al polvo, como los deshollinadores.

A Ravelstein, alto como cualquiera de sus guardaespaldas, más alto aún pero ciertamente no tan fuerte, le encantó aquel breve momento de contacto. Él era así, lo consumía el placer de un momento.

En la planta baja, los guardaespaldas abrieron un camino para que Jackson pasara por él, dando brazadas como si nadasen. En el vestíbulo se había congregado multitud de gente. Pero la multitud de verdad estaba fuera, en la calle, al otro lado de la barrera policial. Nos quedamos comprimidos y retenidos detrás de cordones dorados. El astro salió caminando con delicadeza y saludando con la mano a centenares de *groupies* vociferantes. A Abe Ravelstein no le importó lo más mínimo que lo hubieran puesto detrás de una cuerda. El París actual era el París que le tocaba ser. Los reyes que planificaron Versalles dirigieron a los arquitectos que construyeron los magníficos espacios públicos de la capital. Hoy se habían convertido en el decorado por el que se movía Ravelstein. Era el gran señor en el nuevo orden de cosas, provisto de tarjetas de crédito y de talonarios de cheques, dispuesto a gastarse los dólares. De haber existido Hôtel mejor que el Crillon, Abe se habría alojado en él. Aquellos días Ravelstein era un hombre magnífico. Pagaba las facturas con la tarjeta de crédito y el importe se cargaba en su cuenta del Merrill Lynch. Ravelstein rara vez comprobaba su estado de cuentas. De cuando en cuando, Nikki, que no tenía que encargarse de este menester, lo hacía. La única finalidad que lo guiaba era proteger a Abe. Gracias a Nikki se descubrió a un importante estafador de Singapur. Una persona de aquel país se había servido de la tarjeta Visa de Abe para saldar una cuenta de treinta mil dólares.

—La firma era una falsificación evidente —dijo Abe, no excesivamente contrariado. —Visa se hizo cargo de todo. Los estafadores electrónicos internacionales están a la orden del día. Los fulleros aprenden a ir por delante de la alta tecnología igual que esas ingeniosas bacterias que aprenden a burlar los fármacos. Entretanto, sesudos investigadores trabajan en laboratorios tratando de encontrar la forma de llevarles la delantera. Los pequeños genios de los campus universitarios superan en argucia al Pentágono.

En la rué St. Honoré, Ravelstein era totalmente feliz. Íbamos de un escaparate a otro.

El término usado en París para los mirones de escaparates es *lèche-vitrines*, «lame-escaparates». Se trata de una actividad que exige una ociosidad total y nuestro desayuno había consumido gran parte de la mañana. Aun así, nos demoramos en los escaparates que exhibían calcetines y corbatas y camisas a medida. Después echamos a andar un poco más aprisa. Dije a Abe que aquellos escaparates lujosos me provocaban tensión. Demasiados señuelos, me resultaba insoportable que tiraran de mí desde todos lados.

—He observado —dijo Ravelstein— que, desde que te casaste, tus cánones vestimentarios han experimentado un bajón. Hubo un tiempo en que fuiste un lechuguino.

Lo dijo con pesadumbre. De cuando en cuando me compraba una corbata, nunca la que yo habría elegido. Esas corbatas-regalo llevaban implícita una reprimenda, como si quisiera llamarme la atención sobre mi desaliño. Pero había algo más. Ravelstein era más alto que yo. Su presencia era impresionante. Debido a su talla superior, la ropa le sentaba mejor que a mí. Ni en sueños le habría discutido este extremo. Para ser elegante de veras, un hombre tiene que ser alto. Un héroe de tragedia debe ser de talla superior a la media. Hacía un montón de tiempo que no leía a Aristóteles, pero recordaba que ya lo había dicho en la *Poética*.

En la rué St. Honoré, cargada con todo el esplendor de la historia y la política de Francia —con todas las reivindicaciones particulares de la civilización francesa—, lo que me vino a las mientes fue aquel viejo número de *music-hall* titulado *El hombre que hizo saltar la banca de Montecarlo*. Hay un *flâneur* que se pasea por el Bois de Boulogne con aire altanero. Lo hace con elegancia. Y, por supuesto, lo mira la gente.

Las cosas no ocurren si no ocurren en París o si no llaman la atención de París. Sobre esa vieja caldera que está a reventar, Balzac afirmó lo dicho como primer principio. Si había algo que París no hubiese visto era que no existía.

Naturalmente, Ravelstein sabía demasiadas cosas del mundo moderno para admitir tal afirmación. Ravelstein era, no lo perdamos de vista, un hombre que manejaba los mandos de una centralita telefónica privada provista de complejos teclados y lucecillas parpadeantes, y el propietario de un aparato estéreo último modelo, con el que escuchaba a Palestrina interpretado con los instrumentos originales. Francia, ¡ay!, había dejado de ser el centro del intelecto, ya no era la Ilustración. Tampoco era la sede del ciberespacio. Ya no atraía a los grandes intelectos del mundo ni a todo el resto de aquel *schtuss* cultural. Los franceses habían sido. De Gaulle, la jirafa humana, olisqueando el aire con las ventanas de la nariz muy abiertas. Churchill diciendo de él que la ofensa que pesaba sobre Inglaterra era haber ayudado a *la France*. La altiva criatura militar mirando el mundo de última hora por encima del hombro y encontrando insoportable la idea de que su país necesitara ayuda.

La mente de Abe no andaba nunca escasa de elementos con los cuales rellenar o documentar los tiempos.

—«Francia sin ejército no es Francia», otra vez Churchill.

El gusto que yo sentía por la conversación era similar. No podía intervenir en ella pero me encantaba escucharla. Ravelstein era infinitamente más ducho que yo. Sentía un especial interés por la Gran Política. Ni que decir tiene que en este aspecto la Francia de hoy estaba en la bancarrota. Lo único que le quedaba eran las maneras y sabía sacar el máximo partido de ellas, si bien sólo para marcarse faroles. Ellos sabían que hablaban de pijotadas. En lo que seguían destacando era en las artes de la intimidad. La comida continuaba situándose a gran altura, por ejemplo el banquete de anoche en el Lucas Cartón. En cualquier *quartier* había mercados con productos frescos, buenas tahonas, *charcuteries* con sus fiambres. También las grandiosas exhibiciones de prendas íntimas. El amor desvergonzado a la refinada ropa de cama. «*Viens, viens dans mes bras, je te donne du chocolat*». Era maravilloso poder ser tan público con lo privado, con el ser vivo y sus necesidades. Las rutilantes revistas de Nueva York los imitaban, pero sin llegar nunca a igualarlos... Sí, y después estaba la vida de las calles francesas.

—Las calles residenciales de América son estériles en nueve de sus décimas partes en el aspecto humano. Aquí la humanidad todavía actúa —dijo Ravelstein.

Ravelstein, el pecador, tenía una inclinación hacia la perversión sexual. Se regodeaba en los encuentros *louches*, en lo escabroso y equívoco. Para ciertos tipos de conducta o de mala conducta París seguía siendo el mejor sitio. Si Ravelstein, al caminar, al sonreír, al explicar, tartamudeaba, no era por debilidad sino por exceso. La famosa luz de París se concentraba en su cabeza calva.

—¿Está muy lejos el sitio donde vamos?

—No seas impaciente, Chick. Contigo siempre tengo la sensación de que tienes alguna cosa más importante que hacer que la que haces en un determinado momento.

No me defendí, ni lo intenté siquiera. Nuestro destino, Lanvin, estaba cerca, pero varias tiendas se interpusieron en nuestro camino. Las ópticas retenían siempre a Ravelstein. Conocía todo tipo de monturas. En esto no estaba solo. Según un estudio, la americana media tiene tres gafas de sol. «¡Oh, no busques razón a la necesidad!», ésta era la defensa que hacía el pobre Lear de lo superfluo. A Abe le entusiasmaban las gafas; las compraba también para regalar. A mí me regaló unas plegables con un estuche pequeño que cabía en el bolsillo exterior. Había abjurado de las lentes de contacto desde el día en que perdió una en la salsa de los espaguetis que preparaba. Rosamund y yo estábamos invitados a cenar aquella noche en su casa y abundaron los chistes sobre un nuevo tipo de visión retrospectiva. ¿Acaso los seres humanos estaban capacitados para digerir las lentes de contacto? Como se decía de las ostras con respecto al duro hierro.

—¿Qué tiene esta chaqueta Lanvin que no tengan las otras veinte que tienes? —habría querido decirle.

Yo sabía muy bien que Abe tenía en la cabeza todo tipo de distinciones relacionadas con la prodigalidad y la cicatería, la magnanimidad y la mezquindad.

Los atributos del hombre de gran espíritu. Pero yo no quería turbarlo. Ni él quería tampoco, aquella mañana, que lo turbaran.

Cuando estaba en el Medio Oeste, no hacía tanto tiempo de aquello, y estaba sin un chavo, lamentándose siempre de su guardarropa, una vez lo llevé a Gesualdo, mi sastre, en el centro de la ciudad, para que le tomara medidas y le hiciera un traje. En el altillo de Gesualdo, escogió una franela de dibujo atrevido, fabricada por una buena manufactura escocesa. Hicimos tres o cuatro pruebas y, a mi modo de ver, el producto final resultó muy elegante. Me gasté una buena suma en él. En aquel momento yo tenía un libro en la franja más baja de los más vendidos; no llegó nunca a superar la franja media, pero yo me daba por más que satisfecho. Como hijo de la Gran Depresión, me contentaba con una retribución mediana por todo rendimiento. Mis estándares habían quedado establecidos en los magros años treinta. Con mil quinientos dólares nos habríamos comprado un traje fantástico. Yo, ni siquiera en mis tiempos de petimetre (mi fase de figurín fue muy corta), jamás había rebasado la suma de los quinientos dólares en la compra de un traje. Esto, entonces, era lo que pagaban por él los estudiantes de derecho que acababan de pasar el examen de final de carrera. Más tarde, cuando se establecían, dejaban de ir a Gesualdo. Entonces buscaban sastres más refinados, los que vestían a los cirujanos, atletas profesionales y mafiosos.

Ravelstein y yo aclaramos todo lo que había que aclarar en lo tocante al traje de Gesualdo.

—Oye, Chick —dijo Ravelstein. —El valor real de ese traje no estaba en el corte..., ni en el esmero del trabajo...

—Tú y Nikki os reíais mucho cuando te lo ponías para estar por casa. Sólo te lo pusiste una vez para salir y fue para quedar bien conmigo...

—No puedo negar que no lo consideraba apto para su uso.

—Uso no es la palabra que corresponde. Vosotros dos no se lo habríais puesto ni a un paleta.

Ravelstein, fumador en cadena, encendió otro cigarrillo e inclinó el tórax para atrás, tal vez para evitar la llama del encendedor, tal vez porque se estaba riendo con ganas. Así que consiguió hablar, dijo:

—Bueno, no era un Lanvin. Tú quisiste hacer algo por mí. Fue generoso de tu parte, Chick, y Nikki fue el primero en reconocerlo. Pero Gesualdo está muy atrasado. Hace trajes tipo mafioso, no para profesores universitarios sino para soldados o para *gangsters* de baja estofa.

—Bueno, ya has definido perfectamente mi estilo en el vestir.

—A ti la moda no te interesa. Las marcas te tienen sin cuidado. Lo que habrías tenido que hacer era darme la pasta que pagaste a Gesualdo y yo habría puesto el resto y me hubiera hecho un traje decente.

Éramos muy francos hablando entre nosotros. Cada uno podía decir lo que pensase sin ofender al otro. No nos reservábamos ninguno de los dos nada que fuera

tan personal, tan vergonzoso que no pudiera decirse, nada tan asqueroso o tan criminal. A veces me parecía que se callaba los juicios más severos si creía que yo, en aquel momento, no estaba en condiciones de soportarlos. Y yo solía ahorrármelos también con él. Pero suponía para mí un alivio tremendo ser tan franco y claro con él como conmigo mismo cuando se trataba de debilidades o de vicios. Me llevaba mucha ventaja en lo tocante a conocerse. Con todo, no había conversación personal que no acabase en broma nihilista limpia y de buen tono.

—Quizá no valga la pena vivir si uno no somete su vida a examen. Pero aquel que examina la suya puede pensar que ojalá estuviera muerto —le dije.

Ravelstein estaba encantado. Se reía tan a gusto que levantaba los ojos hacia el cielo.

Pero no he terminado aún con París en primavera.

Compramos la espléndida chaqueta de Lanvin. Estaba hecha con una hermosa franela, sedosa y al mismo tiempo con cuerpo. Yo asocié su color a los perdigueros de raza labrador, dorado, con variados reflejos en los pliegues.

—Puedes ver chaquetas como ésta anunciadas en *Vanity Fair* y otras lujosas revistas de moda. Generalmente las lucen tipos fuertes, bien rasurados, con aire de machotes rudos o de violadores que no tienen nada, lo que se dice nada que hacer en la vida, como no sea exhibir toda la gloria de su asqueroso narcisismo. Nadie imagina a un hombre cabal e inteligente con una prenda como ésta. Si tiene algo de grasa en el pecho, entonces quizá sí, o con michelines en la cintura. De hecho, es una chaqueta que da gusto verla.

Aconsejé a Ravelstein que se comprara la chaqueta Lanvin.

Costaba cuatro mil quinientos dólares y la cargó en su Visa Oro porque así, de sopetón, no sabía muy bien qué saldo tenía en el Crédit Lyonnais. Visa te protege contra la extorsión; te garantiza el cambio legal que rige el día de la transacción.

Ya en la calle, preguntó cómo era el color a plena luz. Se sintió profundamente satisfecho cuando le dije que era espléndido.

La estación siguiente fue Sulka's, donde quiso echar una ojeada a las camisas a medida que tenía encargadas. Debían mandárselas al Crillon, metida cada una en una consistente caja de plástico. Fuimos después a los salones de exposición de Lalique, donde quería ver unas lámparas para las paredes y techos de su casa.

—Reservemos media hora para Gelot, el sombrerero.

En Gelot claudiqué y me compré un sombrero verde de pana. Abe dijo que tenía que hacerlo.

—Me gusta cómo te queda. Espero que me permitirás que te diga una cosa. No te haces valer —dijo—. Eres tan modesto que da asco, Chick. Es indecoroso porque no hay más que mirarte para darse cuenta de que eres un megalómano como la copa de un pino. Si eres tan tacaño que no quieres comprártelo, que lo carguen en mi cuenta...

—En la casa de mis padres había unos sofás de color verde —dije. —De segunda

mano, pero de terciopelo. Me lo pago yo..., lo voy a comprar en memoria de los viejos tiempos.

—Quizá es de mucho abrigo para junio.

—Bueno, espero seguir vivo en octubre.

Llevaba puesta su nueva chaqueta Lanvin en la rué de Rivoli. Teníamos el gran Louvre y los parques a nuestra izquierda. Las arcadas estaban repletas de turistas.

—El Palais Royal —indicó Ravelstein con un gesto vago—, por aquí se paseaba Diderot hasta última hora de la tarde y aquí fue donde sostuvo sus famosas conversaciones con el sobrino de Rameau.

Pero Ravelstein no tenía nada que ver con el sobrino, profesor de música y gorrón. También estaba por encima de Diderot. Una persona mucho más imponente y más grave, con una amplia formación en historia, sobre todo historia de la moral y de la teoría política. Yo siempre me había sentido atraído por las personas metódicas en un sentido amplio, las que habían trazado el mapa del mundo y lo habían hecho coherente. Ravelstein parecía incoherente sólo cuando articulaba sus «eeeh, eeh, eeh». Teníamos un amigo en Estados Unidos a quien le gustaba decir:

—El orden es carismático de por sí.

Lo que es otra manera de decir: «La música tiene encanto», etcétera.

Y así fue como nos pusimos a hablar de aquel hombre carismático cuyo nombre es, o era, Rakhmiel Kogon. Rakhmiel era el vivo retrato del actor Edmund Gwenn, que fue el Santa Claus de Macy's en *De ilusión también se vive*. Pero Rakhmiel era un Santa Claus que no tenía nada de bonachón, él era peligroso, rubicundo, un hombre de ojos enrojecidos y el rostro con los músculos de la ira muy desarrollados. Bajaba por la chimenea como Santa Claus, pero con intención de armar barullo.

Ni a Ravelstein ni a mí nos apetecía comer —el banquete del Lucas Cartón, con sus diez platos, te dejaba sin apetito hasta la cena del día siguiente—, pero nos sentamos a tomar café. Ravelstein iba por su segundo paquete de Marlboro y en el Café de Flore, que frecuentaba regularmente, pidió «*un espresso tres serré*». En el Flore se lo preparaban muy concentrado. Pero si le temblaban los dedos al coger la taza no era por los nervios, sino por un exceso de excitación. La cafeína era lo de menos.

Dijo:

—Rakhmiel fue, hace mucho tiempo, profesor mío. Después enseñó en el London School of Economics. Más tarde en Oxford, donde se volvió británico. Dividía su tiempo entre Estados Unidos e Inglaterra. Es una persona seria, no se siente a gusto consigo mismo. Pero yo le debo mucho..., por ejemplo, mi puesto actual. Yo estaba exiliado en Minnesota y él me consiguió el cargo que yo quería...

—Casi el que tú querías...

—En eso tienes razón. Soy el único con categoría pero sin una cátedra de renombre. Después de todo lo que he hecho por la universidad... Y la única silla que me ofrece la administración es la silla eléctrica.

Pero Ravelstein no era dado a esas preocupaciones y quejas. Y aquél no era sitio para ellas. Quizá volveré al tema más adelante. Pero no es probable. En todo caso, no es lo que me corresponde exponer aquí. Ya he dicho antes que me centraría en un enfoque nada sistemático de Ravelstein.

Era una curiosidad observarlo mientras comía. Había que acostumbrarse a sus hábitos de comensal. La señora Glyph, esposa del fundador de su departamento, le dijo una vez que no esperase que volviera a invitarlo a cenar. La señora Glyph era por derecho una mujer riquísima, poseía una gran cultura y era una excelente anfitriona de las celebridades que estaban de paso. Había sentado a cenar a su mesa a R. H. Tawney y a Bertrand Russell y a algún tomista francés de altos vuelos cuyo nombre ahora se me escapa (¿Maritain?), así como a montones de literatos, sobre todo franceses. Abe Ravelstein, a la sazón elemento joven de la facultad, fue invitado a un banquete en honor de T. S. Eliot. Marla Glyph le dijo a Abe Ravelstein cuando ya se iba:

—Ha bebido directamente de la botella de cola y T. S. Eliot lo ha observado..., horrorizado.

Ravelstein solía contar esa anécdota sobre él y sobre la difunta señora Glyph. Ésta nadaba en grandes riquezas, su marido era un destacado orientalista.

—Las personas que se crean ellas mismas su esplendor se van inventando sobre la marcha su importancia peculiar —dijo Ravelstein. —Hasta que acaban por urdir una deslumbrante fantasía. Se transforman en una especie de libélulas gloriosas que vuelan zumbando a través de una atmósfera de absoluta irrealidad. Después escriben ensayos, poemas, libros enteros que se dedican mutuamente...

—¡Vaya conducta judía y tosca en una comida dada en honor de un visitante tan encopetado y superimportante...! —dije.

—¡Qué iba a pensar T. S. de nosotros!

Pero en cierto modo no creo que la cosa se redujera a beber directamente de la botella de cola (y a propósito, ¿qué hacía en la mesa una botella de cola?). Las esposas de los profesores sabían que cuando invitaban a cenar a Ravelstein se enfrentaban después a un ímprobo trabajo de limpieza: cosas derramadas, salpicaduras, migajas, la servilleta que él había utilizado hecha una porquería, trozos de carne guisada esparcidos debajo de la mesa, vino rociado a su alrededor cuando se reía a carcajadas de algún chiste; platos rechazados después del primer bocado y arrojados al suelo de un manotazo. Una anfitriona avisada habría puesto periódicos debajo de su silla. Y a él no le habría importado. Daba muy poca importancia a ese tipo de cosas. Por supuesto que todos tenemos maneras de saber qué pasa a nuestro alrededor. Abe lo sabía, sabía de qué cosas debía ser plenamente consciente y cuáles debía apartar lejos de sí. Poner reparos a las maneras que Abe observaba en la mesa habría sido confesar la propia mezquindad.

A Ravelstein le divertía decir:

—No estaba dispuesta a tolerar que un judío tuviese tan malas maneras en su

mesa.

El profesor Glyph, su marido, no tenía esa clase de prejuicios. Era un hombre alto y grave. Tenía maneras decorosas pero daba la impresión de que el interés de su mirada estaba centrado en otra parte, en objetos más lejanos y hasta más divertidos..., me refiero a más divertidos que Ravelstein. Sus ojillos estaban muy separados y tenían una mirada agradable y tolerante; su cabello, peinado con raya en medio, era el propio de un hombre culto, famoso por su saber. Sus amigos eran en su mayoría franceses y gente notable que llevaba nombres como Bourbon-Sixte, miembros de la Academia o a la espera de una inminente nominación. Glyph era objeto de los halagos de su esposa y sirvientas, una lavandera, una cocinera y una camarera. Los Glyph no eran un matrimonio académico de tipo corriente, estaban tan a gusto en Londres como en París. En Saint-Tropez o en un sitio parecido habían tenido por vecinos próximos a los Scott Fitzgerald. Glyph y su esposa no eran dados a barajar nombres famosos, habían sido un matrimonio americano rico de la época del jazz. Habían conocido a Picasso y a Gertrude Stein.

Por alguna razón, Ravelstein y yo nos pusimos a hablar de ellos en el Café de Flore. En días especialmente placenteros tengo un bajón a primera hora de la tarde, el buen tiempo no hace más que empeorarlo. El esplendor que el sol aporta al entorno, el triunfo de la vida, por llamarlo de alguna manera, el florecimiento de todas las cosas me llena de desesperación. Jamás sabré afrontar esas horas que representan el triunfo de la vida. No se lo había comentado nunca a Ravelstein, pero probablemente él lo notaba. A veces parecía intervenir en mi favor.

—A Glyph le encantaba el Pont Royal, era su hotel favorito. Está muy próximo —dijo Ravelstein. —Y voy a decirte una cosa: cuando murió la señora Glyph, su marido vino a París a llorarla. Se trajo los trabajos que su mujer había escrito. Su idea era publicar una recopilación de sus ensayos. Y llamó a Rakhmiel Kogon para que lo ayudara. Rakhmiel estaba en Oxford.

—¿Vino Rakhmiel?

—Estaba en deuda con el viejo. Desde hacía tiempo. Glyph había evitado que pusieran a Rakhmiel de patitas en la calle. Lo había protegido, le había ofrecido un santuario. Eso fue antes de que Rakhmiel se convirtiera en eso que los gilipollas académicos llaman «una figura destacada». En fin, que vino a París y también se hospedó en el Pont Royal, pero no en una *suite*. Y todas las mañanas trabajaba en los papeles de María Glyph. Cada mañana Glyph decía: «He atrapado un resfriado. Hoy María no me habría dejado trabajar», o bien: «Tengo que ir a cortarme el pelo. María diría que me estoy pasando de fecha». O tenía que encontrarse con un tal Rochefoucauld o con un tal Bourbon-Sixte y entretanto Rakhmiel dale que te pego con las notas de su mujer y venga a leer sus desatinados ensayos. Pero lo que más le atraía era su diario. Y era porque en él lo mencionaba a menudo: «Otra vez ese judío espantoso, R. Kogon». O bien: «Me esfuerzo en tolerar a ese repulsivo *protégé* de Herbert, el Kogon ese, que cada día es más judío y más rastroso y más insoportable,

con esa cara chabacana de gato judío...».

—¿Fue el propio Kogon quien te lo contó? —le pregunté.

—¡Pues claro! Le divirtió de lo lindo. Tenía a aquella mujer por una Verdurin, una infatigable trepadora social. Esa clase de gente, cuando es cultivada, tiene una razón más para despreciar a los judíos.

—Pero nadie inteligente podía tomarse en serio a la señora Glyph —dije.

—¿La conociste, Chick?

—No, yo aparecí poco después de su muerte. Glyph era un buen hombre, generoso como pocos, siempre se refería a ella llamándola «mi difunta esposa» y después, para hacer una gracia, añadía que su fallo era que nunca fue puntual. Y en segundo lugar, era un hombre encantador..., algunos saben escoger mejor. Ella resultó ser fuerte, generosa e inteligente. Cierta vez él me invitó a cenar y, con su estilo francés ceremonioso, me preguntó por teléfono si tenía objeciones contra «*gens de couleur*». La invitada era una martiniquesa despampanante, esposa de un famoso historiador de arte. ¿Fue el Rewald que escribió el libro sobre Cézanne?

—Tú siempre has estado de suerte, pero rara vez sacas tajada de las circunstancias —dijo Ravelstein.

Ya me había acostumbrado a oírsele. Ravelstein me consideraba inteligente, bien dotado, pero estimaba que yo era poco cultivado, ingenuo y pasivo, volcado hacia adentro. Decía que, cuando estaba con la compañía adecuada, yo era un conversador inspirado y solía decir a los estudiantes que no había cuestión importante que yo no hubiera abordado. Sí, de acuerdo, pero ¿qué había de todas aquellas grandes cuestiones?

Gracias a haberme hecho caso, Ravelstein se había hecho muy rico. Rosamund, después de la fiesta de la noche anterior, me dijo:

—Él quería que fuera una gran ocasión. Todo el agradecimiento y afecto de Abe se volcó en el simposio del Lucas Cartón: la cena, los vinos y la conversación al estilo ateniense.

Rosamund había sido una de las *groupies* cultas de Ravelstein. Era muy buena en griego. Para poder estudiar con Ravelstein era imprescindible leer a Jenofonte, Tucídides y Platón en griego.

Aunque yo me reía cuando Rosamund describía a su profesor, estaba de acuerdo con ella.

A diferencia de la mayoría de otros adoradores, ella sabía pensar con claridad. Era una de las dotes de Rosamund. Lo que no excluía que estimase a Ravelstein. Por algo era una de sus grandes admiradoras.

Abe iba por su tercer *espresso serré*, que el camarero le dejó en la mesa, y con manaza torpe agarró la tacita para llevársela a los labios. De haber podido, no me habría abstenido de apostar fuerte por el resultado. De la solapa de su chaqueta nueva emergieron de pronto unas manchas de color marrón. Algo imposible de prevenir, una fatalidad. Abe no había terminado aún de beber el *espresso*, la cabeza echada

para atrás. Me quedé con la boca cerrada, habría querido apartarme de la gran mácula marrón de la chaqueta Lanvin. Un hombre de otro estilo se habría apercibido al momento de que allí había sucedido algo, alguien, quizá, que se tomase el dinero más en serio y que, en cierto modo, valorase la responsabilidad de llevar una prenda de cuatro mil quinientos dólares. Las corbatas de Hermès o de Ermenegildo Zegna de Ravelstein estaban consteladas de quemaduras de cigarrillo. Yo había intentado despertar su interés por las corbatas de pajarita. Le decía que las protegería con la barbilla. Él les veía la utilidad, pero no estaba dispuesto a comprarse una corbata con un lazo atado de antemano, y en la vida habría aprendido a atarse un *papillon* (como decía él).

—Tengo los dedos demasiado torpes —decía.

—¡Ah, vaya! —exclamó cuando descubrió finalmente la mancha en la solapa Lanvin. —La he vuelto a cagar.

No me reí de su observación.

Era una circunstancia en la que se imponía tomar una decisión. Que se hubiera derramado el café encima era divertido, era puro Ravelstein. Él mismo acababa de decirlo. Pero yo no lo vi como un accidente cómico. Con voz un tanto ahogada le indiqué que las manchas eran eliminables.

—Seguro que puede resolverlo el servicio de limpieza del Crillon.

—¿Tú crees?

—En caso de que no sea así, lo harán en otro sitio.

Había que ser especialista en Ravelstein para seguir los movimientos de su cerebro. Había que saber distinguir entre lo que habían enseñado a la gente que tiene que hacer y lo que la gente siente el profundo deseo de hacer. Según ciertos pensadores, todos los hombres son enemigos; se temen y se odian. En la naturaleza hay una guerra de todo contra todo. Sartre nos dijo en una de sus obras de teatro que el infierno son «los otros». Dicho sea de paso, Abe detestaba a Sartre y despreciaba sus ideas. La filosofía no era lo mío. Yo había estudiado a Maquiavelo y a Hobbes en la escuela y sé lo suficiente para salir del paso en un concurso. Pero fue un estudio apresurado y, en realidad, fue de Ravelstein de quien aprendí, porque yo era devoto suyo. Lo «reverenciaba», como me había enseñado a decir una de mis amistades.

Como es evidente, la intención que me guiaba al mencionar el servicio del Crillon era consolar a Abe por haber derramado el café más fuerte del Flore sobre su flamante chaqueta nueva. Pero Abe no quería que lo consolase por ser como era. Le habría sentado mejor que yo me hubiera reído de su precipitada y tartajeante efusión, de sus desmañados y ávidos temblores. Lo que a él le gustaba era la comedia vulgar, las viejas rutinas del vodevil, las observaciones hirientes, el descarado, la sal gruesa en el chiste. Por eso, no veía con buenos ojos que mis motivaciones fueran débiles, liberales, esa actitud de ya-se-arreglará..., mi estúpida amabilidad.

Abe no concedía ningún crédito a la amabilidad. Cuando sus alumnos no cubrían los requisitos que él marcaba, despachaba al interesado sin miramientos:

—Me he equivocado contigo. Éste no es sitio para ti. No hace falta que vuelvas.

Que pudiera herir los sentimientos de los rechazados era algo que no le afectaba en lo más mínimo.

—Si me odian, mejor para ellos. El odio agudiza la inteligencia. Ya hay bastantes gilipolleces terapéuticas sueltas por ahí.

Me decía que yo atendía a todo tipo de personas y que me hacían perder mucho tiempo.

—Lee un buen libro sobre Abe Lincoln y verás —me aconsejó. —Así te enterarás de cómo lo fastidiaba la gente cuando la Guerra Civil, que si un trabajo, que si contratos de guerra, que si franquicias, que si cargos consulares y planes militares delirantes. Como era el presidente de todos, se figuraba que estaba obligado a hablar con todos aquellos parásitos, aquellos chinches, aquellos promotores. Y estaba metido en un río de sangre. Las medidas bélicas lo convirtieron en tirano, tuvo que cancelar el recurso del *habeas corpus*, ya sabes. Existía una..., eeh, eeh..., una necesidad superior. Tenía que impedir que Maryland se uniera a la Confederación.

Ni que decir tiene que mis necesidades eran diferentes de las necesidades de Ravelstein. En mi campo hay que hacer más concesiones, tener en cuenta todo tipo de ambigüedades..., para evitar los juicios hirientes. Son represiones que pueden tomarse por candidez, pero no lo son, ni muchísimo menos. En arte uno acaba por doblegarse al proceso adecuado. No se puede tachar a la gente de un plumazo ni enviarla al cuerno así como así.

Por otro lado, tal como lo veía Ravelstein, yo estaba dispuesto a correr riesgos..., anormalmente dispuesto a ello. Unos «riesgos colosales».

—Considerándolo globalmente, sería difícil encontrar a una persona menos prudente que tú, Chick. Si analizo tu vida, casi me siento tentado a creer en un *fatum*. Tú tienes un *fatum*. Tú eres de los que sacan fuera la cabeza. Y quizá la..., eeh, eeh... la cabeza no sea la única cosa que sacas. Lo que quiero decir es que tu sistema de dirección es tremendamente defectuoso.

Pero aquel absurdo era precisamente lo que más gustaba a Ravelstein.

—Delante de una alternativa arriesgada, nunca optas por lo seguro. Tú eres lo que la gente, en los tiempos en que se usaba esa clase de palabras, habría llamado un incompetente. Por supuesto que estamos más que hartos de los perfiles de personalidad o de los defectos. Una razón que explicaría por qué la violencia está a la orden del día podría ser que estamos más que cansados de las percepciones psiquiátricas y que nos gusta ver cómo las armas automáticas hacen saltar a la gente por los aires o estallar dentro de sus coches o cómo la estrangulan o cómo los taxidermistas la rellenan. Estamos más que hartos de tener que pensar en los problemas de todo el mundo... A los hijos de puta no les basta con la destrucción de mentirijillas tipo Grand Guignol.

Le gustaba levantar sus largos brazos por encima de la luz que se proyectaba sobre su cabeza calva y lanzar un grito cómico.

Se me ocurre que esta descripción mía desencadenará sobre mí acusaciones de misantropía. Ravelstein era cualquier cosa menos un misántropo o un cínico. Era generoso como el que más: un remanso o una fuente de energía para aquellos alumnos que aceptaba. Muchos se acercaban a él con la premisa democrática de que los ayudaría y de que compartiría con ellos sus ideas. Se negaba, por supuesto, a dejarse utilizar, a que los ociosos lo disfrutasen y explotasen.

—Yo no soy el caño de las fuentes de Saratoga Springs, a las que acudían en verano los judíos del Bronx con sus vasos para beber de balde el agua dispensadora de vida, un agua buena para el estreñimiento y que evitaba el endurecimiento de las arterias. Yo no soy una mercancía gratuita ni un bien público, ¡ni hablar! Dicho sea de paso, aquella agua que obraba maravillas resultó carcinógena. Mala para el hígado. Peor para el páncreas —soltó una carcajada no exenta de satisfacción.

Si aquellos personajes no hubieran acudido en autobús o en tren a beber el agua de Saratoga, habrían comido o bebido algo igual de mortífero en Flatbush o Brownsville. Es imposible enumerar los múltiples peligros del tabaco, de los conservantes contenidos en los alimentos, del amianto, de los mejunjes con los que rocían las cosechas..., del *E. coli* del pollo crudo en manos de los que trabajan en las cocinas.

—No hay nada más burgués que el miedo a la muerte —diría Ravelstein.

Cuando hacía esos pequeños antisermones parecía un chalado. Me recordaba a esas bailarinas de trapo, los payasos de los años veinte que agitaban sus largos brazos deshilachados y laxos y tenían pintadas en sus rostros empolvados unas enormes sonrisas. Así pues, en Ravelstein las preocupaciones serias «coexistían», para emplear una palabra de la política del siglo xx, con la bufonería. Sólo sus amigos le veían esta faceta. Podía ser todo lo correcto que hiciera falta en ocasiones serias, pero no como una concesión a los tiquismiquis académicos; porque había cuestiones reales a considerar —cuestiones relacionadas con la finalidad de nuestra existencia, por ejemplo, la ordenación correcta del espíritu humano— era Ravelstein tan sólido y serio como el más profundo y grande de los profesores. Ravelstein tenía fuerza y dureza. A pesar de ello, incluso cuando explicaba uno de sus diálogos platónicos se permitía alguna cabriola.

A veces decía:

—Sí, hago el *pitre*.

—El payaso serio de la pareja.

—El bufón.

Los dos habíamos vivido en Francia. Los franceses eran gente educada de verdad..., o lo habían sido en otro tiempo. En este siglo les habían dado una soberana paliza. Sin embargo, seguían conservando un verdadero gusto por los objetos bellos, por el ocio, por la lectura y la conversación. No despreciaban las necesidades de las criaturas, lo básicamente humano. Sigo haciendo esta puntualización en favor de los franceses.

En cualquier calle francesa se puede comprar una *baguette*, un par de calzoncillos *taille grand patron* o cerveza o brandy o café o *charcuterie*. Ravelstein era ateo, pero no había razón que impidiese a un ateo estar influido por la Sainte Chapelle ni leer a Pascal. Para un hombre civilizado no había un escenario ni un ambiente como el parisino. En lo que a mí se refiere, a menudo me había visto hostigado y despreciado por los parisinos. Yo no veía Vichy tan sólo como un producto de la ocupación nazi. Yo tenía ideas propias con respecto al colaboracionismo y al fascismo.

—No sé si será por tu susceptibilidad judía o por tu necesidad absurda de que te reciban con simpatía —dijo Ravelstein— o quizá porque te parece que los franchutes son unos desagradecidos. No creo que cueste mucho demostrar que París es mejor sitio que Detroit o que Newark o que Hartford.

Era una disparidad de poca monta que no involucraba grandes principios. Abe tenía amigos excelentes en París. Era bien recibido en los *écoles* e *instituts*, donde daba conferencias sobre temas franceses en su francés peculiar. Él mismo, años atrás, había estudiado en París con un famoso hegeliano, el alto funcionario Alexander Kojève, que había educado a toda una generación de pensadores y escritores influyentes. Abe contaba entre ellos con varios compañeros, admiradores, lectores. En Estados Unidos era controvertido. Tenía más enemigos en casa que los que habría deseado cualquier persona normal, sobre todo entre los científicos sociales y los filósofos.

Pero yo tengo de estas cosas el conocimiento limitado que alguien no especializado en la materia puede tener. Abe Ravelstein y yo éramos íntimos amigos. Vivíamos en la misma calle y teníamos contacto casi diario. Solía invitarme a asistir a sus seminarios y a hablar de literatura con gente universitaria. En otro tiempo todavía había en nuestro país una comunidad literaria considerable, medicina y derecho eran aún «las profesiones eruditas», pero en las ciudades americanas de hoy ya no cabe esperar que los médicos, abogados, empresarios, periodistas, políticos, personalidades de la televisión, arquitectos o comerciantes puedan hablar de las novelas de Stendhal o de los poemas de Thomas Hardy. De vez en cuando, uno se tropieza con un lector de Proust o con un maniático que se sabe de memoria páginas enteras de *Finnegans Wake*. Cuando me preguntan por *Finnegan*, digo siempre que me lo reservo para la residencia geriátrica. Mejor entrar en la eternidad de la mano de Anna Livia Plurabelle que con los Simpsons agitándose en la pantalla del televisor.

No sé muy bien qué términos aplicar al amplio y elegante apartamento de Ravelstein, su base en el Medio Oeste. No sería adecuado calificarlo de santuario: Abe no tenía nada de fugitivo. Tampoco de solitario. En realidad, se llevaba bien con su entorno americano. Las ventanas de su casa le ofrecían un gran panorama de la ciudad. En sus últimos años rara vez se sirvió del transporte público, pero sabía moverse por sus calles, hablaba la lengua de la ciudad. Negros jóvenes lo paraban en la calle para

preguntarle dónde se había comprado el traje o el abrigo o el sombrero. Estaban familiarizados con la gran moda. Le hablaban de Ferré, de Lanvin, de su camisero de Jermyn Street.

—A esos petimetres les encanta la moda —explicaba. —Los trajes exagerados y otras ordinarieces han pasado a la historia. También saben mucho de coches.

—Y a lo mejor también de relojes de pulsera de veinte mil dólares. ¿Y qué me dices de pistolas?

Ravelstein se reía.

—Hasta las negras me paran por la calle para comentarme mis trajes —dijo. — Les guía la intuición.

El corazón se le henchía en el pecho al hablar de aquella gente tan entendida, los amantes de la elegancia.

La admiración de los adolescentes negros compensaba a Ravelstein del odio que le tenían los profesores. El éxito y la popularidad cosechados por su libro habían sacado de sus casillas a los académicos. Exponía los fallos del sistema de acuerdo con el cual se escolarizaba a la gente, la superficialidad de su historicismo, su susceptibilidad frente al nihilismo europeo. El compendio de sus argumentaciones era que, si en Estados Unidos se podía tener una preparación técnica excelente, la educación liberal se había encogido tanto que se perdía en el punto de fuga. Estábamos al servicio de la alta tecnología, que había transformado el mundo moderno. La generación más vieja había ahorrado para costear la educación de sus hijos. El coste de una licenciatura había subido a ciento cincuenta mil dólares. Era, para esos padres, lo mismo que echar aquellos dólares en el retrete, creía Ravelstein. En las universidades americanas es imposible educarse de verdad a no ser que uno quiera ser ingeniero aeronáutico, informático o cultivar campos de este tipo. Las universidades son excelentes en biología y ciencias físicas, pero las artes liberales son un fracaso. El filósofo Sidney Hook le había dicho a Ravelstein que la filosofía había terminado.

—A nuestros licenciados tenemos que buscarles trabajo en los hospitales para que se dediquen a la ética médica —admitía Hook.

El libro de Ravelstein distaba mucho de pasarse de la raya. De haber hablado por boca de ganso, habría costado desvirtuar sus afirmaciones. Pero no, Ravelstein era sensato, estaba bien informado, sus argumentaciones eran documentadas. Los zopencos se unieron contra él (como Swift, o quizá Pope, habían dicho hacía mucho tiempo). De haber tenido el poder del FBI, los profesores habrían puesto a Ravelstein en carteles de «Se busca» como los que se ven en los edificios federales.

Había pasado por encima de las cabezas de los profesores y de las instituciones eruditas para hablar directamente con el gran público. Después de todo, hay millones de personas que esperan una señal. Muchas tienen título universitario.

Cuando los colegas de Ravelstein, furiosos, lo atacaron, dijo que se sentía como aquel general americano que fue sitiado por los nazis. ¿Había sido en Remagen?

Cuando lo conminaron a que se rindiera, su respuesta fue: «¡Narices!». Ravelstein se llevó un disgusto, por supuesto; ¿quién no? Y él no podía esperar que lo rescatase ningún Patton académico. Su activo eran sus amigos y, naturalmente, contaba con generaciones de licenciados que estaban de su parte y también con la fuerza que dan la verdad y los principios. Su libro fue bien recibido en Europa. Los británicos mostraron una tendencia a mirarlo por encima del hombro. Las universidades, algunas, encontraron su griego defectuoso. Pero Margaret Thatcher lo invitó a Chequers a pasar un fin de semana. Allí estuvo «aux anges». (Chequers era un paraíso, pero Abe prefería las expresiones francesas a las americanas; por eso, no empleaba nunca el equivalente de «mujeriego» ni de «faldero», él decía «*un homme à femmes*»). Incluso los jóvenes inteligentes de izquierdas se habían puesto a su favor.

En Chequers, la señora Thatcher le señaló una pintura de Tiziano: un león rampante prisionero de una red. Un ratón roía las cuerdas para liberar al león. (¿Es una de las fábulas de Esopo?). Es un detalle que se ha perdido entre las sombras de los siglos. Uno de los grandes hombres del siglo, el estadista Winston Churchill, había incorporado con sus pinceles el mítico ratón a la pintura.

A su regreso de Inglaterra, Abe me lo contó todo en su salón (sala de estar no era). Tenía en él sus pinturas, originales de artistas franceses menores pero buenos. Algunas eran muy bonitas. La más grande era una Judit sosteniendo la cabeza de Holofernes, un cuadro con mucha sangre. La doncella tenía a Holofernes agarrado por los cabellos. El dirigía la mirada hacia arriba, los ojos entrecerrados, el aspecto de ella era tranquilo, puro y santo. Pienso a veces que el hombre no se enteró siquiera de qué había sido lo que había acabado con él. Hay maneras peores de morir. De cuando en cuando preguntaba a Ravelstein por qué había elegido aquella pintura en particular para presidir el salón.

—No afirma nada —decía.

—Traducimos todo lo que vemos al lenguaje de Freud. Ahora bien, ¿qué trivializamos, su vocabulario o lo que observamos?

—Uno siempre puede negarse a que lo absorban —dijo Ravelstein.

Ravelstein sobresalía en eso que los americanos llaman «artes visuales». Si tenía aquellas telas era porque las paredes eran para las pinturas y las pinturas para las paredes. Su piso estaba amueblado con lujo y debía poseer los cuadros adecuados. Cuando comenzó a entrar el dinero sustituyó todo lo «viejo» que tenía en casa. No era viejo en realidad, sólo que había sido adquirido hacía tiempo, compras más baratas. Pero incluso en los tiempos en que vivía sólo del salario de la universidad ya se compraba sofás caros, muebles buenos de cuero italiano, lo hacía con el dinero que pedía prestado a sus amigos. Cuando llegó a la franja más alta de los libros más vendidos, regaló todo lo viejo a Ruby Tyson, la negra que iba dos veces por semana a su casa a limpiar y quitar el polvo. Como es natural, él se hizo cargo de la mudanza y

pagó el transporte. Necesitaba con urgencia el espacio. Le faltaba tiempo para que cargaran con todo.

Las obligaciones de Ruby eran livianas. Sacaba brillo a la plata, lavaba la vajilla Quimper blanca y azul y la cristalería Lalique, plato por plato, vaso por vaso. No se encargaba de planchar. De las camisas de Ravelstein se hacía cargo el American Trustworthy Home-delivery Service. También de la limpieza de sus trajes. Tenía mucho trato con Trustworthy. Se lo limpiaban todo menos las corbatas. Las corbatas las enviaba por vía aérea urgente a una tintorería de París especializada en seda.

A su casa llegaban continuamente alfombras nuevas, muebles nuevos. Es probable que Ruby pasara el mobiliario del comedor, los aparadores para la porcelana y las camas a sus hijas y nietos. Era una vieja muy religiosa, tenía esa cortesía sureña exagerada cuando contestaba al teléfono. Ravelstein estaba perfectamente enterado de que apenas hacía nada. Era una presencia fiel en la casa. Él se mostraba muy franco con la mujer. No se hacía ilusiones con respecto a que lo admitiera en su intimidad, a abrirse paso hasta el alma de una respetable anciana negra. Pero hacía más de medio siglo que la mujer trabajaba en el medio universitario, tenía mucho que contar acerca de las casas de los académicos y de sus secretos, y Ravelstein era un chismoso insaciable. Como no sentía el menor afecto hacia su familia, persistía en separar de la suya a sus alumnos más dotados. Como ya he dicho, quería salvarlos de desastrosos conceptos erróneos, «irrealidades estandarizadas» impuestas por padres estúpidos.

Surgen aquí ciertos problemas de exposición. No hay que confundir a Ravelstein con aquellos espíritus libres de los campus universitarios que abundaban en mis tiempos de estudiante. Aquéllos se imponían el objetivo de librarle a uno de los antecedentes burgueses a través de la educación que recibiría. Eran maestros liberados que se ofrecían como modelo, a veces se veían como revolucionarios. Empleaban al hablar la jerga de los jóvenes. Se recogían el pelo en una cola de caballo, llevaban barba. Eran licenciados en Filosofía, *hippies*, desinhibidos.

Ravelstein no actuaba de esa manera. Él no era fácil de imitar. Para empezar, no se podía ser como él a menos de estudiar, de aprender, de llevar a cabo la labor esotérica de interpretación que él había realizado con su difunto mentor, el famoso y controvertido Félix Davarr.

A veces he intentado ponerme en la piel del estudiante inteligente de Oklahoma o de Utah o de Manitoba que llegaba al piso de Ravelstein invitado a una reunión, subía en el ascensor, se acercaba a la puerta, que encontraba abierta de par en par, y tenía la primera impresión del hábitat del maestro: las inmensas alfombras orientales antiguas (algunas raídas), los tapices de las paredes, las estatuillas clásicas, los espejos, las vitrinas acristaladas, los aparadores franceses antiguos, los candelabros Lalique y los apliques luminosos de las paredes. El sofá de la sala de estar era de cuero negro, profundo, amplio, bajo. El vidrio de la mesa de centro tenía diez centímetros de grosor. Ravelstein esparcía, a veces, sus efectos sobre ella: la pluma estilográfica

Montblanc de oro macizo, el reloj de pulsera de veinte mil dólares, el artilugio de oro con el que despuntaba sus habanos de contrabando, la enorme pitillera llena de cigarrillos Marlboro, sus mecheros Dunhill, los pesados ceniceros cuadrados de cristal..., largas colillas de cigarrillos aspirados neuróticamente una vez o dos y aplastados después. Mucha ceniza. Arrimado a la pared, sobre un soporte, inclinado, un aparato telefónico complejo provisto de muchas teclas, puesto de mando de Abe, manejado por él con mano experta. Sujeto a un uso intenso. Desde París y Londres le llamaban casi con igual frecuencia que desde Washington. Algunos de sus amigos íntimos de París le llamaban simplemente para hablarle de cuestiones íntimas..., escándalos sexuales. Los que lo conocían mejor se retiraban prudentemente cuando señalaba con los dedos el espacio debajo del cigarrillo. Hacía preguntas agudas en voz baja y, al escuchar, a menudo reclinaba la cabeza calva hacia atrás, sobre los cojines de cuero, a veces los ojos levantados, brillando ensimismados, la boca ligeramente abierta..., juntos los pies calzados con mocasines, suela contra suela. Tenía siempre a todo volumen un CD de Rossini. Le gustaba extraordinariamente Rossini y también la ópera del dieciocho. La música barroca italiana debía interpretarse con los instrumentos antiguos originales. Había pagado un precio exorbitante por su equipo de alta fidelidad. No consideraba excesivamente caros unos altavoces a diez mil dólares la unidad.

Tres pisos más arriba y tres pisos más abajo del suyo, les gustara o no, tenían que escuchar a Frescobaldi, a Corelli, a Pergolesi, a *La italiana en Argel*. Si los vecinos llamaban a su puerta para quejarse, les decía con una sonrisa que la vida sin música era un erial y que les haría bien prestar oído. No dejaba de prometerles, sin embargo, que instalaría un sistema de insonorización entre los pisos y llamó, en efecto, a un ingeniero de sonido.

—Me he gastado diez mil en aislamientos Kapock y las habitaciones no están *insonorisées*.

Pero cuando enumeraba la lista de sus vecinos uno por uno, no había ninguno que fuera para él digno de atención. Él tenía sus razones y estaba dispuesto a justificarlas. Los tenía clasificados a todos: pequeños burgueses dominados por miedos secretos, todos ellos un altar de *amour propre*, volcados en persuadir a los demás de ratificar la imagen que cada uno tenía de sí mismo; personalidades chatas y calculadoras (personalidades es un término mejor que «espíritus», porque las personalidades se pueden afrontar mientras que contemplar los espíritus de esa clase de individuos supone un horror que siempre es mejor evitar). Nada para lo cual merezca la pena vivir salvo necesidad, vanagloria..., ninguna solidaridad con la comunidad, ningún amor a tu *polis*, ausencia de gratitud, sin nada por lo cual uno podría dar la vida. Porque, recuérdese, las grandes pasiones son antinomianas^[6]. Y las grandes figuras que representan el heroísmo humano y que planean terriblemente sobre nosotros son muy diferentes del hombre de la calle, la gente corriente y moliente de nuestra época, la «normal», el individuo medio. La apreciación que hacía Ravelstein de la gente que

trataba a diario tenía este antecedente de amor inmenso o de rabia incontenible. Él me recordaría que la «cólera» estaba en la primera línea de la *Ilíada: menin Achileos*. Aquí es donde ve uno las principales vigas que sustentan la profunda sinceridad de las creencias de Ravelstein. Los héroes más grandes de todos, los filósofos, habían sido y serían siempre ateos. Después de los filósofos, en la procesión de Ravelstein, venían los poetas y estadistas. Tremendos historiadores como Tucídides. Genios militares como César —«el hombre más grande que ha existido en todos los tiempos»— y, junto a César, Marco Antonio, su sucesor por breve tiempo, «el triple pilar de la Tierra» que puso el amor por encima de la política imperial. Ravelstein valoraba la antigüedad clásica. Prefería Atenas, pero tenía un gran respeto por Jerusalén.

Éstas eran algunas de sus premisas fundamentales, que constituían los cimientos de su vocación de profesor. Si las dejo al margen de la descripción que hago de su vida, lo único que veremos serán sus excentricidades o sus flaquezas, sus compras desaforadas y su derroche, su vestimenta, sus vanidades, sus bromas, sus paroxismos de risa, la *marche militaire* que organizaba al cruzar el patio con su inmenso y lujoso abrigo de cuero forrado de pieles. Yo sólo sabía de otro igual. Gus Alex, maleante y criminal, que lucía un abrigo de visón largo y de excelente corte cuando sacaba a pasear a su perrito por Lake Shore Drive.

Solía decirse a veces que sus alumnos favoritos estaban entusiasmados con Ravelstein, que era divertido, que era un número. Pero ese entusiasmo era algo superficial, algo que entretenía. Él transmitía una fuerza vital. Por muchas que fueran sus extravagancias, sus alumnos se alimentaban de su energía y esa energía se esparcía, se diseminaba, se aplicaba.

Hago lo que puedo con los hechos. Él vivía de acuerdo con sus ideas. Sus conocimientos eran reales y él los documentaba con pelos y señales. Él estaba para prestar ayuda, para dar explicaciones y para poner en marcha, a la vez que para convencer —si podía— de que la grandeza de la humanidad no se evaporaría del todo en bienestar burgués, etcétera. En la vida de Ravelstein no había nada que fuera término medio. No aceptaba la estupidez ni el aburrimiento. Tampoco toleraba la depresión. No aguantaba los estados de ánimo bajos. Los achaques, cuando los tenía, eran físicos. Hubo un tiempo en que tuvo problemas dentales graves. En la clínica universitaria le persuadieron de que se hiciera unos implantes; se los introdujeron en los alvéolos, en el hueso de la mandíbula, a través de las encías. La operación fue una chapuza y tuvo que sufrir tormentos en manos del cirujano. Pasaba las noches paseando de un lado a otro. Quiso después que le retiraran los implantes, lo que todavía fue más doloroso que colocárselos.

—Eso es lo que pasa cuando uno deja la cabeza en manos de un carpintero —me dijo.

—Habrías tenido que ir a Boston a que te lo hicieran. Dicen que los cirujanos bucales de Boston son los mejores.

—No te pongas nunca en manos de malditos especialistas. Te sacrifican en el altar de su..., eeh..., eeh..., *técnica*.

Se impacientaba con la higiene. Eran incontables los cigarrillos que encendía al cabo del día. De la mayoría se olvidaba o los dejaba a medio fumar. Se quedaban como barras de tiza en el cristal de sus ceniceros de ejecutivo. Pero el organismo no es perfecto. Las manchas biológicas eran las de esperar: un corazón y unos pulmones dañados, ennegrecidos. Mas prolongar su vida no era un objetivo que persiguiera Ravelstein. El riesgo, el límite, el apagón que lleva la muerte consigo estaban presentes en todos los momentos de la vida. Cuando tosía oías los ecos del sumidero que subían del pozo de la mina.

Dejé de preguntar a Abe por los implantes de la mandíbula. Di por sentado que de cuando en cuando sufría arrebatos de dolor y pensé que formaban parte del telón de fondo psicofísico.

Irregular en sus hábitos y horarios, rara vez tenía una noche de sueño ininterrumpido. La preparación de las clases a menudo lo tenía en vela. Eran precisas unas cualidades excepcionales para conducir a sus alumnos de Oklahoma, Texas u Oregon a través del diálogo platónico, a la vez que un conocimiento esotérico. A Abe no se le pegaban las sábanas. Nikki, en cambio, se pasaba toda la noche viendo películas chinas de misterio y de *kung fu* y a menudo se quedaba durmiendo hasta las dos de la tarde. Tanto Abe como Nikki eran forofos del baloncesto. Rara vez se perdían las retransmisiones de los Chicago Bulls que daba la NBC.

Cuando había un partido importante, Ravelstein invitaba a su piso a algunos universitarios. Encargaba pizzas. Aparecían dos mensajeros cargados con montones de cajas, que avisaban de su presencia con puntapiés en la puerta. El recibidor se llenaba del olor cálido del orégano, de los tomates, del queso caliente, de los pimientos y anchoas. Nikki presidía el corte, que hacía con un cuchillo muy afilado de filo móvil. Se servían las porciones en platos de cartón. Rosamund y yo comíamos bocadillos preparados por Ravelstein con sus manos ávidas e inseguras mientras se acompañaba de alegres exclamaciones. Las bebidas se servían a la manera de gran demostración de habilidad, como si recorriera un alambre colocado a gran altura con una bandeja de vasos llenos hasta los bordes. No era momento de bromear con él.

Por un bolsillo solía asomarle el teléfono portátil. No puedo recordar qué llamada estaba esperando entonces. Era posible que alguno de sus contactos tuviera información fidedigna sobre la decisión última del presidente Bush de poner fin a la guerra de Irak. Recuerdo al presidente —cara larga, alto y delgado— interrumpiendo de forma intermitente los actos anteriores al partido en la pista de baloncesto. Inmensos bancos de espectadores, mucha luz, colores vivos, Michael Jordán, Scottie Pippen, Horace Grant llenando la red en los lanzamientos de calentamiento. Y el señor Bush, igual de alto, pero sin belleza alguna en sus movimientos. Tal vez ni siquiera fuera Irak, sino otra crisis cualquiera. Ya se sabe cómo es la televisión: en las noticias de la NBA no se distinguen las guerras de lo demás: deportes, máximo

esplendor, operaciones militares de alta tecnología. Ravelstein era plenamente consciente de ello. Si hablaba de Maquiavelo y de la mejor manera de tratar al enemigo derrotado, era porque él era profesor hasta la médula. Aparecieron también imágenes fugaces del general Colin Powell y de Baker, el secretario de Estado. Y después, en el estadio, una breve atenuación de luces y, seguidamente, el espectacular restablecimiento de la luz.

Eran cosas que te hacían recordar las demostraciones masivas organizadas y puestas en escena por el empresario de Hitler, Albert Speer: los acontecimientos deportivos y las concentraciones fascistas de masas se aupaban recíprocamente. Los muchachos de Ravelstein estaban muy entregados al baloncesto. No hay duda de que en Michael Jordán veían a un genio. Ravelstein se sentía entroncado con Jordán, el artista, de una manera profunda y vital. Solía decir que el baloncesto, junto con la música de jazz, constituía una contribución negra significativa a la vida superior del país y a su carácter específicamente americano. Los toreros en España, los tenores en Irlanda o los Nijinskys en Rusia eran el equivalente de los aleros y escoltas en Estados Unidos. Sea como fuere, aquella noche el presidente Bush había conseguido un triunfo militar para Estados Unidos, y Ravelstein, al hacer un comentario sobre los soldados negros americanos, quiso expresar todo el mérito que representaban para el país y para el ejército americano, los elogios que recibían a través de la televisión y los expertos que eran en el aspecto técnico, la eficiencia de su labor. Por ese motivo Ravelstein concedió al Pentágono la calificación máxima.

Por un sinnúmero de razones, Ravelstein simpatizaba con los soldados. Hablaba con gran emoción del piloto americano que había sido derribado en Vietnam del Norte y que se lesionó y sufrió heridas en la cara. Se fracturó deliberadamente la nariz contra la pared de su celda. Lo hizo cuando le comunicaron que tendría que aparecer en la televisión de Ho Chi Minh junto con otros prisioneros y denunciar el imperialismo americano.

En sus fiestas baloncestísticas, Ravelstein ofrecía porciones de pizza a sus alumnos, los universitarios, mientras giraba la calva cabeza en dirección a la pantalla multicolor de su televisor situada detrás de él. Los suyos, su cuadrilla, sus discípulos, sus clones, vestidos igual que él, fumaban los mismos cigarrillos Marlboro y encontraban en aquellos esparcimientos un terreno común entre los clubes de forofos de la infancia y la Tierra Prometida del intelecto hacia la cual Ravelstein, su Moisés y su Sócrates, los conducía. Michael Jordán era ahora una figura de culto americana, los niños guardaban los corazones de manzana que él tiraba como si fueran reliquias. Incluso en la época actual hubiera sido posible una cruzada de niños. Jordán, decían los periódicos, tenía poderes «biónicos». Podía quedarse en suspenso en el aire y escapar a cualquier estorbo, y por sus actos podías saber lo que pretendía, con tiempo suficiente para cambiar de mano mientras planeaba en lo alto..., un hombre que ganaba ochenta millones de dólares al año, no ya una figura de culto sino un héroe que llegaba al corazón de las masas.

Era inevitable que aquellos muchachos a los que formaba vieran en Ravelstein la contrapartida intelectual de Jordán. El hombre que los había introducido en los poderes y sutilezas de Tucídides y analizado como nadie la intervención de Alcibíades en la campaña de Sicilia —un hombre que había presentado el *Gorgias* en su seminario, literalmente ante la imagen de las acerías y los montones de cenizas y la basura de las calles de Gary, mientras las barcas cargadas de mineral iban y venían sobre las aguas— también podía quedarse suspendido en el aire, levitar igual que Jordán. Aquel hombre que tenía su idiosincrasia y sus chifladuras, con su avidez por los caramelos baratos o los habanos ilegales, era también un prodigio homérico.

Ravelstein, el anfitrión, apareció de pronto con una fuente de queso diciendo:

—¿Qué os parece ahora un trozo de ese cheddar de Vermont?

Y con mano inepta, hundió el cuchillo del queso, con descargas nerviosas incontrolables en los dedos, en la rueda de cinco libras de queso Cabot superpicante.

Al sonar el teléfono celular que llevaba en el bolsillo del pantalón, hizo un aparte para intercambiar unas palabras con alguien que igual podía estar en Hong Kong que en Hawai. Uno de sus informadores quería pasarle un comunicado. No eran violaciones de la seguridad. Eran secretos que ni escuchaba ni había solicitado. Lo que le encantaba era tener a hombres que él había formado situados en puestos importantes; la realidad de la vida confirmaba sus juicios. Se apartaba con su teléfono portátil y después volvía para decirnos:

—Colin Powell y Baker han aconsejado al presidente que no envíe más soldados a Bagdad. Bush lo anunciará mañana. Temen que haya bajas. Envían un ejército descomunal y hacen una demostración de guerra técnica de lo más moderna como no se ha visto nunca, pero después dejan la dictadura donde estaba y se van por donde han venido...

A Ravelstein le daba una gran satisfacción conocer los entresijos de la situación. Como el niño del poema de Lawrence, escondido debajo del gran piano negro, «en el estruendo de las cuerdas estremecidas», mientras la madre del poeta interpreta «*appassionato*».

—Pues bien, eso es lo último que ha salido del Departamento de Defensa...

La mayoría sabíamos muy bien que la fuente principal de información de Ravelstein era Philip Gorman. El padre de Gorman, el académico, se había opuesto enérgicamente a que Philip asistiera a los seminarios de Ravelstein en los cuales se había inscrito. Profesores respetables de teoría política le habían dicho al viejo Gorman que Ravelstein estaba chiflado, que seducía y corrompía a sus alumnos.

—Previnieron al *pater*-familias contra el revienta-familias —dijo Ravelstein.

El viejo Gorman, naturalmente, era demasiado rígido para agradecer que su hijo no se metiera en la administración de empresas, según decía Abe.

—Pues bien, precisamente ahora Philip es uno de los asesores más próximos al secretario de Estado. Ese muchacho tiene un gran cerebro y estaba verdaderamente dotado para la gran política, mientras que hay más estadísticos que hormigas.

El joven Philip era uno de los muchachos que había educado Ravelstein a lo largo de treinta años de enseñanza. Sus alumnos eran historiadores, profesores, periodistas, profesionales, funcionarios civiles, asesores. Ravelstein había generado (adoctrinado) a tres o cuatro generaciones de universitarios. Sus muchachos, además, estaban locos por él. No se limitaban a absorber sus doctrinas, sus interpretaciones, sino que imitaban sus maneras y trataban de caminar y de hablar como él, con su libertad, agresividad y mordacidad, y con una brillantez todo lo parecida a la suya de que eran capaces. Los más jóvenes —aquellos que podían permitirse costearlo— también se compraban los trajes en Lanvin o Hermès, encargaban las camisas a Turnbull & Asser («Kisser & Asser», ahora que lo pienso). Fumaban con la gesticulación errática de Ravelstein. Escuchaban los mismos discos compactos. Se habían curado de su afición al rock y ahora escuchaban a Mozart, a Rossini, o retrocedían hasta Albinoni y Frescobaldi («con los instrumentos originales»). Habían vendido su colección de los Beatles y los Grateful Dead y escuchaban, en cambio, *La Traviata* interpretada por Maria Callas.

—Que Phil Gorman tenga rango ministerial sólo es cuestión de tiempo, y será un bien para el país.

Por algo Ravelstein había dado una buena formación a sus chicos en aquellos tiempos degradados que corrían, «la cuarta ola de la modernidad». A ellos se les podía confiar información confidencial, por supuesto que no iban a pasar los secretos de Estado a su maestro, el que les había abierto los ojos a la «Gran Política». Había que ver los cambios que habían operado en ellos las responsabilidades que ahora tenían. Tenían un aire más resuelto, una mayor madurez. Hacían bien guardándose la información. Sabían que Ravelstein era un cotilla. Pero también él tenía guardados importantes secretos, información de naturaleza privada y peligrosa que sólo podía confiar a unos pocos. Enseñar, tal como Ravelstein entendía que había que enseñar, era una labor compleja. No todo el mundo podía conocer los hechos. Pero si no se conocían los hechos, no era posible una vida auténtica. O sea que había que escoger con tacto de orfebre. En París había un par de personas que conocían a Ravelstein íntimamente y otras tres a este lado del Atlántico. Yo era una de éstas. Y cuando él me pidió que escribiera una «Vida de Ravelstein», me correspondió a mí interpretar sus deseos y decidir hasta qué punto su muerte me liberaría de respetar lo esencial..., o el sesgo que mi temperamento y emociones dieran a lo esencial, mi versión distorsionada de los hechos. Supongo que él pensaba que en realidad importaría muy poco, puesto que él ya no estaría y su fama póstuma no tendría entonces la más mínima importancia.

El joven Gorman, de eso no cabía ninguna duda, revisaba la información que proporcionaba a Ravelstein. Ninguna rebasaría los hechos que la prensa del día siguiente pudiera divulgar. Pero él sabía qué placer proporcionaba a su antiguo profesor dándole a conocer los entresijos de la información, por eso, el respeto y el afecto lo llevaban a confiárselos. Sabía también que Ravelstein tenía un gran cúmulo

de datos históricos y políticos que debía mantener y poner al día. Se remontaban a Platón y a Tucídides, tal vez incluso a Moisés. Todas aquellas grandes concepciones de los estadistas..., esquemas a los que se llegaba a través de Maquiavelo, por la vía de Severo o de Caracalla. Y por esto era esencial encajar decisiones de última hora con respecto a la Guerra del Golfo, tomadas por políticos evidentemente limitados como Bush y Baker, en un cuadro lo más auténtico posible de las fuerzas que estaban en juego, en la historia política de esta civilización. Cuando Ravelstein había dicho que el joven Gorman sabía captar la Gran Política era más o menos a esto a lo que se refería.

A la más mínima oportunidad, siempre que tenía algún pretexto razonable, Ravelstein atravesaba, raudo, el Atlántico hasta París. Lo cual no quiere decir que se sintiera a disgusto en el ambiente urbano del Medio Oeste. Estaba vinculado a la universidad en la que había conseguido su título universitario como alumno del gran Davarr. Él era americano hasta la médula.

Yo me había criado en la ciudad, pero la familia de Ravelstein no había llegado de Ohio hasta el final de los años treinta. No conocí a su padre, al que él me describió como un ogro de cuento, un hombrecillo iracundo, déspota y neurótico. Uno de aquellos tiranos de pacotilla que ponen a los hijos en vereda a base de gritos demenciales en un ambiente familiar de locura continua.

La universidad admitía a los escolares que pasaban el examen de ingreso. Ravelstein pudo ingresar a los quince años, con lo que quedó liberado de su padre y de una hermana a la que aborrecía casi en la misma medida que a su progenitor. Como ya he dicho, estaba encariñado con su madre. Pero en la universidad se desembarazó de todos los Ravelstein.

—Mi verdadera vida intelectual se inició aquí. Para mí no existía nada mejor que las pensiones para estudiantes, donde tenía mi camastro. Nunca he visto que sea una desgracia «quedarte tieso en una casa de alquiler», como escribió Eliot. ¿Acaso la diñas mejor en una casa de tu propiedad?

Pese a todo, sin ser envidioso (jamás supe que Ravelstein envidiara a nadie), sentía una profunda debilidad por los entornos gratos y le gustaba imaginar que un día viviría en uno de aquellos edificios anodinos para pijos, antes ocupados exclusivamente por los blancos distinguidos de la facultad. Cuando volvió a la universidad convertido en profesor después de dos décadas en campus de menor categoría, supo arreglárselas para conseguir un piso de cuatro habitaciones en el edificio más deseable de todos los posibles. La mayor parte de sus ventanas daban a un atrio impersonal, pero más allá se divisaba el campus por su parte oeste, con sus agujas góticas de piedra caliza de Indiana, los laboratorios, los dormitorios, las oficinas. Podía contemplar el campanario de la capilla, una especie de Coloso Bismarck truncado, con campanas que retumbaban en todo el complejo universitario

y más lejos aún. Cuando Ravelstein se convirtió en figura nacional (y también internacional, ya que sólo sus derechos de autor del Japón eran, según él decía con satisfacción y sin modestia alguna, «feroces»), se trasladó a uno de los mejores apartamentos de la zona. Ahora tenía buenas vistas en todas las direcciones. La difunta señora Glyph, que se ofendió porque había bebido directamente de la botella de cola en una comida dada en honor de T. S. Eliot, no había estado mejor instalada.

Era muy curioso, pero la casa tenía un ambiente de retiro monástico. Entrabas en ella bajo techos abovedados. El vestíbulo tenía las paredes revestidas de caoba. Los ascensores parecían confesionarios. Cada piso tenía un pequeño zaguán de entrada embaldosado y una lámpara gótica colgada del techo. Era frecuente encontrar en el rellano de Ravelstein algún mueble camino de la calle por haber sido desplazado de su sitio tras una compra reciente: una cómoda, un armario, un paragüero, un cuadro de París que había empezado a despertar dudas. Ravelstein no podía competir con la colección de Matisse y Chagall de los Glyph, iniciada en los años veinte. Pero en lo tocante a la cocina, los superaba con mucho. En una empresa dedicada a suministros para restaurantes había comprado una cafetera exprés. La tenía instalada en la cocina, dominaba el fregadero y vomitaba vapores y silbidos acompañados de explosiones. Yo me negaba a beber su café porque estaba preparado con agua clorada del grifo. La enorme máquina comercial hacía inutilizable el fregadero. Pero a Ravelstein no le hacían ninguna falta los fregaderos, lo único que importaba era el café.

Él y Nikki dormían sobre linos Pratesi y debajo de pieles de angora bellamente tratadas. Él sabía muy bien que todos aquellos lujos eran pura diversión. Cuando lo acusaban de absurdo se mantenía perfectamente imperturbable. No tendría una vida larga. Me inclino a pensar que sus dudas en torno a su eliminación temprana eran homéricas. No aceptaría un confinamiento a unas décadas de decadencia y sin salida, por algo sentía un gran apetito de vida y estaba excepcionalmente dotado para apreciar grandes perspectivas. No era únicamente el dinero —la inesperada bicoca que había sido su libro— aquello que lo hacía posible, era su probada habilidad en lides intelectuales, el sitio que ocupaba, los enfrentamientos que provocaba, sus disputas con los clasicistas e historiadores de Oxford. Estaba seguro de sí mismo, como había dicho De Gaulle con respecto a los judíos. Le encantaba la polémica.

Rosamund y yo vivíamos en un edificio situado calle arriba que te hacía pensar en la Línea Maginot. Nuestra morada no era tan espléndida como el piso de Ravelstein, con su lujo monástico. Las habitaciones eran como cajas, pero yo sólo había buscado un sitio donde refugiarme. A mí me habían echado, había sido expulsado después de doce años de matrimonio de la que había sido mi casa, situada en la zona residencial, por lo que me sentía feliz de haber encontrado un santuario en aquella caja de cemento, situada a poca distancia de la casa de Ravelstein, a unos cincuenta metros de su puerta de hierro forjado estilo gótico americano del Medio Oeste y de su portero uniformado. Nosotros no teníamos portero.

Ante mí se extendían unos cincuenta años de andar por esas calles recorridas por

franjas de sol, de pasar por delante de edificios en otro tiempo ocupados por amigos. En éste, cuyo inquilino es hoy un teólogo japonés, había vivido hacía cuarenta años una tal señorita Abercrombie. Era pintora y se había casado con un simpático revienta-pisos *hippie* cuya especialidad consistía en divertir a los amigos reinterpretando el robo con escalamiento de los pisos segundos. En las inmediaciones todas las calles tenían casas con habitaciones delanteras donde habían vivido amigos míos y ventanas de dormitorios a los lados donde habían muerto. Más de los que quería recordar.

A mi edad, no se tienen ganas de pecar de tierno. Es diferente si uno lleva una vida activa. Yo, en conjunto, llevo una vida activa. Pero existen lagunas y son lagunas que suelen estar llenas de muertos.

Ravelstein me concedía el favor de atribuirme una seriedad ingenua en relación con la verdad. Decía:

—Tú no te engañas a ti mismo, Chick. Puedes posponer todo el tiempo que quieras la aceptación, pero al final acabas confesando. No es una virtud corriente.

Yo no soy profesor, aunque lleve tantas décadas moviéndome entre la comunidad universitaria que mucha gente de la facultad me toma por un viejo colega. Y uno de esos días marcados por el sol, poco después de haber regresado a la vecindad universitaria, con un tiempo seco, frío y despejado, al salir a la calle me encontré con un conocido llamado Battle. Era profesor, inglés, y se paseaba por las calles heladas enfundado en un fino gabán. Rondaba la sesentena, era alto, rubicundo, entrado en carnes, con un careto enorme y glacial, de piel gruesa y roja como el pimentón. Tenía cabello abundante, que llevaba largo, y a veces me recordaba al cuáquero de las cajas de avena. Poseía energía suficiente para dar calor a dos. Sólo los hombros levantados revelaban que la temperatura ambiental estaba justo debajo del punto de congelación —los hombros levantados y las manos hundidas en los bolsillos del gabán, toda la mano salvo los pulgares. Ponía los pies muy juntos. No era lo que se suele entender por un tipo elegante, pero llevaba siempre zapatos de calidad superior.

Se decía de Battle que era un hombre de amplios conocimientos. (Yo en esto tenía que fiarme de lo que decían los demás, ¿cómo iba a determinar su dominio del sánscrito o del árabe?). No era un tipo Oxbridge^[7]. Él era producto de una de esas universidades inglesas de ladrillo rojo.

En un caso como el suyo no podías limitarte a decir que habías tropezado con un profesor llamado Battle, cuyos largos cabellos hacían superfluo el uso del sombrero. Durante la Segunda Guerra Mundial, Battle había sido paracaidista y también piloto. Cierta vez transportó a De Gaulle a través del Mediterráneo. Aparte de esto, en la vida civil había sido un tenista notable. También había dado clases de baile de salón en Indochina. Tenía muy rápidos los pies, era un asombroso corredor que una vez había perseguido y alcanzado a un caco. Lo había golpeado con tal saña en la barriga que los polis tuvieron que llevárselo en ambulancia.

Battle, uno de los favoritos de Ravelstein, era un entusiasta del amigo Abe. Pero

habría sido del todo imposible decir cómo él, Battle, veía a Ravelstein. No existían claves para saber qué pasaba detrás de aquella frente poderosa que, llena de fuerza, bajaba hasta el voladizo cerdoso del reborde supraorbital, perpendicular a la línea recta de la nariz y parejo a las apretadas paralelas de sus labios. Su boca era la de un rey celta. De haber sido entrenado, Battle habría podido ser levantador de pesas a nivel olímpico. Era un hombre muy fuerte pero ¿de qué le servía su fuerza? Dejaba a un lado sus dones naturales. A lo que él apuntaba era a la sutileza: maquiavélicos movimientos ocultos, complicados, osados, secretos. Su propósito podía ser poner trabas a un presidente de departamento e influir en un decano haciendo que avisara al rector, etcétera. Nadie podía sospechar que existieran ese tipo de maquinaciones y mucho menos preocuparse de descubrir quién había detrás de ellas. Ravelstein, al explicármelo, de forma incoherente a causa de las carcajadas y de sus varios «eeeh, eeeh», dijo:

—Habla conmigo de todo tipo de cuestiones..., eeeh, eeeh..., personales, muy personales, pero nunca me ha contado nada sobre todos esos otros manejos.

Por poco que lo animara, Ravelstein me revelaría las confidencias de Battle..., o de quien fuera. Refiriéndose a un amigo nuestro, difunto, diría:

—Lo que yo hago no es cotilleo, es ciencia social.

Lo que quería decir en realidad era que las idiosincrasias formaban parte del dominio público, que debían disfrutarse como el aire u otras cosas gratuitas. No perdía el tiempo con especulaciones psicoanalíticas ni con análisis de la vida diaria. No tenía paciencia para «esa mierda de la percepción» y prefería el ingenio o incluso la crueldad sin más a las interpretaciones de lo convencional, amistosas y bien intencionadas, de tipo liberal.

En la calle fría y soleada —su cara, toda pliegues aquel día con un frío de todos los demonios—, Battle me dijo:

—¿Sabes si Abe recibe visitas estos días?

—¿Por qué no? A ti siempre está contento de verte.

—No me he expresado bien... Él siempre es muy amable con Mary y conmigo.

Mary era una mujercita regordeta, inteligente, baja, toda sonrisas. Tanto a Ravelstein como a mí nos encantaba Mary.

—Entonces, si te recibe bien y es amable contigo, ¿dónde está el problema?

—Su salud no está en el mejor momento, ¿no crees?

—Bueno, es uno de esos hombres altos y fuertes que siempre están cargados de achaques.

—¿Pero no te parece que ahora tiene más achaques que de costumbre?

Battle me estaba poniendo a prueba, a la espera de que yo emitiera indicaciones con respecto al estado de Ravelstein. Yo no pensaba decirle nada, pese a que sabía que tenía simpatía a Ravelstein, que lo apreciaba en cierta manera. Con la gente rara puedo llegar hasta cierto punto pero no más allá. Con cada bocanada de aire que pasaba a través de las enormes ventanas de su nariz, ésta se iba poniendo más roja. El

color se le iba atenuando camino de los pliegues que, como un acordeón, se le formaban debajo de la barbilla. Rara vez llevaba sombrero. Al parecer, sus negros cabellos le resguardaban la nuca del frío. Sus zapatos eran de bailarín de tango. A mí me gustaba su excentricidad. Parecía una mezcla de delicadeza contenida y de brutalidad volandera.

Los Battle, marido y mujer, tenían a Ravelstein en gran estima. Lo apreciaban. Era seguro que hablaban a menudo de él.

—Pues ha tenido una serie de infecciones —dije. —El herpes lo dejó muy tocado.

—Herpes zóster, claro —dijo Battle. —Una inflamación de los nervios. Una cosa terriblemente complicada y dolorosa. Suele atacar los nervios de la espina dorsal y del cráneo. He visto algunos casos.

Sus palabras me hicieron ver a Ravelstein. Le vi tumbado, en silencio, debajo de su edredón de plumas. Sus ojos oscuros estaban tranquilos. Descansaba la cabeza en unos cojines. Su postura revelaba reposo. Pero no reposaba.

—Aquello está superado, ¿verdad? —dijo Battle. —No ha cogido nada más, ¿no es cierto? ¿Hay otra cosa?

Había otra cosa. Los neurólogos dieron a la enfermedad siguiente el nombre de Guillain-Barré cuando, finalmente, la identificaron. En aquel entonces todavía no había sido diagnosticada. Abe había regresado en avión desde París para asistir a una cena que el alcalde dio en su honor. Traje y corbata de etiqueta y discursos de personajes, una de aquellas ocasiones a las que Ravelstein, ávido de reconocimiento, no podía decir que no. En París, la ciudad donde se proponía pasar su año sabático, había alquilado un apartamento en una avenida donde tenían domicilio las embajadas y residencias oficiales, muy cerca del Palacio del Elíseo. Siempre había policía rondando por los alrededores y volver a casa por la noche representaba un problema debido a que Abe disponía de poco tiempo para perderlo con los trámites burocráticos en el Hôtel de Ville que exigía la obtención de una *carte de séjour*. Por eso, siempre que la policía lo paraba y le pedía los documentos de identidad no estaba en condiciones de mostrar ninguno y las discusiones nocturnas que se desencadenaban eran interminables. Ravelstein daba a la policía como única referencia el nombre del Marqués de Tal y de Cual, el propietario del piso. Pero se habría podido hablar mucho de las cosas que pasaban en la calle. Hasta los inconvenientes de París eran del más alto nivel. Comparados con las preocupaciones que lo afectaban realmente, aquellos corsos (Ravelstein creía que todos los *flics* —los policías franceses— eran oriundos de Córcega; por muy afeitados que fueran, siempre les asomaban pelos en la barbilla) le resultaban entretenidos en todos los aspectos.

Sea como fuere, el caso es que Ravelstein hizo un rápido viaje de regreso para asistir al banquete que el alcalde dio en su honor, pero volvió con una enfermedad (descubierta primeramente por un científico francés) que lo envió al hospital. Los médicos lo ingresaron en la unidad de cuidados intensivos. Le administraron oxígeno. Sólo permitían entrar a dos visitantes cada vez, tres como máximo. Ravelstein apenas

decía nada. De cuando en cuando, me dirigía una mirada que me revelaba que me reconocía. En aquel cráneo calvo que era una torre de vigía, sus grandes ojos tenían una mirada concentrada. Sus brazos, no totalmente desarrollados, pronto fueron perdiendo el músculo que habían tenido. En los primeros días que lo afectó el virus Barré, Ravelstein no podía hacer uso de las manos. Pese a todo, se las arregló para manifestar que necesitaba fumar.

—Con la máscara de oxígeno, imposible. Lo volarías todo.

De una u otra manera, yo me encontraba siempre metido en el papel de la cautela, hablando en favor de lo más común del sentido común a personas que se enorgullecían de saltarse por las buenas la prudencia. ¿Eran los demás los que me ponían en esa posición o es que yo, en el fondo, era así? En aquellos momentos en los que me sometía a la máxima crítica, me veía como el *porte parole* burgués. Ravelstein era consciente de este fallo mío.

Nikki y yo no éramos distintos en este aspecto. Nikki era mucho más incisivo y crítico que yo. El día que Ravelstein compró una carísima alfombra de Sukkumian en el North Side, Nikki le gritó:

—¿Que has pagado diez de los grandes por todos esos agujeros y todos esos hilos sueltos..., sólo porque los agujeros demuestran que esto es antiguo de verdad? ¿Qué te han dicho? ¿Que era la alfombra en la que envolvieron a Cleopatra desnuda? Como dice siempre Chick, eres uno de esos tíos que se figura que el dinero es para arrojarlo desde el vagón de cola de un tren expreso. Estás en la plataforma de observación del siglo veinte y vas lanzando al aire los billetes de cien dólares.

Se llamó por teléfono a Nikki para decirle que Ravelstein volvía a estar enfermo. Nikki estaba en su escuela de hostelería de Ginebra y supimos que se disponía a regresar inmediatamente en avión. Nadie había puesto nunca en duda la solidez de los lazos entre Nikki y Abe. Nikki era muy abierto. Era abierto por naturaleza, un hombre niño de gran belleza, suave piel, negros cabellos, oriental, grácil. Tenía de sí mismo una concepción exótica. No me refiero a que se diera aires. Siempre fue muy natural. Yo creía —o solía pensar— que aquel protegido de Ravelstein era, en cierto modo, un niño malcriado. También en esto me equivocaba. Aunque era un hecho que había vivido como un príncipe. Antes aún de que fuera escrito aquel libro famoso del que se vendieron un millón de ejemplares, Nikki ya vestía mejor que el Príncipe de Gales. Era más inteligente y perspicaz que muchos con mejor educación que él. Es más, tenía el valor de reivindicar su derecho a ser ni más ni menos que lo que aparentaba ser.

Y esto, como bien me señaló Ravelstein, no era pose en él. En el aspecto de Nikki no había absolutamente nada que pudiera calificarse de decorativo o teatral. No buscaba el conflicto, esto era evidente, pero «está siempre preparado para pelear. Y tiene tal conciencia de su propia persona..., que acabará peleando. He tenido que frenarlo muchas veces».

A veces bajaba la voz al hablar de Nikki, cuando decía que entre ellos dos no

existía intimidad alguna.

—Somos más bien padre e hijo.

A veces me parecía que, en cuestiones de tipo sexual, Ravelstein me veía anticuado, anacrónico. Yo era íntimo amigo suyo, pero provenía de una familia judía europea de tipo tradicional, con un vocabulario para la inversión que se remontaba a dos milenios o más. El término judío ancestral referido a este asunto era primordialmente *Tum-tum*, que quizá databa de la cautividad babilónica. A veces, la palabra era *andreygenes*, evidentemente de origen alejandrino, helenístico: los dos sexos se fundían en una oscuridad erótica y perversa. La mezcolanza de arcaísmo y modernidad era especialmente atractiva para Ravelstein, cuya personalidad no cabía en lo moderno y, rebasándolo, se desbordaba sobre todas las épocas. Puede ser curioso, pero él era así.

Salió de cuidados intensivos incapaz de andar. Pero no tardó en recuperar el uso parcial de las manos. Debía tener manos porque tenía que fumar. En cuanto lo instalaron en la habitación del hospital envió a Rosamund a comprar un cartón de cigarrillos Marlboro. Rosamund había sido alumna suya y él le había enseñado todo aquello que era indispensable que conociesen sus alumnos para entender: los fundamentos e hipótesis de su sistema esotérico. Por supuesto que Rosamund era perfectamente consciente de que Ravelstein acababa de empezar a respirar por su cuenta y de que fumar le era perjudicial, peligroso..., era casi seguro que lo tenía prohibido.

—No hace falta que me digas que fumar ahora es una mala idea —le dijo a Rosie cuando la vio dudar. —Pero peor es no fumar.

Por supuesto que ella lo entendió, por algo había ido hasta la última de sus clases.

—O sea que he bajado, he comprado seis paquetes de Marlboro en la máquina, y se los he subido —me dijo Rosamund.

—Si no se los hubieras comprado tú, se los habrían comprado diez mensajeros —dije.

—Seguro que sí.

Del hospital entraban y salían sus mejores alumnos —su círculo íntimo—, se agrupaban, charlaban en la sala de espera.

El segundo día después de su salida de cuidados intensivos, Ravelstein, que no había recuperado el uso de las piernas, llamó una vez más a sus amigos de París y les explicó por qué no podía volver de momento. Había que renunciar al apartamento. Tendrían que abordar con mucho tacto a los aristócratas propietarios del mismo para recuperar el *dépôt de garantie*. Diez mil dólares. Igual podían devolverlos que negarse. Él se hacía cargo de sus razones, dijo. Las estancias de aquel piso eran las más bellas, las más distinguidas de cuantas había habitado en su vida, según dijo.

Ravelstein no contaba con recuperar el depósito, pese a sus numerosos contactos

con los círculos académicos franceses. Tenía muchas relaciones importantes en Francia, al igual que en Italia. Sabía muy bien que, desde el punto de vista legal, no estaba en condiciones de recuperar la fianza.

—Y menos teniendo en cuenta que, en este caso, el inquilino es judío y en el árbol genealógico del propietario hay un Gobineau. Esos Gobineau tenían fama de odiar a los judíos. Y encima yo no soy únicamente judío sino, además, americano, lo que todavía es más peligroso para la civilización, según su punto de vista. Pese a todo, no les importaba que un judío viviese en su calle siempre que pagase.

En un momento bajo, debilitado por la enfermedad, con los ojos entrecerrados, una voz que hacía confusas las palabras y un tono que les arrebatava gran parte de su significado —pasó varios días hablando con voz tan apagada como su mirada— siguió intentando decirme algo. Lo que quería contarme quedó claro por fin: que incluso en aquellos momentos estaba haciendo los trámites necesarios para el envío de un BMW.

—¿Desde Alemania?

Así era al parecer, aun cuando no me precisó si lo enviaban. Pese a lo cual me dio la impresión de que el coche ya estaba cargado en un barco mercante y se encontraba en mitad del Atlántico. O igual podían haberlo descargado ya y estarlo transportando en camión al Medio Oeste.

—Es para Nikki —dijo Ravelstein. —Considera que debe tener algo que sea exclusivamente suyo, algo fuera de lo corriente. Lo comprendes, ¿verdad, Chick? Además, quizá tenga que dejar la escuela suiza.

Esto no me lo planteó en forma de pregunta. Pero lo entendí perfectamente. Si a uno —como en el caso de Nikki— lo visten Versace, Ultimo y Gucci, no va a servirse del transporte público. Sin embargo, una vez satisfecha mi singular necesidad de recurrir al humor con una observación como aquélla, volví a estar en condiciones de pasar a la realidad. Y la realidad era que Ravelstein todavía no había salido de apuros, que dependía aún de eso que los médicos llaman «soportes vitales», que la parte inferior de su cuerpo seguía paralizada, que no le funcionaban las piernas y que, cuando saliese de la parálisis, se esperaban otras infecciones.

—Y ahora dime una cosa..., eeh, eeh..., Chick. ¿Qué aspecto tengo?

—¿Te refieres a la cara?

—A la cara, a la cabeza. Tú tienes buen ojo, Chick. Anda, no te reprimas.

—Pues tu cabeza parece un melón maduro colocado sobre la almohada.

Se echó a reír. Entrecerró los ojos y le brillaron; sentía una satisfacción particular ante mi reacción. Veía en la observación un indicio de unas facultades superiores en marcha. Con respecto al coche, dijo:

—La agencia quería venderme un BMW de color vino. Yo prefiero el color castaño. Por aquí hay una carta de colores... —señaló con el dedo, se la acerqué y la abrió con rápido movimiento.

Tiras y más tiras de colores de esmalte. Tras estudiar detenidamente los colores le

dije que el color vino no me convencía.

—Tú no te equivocas nunca en materia de gusto. Nikki piensa igual.

—Muy amable, jamás habría creído que Nikki se hubiera fijado en esto.

—Tal vez la ropa que llevas no sea de última moda, pero en ti había todos los ingredientes de un dandi, Chick..., tal vez en una fase incipiente y de una manera limitada... Recuerdo aquel sastre tuyo de Chicago, el que me hizo un traje.

—Que no te he visto nunca.

—Lo llevaba en casa.

—Pero después desapareció.

—Nikki y yo solíamos reírnos como locos comentando el corte. Era un traje perfecto para Las Vegas o para un político en la asamblea demócrata anual del Bismarck Hôtel..., no te enfades, Chick.

—No me enfado. Dedico una parte muy pequeña de mi sensibilidad a los trajes que llevo.

—Nikki dice siempre que tienes un gusto impecable para las camisas y las corbatas. Kisser & Asser.

—Sí, claro, Kisser & Asser.

—¡Sí! —dijo Ravelstein cerrando los ojos con delectación.

—No quiero cansarte —dije.

—No, no —los ojos de Abe siguieron cerrados. —Todavía estoy vivo para intercambiar agudezas. Tú me causas más beneficio que una docena de inyecciones intravenosas.

Sí, y además podía confiar en mí. Yo era uno de los que habían estado delante de la vidriera del hospital. *Ad sum*, como respondíamos cuando pasaban lista en la escuela... o *ab est*, como decíamos al unísono cuando quedaba vacante una silla.

Kilómetros y kilómetros de ciudad estaban cubiertos de esa desnudez de finales de otoño..., el endurecimiento frío de la tierra, los bulevares con los radios de sus ramales, el aspecto de desierto pintado que tenían los apartamentos, el verde de los parques que iba empalideciéndose..., la zona templada y sus estaciones desfilando a golpe de manivela. Llegaba el invierno.

Cuando volvió a sonar el teléfono, lo cogí de inmediato; quería ser biombo entre él y los que llamasen. Pero era la mujer de BMW y Ravelstein quería hablar con ella.

—Vamos a repasar la lista —dijo él. —¿Seguro que viene con transmisión manual? No quiero transmisión automática.

Sumados los extras, el coche costaría ochenta mil.

—Cuento con que dispondrá de almohadillas de seguridad en el asiento del pasajero y en el del conductor... Y ahora pasemos al color del interior..., la tapicería de cabritilla. El aparato de CD, instalado en la parte trasera, debe tener capacidad para seis discos. ¡Para ocho! ¡Para diez! ¿Y la puerta? ¿Tiene cierre electrónico? No queremos tener que ir de aquí para allá con las malditas llaves. Pues no le puedo remitir un cheque certificado. Estoy en el hospital. Me tiene sin cuidado que sea

norma de la empresa. Quiero la entrega el jueves a más tardar. Nikki..., el señor Tay Ling llega de Ginebra el miércoles por la noche. O sea que el papeleo tiene que estar resuelto. No, como creo haberle dicho, ahora estoy en una habitación del hospital ¡Eeeh..., eeh...! Puedo garantizarle que no es un manicomio. Ustedes ya tienen mi número de cuenta de Merrill Lynch. ¿Cómo? Seguro que puede aceptar un cheque a crédito, señorita Sorabh..., ¿cómo se escribe, *bh* o *hb*?

Las consultas diarias no eran menos de doce.

—¡Nikki es tan quisquilloso! —dijo. —Y además, ¿por qué no ha de ser perfecto todo? Quiero que esté contento en un cien por cien..., el motor, la carrocería, todos los cachivaches electrónicos. Todo en su sitio. Los estabilizadores equilibrados. Antes era el Harmonious Blacksmith^[8]..., ahora son los armoniosos ordenadores. En el coche nuevo no se oirán óperas barrocas. Sólo jazz chino..., o lo que sea.

Nikki, como yo sabía bien, era exigente. Era algo que se hacía patente incluso en las relaciones esporádicas que mantenía con la gente. Debía ser también así con los objetos.

—No quiero que parezca que BMW me toma el pelo debido a esta enfermedad. Tengo que anticiparme a cómo reaccionará Nikki. Aunque parece tranquilo, es muy tiquismiquis —dijo Ravelstein. —Es natural. Él comparte mi prosperidad, es lógico, pero no hace mucho que me dijo que le habría gustado recibir una señal de mi parte..., un gesto grandioso. No es sólo mi prosperidad, es nuestra prosperidad.

No lo invité a entrar en detalles. Como él y yo éramos íntimos amigos, me correspondía a mí deducir qué lugar ocupaba Nikki en su vida. Yo creía estar lo bastante al tanto para comprender. Pero quizá me equivocaba. A menudo Ravelstein me hacía dudar de mis cualidades.

—Con tantas garantías..., tardarás un mes en leerlas —le dije.

—Lo dices de una manera que parece un *vía crucis* —dijo Ravelstein con una sonrisa.

—Tú y Nikki estáis en buenas manos con esta gigantesca corporación alemana. Es una especie de monarquía burguesa. Me pregunto si usaron mano de obra esclava en tiempo de guerra.

Como tenía los brazos muy debilitados, sus manos me parecieron extrañamente grandes cuando encendió uno de los cigarrillos que le había llevado Rosamund. Pero al ver que lo dejaba en el cenicero y aventaba el humo con la mano, comprendí que alguien acababa de entrar en la habitación.

Era el doctor Schley, el cardiólogo de Ravelstein. También era mi cardiólogo. El doctor Schley era bajo y menudo, pero su delgadez no era en él signo de debilidad. Era un hombre severo. Contaba con el respaldo de su veteranía en el hospital, era el médico más importante de cardiología. No hablaba mucho. No tenía por qué.

—¿Se da usted cuenta, señor Ravelstein, de que acaba de salir de cuidados intensivos? Hace tan sólo unas horas que usted no podía respirar. Y ahora introduce humo en sus debilitados pulmones. Esto es muy serio —dijo Schley desviando

lateralmente hacia mí una mirada glacial. (Yo no habría debido permitir que Ravelstein encendiera el cigarrillo).

También el doctor Schley era totalmente calvo, llevaba bata blanca y por uno de sus bolsillos asomaba el estetoscopio, que asió con gesto enfurecido como si fuera un tirachinas.

Ravelstein no respondió. Se negaba a que lo intimidasen, pero todavía no estaba con fuerzas para discutir. En términos generales, a él los médicos le interesaban muy poco. Los médicos eran los aliados de la burguesía temerosa de la muerte. Él no iba a variar sus costumbres porque un médico se lo dijera, ni siquiera por Schley, a quien respetaba. Como Rosamund entendió muy bien cuando fue a comprarle los cigarrillos, Abe seguiría haciendo lo mismo que había hecho siempre. Jamás había sido enfermizo.

—Señor Ravelstein, le pido que deje el tabaco hasta que tenga los pulmones más fuertes.

Ravelstein no respondió, sólo hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza. Pero no de acuerdo. Ni siquiera miró al doctor Schley, su mirada llegó más lejos. Schley no era su médico principal. El principal era el doctor Abern. Pero, naturalmente, Schley formaba parte del equipo; es más, era uno de los jefes del mismo. En cuanto a mí, yo gustaba bastante a Schley..., pero en mi sitio. Al doctor Schley no se le oía decir gran cosa, pero por poco entendido que uno fuera en acústica mental, no tardaba en captar sus mensajes. Ravelstein era una figura relevante de los altos círculos intelectuales. No sería exagerado afirmar que Ravelstein era realmente importante. En cambio yo sólo era bueno a mi manera. Pero era una manera que distaba mucho de tener importancia.

Por lo general, Schley hablaba conmigo para decirme que debía mantener el nivel de quinina de mi organismo para controlar el ritmo de las pulsaciones cardíacas. Padecía de fibrilaciones y en ocasiones de insuficiencia respiratoria. Las dosis elevadas de Quinaglute que me recetaba me dejaban algo sordo, como hube de descubrir en el curso del tratamiento. En cualquier caso, mis dolencias cardíacas de tono menor eran prácticamente todo lo que me relacionaba con Schley. Ravelstein, por su parte, lo tenía fascinado. Veía a Ravelstein como un gran luchador en batallas culturales e ideológicas. Después de que Abe pronunciara su sensacional conferencia de Harvard y dijera a los asistentes que eran elitistas disfrazados de igualitarios, el doctor Schley me dijo:

—¡Pues sí! ¿Quién que no sea él tiene los conocimientos, la seguridad y la autoridad para decir tal cosa? ¡Y de una manera tan espontánea, tan natural!

En cuanto a Ravelstein, no se limitaba simplemente a tener un médico. Él quería conocer a todo aquél con quien se relacionaba. Su curiosidad era insaciable no sólo en lo que se refería a los estudiantes que atraía, sino también en relación con los comerciantes que trataba, los técnicos de alta fidelidad, los dentistas, los consejeros de inversiones, los barberos y, naturalmente, los médicos.

—Schley es aquí el mandamás —dijo. —La persona con más influencia. El que dicta las normas. Controla todos los departamentos y envía a los pacientes a su gente..., que es lo que ha hecho en mi caso. Pero después está su vida doméstica...

—No había pensado nunca en su vida doméstica.

—¿Conoces a su mujer?

—No la he visto en mi vida.

—Pues bien, su casa es, en todos los aspectos, un reino de mujeres. Su mujer y sus hijas lo mangonean todo. Su vida auténtica es la clínica y el laboratorio.

—¿En serio? Bueno, suele pasar con las personas que son muy estrictas...

—Como tú, Chick. Deberías saberlo, tienes una gran experiencia en este campo.

—Otro ejemplo más del hijo del hombre que no tiene donde reclinar la cabeza —dije.

—Bueno, no te lamentes. Tú te lo has buscado. No tienes por qué quejarte —dijo Ravelstein.

Era algo que no podía discutirle. Lo único que podía objetar era que el médico no tenía ningún amigo, ningún Ravelstein que lo llevara por el buen camino.

—El pobre Schley es cada día más médicamente correcto —prosiguió Ravelstein. —Su mujer es durilla, pero es que además están sus dos hijas solteras. Activistas las tres, centradas en causas como el feminismo, el medio ambiente. O sea que el doctor es un tirano en la clínica y un extraño en su casa.

—Y encima yo lo he puesto furioso —dije. —¡Un amigo de verdad te habría quitado el cigarrillo!

No dije a Ravelstein nada que él no supiera ya. Poco se le había escapado.

El BMW 740 llegó a punto..., servido una hora antes de que llegara Nikki. Éste se dirigió de inmediato al hospital. Ravelstein todavía no estaba en condiciones de caminar y sólo disponía del uso parcial de brazos y manos. Podía fumar, podía marcar números por teléfono. En los demás aspectos estaba, según la expresión francesa de su preferencia, *hors d'usage*. Así que llegó Nikki, Rosamund y yo salimos y esperamos fuera de la habitación.

Pasado un rato salió Nikki con lágrimas en los ojos. Rara vez hablaba de Ravelstein, ni conmigo ni con los demás amigos. Nos aceptaba porque habíamos superado el escrutinio de Abe. Nosotros éramos personas con las cuales Abe hablaba de asuntos que a él, Nikki, no le interesaban. Y Abe había aprendido a tomar en serio las opiniones de Nikki.

—Tienes que bajar inmediatamente y tomar posesión del coche nuevo —dijo Rosamund.

Bajamos con él y presenciamos cómo Nikki se sentaba detrás del volante. El chófer de la empresa estaba esperando para darle las instrucciones, según nos explicó Nikki después, con respecto a las especiales características del deslumbrante 740.

Observé los mandos y las luces del panel de control, parecía la cabina de un avión de bombardeo. Aquel coche me superaba, yo no habría sabido accionar el desempañador de los cristales ni bajar el capó.

Era evidente que, con aquel juguete despampanante, lo que pretendía Ravelstein era distraer a Nikki de las cuestiones médicas. Pero sólo lo consiguió en parte. Producía un cierto placer deslizarse en el asiento del conductor. Nikki me dijo que no pensaba volver a Suiza. Ahora todo quedaba en suspenso. Tendría que dejar colgado el curso de hostelería que estaba haciendo.

Cuando llegó el momento de volver a casa, Abe dijo que no quería hacer el trayecto en ambulancia. Quería que lo llevara Nikki en el 740. El doctor Schley dijo que, como Ravelstein no podía andar ni levantarse, tendrían que trasladarlo en camilla. Abe dijo que no necesitaba camilla ni ambulancia. Sus alumnos y sus amigos lo ayudarían a trasladarse de la silla de ruedas al 740.

Pero Schley se opuso de forma taxativa. Dijo que no pensaba firmarle el alta. Abe acabó por claudicar y se dejó levantar de la cama junto con toda la ropa y colocar en la camilla. No dijo palabra, pero no parecía triste ni resentido. Quedaba lejos de él la tristeza y el resentimiento de los enfermos.

El 740 ya estaba en el garaje. Bastó una llamada telefónica para que a los pocos minutos estuviera en la puerta.

Yo estaba relejendo las memorias de Keynes que Ravelstein me había recomendado como modelo a seguir. Siempre me llevaba un libro para entretener las horas de espera en la unidad de cuidados intensivos o los ratos en que el paciente dormía o reflexionaba en silencio..., como si durmiera. Me senté con Rosamund en el patio del edificio donde vivía Ravelstein y me puse a leer a J. M. Keynes.

El punto de las memorias de Keynes en que me encontraba era la entrega de oro por los alemanes en 1919 para financiar la compra de alimentos con destino a las ciudades bloqueadas y castigadas por el hambre. La comisión encargada de que se cumplieran los acuerdos del armisticio tenía su sede en Spa, la ciudad balnearia de moda junto a la frontera belga que había sido cuartel general del ejército alemán. Ludendorff tenía allí su mansión, al igual que el Káiser y Hindenburg. Advertías en seguida que Keynes escribía esotéricamente para sus íntimos de Bloomsbury, no para las masas lectoras de los periódicos.

Las tierras belgas estaban embrujadas, decía. «El aire todavía estaba impregnado de las emociones de aquel inmenso colapso. El lugar tenía una melancolía teutona y teatral con sus bosques de pinos negros». Me interesó mucho saber que Keynes consideraba a Wagner directamente responsable de la Primera Guerra Mundial. «Es evidente que la concepción que tenía el Káiser de sí mismo estaba conformada en ese aspecto. ¿Qué era Hindenburg sino el bajo y Ludendorff el tenor gordo de una ópera wagneriana de tercera categoría?».

Existía, sin embargo, el peligro de que Alemania pudiera derivar hacia el bolchevismo. Aumentaban el hambre y las enfermedades, y las cifras de mortalidad

perjudicaban a los aliados, según dijo Lloyd George en la Conferencia. Clemenceau en su respuesta «veía que, de necesidad, él concedía muchísimo». «De necesidad» era una expresión, señalé a Rosamund, que se había perdido.

Pero los franceses aún seguían poniendo objeciones a la proposición de los alemanes de utilizar el oro en pago de la comida. Clemenceau reclamaba el oro alemán en concepto de reparaciones. Uno de los ministros franceses, un judío llamado Klotz, declaró que había que permitir a los alemanes, que estaban muriéndose de hambre, que pagasen los alimentos de cualquier otro modo, pero no con oro. Le resultaba imposible llegar más lejos sin comprometer los intereses de su país, «que (sacando pecho y procurando darse aires de dignidad) habían sido confiados a su cargo».

Lloyd George —¿por qué me veo arrastrado una vez y otra hacia lo mismo? No sé explicarme por qué me afecta tanto— se volvió con odio hacia el señor Klotz, escribe Keynes. «¿Han visto alguna vez a Klotz? Un judío bajo, regordete, con abundantes mostachos, ojo inquieto, errabundo, y hombros ligeramente vencidos como pidiendo disculpas de forma instintiva. Lloyd George lo había odiado y despreciado siempre. Y en aquel momento, en un abrir y cerrar de ojos, se dio cuenta de que habría sido capaz de matarlo. Había mujeres y niños que se morían de hambre, gritó, y allí estaba el señor Klotz cotorreando a más y mejor sobre su “orooro”. Se inclinó hacia adelante y con un gesto de las manos indicó a todo el mundo la imagen de un judío odioso agarrado a una bolsa repleta de dinero. Con ojos brillantes, articulaba las palabras con un desprecio tan violento que parecía que las escupía. El antisemitismo, casi a flor de piel en una asamblea como aquélla, estaba en el corazón de todos. Todos miraron a Klotz con odio y desprecio repentinos; el pobre hombre estaba hundido en su asiento, visiblemente encogido... Volviéndose entonces, él [Lloyd George] requirió a Clemenceau para que pusiera fin a aquellas tácticas obstructivas; de otro modo, gritó, el señor Klotz se alinearía junto a Lenin y Trotsky entre aquellos que habían difundido el bolchevismo en Europa. El Primer Ministro se interrumpió. Se vio que en la sala todos sonreían con disimulo y cuchicheaban al vecino una palabra: “Klotsky”».

Otro judío, éste al servicio del gobierno alemán, era el doctor Melchior. No estaba tan bien relacionado con aquella delegación como Keynes, que se alineó en el bando de Lloyd George y contra Herbert Hoover siempre que se hablaba de cereales, productos porcinos o planes financieros. Parecía que Melchior opinaba igual que Keynes. Según lo veía Keynes, Melchior es «con su mirada fija, sus pesados párpados, su desvalimiento..., como un animal honorable que sufre. ¿No podríamos saltarnos los huecos formalismos de esta Conferencia, la puerta con tres cerrojos e interpretación triple, y hablar de la verdad y de la realidad como personas cuerdas y sensatas?».

Alemania se moría de hambre, Francia estaba exangüe. Ingleses y americanos estaban de veras dispuestos a suministrar alimentos. Había toneladas de cerdo

esperando a que Herbert Hoover diera la orden de iniciar los envíos. «Yo admitía que nuestro proceder reciente no había sido tal que permitiera confiar en nuestra sinceridad, pero le rogué [a Melchior] que creyera que yo, por lo menos en aquel momento, era sincero y veraz. Él estaba tan emocionado como yo y me parece que creyó en mis palabras. Los dos estuvimos de pie durante la entrevista. En cierto modo, aquel hombre me fascinaba... Él hablaría por teléfono con Weimar y yo lo instaría a que le concedieran un cierto albedrío... Hablaba con el pesimismo apasionado de un judío».

El sitio donde me encontraba leyendo, donde Rosamund y yo esperábamos la ambulancia que trasladaría a Ravelstein a su casa, era un pequeño patio situado al otro lado de la verja de hierro forjado. Un estanque de piedra, arbustos, hierba..., incluso flores de sombra. Allí habrían encajado bien ranas y sapos, pero habría sido preciso importarlos. ¿De dónde habrían venido? En los kilómetros de grava que rodeaban aquel santuario no había una sola rana. El patio era algo así como una cámara de descompresión. Para algunos de los inquilinos-profesores el lugar podía recordarles las grutas-retiro que algunos señores ingleses se construían en el siglo dieciocho. Había que protegerse frente a la cruda realidad. Para tener plena conciencia tanto del santuario como de los barrios bajos había que ser un Ravelstein.

—Allí —decía riendo—, los polis te dirán que no te pares ante una luz roja. En tierra de nadie, si te pararas podría ser el final.

No había que dejar que la historia de tu tiempo te engullera, decía a menudo Ravelstein. Citaba a Schiller al mismo efecto: «Vive con tu siglo, pero no te conviertas en su criatura».

El arquitecto que había montado allí aquella pequeña Alhambra, con caños por donde corría el agua y plantas de sombra, tenía la misma idea: «Vive en esta ciudad, pero no pertenezcas a ella».

Rosamund, sentada a mi lado en el borde del muro de piedra que rodeaba el estanque, no se sentía excluida mientras yo leía.

A Ravelstein le había costado un cierto tiempo acostumbrarse a vernos como un matrimonio. Era una actitud un poco extraña porque sentía un curioso interés por sus alumnos y Rosamund lo había sido. De haberle preguntado sobre el particular habría dicho que, dada la clase de educación que recibían, con su insólito interés «en los afectos» —en el amor, para decirlo lisa y llanamente—, hubiera sido irresponsable pretender que era posible separar la enseñanza de la unión de las almas. Era su manera anticuada de exponerlo. Naturalmente había una palabra griega para indicarlo, pero no se puede esperar que yo recuerde todas las palabras del antiguo vocabulario. Eros era un *daimon*, un genio o demonio personal proporcionado por Zeus como compensación por la cruel fractura de aquél todo humano andrógino original. Estoy seguro de haber captado bien esa parte del mito sexual aristofánico. Gracias a la ayuda de Eros buscamos todos, cada uno de nosotros, la mitad que nos falta. Ravelstein ponía auténtica avidez en esa búsqueda, empujado por el deseo. No

todo el mundo siente ese deseo o lo reconoce en caso de sentirlo. En la literatura lo sintieron Antonio y Cleopatra, Romeo y Julieta. Más próximos a nuestro tiempo, lo sintieron Ana Karenina y Emma Bovary; también lo sintió, dentro de su simplicidad e inocencia, la Madame de Renal de Stendhal. Y, por supuesto, otras personas, seres instintivos, sin que existiera un abierto reconocimiento, también lo han sentido de alguna manera oscura. Ravelstein estaba continuamente al acecho de eso y ponía en ello un empeño tal que no estaba más que a un paso de hacer de casamentero. Hacía todo lo que podía para colmar necesidades insatisfechas. Por ser un buen paliativo del dolor no siempre consciente que produce el deseo, tenía de por sí una importancia significativa. De una manera u otra, la vida tiene que seguir adelante. Hay que hacer matrimonios. Con el adulterio, lo que esperan los hombres y mujeres es una suspensión temporal y breve de ese dolor que causa la privación y que dura una vida entera. Lo que a ojos de Ravelstein convertía el adulterio en pecado venial era que el dolor que nos produce nuestro deseo nos trata de manera implacable. *Souls Without Longing*^[9] había sido el título operativo de su famoso libro. Sin embargo, para gran parte de la humanidad, hay que eliminar, de una manera u otra, el deseo.

—¿Cómo he llegado tan lejos?

Como observador honrado, me veo obligado a aclarar cómo operaba Ravelstein. Si alguien le importaba algo, era desde esa perspectiva desde la que lo veía. Todo el mundo habría tenido por increíble que dedicara tanta atención a cada caso particular, que pusiera tal interés en observar a los alumnos que había aceptado para introducirlos en una enseñanza superior o esotérica, los dispuestos a romper con la mayoría ortodoxa de las ciencias sociales que dominaba la profesión. Ya que si seguían a Ravelstein, les costaría encontrar trabajo. O sea que había que pensar en proveer a los jóvenes elegidos. Profesionalmente hablando, la opción que habían tomado era de resultados imprevisibles. Con frecuencia Ravelstein inquiría mi opinión.

—¿Y si Smith se emparejara con Sarah? Ese chico tiene tendencias desviadas pero no llegará nunca a desviarse del todo. Lo que pasa es que Sarah es una chica muy seria..., disciplinada, trabajadora, estudia bien. No es un genio pero tiene mucho en su favor. Tal vez tenga ese toque justo de masculinidad que puede satisfacer a Smith.

Estaba tan acostumbrado a pensar en apareamientos de esta índole que daba la impresión de que ya tenía preparado el mío cuando Vela se divorció de mí. Mis fallos eran tan evidentes que no se podía confiar en mí para que hiciera nada a derechas. Hacía siete u ocho años que, con todo acierto, Ravelstein había vaticinado:

—Vela no tardará en dar por terminado lo tuyo. Siempre está de congresos por todo el mundo. No para una semana entera en casa. Has estado demasiado sumiso con ella, Chick. Y ahora te encuentras con que no vives con ella sino con los vestidos que tiene colgados en el armario. Ella sólo necesita un marido para ser respetable. No creo que los hombres sean su mayor preferencia. Es un caso curioso, tiene los

atributos de una beldad pero no es una beldad, por muy bien vestida y maquillada que vaya. Lo que pasa es que tú, como artista que eres, Chick, la viste como un ser que tenía algo que ver con la belleza. No se puede negar que tiene bonitos ojos pero, si la observas bien, tiene como una especie de corrección militar europea. Y cuando te inspecciona a fondo, no das la talla. En lo que al aspecto intelectual se refiere, se te acerca pero seguidamente huye de ti todo lo rápidamente que le permiten sus tacones altos. Es rara, Chick. Pero es que tú también eres raro. Los artistas se enamoran, no se puede negar, pero el amor no es su don primordial. Lo que ellos aman es su elevada función, la utilidad de su genio, no a las mujeres en sí. Ellos ya cuentan con su fuerza impulsora. Ahora bien, Goethe tenía su *daimon*, y hablaba constantemente de él a Eckermann. Y en su vejez se enamoró de un ser joven y hermoso. Pero es evidente que aquel enamoramiento era *dérisoire*, puro absurdo...

Ésta era su manera de dejar abierto un tema..., no se mostraba del todo halagador, pero es que él no había halagado nunca a nadie, como tampoco se ponía nunca a tu nivel con el fin de humillarte. Creía simplemente que si uno estaba dispuesto a que atacaran y arrasaran la estructura de su autoestima demostraba su seriedad. El hombre debe ser capaz de oír y de soportar lo peor que puedan decir de él.

Pero hacía tiempo que, a su manera maravillosamente refinada y, al mismo tiempo, torpe y no-de-este-mundo, Vela ya había iniciado los trámites del divorcio. Resultó que hacía un año que se había buscado un abogado. Dicho abogado —una abogada—, que formaba parte de un colosal gabinete jurídico del centro de la ciudad, estaba perfectamente al corriente de la cuantía de mis bienes hasta la calderilla, por lo cual Vela exigía el veinticinco por ciento de mi cuenta corriente, libre de impuestos. Iba regularmente al centro para que le arreglaran el cabello y las cejas, y a comprarse vestidos y zapatos. También comía a menudo con algún amigo..., o con su abogada.

Nuestras rutinas domésticas brillaban por su ausencia. Entre nosotros había un acuerdo laxo..., una casa, no la sede del amor matrimonial, ni siquiera del afecto. Cuando escaseaban las provisiones, Vela iba al supermercado y daba rienda suelta al frenesí de la compra: manzanas, piñas, carnes para congelar, pasteles, budines de tapioca para los postres, latas de atún y tomate, arenques, cebollas, arroz, cereales secos para el desayuno, plátanos, vegetales para ensaladas, melones. Más de una vez la instruí en la manera de elegir un melón, que consiste en olerle la base, pero parece ser que no quería que vieses a una persona dotada de una belleza y delicadeza como la suya haciendo algo tan inconveniente. Compraba pan y bollos, polvos de jabón para el lavavajillas, estropajos de acero para los cacharros. Después enviaban a mi casa unas cajas de cartón llenas de comida por valor de varios centenares de dólares. Ella no regresaba al apartamento después de la compra, sino que seguía en coche hasta la universidad. Yo me encargaba de recoger el envío y de atiborrar de cosas la nevera y los estantes de la cocina. Pateaba después las cajas hasta dejarlas prensadas y las bajaba en el ascensor. Como estaba en buenos términos con el conserje, no quería cargarlo con la molestia de subir a mi casa a recoger los cartones.

Kerrigan, poeta y traductor que vivía con su suegra en el piso de arriba, me preguntó un día que por qué me encargaba yo de sacar la basura de mi casa, a lo que le respondí explicándole mi relación con el conserje.

—Todos, menos usted, se hacen respetar —me dijo.

Le respondí que quizás tenía razón pero que había que prescindir del conserje, y que el hombre también me había indicado de manera tácita que quería que respetasen su dignidad. Yo, por tanto, prefería cargar con las cajas aplastadas antes que plantearme la duda de si respetaba o no su exigencia personal de estima.

Hacia el final, sin darme cuenta de lo próxima que estaba la línea de fondo, yo seguía tratando de descifrar a Vela, de encontrar alguna pista de sus motivaciones. Ella prefería actos que palabras, admitiendo con ello que no podía competir conmigo verbalmente, y un día, mientras yo estaba leyendo un libro (mi dieta regular de palabras), irrumpió en mi habitación totalmente desnuda, se acercó a la cabecera de la cama y me restregó el vello púbico contra el pómulo. Al responder yo de la manera en que ella debía de saber que yo respondería, se volvió y salió de la habitación con todo el aire de haberse salido con la suya. Había vencido sin esfuerzo alguno y sin necesidad de pronunciar una sola palabra. Su cuerpo habló por ella, y muy eficazmente además, para anunciarme que el fin estaba cerca.

En el libro que yo estaba leyendo en aquel momento en la cama no había nada que pudiera serme de la más mínima utilidad. Tampoco podía salir en persecución de Vela para preguntarle:

—¿Por qué lo has hecho?

El gran apartamento estaba dividido en zonas: ella tenía la suya; yo, la mía. Yo habría debido perseguirla..., pero aun así se habría negado a hablar de la señal que me acababa de transmitir.

Así pues, recurrí a Ravelstein. Le llamé por teléfono y le dije que necesitaba hablar con él, y atravesé la ciudad en coche, un recorrido de dieciocho kilómetros. Lo tenía calculado: ocho manzanas, un kilómetro y medio; según lo previsto por los planificadores o fundadores originales.

Al llegar a su casa, acepté la taza de café que me ofreció. Necesitaba tomar algo fuerte. Conocía, naturalmente, su pasión por el tipo de anécdota que yo estaba a punto de poner en su conocimiento. Las extrañísimas ocurrencias de las criaturas sometidas a tensión: cuanto más estrafalarias eran, más le gustaban.

—Conque desnuda, ¿eh? Estaba haciéndote una declaración, como se suele decir. ¿Y cuál ha sido tu impresión? ¿Qué te parece que te estaba diciendo a su manera primitiva?

—Tengo la impresión de que ha querido decirme que ya no tengo acceso a ella.

—El despido, ¿no? ¿No te lo esperabas? ¿O, en el fondo del fondo, sabías que estaba cerca?

—La verdad es que lo veía venir. Ni ella ni yo hemos conseguido remediarlo.

—Lo que yo me digo es que puede haber cosas que se te han escapado, Chick. No

te echo la culpa por exigirle que se comporte como, según tu manera de ver y entender, debería comportarse una esposa. Pero también ellas, las mujeres, tienen su manera de ver y entender. Ella tiene un considerable prestigio en lo suyo. Es una científica de altos vuelos, según me han dicho, y a lo mejor no le apetece prepararte la cena, tener que marcar a las cinco y ponerse a pelar patatas.

—Se crió en un país donde la gente se moría de hambre...

—A ojos del mundo no es moco de pavo ser física del caos. Yo no sé qué significa pero tiene mucho prestigio. Tú eres el único que no le concedes mérito.

—Ha querido decirme que ya no tengo acceso a su cuerpo. Siempre que quiere decir algo importante prefiere actuar antes que hablar. Para decir a su madre que habíamos decidido casarnos, esperó a que anunciaran el momento de embarque en el aeropuerto el día que su madre tomaba el avión de regreso a Europa y, en el ultimísimo momento, le dijo: «He decidido casarme con Chick». La mujer me tenía odio. Vela hacía como que quería a su madre, pero la verdad es que le llevaba la contraria siempre que podía.

—¿Y a la inversa? ¿También es verdad? —preguntó Ravelstein.

—No lo sé yo ni nadie. La gente se toma la molestia de organizarse una imagen y esa imagen le confiere una coherencia o una apariencia de coherencia que parece exigir la sociedad. Pero Vela no se ha organizado ninguna imagen...

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Ravelstein. —Pero tú estás convencido de que ella tendría que amarte. Tendría que amarte porque tú eres digno de amor. Pero resulta que esa Vela tuya reserva su intelecto para la física. La idea de presidir una vida de familia rebotante de afecto es su antipremisa número uno. Y de aquí pasamos al supermercado, donde Vela compra vituallas por un valor de varios centenares de dólares, que unos delincuentes juveniles, bajo libertad condicional, vigilados por unos funcionarios que no los pierden de vista, te envían en cajas. Tú mismo te puedes cocinar toda esa mierda y comértela en soledad y después ponerte a restregar cacharros. Igual que hacía tu madre después de dar de comer a su familia con comida de verdad, preparada con amor. Tú creías que si conseguías que te preparase la cena con amor acabaría por quererte. Pues el comentario que te hace ella es satírico; te envía las vituallas. Porque ella pertenece a un universo completamente diferente. Y tú perteneces a un tercer universo, el de los judíos al viejo estilo, ya a punto de extinguirse. El alma del otro es una selva oscura, como dicen los rusos..., tú eres aficionado a los dichos rusos.

—En este momento no.

—Pues te garantizo que no son tan bondadosos como quieren hacernos creer. Todos esos imperios del Este están controlados por la policía.

—Y la selva oscura es el alma, pero allí no hay quien esté a salvo de la GPU. De todos modos, ahora no estoy de humor para agudezas.

—Lo sé —dijo Ravelstein. —Tu mujer te ha hecho saber que ya no tienes acceso a su cuerpo. El contrato de arrendamiento ha expirado. Aunque nunca hubo intención

de que fuera indefinido. No se puede esperar de la gente que viva sin amor o sin un simulacro de amor. La mayoría se contenta con una relación sexual cordial y agradable.

No esperaba que Vela se presentara en el juzgado cuando finalizaron los trámites, pero lo hizo. Llevaba una chaqueta abotonada hasta arriba, un atuendo más heráldico que femenino, un vestido con botones de latón desde el cuello hasta las rodillas, y se había arreglado con el maquillaje y el cabello tirante de una bailarina de salón. Tengo por imposible exponer los mensajes que emitía. Yo había tenido mi oportunidad, dada su extraordinaria y regia generosidad, y era evidente que yo la había perdido.

Vela había elaborado una racionalidad esotérica que era manifiestamente incognoscible, pero que estaba basada en principios de dieciocho quilates. A pesar de todo, su condición de reina tenía su lado defectuoso. Como uno se figurase que podía decir de dónde venía, se equivocaba. «Quizá parecía que este hombre (Chick) podía ser mi marido, pero era un error. Q. E. D.^[10]». Y se alejó con su curioso andar, cada paso un hoyo. Sólo participaban los dedos de los pies. Los tacones estaban solos. Pero no tenía nada de grotesco, sino que era curiosamente expresivo, si bien nadie habría sabido desentrañar su significado.

Rosamund no había sido una de las alumnas estrella de Ravelstein, pero era muy buena a su manera.

—Hace su trabajo tan bien como el primero. Su griego es más que satisfactorio y no se le escapa nada, entiende los textos a la perfección. Muy nerviosa e insegura con respecto a sí misma. Y muy atractiva, ¿no te parece? No es voluptuosa, pero sí bonita.

Él no lo sabía pero, por una vez, yo me había adelantado. No dejaría que Ravelstein me hiciera la evaluación de Rosamund. No le permitiría que arreglara mi matrimonio, como solía hacer con sus alumnos. Si no le importabas, le daba igual lo que hicieras. Pero si eras amigo suyo, mejor que no tomaras las riendas de tus asuntos. Le molestaba enormemente que sus amigos lo dejaran al margen de cualquier cosa que se relacionase con ellos..., sobre todo si los veía a diario.

La ambulancia del hospital que devolvió a Ravelstein a su casa se arrimó silenciosamente al bordillo y Rosamund y yo nos levantamos. Cerré el libro allí donde Keynes escribía una carta a su madre dándole cuenta de los deberes que le correspondían como ayudante del ministro de Hacienda en el Consejo Económico Supremo. La camilla de ruedas entró rápidamente en medio de un gran silencio y vi el melón liso y pelado de la cabeza de Ravelstein atravesando los arcos de la Alhambra y dejando atrás las plantas de sombra y el gorgoteo del agua en la pila recubierta de musgo. Nikki seguía, presuroso, la camilla a través de las puertas de bronce y vidrio.

Rosamund y yo entramos en el ascensor de pasajeros para subir hasta lo alto del edificio. Niños malvados tenían la costumbre de pulsar todos los botones y, a

menudo, el ascensor se iba parando en todos los pisos. Entre un continuo abrir y cerrar de puertas, la ascensión se convirtió en un viaje de quince minutos, por lo que cuando llegamos al piso más alto Ravelstein ya estaba en cama..., aunque no en la de cuatro pilares. Se había encargado una cama de hospital, sobre la cual un mecánico estaba instalando un gran triángulo equilátero de tubos de acero inoxidable. Ravelstein se serviría de él para desplazar el peso de su cuerpo. Cuando tuviera que trasladarse a la silla para las sesiones de fisioterapia, se deslizaría la base del triángulo debajo de sus muslos. Cuando agarraba débilmente el tubo de acero, el pequeño mecanismo instalado al pie de la cama levantaba muy gradualmente con un zumbido todo aquel aparejo de contramaestre. De repente, veías cómo las maltrechas piernas emergían entre las sábanas e iban levantándose. Y como no podía abrir del todo los párpados, la mirada no era de alarma total.

Seguramente había reflexionado sobre la cuestión, sobre la administración material de la vida, sobre los innumerables caminos que llevan a la enfermedad, a la lesión..., a la muerte, línea de reflexión insólita para él. Súbitamente apareció una enfermera, detrás de la cual permanecía, a manera de escolta, el mecánico (un técnico del hospital). Zarandearon a Ravelstein hasta dejarlo en el borde de la cama y, muy lentamente, lo bajaron a la silla de ruedas. El objetivo que perseguía el doctor Schley era que Abe se pusiera de pie para que se fortaleciesen sus músculos. Las largas, larguísimas piernas, no tenían pantorrillas y, a través de la zona interior de los brazos, muy blanca, se le entreveían las venas. Era inevitable pensar en la sangre contaminada que circulaba por ellas. Mientras la enfermera porfiaba por cubrirle los genitales, Ravelstein parecía reflexionar sobre alguna duda acuciante..., tal vez la de si tenía o no sentido luchar por la existencia. No lo tenía, pero él luchaba pese a todo. Asió el acero, probablemente muy frío, los puños junto a sus grandes orejas y a los cabellos de la zona occipital que le sobresalían por debajo del límite de la calva. Hay cabezas calvas que pregonan su fuerza. La cabeza de Ravelstein había sido una de ellas. Pero ahora se había convertido en una de las vulnerables. Creo que sabía qué facha tenía, «conducido a un lado por una tubería» mediante una especie de aparejo naval, de pronto abocado al terror..., a la histeria ridícula. Sin embargo, ya se había desprendido de su triángulo y estaba sentado en la silla de ruedas, el triángulo se había deslizado debajo de él y Nikki lo llevó a dar una vuelta por el piso. Rosamund y yo fuimos siguiéndolos de una habitación a otra.

No había nada fuera de su sitio. Del mantenimiento del piso se habían ocupado las dos señoras: Wadja, la polaca, que los martes se encargaba de la limpieza propiamente dicha, y la señora Tyson, la negra (demasiado mayor para trabajar de veras), que iba a la casa los viernes. La función que tenía a su cargo la señora Tyson consistía en mantener en su nivel apropiado la dignidad de las familias en cuyas casas trabajaba. Para Wadja, Ravelstein era un apestoso judío más, su imaginación desatada hacía que se lo representase en posesión de muchísimo dinero, una persona vocinglera e incomprensible. Ruby entendía mejor a Ravelstein: un profesor, un

personaje blanco y misterioso. Dentro de los límites que un blanco, por serlo, planteaba a su comprensión, veía a Ravelstein como una persona que se hacía cargo de los problemas que le acarreaba su hija prostituta, el hijo delincuente que tenía en la cárcel y el otro hijo con las dolencias del VIH y todo el embrollo de mujeres e hijos en que se encontraba metido cuya complejidad se resiste a la descripción. En tardes tranquilas, Ravelstein a veces escuchaba, medio soñando y medio entendiendo, las historias que le contaba Ruby Tyson, en realidad, al margen de su curiosidad. La anciana tenía unas maneras sureñas y dignas, imbuidas de una triste reserva. Cabe imaginar cómo debía de escucharla Ravelstein, qué caos de vida era la de aquella gente. Esa buena mujer estaba al corriente de aquellos manejos tan propios de los blancos en los que participaban decanos, rectores y burócratas académicos cuyas camas ella hacía y de cuyas salas de estar sacaba el polvo. Y conocía, qué duda cabe, sus problemas familiares, los secretos esotéricos, psiquiátricos, de sus mujeres, sobre los cuales informaba sin tardanza y al dedillo a Ravelstein. En el apartamento de éste la mujer no daba golpe y se pasaba la mayor parte del tiempo que le pagaban sentada en un alto taburete de la cocina. De vez en cuando, bajaba del mismo y cocía un pastel en el horno. La fornida, fuerte y agresiva Wadja se ocupaba de fregotear y restregar. Era Wadja la que movía los muebles de un lado a otro, la que limpiaba los retretes, la que hacía funcionar el aspirador, la que fregaba los platos, la que lavaba la cristalería. Como era propensa a los sofocos, se sacaba el vestido y la combinación. Mientras trabajaba sólo llevaba unos gigantescos sostenes y unos calzones bombachos inflados tipo zuavo.

Al ver a Ravelstein en su silla de ruedas, la cara de Wadja se torció en una mueca en la que se mezclaban la compasión y la ironía, acompañada de un levantamiento de cejas. Un cúmulo de comentarios no dichos se ocultaron detrás de aquel promontorio que formaba en su cara su respingona nariz. ¡Vaya, qué malo era aquello! Pero después de todo, no era más que un judío. A veces la oías mascullar por lo bajo «*Moishala*» mientras secaba objetos o les sacaba brillo. Débil los primeros días, Ravelstein la saludaba levantando un dedo índice, al tiempo que le decía a Nikki:

—¡Por el amor de Dios, apártala del Lalique!

A mí me dijo una vez:

—Fregotea las copas debajo del grifo, las desportilla con los golpes. El día que le mostré los estragos, se echó a llorar. Dijo que me compraría unas copas nuevas en Woolworth's. Y yo le dije: «¿Sabe usted lo que valen esas copas Lalique?». Cuando le dije la cantidad, se sonrió burlona y dijo: «¡Usted se burla, señor!».

—¿Le dijiste el precio?

—No puedes por menos de pensar si serán igual de brutas con los penes —dijo.
—¡Imagínate..., como fueran de cristal!

Llegado a este punto quizá debería ofrecer algún dato que ilustrase qué era yo para Ravelstein y qué era Ravelstein para mí. Fue algo que nunca estuvo demasiado claro para ninguno de los dos, los interesados. Ravelstein no habría considerado útil hablar del tema. Decía que estaba más que satisfecho simplemente viendo que yo seguía al pie de la letra lo que él decía. Cuando se puso enfermo nos veíamos a diario y sosteníamos largas conversaciones telefónicas, como correspondía a unos grandes amigos, que es lo que éramos. Éramos íntimos amigos, ¿qué otra cosa se puede decir? En los cajones de mi escritorio encuentro carpetas con páginas y más páginas sobre Ravelstein. Pero parece como si estos datos sólo abordasen la cuestión. No son términos modernos aceptables cuando de amistad se trata, ni de ninguna otra forma superior de interdependencia. El hombre es un ser que siempre tiene algo que decir sobre todo aquello que está bajo el sol.

Ravelstein estaba siempre dispuesto a decirme lo que fuese. Ahora bien, ¿por qué se molestaba en comunicarme a mí todas aquellas cosas aquel hombretón judío de Dayton, Ohio? Pues porque era algo que necesitaba comunicar con urgencia. Ravelstein era VIH positivo y moriría como consecuencia de las complicaciones que comportaba aquel hecho. Su debilidad lo hacía pasto de una interminable caterva de infecciones. Pese a ello, porfiaba en explicarme una vez y otra qué era el amor — carencia, conciencia de esa privación, ansia de recuperar el todo—, y cómo se entremezclaban los tormentos de Eros con los placeres más extáticos.

Si el momento actual tiene algo de bueno es que me permite recordar que, en lo que a mí se refiere, yo estaba entonces en libertad de confesar a Ravelstein lo que no habría podido decir a nadie más, desvelarle mis debilidades, mis secretos más degradantes y vergonzosos y muchas cosas encubiertas que van minando las fuerzas de uno. No pocas veces él había juzgado mis confesiones endiabladamente divertidas. Lo que más le divertía eran los supuestos asesinatos. Tal vez porque yo, sin querer, les daba un sesgo cómico. Sea por la razón que fuere, para él eran hilarantes, por lo que me dijo:

—¿Has leído al doctor Theodore Reik, el famoso psicoanalista boche? Decía que un supuesto asesinato al día, del psiquiatra lejos mantenía.

Que yo fuera duro conmigo, sin embargo, él lo veía como un signo positivo. El conocimiento de uno mismo exige severidad y yo estaba siempre dispuesto a

contender con aquel monstruo proteico —el yo—, lo que me dejaba entrever que, para mí, todavía existían esperanzas. Pero me habría gustado ir más lejos. Tenía la sensación de que uno no se deja conocer del todo a menos que encuentre la manera de comunicar ciertas cosas «incomunicables», la metafísica particular. La forma que yo tenía de enfocar esta cuestión era que uno, antes de nacer, no sabe nada de la vida en este mundo. El reto oculto consiste en captar este misterio, el mundo. Se viene de la nada, del no ser o del olvido primordial, y se irrumpe en una realidad articulada y plenamente desarrollada. No se ha visto nunca la vida. En el intervalo de luz entre la oscuridad, donde uno estaba esperando nacer, y la oscuridad de la muerte, que ha de recibirlo un día, tiene que captar lo que pueda de la realidad, que ya estaba en un estadio de desarrollo muy avanzado. Yo había esperado milenios para verla. Después, tras aprender a caminar —en la cocina—, me enviaron a la calle para que la inspeccionara más de cerca. Una de mis primeras impresiones fue altamente utilitaria: los postes de madera alineados en la calle. Tenían el color del castor, eran suaves y podridos. Los segmentos entrecruzados o los múltiples brazos sostenían multitud de alambres o cables en una interminable red de repetidores que caían, se remontaban, volvían a caer y a remontarse. En lugares fijos de aquel ascenso y descenso de cables se posaban los gorriones, arrancaban desde allí el vuelo y volvían al mismo punto para descansar. A lo largo de las aceras, ladrillos descoloridos revelaban con la puesta de sol su rojo original. En aquellos tiempos rara vez se veían coches. Lo que se veían eran cabriolés de alquiler, furgones cargados de hielo, los carros de la cerveza y los enormes caballos que tiraban de ellos. Yo conocía a la gente por su cara —roja, blanca, arrugada, manchada o lisa; sonriente o violenta o furibunda—, por sus ojos, bocas, narices, voces, pies y gestos. Cómo se inclinaban hasta el niño para hacerle una gracia o para preguntarle algo, o para importunarlo o atormentarlo con sus muestras de cariño.

Dios se me apareció muy pronto. Llevaba la cabellera peinada con raya en medio. Supe que éramos parientes porque había hecho a Adán a imagen suya y le había infundido vida con un soplo. Mi hermano mayor se peinaba de la misma manera. Entre mi hermano mayor y yo había otro hermano. La mayor de todos era mi hermana. En fin..., éste era el mundo. Yo, antes, no lo había visto nunca. Su primer regalo fue regalarse. Los objetos se acumulaban para atraerme y ejercían sobre mí un imperativo magnético que estaba allí presente para eso. Era un privilegio tener permiso para saber: ver, tocar, oír. No me habría sido imposible describirle todo aquello a Ravelstein. Pero él me habría respondido, quitando hierro al asunto, que Rousseau ya había cubierto el mismo territorio en sus *Confesiones* o en sus *Meditaciones de un paseante solitario*. Yo no quería que se me anticipara nadie en estas mis primeras impresiones epistemológicas, ni que nadie les quitara hierro. Por algo había pasado setenta años y más viendo la realidad bajo estos mismos signos. Presentía también que había tenido que esperar miles de años para ver, oír, oler y tocar esos misteriosos fenómenos, aguardar turno para la vida antes de desaparecer de

nuevo llegado el momento. Podría haber dicho a Ravelstein:

—Me había tocado el turno de vivir.

Pero Ravelstein estaba demasiado cerca de la muerte para hablarle en aquellos términos y tuve que abdicar de mi deseo de darme a conocer totalmente describiéndole mi metafísica íntima. Sólo un reducido número de espíritus selectos han encontrado la manera de expresar ese tipo de revelaciones en la música, la pintura o a través de la palabra.

Más penetraciones infantiles del mundo exterior: en la calle Roy, de Montreal, un caballo de carga resbala en el suelo helado. El ambiente está oscuro como boca de lobo. Un animal más pequeño se habría encontrado los pies, pero esa bestia de ancas enormes no puede hacer otra cosa que agitar los cascos en el aire. El percherón de larga pelambre, con ojos asombrados y venas conspicuas, necesitaría un gigante para salvarlo, pero lo único que tiene a mano es una multitud de hombrecillos, apostados en la esquina, que emiten opiniones. Dicen al policía que menos mal que el caballo se ha caído en la calle Roy, peor sería tener que escribir en el informe el nombre de la calle Lagauchettierre. Después hay una extraña e interminable procesión de muchachas, escolares que desfilan de dos en dos con sus negros uniformes. Su cara es tan blanca que parecen tuberculosas. Las monjas que las vigilan llevan las manos metidas en las mangas para tenerlas calientes. Los charcos de esa calle sucia son hondos y sobre el agua hay espumarajos de hielo.

En los niños esta impresión —la realidad real— es tolerada por los adultos. Hasta una cierta edad no se puede hacer nada. En las familias acomodadas dura más tiempo, quizá. Pero Ravelstein podía haber argumentado que en esto había un peligro de autocomplacencia. O uno continúa viviendo entre epifanías o se las sacude de encima, y se dedica a negocios y otras actividades, adopta unos principios racionales y se centra en la sociedad o en la política. Entonces se desvanece esa sensación de venir de «otro lugar». Según la teoría platónica, todo lo que uno sabe proviene de una existencia anterior en otro lugar. En mi caso, Ravelstein opinaba que la precisión de la observación había ido mucho más allá de donde debía y que, por esto, ahora se cultivaba por su misma extraña razón de ser. La humanidad reclamaba primordialmente nuestra atención y yo hacía excesivas concesiones a mi «metafísica personal», creía él. Su severidad me hacía bien. A lo largo de mi vida no me había dado por cambiar, pero consideré excelente que una persona que me apreciaba me señalase mis faltas y defectos. No estaba en mi ánimo, sin embargo, extirpar mediante cirugía crítica la lente metafísica con la que había nacido.

Ésta es una de las trampas que nos tiende una sociedad liberal: nos mantiene añiñados. Es probable que Abe hubiera dicho:

—A ti te corresponde elegir. O continúas viéndolo todo como un niño o pasas a hacer otra cosa.

Así pues, una vez más, Ravelstein estaba recuperándose de una enfermedad más y aprendía, por la que parecía ser la décima vez, a tenerse en pie. Nikki aprendió a

manejar el artefacto triangular y, tan pronto como Ravelstein se encontró mejor, Rosamund y yo seguíamos a Nikki tras la silla de ruedas guiada por éste. Ravelstein, con los ojos entrecerrados, tenía la cabeza caída hacia un lado. Empujado por Nikki, se paseaba sobre ruedas por su inmenso apartamento, destinado a espíritus más normales y más felices. Pero éste era su reino, con todas sus posesiones.

Rosamund, con lágrimas en los ojos, me preguntó si alguna vez volvería a ser el de antes.

—¿Vencerá el Guillain-Barré? Yo diría que las probabilidades están a su favor — dije. —El año pasado tuvo el herpes..., ese herpes lo que fuera. Peleó con él. Y salió vencedor.

—Pero ¿cuántas veces podrá?

—Todo está tal como tú lo dejaste —iba diciendo Nikki a Ravelstein.

Las alfombras y las colgaduras, los accesorios Lalique, los cuadros, los libros y los discos compactos. Había vendido la colección de viejos discos de fonógrafo, muy numerosa y bien seleccionada, para estar al día de los avances tecnológicos. De Londres, de París, de Praga y de Moscú le llegaban catálogos de discos ofreciéndole las últimas grabaciones barrocas. Los teléfonos de lo que Nikki y yo llamábamos el «puesto de mando» estaban desconectados. Sólo se mantenía «operativo», como decía él, el aparato del dormitorio de Nikki. En aquella ciudad millonaria no podía haber otro apartamento como éste, con sus valiosísimas alfombras antiguas por todas partes y, en el fregadero de la cocina, aquella máquina de dimensiones comerciales que, entre silbidos, hacía cafés *espressos*. Pero Ravelstein ya no podía hacerla funcionar. Sobre la repisa de la chimenea Judit seguía asiendo por los negros cabellos la cabeza de Holofernes. Éste se había quedado con la boca abierta. Ella con los ojos vueltos al cielo. El pintor quería que se viera a Judit como una sencilla hija de Sión, una belleza casta y natural, a pesar de que acababa de cortar la cabeza de un hombre. ¿Qué debía de pensar Ravelstein al respecto? Eran pocas las indicaciones, en sus aposentos privados, de sus preferencias sexuales. No había razón, en ningún aspecto, para hacerlo sospechoso de irregularidades del tipo más común..., los ridículos revoloteos seductores de los *gays* de otros tiempos. No soportaba los mariposeos de los afeminados.

En aquellos recorridos en silla de ruedas a través de su apartamento se hacía terriblemente evidente lo que sentía. ¿Qué pasará con todo esto cuando yo me haya ido? No me puedo llevar nada a la tumba. Esos hermosos objetos que compré en el Japón, en Europa y en Nueva York, con tantísimas deliberaciones y discusiones con expertos y amigos... Sí, Ravelstein se hundía. Jamás habría imaginado, viéndolo en su silla de ruedas, arropado con una manta, la amplia espalda encorvada y su cabeza de melón caída a un lado, hasta qué punto era impresionante su físico, qué poco contaban sus peculiaridades, sus tics e idiosincrasias, sus recientes enfermedades. Hacía años, a raíz de una visita a la casa de campo que tengo en New Hampshire, Ravelstein me preguntó si abrigaba un sentimiento de propiedad sobre aquella casa

de piedra rústica, los viejos arcos y los nogales, los jardines. Mi sincera respuesta fue que, a pesar de que me gustaban bastante, no me sentía propietario de todas aquellas hectáreas ni de aquellas cosas. O sea que, en caso de ocurrir lo peor y de que una milicia armada local arremetiera contra mí y se me llevara por ser un alienígena judío, la ofensa iría dirigida sobre todo contra el judío, no contra el propietario. Y, en ese caso, mi inquietud se centraría en la Constitución americana, no en mis inversiones. Las estancias, las piedras, la vegetación no hacían mella alguna en mis órganos vitales. De perder todas aquellas cosas, podría vivir en otro lugar. Sin embargo, si se destruyera la Constitución, el fundamento legal de todo, volveríamos al caos primigenio, como él solía advertirme.

En aquella visita, Ravelstein vino a verme desde Hanover a través de la Interstate 91, poniendo en riesgo su vida al conducir un coche de alquiler. Se ponía muy nervioso al volante. No tenía la coordinación suficiente para ir seguro por las autopistas. No conectaba con el vehículo a no ser como pasajero, era demasiado nervioso para sentarse en el asiento del conductor. Tampoco le gustaba el campo.

Decía, repitiendo el parecer de Sócrates en *Fedro*, que un árbol, por hermoso que sea, no dice nunca nada y que la conversación sólo es posible en la ciudad, entre hombres. Porque a él le encantaba hablar, pensar mientras hablaba, reclinar el cuerpo para atrás y dejarse inundar por el flujo de las ideas. Él instruía, examinaba, debatía, señalaba errores, celebraba los primeros principios, mezclaba el griego con la traducción simultánea y tartamudeaba locamente, riéndose a carcajadas mientras salpicaba sus exposiciones con chistes judíos.

En el campo nunca se sentía a sus anchas para tratar un tema. Miraba los bosques y los prados, pero mirar era lo único que podía hacer con ellos. Rousseau, tan amante de los campos y de los bosques, estaba en cierto modo en los pensamientos de Abe. Rousseau practicaba la botánica. Pero las plantas no eran el plato fuerte de Ravelstein. Podía comerse una ensalada, pero no veía qué interés podía tener meditar sobre ella.

Vino al campo a verme y la visita fue una concesión a mi inexplicable gusto por las lejanías y la soledad. ¿Por qué me enterraba en los bosques? Era muy evidente que él había examinado mis motivos desde más ángulos de los que a mí habrían podido ocurrírseme aunque hubiera reflexionado un eón sobre los mismos. También era posible que lo llenara de curiosidad mi esposa de entonces, Vela —eran los tiempos anteriores a Rosamund—, e intentara comprender por qué me había casado con aquella mujer. Y ahora esta consideración es para los lectores. Él poseía una inteligencia auténtica, una mente activa y pertinaz, mientras que yo sólo era plenamente inteligente en ocasiones. Lo que él elaboraba después de pensar y como resultado de pensar se asentaba sobre unos cimientos de principios comprobados. ¿Cómo puedo expresarlo?... Si habláramos de pájaros, él era un águila, mientras que yo era una especie de papamoscas.

Él sabía, sin embargo, que yo era capaz de entender sus principios, ni siquiera

tenía necesidad de explicármelos. Si Ravelstein hubiera tenido una única ilusión habría sido pensar que yo aceptaba que me corrigiera. Por algo era un maestro. Su vocación era ésta: enseñar. Nosotros somos un pueblo de maestros. Hace milenios que los judíos enseñan y aprenden. Sin la enseñanza el judaísmo sería imposible. Ravelstein había sido alumno o, si se prefiere, discípulo de Davarr. Es muy posible que no hayan oído hablar de ese formidable filósofo. Dicen sus admiradores que fue un filósofo en el sentido clásico del término. Yo no soy juez en ese tipo de cosas. La filosofía es un trabajo duro. Mis intereses discurren por una dirección totalmente diferente. Pero dentro de mis límites mentales tengo un respeto por el difunto Davarr. Ravelstein hablaba tantísimo de él que al final me vi obligado a leer algunos de sus libros. Tenía que hacerlo si quería entender lo que Abe se traía entre manos. Solía encontrarme al difunto Davarr por la calle y costaba imaginar que aquella persona tan insignificante, triplemente abstraída, con sus leves anteojos como tapadera de sus exaltados juicios, fuera el demonio herético tan odiado por los académicos de todo el país, Estados Unidos, e incluso del extranjero. Como uno de los representantes principales de Davarr, Ravelstein también era objeto de sus odios. Pero a él no le importaba en absoluto ser el enemigo. Ravelstein era cualquier cosa menos pusilánime. A mí no me importaban mucho los profesores como gremio. No han tenido mucho que ofrecernos en el insoportable siglo que ahora termina. Eso pensaba yo o solía pensar.

Es grato recordar la semana que Ravelstein pasó en el campo. La tranquila Nueva Inglaterra en largos y estrechos paneles: sol, verdor, un lecho de amapolas de un rojo anaranjado junto al rojo y blanco de las peonías.

Atisbando a través de las persianas venecianas (separaba y ensanchaba las tablillas con dedos temblones), veía las flores —precisamente entonces florecían las azaleas— y le parecía todo muy bien, pero el drama de la estación no tenía verdadero interés para él. No podía compararse con el drama humano.

—¿Siempre es así tu mujer? —me preguntó.

—¿Siempre es cómo?

—«Cómo», así decía uno. Encerrada catorce horas al día con sus libros y papeles, Vela aislada en su campestre habitación-armario.

—Ya te entiendo. Pues, sí. Así es como procede con su física del caos.

—Sentada sin moverse..., incluso sin respirar. Nunca se la oye respirar. ¿Cómo se las apaña para no ahogarse?

—Está preparando su trabajo. Parece ser que va a asistir a un congreso y tiene que comentar las investigaciones de otra persona.

—Debe de atrapar el aire al vuelo..., a rachas. La he observado —dijo Ravelstein—, creo que no inspira, a no ser de una manera subterránea.

Por supuesto que exageraba. Los hechos, sin embargo, avalaban sus afirmaciones. Además, se las había ingeniado de manera que se me hiciese aceptable la manera que tenía de hablar de ella. Antes de que yo tuviera tiempo de coincidir o no con su

enfoque, ya me había convencido. A lo que él apuntaba era a que yo no tenía por qué aceptar el comportamiento de Vela. Cuando íbamos al campo, ella se encerraba en su habitación. Entonces se creaban dos soledades. Así eran nuestros veranos en Nueva Inglaterra: bajo un mismo sol, en un mismo planeta, pero con dos existencias separadas.

Ravelstein vino a New Hampshire para estar conmigo muy poco tiempo y vio inmediatamente dónde me había metido. Detestaba el escenario rural, pero por mí dejó su vida en suspenso. No le gustaba haber abandonado el tablero de mando que tenía en la ciudad. Estar desconectado de sus informantes de Washington y París, de sus alumnos, de la gente que había formado, de la cuadrilla de hermanos, de los iniciados, de los pocos felices que lo rodeaban, le hacía sentir extremadamente incómodo.

—O sea que así es como pasas tus veranos —comentó.

Siempre que podía iba a París y se quedaba una semana o, mejor aún, un mes. París, lo admitía, ya no era lo que fue una vez. Pese a ello, a veces citaba aquella frase de Balzac que decía que nada de lo que ocurría en el mundo podía *ser* a menos que hubiera sido observado, juzgado y certificado por París. Con todo, habían pasado los viejos tiempos. Las zarinas y los reyes ya no iban a París en busca de poetas y filósofos. Cuando extranjeros como Ravelstein hablaban de Rousseau ante un público francés, la sala estaba atiborrada de gente. Daba la impresión de que Francia todavía sabía acoger a los genios. Pero eran muy pocos los intelectuales franceses que Abe Ravelstein habría calificado con buena nota. Le tenía sin cuidado el desatinado antiamericanismo. No le hacía ninguna falta el amor de los parisinos, no necesitaba halagos. En términos generales, prefería su perversidad a su civilización.

París (ésta es una acotación importante) fue la ciudad donde Abe Ravelstein y Vela tuvieron su primer tropiezo. Él se encontraba en la ciudad cuando Vela y yo nos trasladamos en avión a allí para recoger un premio que se concedía a escritores extranjeros. Nos alojamos en el Pont Royal Hôtel. Impaciente, lleno de entusiasmo, ansioso de verme, Ravelstein dio una voz desde la antecámara y, sin aguardar respuesta, irrumpió en la habitación. Dispuesto a abrazarme..., a mí o a Vela, el primero que se le pusiera a tiro. Pero ella estaba en combinación. Giró en redondo, echó a correr y se encerró de un portazo en el cuarto de baño. Abe y yo, felices de volver a vernos después de muchos meses, no nos paramos a pensar en Vela ni en la inconveniencia de Ravelstein al entrar como una tromba en nuestro cuarto. Lo mínimo que podría haber hecho era dar unos golpecitos en la puerta. Al fin y al cabo, aquél era el dormitorio de ella, como hubo de recordarme Vela.

Yo habría debido entender, al ver a Vela, pudibunda, huir corriendo, que Ravelstein se había hecho culpable de un ultraje. Pero yo no quería tener en cuenta el concepto que ella podía hacerse de la compostura. Después me diría que no perdonaría nunca a Ravelstein que hubiera entrado de aquella manera en su habitación. ¿Por qué se había precipitado en el cuarto sin avisar antes de que ella se

vistiera?

—Pues..., porque es impetuoso —dije. —En un hombre como Ravelstein..., uno de sus encantos es que actúa movido por impulsos...

Pero aquello no aplacó a Vela. Cada palabra que yo pronunciaba para justificar a Ravelstein o para defenderlo engrosaba inmediatamente aquel cúmulo de cosas que alimentaban su sed de venganza y que después dispararía contra mí.

—Yo no he venido a París a ver a tus amigos —me dijo—, ni a que me sorprendan medio desnuda en mi cuarto.

—Enseñas más en la playa —le dije—, con eso que los minimalistas de la moda llaman traje de baño.

Vela también rebatió esta objeción.

—Es un contexto diferente. Además, una tiene derecho a prepararse. Tú me hablas en un tono de superioridad que no parece sino que quieres rebajarme, que me tienes por una ignorante. Quisiera recordarte que estoy a la misma altura en mi campo que tú en el tuyo.

—Por supuesto. O a más —dije.

Estoy acostumbrado a que me miren por encima del hombro los hombres de negocios, los abogados, los ingenieros, los personajillos de Washington, diversos científicos. Incluso sus secretarias, que tienen sus referentes en la televisión para establecer su escala de valores y que esconden sonrisas detrás de la mano y se aplauden una a otra con las manos en alto cuando aparezco..., incomprensible memez.

O sea que dejé que Vela se sintiera todo lo superior que le apeteciera, mientras que Ravelstein dijo que yo habría debido tener más orgullo y que era falso que yo fuera tan dócil como eso. Pero yo no me sentía inclinado a salirme de mi camino y doblegarme ante tantos críticos. Era plenamente consciente de la realidad y de mis defectos. No apartaba de mis pensamientos la idea de que la muerte estaba acercándose, de que puede presentarse en el momento más impensado.

De todos modos, yo habría debido prever que Vela haría una montaña de la «inconveniencia» de Ravelstein. Estaba preparada para cantarme las verdades con respecto a Abe, por lo que aquella irrupción de éste en la habitación del Hôtel le brindó la ocasión que estaba esperando.

—No quiero volver a verlo por aquí —dijo. —Lo que también te pido es que recuerdes que me prometiste llevarme a Chartres.

—Eso dije. Y por supuesto pienso llevarte..., quiero decir que iremos juntos.

—Podemos invitar a los Grielescu. Son viejos amigos nuestros. El profesor Grielescu vendrá seguro. Nanette no creo..., hace mucho tiempo que no hace desplazamientos tan largos. No quiere que la vean a la luz del día.

También yo lo había observado. La señora Grielescu había sido una mujer deslumbrante en sus tiempos, una de aquellas *jeunes filles en fleur* sobre las que se leía hace mucho tiempo. Grielescu era un famoso erudito, no exactamente un

seguidor de Jung..., pero tampoco ajeno del todo a Jung. Era difícil clasificarlo.

Ravelstein, que no acusaba a nadie porque sí, decía que los estudiosos especializados en este tipo de cosas consideraban a Grielescu un Guardia de Hierro relacionado con el gobierno fascista de la Rumania anterior a la guerra. Había sido agregado cultural del servicio extranjero durante el régimen nazi de Bucarest.

—A ti no te gusta pensar en estas cosas, Chick —dijo Ravelstein. —Y estás casado con una mujer que te tiene atemorizado. Naturalmente, tú dirás que es una ignorante en materia de política.

—De política entiende muy poco...

—Naturalmente, ella cree que el científico debe estar por encima y más allá de la política. Pero son sus amigos. Hay que considerar los hechos como son.

—Tengo que admitir que Radu Grielescu marca las normas de conducta de los europeos del Este que se mueven en su círculo —dije.

—Te refieres a todas esas mierdas de la cortesía masculina, claro.

—Sí, más o menos. El hombre considerado, el único que es como se debe ser, el que recuerda los cumpleaños, la luna de miel y otros aniversarios conmovedores. Hay que besar la mano de las señoras, enviarles rosas, arrastrarse por el suelo, retirar las sillas, precipitarse a abrirles la puerta y dar órdenes al *maître d' h*. En un marco así, la mujer espera que la mimen, le tengan deferencias, se enamoren de ella.

—¿Esos pelmazos que hacen de *chevalier a votre service*? Naturalmente, no es más que un juego. Pero a las mujeres les embelesa.

El trayecto desde la estación de Montparnasse a Chartres fue muy corto. Ya que tenía que llevar a Vela a ver la catedral, prefería que fuera en un día de mercado en la temporada de las fresas. Pero a Vela en realidad no le interesaba Chartres salvo para que la llevaran allí. La arquitectura gótica y las vidrieras emplomadas le importaban un rábano. Lo único que quería era hacer su voluntad.

—Te pone un sinfín de condiciones, ¿verdad? —dijo Ravelstein. —¿No te obligó a que le trajeras todo el equipaje hasta aquí?

—Sí, es verdad. Llegué vía Londres.

—Y como ella no podía anular una cita previa que había concertado, tuvisteis que venir por separado. Y tú cargaste con sus vestidos de gala...

Eran cosas que no contribuían a que Ravelstein me admirase. Y quiso dejarlo perfectamente claro. El cuadro que había pintado de mi matrimonio distaba mucho de ser halagador. Los escritores no son buenos maridos. Reservan el Eros para el arte. O quizá es que son desatentos. En cuanto a Vela, todavía la juzgaba con mayor rigor.

—Tal vez no habría debido entrar de aquella manera en la habitación —eso lo admitía, pero añadió algo más—, aunque la verdad es que no había mucho que ver. En cualquier caso, a mí no me interesaba. No estaba precisamente desnuda. Llevaba una combinación y todo tipo de cosas debajo. O sea que, ¿a qué viene tanto revuelo?

—El protocolo —le expliqué.

—No, no. Nada de protocolo. Esto ni siquiera es protocolo —disintió Ravelstein.

Yo no acostumbro a tener problemas con las palabras. Lo que quería decir era que no estaba preparada para que la viera nadie. A menos de haber vivido con ella, nadie habría imaginado todo lo que hacía Vela por las mañanas con su cabello, sus mejillas, sus labios (especialmente el superior)..., las fases de los preparativos. Era preciso que todos vieran lo hermosa que era. Pero la suya era una belleza de escaparate y, por esto, exigía un nivel de preparación de West Point o de húsar Habsburgo. Me haré sospechoso de prejuicios, pero puedo asegurar que me he tropezado en la vida con cosas verdaderamente estafalarias. Se da la circunstancia de que soy marido en serie y en este aspecto he tenido un problema de supervivencia.

Ravelstein dijo:

—Vela proviene de la región del Mar Negro, ¿verdad?

—¿Y eso qué tiene que ver, suponiendo que sea así?

—¿Del este del Danubio? ¿De los Cárpatos?

—No sitúo el sitio con exactitud.

—No tiene demasiada importancia —dijo Abe. —Una gran dama modelo Europa oriental. Ninguna francesa moderna habría montado ese número. La gente de la Europa oriental suele mirarse en Francia. En su país no hay vida, su país es un asco, por eso sólo quieren verse bajo una luz francesa. Es válido para gente como Cioran o incluso nuestro amigo..., tu amigo..., Griesescu. Tienen la esperanza de que así se volverán franceses. Pero tu mujer es todavía más peculiar...

Le paré los pies. Me habría hecho acreedor de deslealtad de haber admitido que, en efecto, Vela era una variedad muy curiosa del tipo de fenómeno que él describía. Yo la veía con ojos de amante. Aunque no del todo. También con ojos de naturalista. Era una mujer muy hermosa. Y debo admitir que ciertos rasgos de su rostro me recordaban a Giorgione. En un mapa pequeño podrían situarse los orígenes de Vela en Grecia o incluso en Egipto. Por supuesto que un intelecto de alto nivel es un fenómeno universal y Vela tenía un cerebro de primera división. Como mínimo la parte científica del mismo era merecedora de particular respeto. Ravelstein, en cambio, sostenía que entre los científicos eran escasos los ejemplos de grandes personalidades. Filósofos, pintores, estadistas, abogados de gran categoría sí los había. Pero grandes espíritus, hombres o mujeres, en el campo de las ciencias, eran extremadamente raros.

—Lo grande es su ciencia, no las personas.

Tengo que dejar París y volver a New Hampshire.

Unos pocos días en el campo me hicieron llegar a la conclusión de que la visita de Ravelstein era una prueba del afecto que me tenía. Los campos, los árboles, los estanques, las flores, los pájaros no le interesaban en absoluto: suponían un despilfarro de tiempo para un hombre superior como él. ¿Por qué había renunciado a su batería de teléfonos, a sus restaurantes y a todas las ventajas y alicientes eróticos de Nueva York o Chicago? Pues porque quería tener, en New Hampshire, una visión directa de lo que pasaba entre Vela y yo.

Le bastó un día.

—Me he fijado —me dijo—, y he visto que te tiene amarrado a la pata de la mesa —dijo. —¿No hacéis nada juntos? ¿No salís nunca de excursión?

—No, ¡figúrate!

—¿Y a nadar?

—Alguna que otra vez ella se zambulle en el estanque del vecino.

—¿Y barbacoas, comidas campestres, visitas a los amigos, fiestas?

—Son cosas que no le pirran.

—Ella no puede hablar contigo de lo que más le interesa...

Su rostro, enorme, me abrumaba y, reteniendo el aliento, me llevó a considerarlo todo, en silencio, desde su punto de vista: ¿por qué someterse al tormento de unas tensiones diarias que no tenían trazas de terminar nunca?

Todo lo que necesitaba Vela, como decía a menudo, era permanecer sentada en un rincón tranquilo con un bloc de notas y hacer sus diagramas, las rodillas levantadas, sin respirar, inmóvil. Pero es que en aquellos momentos, además, dirigía corrientes negativas hacia mí. La belleza de aquel rincón de New Hampshire, con sus grandes arces y sus nogales de siglos de antigüedad..., la vincapervinca y los musgos en los rincones umbríos significaban..., bien, para Vela significaban muy poco. Ella estaba sumida en grandes abstracciones.

—¿Qué lugar ocupas tú en todo esto? —dijo Ravelstein. —Quizá seas todo lo que un hombre puede conseguir de ella... Así pues, la pregunta fascinante es si ella se concentra en su ciencia o en su trabajo de bruja, puesto que eso es lo que parece dada tu ignorancia.

A mí aquélla me pareció una buena manera de plantear el caso.

—La pauta normal que ella sigue —dije, —consiste en hacer el equipaje cada equis semanas, incluyendo en él los vestidos de fiesta, puesto que también hay reuniones sociales, no todo es duro trabajo científico. Sale de estampida en su Jaguar blanco y asiste a congreso tras congreso a lo largo de la Costa Oeste.

—¿No dirías que, dejando aparte el matiz de desprecio que esto comporta para ti, no sientes un cierto alivio cada vez que se va?

Ravelstein podía ser comprensivo conmigo, pero a menudo especulaba con mis paradójicas extravagancias.

—¿Qué sacas tú de este sitio? —dijo. —Éste debería ser tu retiro, un lugar verde y tranquilo para pensar y trabajar. O por lo menos para avanzar tus proyectos...

En general, yo era abierto con él y hasta me sentía dispuesto a incitar sus críticas. Se interesaba sinceramente en la vida de sus amigos, en su carácter, en su intimidad más profunda..., en sus necesidades o manías sexuales. A veces me sorprendía por la objetividad de sus observaciones. No trataba de imponerse sacando a relucir tus imperfecciones. Yo, en cierta manera, agradecía que me sometiera a observación y, por eso, le hablaba abiertamente de mis peculiaridades.

Puedo ofrecer una conversación como muestra.

—Te concedo que éste es un lugar hermoso y tranquilo —dijo Ravelstein—, pero ¿puedes explicar en qué te beneficia la naturaleza..., a ti, un judío de tipo urbano? Tú no eres un trascendentalista puesto al día.

—No, no es mi campo.

—Y para tus vecinos del campo eres una bestia que mejor si se hubiera ahogado con el Diluvio.

—Sí, ni más ni menos. Pero no me preocupa encajar en la comunidad ni agregarme a ella. Lo que me atrajo del lugar fue la quietud que tengo a mi alrededor...

—Ya lo hablamos en otra ocasión...

—Sí, porque es importante.

—La vida se escapa a toda marcha. Los días vuelan más rápidos que una lanzadera. O que una piedra lanzada al aire —dijo como un padre indulgente. —Con una aceleración de caída de nueve metros setenta y cinco centímetros por segundo, metáfora de la horrisona velocidad con que se aproxima la muerte. A ti te gustaría que el tiempo fuera tan lento como en la infancia..., cada día toda una vida.

—Sí, pero para conseguirlo necesitas algunas reservas de quietud en tu espíritu.

—Como ha dicho un ruso —dijo Ravelstein. —No sé cuál, pero tú siempre te refieres a los rusos, Chick, cuando tratas de explicar en profundidad lo que te traes entre manos. Pero es que además llevas años debatiendo el problema de organizar tu vida..., es decir, tu vida privada. Y esto ha hecho que te conviertas en el propietario de esta casa y de estos arcos de trescientos años de antigüedad, por no hablar además de la alfombra verde de los prados y de las paredes de piedra. La política liberal de nuestro país permite la intimidad y la libertad, que la vida personal no se perturbe. Pero tus días se aceleran, vuelan raudos..., y tu esposa está decidida a boicotear tu proyecto de tranquila realización. Tiene que haber una expresión rusa especial para esta..., eeh, eeh..., constelación. Comprendo que te sedujera. Es una mujer con mucha clase cuando está de buenas y tiene una figura sexy...

Al principio Ravelstein había tenido buen cuidado de no ofender a Vela. En honor a nuestra amistad, quería proceder con tiento en lo que a ella respectaba y, por esto, se mostraba amable y especialmente atento cuando ella hablaba. Era deferente con ella. Lo hacía como un virtuoso, como un Itzhak Perlman que interpretase canciones de cuna para una niña pequeña. Pero había que situar aparte sus opiniones más hondas. Cuando irrumpió en la habitación del Hôtel de París todavía estaba protegido por la *entente cordiale* que mantenía con Vela. Él nunca se mentía con respecto a lo que observaba. Las notas mentales que tomaba eran exactas.

Pero él y yo nos habíamos hecho amigos —estábamos profundamente unidos— y, de no habernos entendido de manera mutua y espontánea, esa amistad no habría sido posible. En aquella ocasión reclinó en el respaldo de la silla su cabeza calva, manifiestamente calva. Las dimensiones de su cara, que era grande, pálida, surcada de pliegues, me hizo pensar en la fuerza de los músculos del cuello y de los hombros

que sustentaban la cabeza, puesto que sus piernas tenían el músculo mínimo, el justo necesario para servir a sus propósitos o hacer su voluntad.

—Habría sido muy fácil establecer una buena conexión. Pero tú necesitas un reto extremo. O sea que te ves abocado a tratar de complacer a una mujer. Aunque ella se niega a que la complazcan..., o a que la complazcas tú, en todo caso. —Menos mal que tienes una vocación —prosiguió. —O sea que ésta es una cosa secundaria. No se trata de un caso auténtico de esclavitud sexual o de psicopatología. De Servidumbre Humana, sí. Aunque para ti sea sólo marginal. Puede tratarse simplemente de que te diviertas y te distraigas entre la inocencia verde y pura de las Montañas Blancas con esos vicios menores..., las torturas sexuales.

—Desde el día en que te lanzaste sobre nosotros en París dice que tú y yo nos entendemos.

Aquello lo frenó en seco. En medio del silencio contemplé cómo aquella «información» inesperada era procesada por un aparato —y lo digo en serio— de gran potencia. Que Ravelstein poseía una inteligencia inmensa es algo que no puede discutirse. Él estaba en la cumbre de una escuela. Eran muchos los centenares de personas de aquí y de Inglaterra, Francia e Italia que lo veían de ese modo. Había interpretado a Rousseau para los franceses, a Maquiavelo para los italianos, etcétera.

Después de una pausa, dijo:

—¡Ah! Cuando dice que nos entendemos, ¿quiere decir lo que me figuro que quiere decir? ¿Eso después de tantos años de matrimonio? ¿Cuántos años hace que estáis casados?

—Doce años enteros —le dije.

—¡Doce! ¡Qué lamentable! —dijo Ravelstein. —Es como si tú mismo te hubieras condenado a ir a la cárcel. Y hasta eres un marido fiel. Has cumplido día tras día, uno tras otro, sin permisos por buena conducta y sin solicitar la libertad condicional.

—He estado muy ocupado con un trabajo absorbente —dije. —Por la mañana ella se viste y se pinta, y después comprueba en tres espejos con luces diferentes cómo le queda el peinado, cómo lleva la cara y cómo está su figura: el espejo del vestidor, el del cuarto de baño y el del lavabo de los invitados. Después sale por la puerta principal dando un portazo. Yo me quedo que no sé si me duele la cabeza o el corazón. Pero esto me concentra las ideas.

—Ya no sabe qué ponerse —dijo Ravelstein. —Todas esas materias extrañas..., ¿qué era aquello que llevaba el año pasado? ¿Piel de avestruz? Y finalmente te acusa de que tienes una relación sexual corrupta conmigo. ¿Y tú qué le dijiste?

—Me reí a gusto. Le dije que ni siquiera sabía cómo se hacía el acto y que, a mi edad, no me apetecía aprenderlo. Parecía una broma. Aunque ella no me creyó...

—No podía —dijo Ravelstein. —Le había costado demasiado inventar una acusación tan lamentable como aquélla. Su ámbito mental es extremadamente limitado por ese lado..., aunque me han dicho que es muy buena en física del caos.

Aquella información debía haberle llegado por vía telefónica. La vieja expresión

«tiene más conexiones que una centralita telefónica» ahora estaba sepultada debajo de los montones de datos que acumula la expansión desorbitada de la tecnología de las comunicaciones.

Ravelstein había averiguado algunos datos sobre Vela a través de los amigos que tenía en todas partes y se disponía a decirme mucho más de lo que yo quería oír. O sea que me taparía los oídos con las manos y cerraría con fuerza los párpados. Pero a esta edad uno ya no puede conservar la inocencia. Las nueve décimas partes de la inocencia de hoy en día son poca cosa más que indiferencia ante el vicio, actitud que no se ve afectada por todo lo que uno pueda leer, oír o ver. El amor al escándalo hace ingeniosas a las personas. Vela era ingeniosa en la ciencia e inocente en su conducta.

Uno no podía, como amigo íntimo de Ravelstein, dejar de enterarse de muchísimas más cosas de las que a uno le apetecía saber. Pero ahondando a una cierta profundidad, hay zonas de la psique que pertenecen aún a la Edad Media. O incluso a la época de las pirámides o al Ur de los caldeos. Ravelstein me habló de las relaciones que Vela tenía con personas de las que no había oído hablar en mi vida. Me dijo también que estaba dispuesto a darme los nombres de mis rivales. Pero yo no le quise escuchar. Puesto que ella no me amaba, yo, recurriendo a potencias biológicas innatas, me había escudado detrás de mi escritorio y había finalizado unos cuantos proyectos pospuestos desde hacía mucho tiempo, mientras iba citando a Robert Frost para mis adentros:

*Puesto que tengo promesas que cumplir
Y antes de acostarme millas que cubrir.*

Que a veces cambiaba por:

*Puesto que tengo mucho que cocinar
Y lejos llegar antes de despertar.*

El chiste era a mi costa, no a costa de Frost, un tipo sentencioso cuya conversación giraba primordialmente en torno a sus cosas, sus logros y triunfos. No se puede negar que sabía promocionarse. Era un genio de las relaciones públicas. Pese a todo, fue un escritor dotado de raros dones.

Enterarme de la supuesta mala conducta de Vela me desestabilizó. Cuando recuerdo lo que me contó Ravelstein sobre las variadas aventuras de Vela, pierdo pie, me tambaleo. ¿Por qué tenía tantos congresos en verano? ¿Por qué no me dejaba números de teléfono que me permitieran contactar con ella? Ni que decir tiene que eran cosas que no habrían interesado a Ravelstein de no tratarse de hechos singulares. Como ya he dicho, a Ravelstein le encantaban los chismes y sus amigos eran puntos de referencia que daban lugar a un chispeante cotilleo. No había que dar por sentado que mantendría cerrada la tapadera de las confidencias. Pero esto era algo que a mí no me molestaba de manera particular. La gente es ahora infinitamente más inteligente de lo que solía ser cuando hurgaba en tus secretos. Si la gente se entera de

tus secretos, se acrecienta su poder sobre ti. No hay manera de pararlos ni de frenarlos. Ya puedes construir tantos laberintos como quieras, ten la seguridad de que te encontrarán. Yo sabía, desde luego, que a Ravelstein le importaban un comino los «secretos».

Pero como Ravelstein tenía una vida mental de gran envergadura —y lo digo sin ironía, sus intereses eran amplísimos—, necesitaba saber todo lo que había que saber sobre sus amigos y sus alumnos, de la misma manera que el médico que quiere hacer un diagnóstico tiene que ver al paciente desnudo del todo. La comparación se viene abajo cuando uno recuerda que el médico está obligado, en virtud de normas éticas, a no cotillear a costa del paciente. Ravelstein no tenía esta obligación. En los años treinta, cuando yo era joven, flotaba en el aire el concepto de la «verdad desnuda». «Sepamos la verdad desnuda». Una inglesa de nombre Claire Sheridan escribió unas memorias que llevaban por título *La verdad desnuda*. Por algo había visitado la Rusia revolucionaria, donde parece que había estado muy relacionada con Lenin, Trotsky y otros muchos bolcheviques de pro.

Pero todo esto es mero telón de fondo.

Sigamos adelante.

Ravelstein, hablando todavía sobre Vela, dijo:

—Tú le haces un ofrecimiento, que es pasar unos hermosos veranos en el campo, pero a ella este sitio la tiene sin cuidado, Chick, de lo contrario pasaría aquí más tiempo. Con todo —prosiguió—, déjame que te diga qué veo yo en todo esto. Veo al judío, al hijo de inmigrantes, tomándose en serio las premisas americanas. Tú estás en libertad de hacer lo que te parezca y dar plena realidad a tus deseos. Como americano tienes derecho a comprar tierras y a construirte una casa y vivir en ella, disfrutando plenamente de tus derechos. Verdad es que aquí no hay nadie más que tú. Así pues, te has construido este santuario de New Hampshire y te rodeas de recuerdos familiares. El samovar ruso de tu madre es un objeto bellísimo. Es..., eeh, eeh..., muy bonito. Pero está lejos, muy, muy lejos de la ciudad de Tula. Tula es a los samovares lo que Newcastle al carbón. El..., eeh, eeh..., samovar de Tula no había estado nunca en un lugar más extraño ni de mayor desarraigo. En cuanto a ti, Chick, estás haciendo tu declaración total de derechos americanos. Es una actitud muy valiente de tu parte pero estás solo... Eres el único judío en kilómetros a la redonda. Tus vecinos confían entre sí. ¿Y tú, a quién tienes? ¿A una esposa gentil? Tienes una teoría: igualdad ante la ley. Es un gran consuelo eso de contar con unas garantías constitucionales que te apoyan, seguramente apreciado por otros devotos de la Constitución propiamente dicha...

Se lo pasaba en grande. A mí no me importaba demasiado. Que me mostraran una pauta de mis actividades era algo que me divertía.

—Debo suponer también que tus impuestos son altos...

—Así es. Y nuevas evaluaciones educativas cada año.

—Imagino la educación que recibirán aquí —dijo—. ¿Has asistido alguna vez a

una reunión del municipio?

—Una vez.

—¿Y tu licenciosa esposa?

—Sí, también ella.

Antes de que se iniciara el ciclo de nuevas u oscuras enfermedades, Ravelstein y yo tuvimos muchas conversaciones jocosas como la anterior. Parecía estar convencido de que yo valoraba la opinión que tenía de mis actividades. Hasta cierto punto era así, de hecho me parecían útiles. Dijo, por ejemplo, que yo era cualquier cosa menos enemigo del riesgo. Y me preguntó:

—Me fascinan los matrimonios que has hecho. Recuerdas a Steve Brody, ¿verdad?

—¿El tipo que saltó del puente de Brooklyn por una apuesta?

—El mismo, un sujeto fogoso.

Vean la *República* de Platón, especialmente el libro IV. No es que yo haya estudiado esos grandes textos con mucho detenimiento, pero sería vano pensar que uno entendería el pensamiento de Ravelstein si los ignora. A mí, de hecho, no me intimidaban. Ahora me muevo con Platón con la misma soltura que con Elmore Leonard.

—Captas de inmediato todo lo que te digo —declaraba a veces Ravelstein, si bien es posible que, por haber cultivado el arte de la conversación con el bueno de Chick, se tomara con él un cuidado especial y procediera a pasos contados.

Y es posible igualmente que, como educador genial que era, supiera qué tráfico podía soportar mi cerebro.

En New Hampshire me insistió una vez y otra para que le repitiera chistes viejos, números cómicos, rutinas de vodevil.

—¿Cómo dice aquella canción de Jimmy Sawo?

O bien:

—¿Cómo es aquello del marido furioso? El tipo aquel que, con el corazón destrozado, le dice a su amigo: «Mi mujer me engaña».

—¡Ah, sí! Y entonces su amigo le dice: «Haz el amor con ella cada día. Una vez al día como mínimo. En un año la matas».

—«¡No!», le dice el otro, estupefacto. ¿Es así?

—«Una vez al día. No sobrevivirá a esa frecuencia...».

—Después sacan un cartel en el escenario. Seguramente lo recuerdas. Aparece un botones con un gorrito redondo y doble hilera de botones que lleva un trípode con un letrero. En él se lee con letras de palo: «Cincuenta y una semanas después». Seguidamente se ve al marido sentado en una silla de ruedas que es empujada por la mujer a través del escenario. El hombre tiene muy mal aspecto. Está arrebujaado con unas mantas, igual que un inválido. La mujer está como una rosa. Lleva un trajecito de tenista y la raqueta bajo el brazo. Hace unas carantoñas al marido, lo arropa con las mantas, lo besa. Él tiene los ojos cerrados. Parece un muerto. La mujer le dice:

«Descansa, cariño. Vuelvo después del partido..., no tardo nada». Mientras se aleja a pasos apresurados, el marido se lleva la mano a la boca y en un maravilloso susurro muy de vodevil dice confidencialmente al público: «¡Si supiera que sólo le queda una semana de vida!...».

Ravelstein echó la cabeza para atrás y, con los ojos cerrados, dejó que la carcajada le venciera el cuerpo contra el respaldo. A mi manera, hice lo mismo. Como he dicho antes, lo que nos acercaba era ese mismo sentido del humor, aunque decirlo así sería una manera de explicarlo insuficiente y anémica. Era un jubiloso alboroto —*immense giubilo*—, un desmesurado acuerdo lo que nos unía, sería vano intentar explicarlo.

En aquellos días Rosamund hacía un largo trayecto en el tren elevado. Atravesaba la ciudad en toda su enorme anchura y se llevaba impresos en sus pensamientos y sentimientos los rostros de los demás pasajeros. Me traía el correo de la semana y los mensajes telefónicos. Por espacio de dos años había sido mi ayudante universitaria, me pasaba cosas a máquina y se encargaba de enviar los faxes. Vela la trataba con condescendencia y ni siquiera la invitaba a sentarse. Yo le ofrecía una taza de té y procuraba que se sintiera a gusto. Aunque vestida de manera un tanto pobre, Rosamund era extremadamente pulcra, pese a lo cual, Vela la tenía por una personilla desaliñada. Vela se daba aires aristocráticos. Se compraba ropa carísima, prendas confeccionadas con materias tan extrañas como piel de avestruz. Una temporada sólo se vistió de piel de avestruz. Llevaba un gran sombrero de avestruz estilo salteador de caminos, con los folículos del cuero visibles allí donde habían sido arrancadas las plumas. También un bolso de bandolera en piel de avestruz colgado del hombro y botas y guantes igualmente de avestruz. Como disponía de su salario íntegro de profesora tenía mucho dinero que gastar. Su belleza de impecable perfil era lo único que importaba.

Vela me dijo:

—Tu pequeña Rosamund está muriéndose de ganas de ocuparse de ti.

—Creo que se figura que soy un casado feliz.

—En ese caso, ¿por qué se trae siempre el traje de baño?

—Porque hace un largo trayecto en tren y le gusta nadar en el lago.

—No, lo hace para que admires su hermosa figura. En caso contrario, se iría a nadar al otro extremo de la ciudad.

—Aquí se siente más segura.

—No te pasarás todo el rato dictándole cartas.

—Ni pensarlo —admití.

—¿De qué habláis entonces? ¿De Hitler y Stalin?

Para Vela aquellos temas eran insignificantes. Comparados con la física del caos, no existían siquiera. Aunque había nacido a una hora de Stalingrado, sus padres se

habían empeñado en mantenerla impolutamente inocente de la *Wehrmacht* y los *gulags*. Lo único que contaban eran sus estudios esotéricos. Es curioso, pero Vela tenía talento para la política. Se aseguraba siempre de que la gente tuviera buen concepto de ella. Quería que la vieran como una persona cálida, simpática, generosa. Hasta el propio Ravelstein decía de ella:

—La gente se siente halagada con sus atenciones. Compra regalos de cumpleaños carísimos.

—Sí, es curioso cómo sabe atraerse a la gente y alejarla de mí. Yo no estoy para participar en un concurso de gastos con ella.

—¿Qué quieres decir, Chick? ¿Que es una especie de extraterrestre?

Yo ya estaba familiarizado con las ideas que Ravelstein tenía sobre el matrimonio. Las personas acaban cansándose de vivir solas y llenas de deseos, no aguantan el intolerable aislamiento. Necesitan encontrar la parte que les falta, la parte adecuada, para ser completas. Pero como ven que, juzgándolo desde un punto de vista realista, sería imposible encontrarla, se conforman con un sustituto agradable. Reconociendo que no pueden salir vencedores, ceden. Rara vez se da el matrimonio de espíritus afines. El amor que llega hasta las puertas de la muerte no es un proyecto moderno. Para Ravelstein, sin embargo, no había nada comparable a esa proeza del espíritu. Los estudiosos niegan que el soneto 116 se refiera al amor entre hombres y mujeres, insisten en que Shakespeare habla de amistad. Lo mejor que podemos esperar en la época moderna no es amor sino un apego sexual, solución burguesa con atuendo bohemio. Si menciono la bohemia es porque necesitamos sentirnos liberados. Ravelstein enseñaba que en la época moderna nos encontramos en un estado de debilidad. La fortaleza —él lo aprendió de Sócrates— nos llega a través de la naturaleza. En el núcleo del espíritu está Eros. Eros se siente atraído de forma irresistible por el sol. Probablemente ya he hablado de esto con anterioridad. Si vuelvo sobre lo mismo es porque no me canso nunca de Ravelstein, como él no se cansó nunca de Sócrates, para quien Eros estaba en el núcleo del alma, donde el sol la nutre y expande.

Pero en algunos aspectos yo tenía a Vela en mejor concepto que Ravelstein. Él no era vulnerable a su tipo de encantos. Yo, por otra parte, continuaba viendo lo que otros veían en ella: cómo atravesaba una habitación, sus vestidos caros, aquella rápida manera suya de poner los dedos de los pies en el suelo apenas tocándolo. Vela tenía originalidad en su manera de andar, hablar, encogerse de hombros, sonreír. Sus amistades americanas la consideraban la personificación de la gracia y la elegancia europeas. También Rosamund lo pensaba. Yo decía que, debajo de todo aquello, lo que había en realidad era un tipo especial de atractiva torpeza. Pero todo su prestigio, la fama de que gozaba en la rama de la física que cultivaba, el sustancioso salario que le pagaban, aquel encanto inimitable que deslumbraba, eran cosas demasiado importantes para que ninguna mujer pretendiera desafiarla. Rosamund diría de ella:

—Qué hermosa mujer..., la cintura, las piernas, todo.

—Es verdad. Pero tiene una sombra de artificio. Es como una estratagema. Como una ausencia de afecto.

—¿Incluso después de un matrimonio tan largo?

Yo había tenido la esperanza de que el matrimonio con Vela funcionaría porque había pasado por matrimonios anteriores. Pero, más o menos, había renunciado a la batalla y, por espacio de unos doce años, no le había pedido nada. Por la mañana Vela salía de casa dando un portazo. Yo tenía mi trabajo, al que dedicaba mis días. Ravelstein, desde el otro extremo de la ciudad, hacía su control telefónico de una o dos horas. Una vez por semana como mínimo, Rosamund venía a mi casa en transporte público desde el extremo de la ciudad donde estaba Ravelstein. Yo le insinuaba a menudo que tomara un taxi pero ella me decía que prefería el tren. Me decía que George, su novio, consideraba muy seguros los trenes. La policía los vigilaba más eficazmente aquí que en Nueva York. Adoptando la costumbre de Ravelstein, le enseñé el término *louche*, que significa que no está claro. Nada como una palabra francesa para neutralizar un peligro americano.

Fue entonces cuando las cosas fueron de mal en peor. En efecto, acababa de volver del entierro de mi hermano con el tiempo justo para ver al otro hermano que me quedaba, Shimon, el día que resultó ser el último de su vida. Me dijo:

—Llevas una camisa muy bonita, Chick..., con esas rayas rojas y grises..., tiene clase.

Estábamos sentados uno al lado del otro en el sofá de roton. En su rostro, devastado por el cáncer, había la misma expresión de buen humor de siempre.

—He sabido que quieres comprar un Mercedes diesel. Te aconsejo que no lo hagas —me dijo. —Sólo te traerá dolores de cabeza.

Vibraba en él una urgencia o una inquietud final. Todo había terminado. Le prometí, pues, que no me compraría el diesel. Después, tras un largo intercambio de miradas silenciosas, dijo que quería volver a la cama. Estaba demasiado lejos para hacerlo por su cuenta. En otro tiempo había jugado a pelota, tenía piernas fuertes, pero de ellas había desaparecido todo el músculo. Lo miré desde atrás, intentando dilucidar si debía intervenir o no. Ya no le quedaba nada que le permitiera hacer su voluntad. Después, cuando volvió la cabeza hacia mí, vi que las cuencas de los ojos se le giraban hacia arriba..., se convirtieron en unos globos blancos. La enfermera exclamó:

—Se nos va.

Shimon levantó la voz para decirle:

—No se excite.

Era una frase que solía decir a su mujer y a sus trece hijos cuando no estaban de acuerdo en algo y se peleaban. Su función en la familia consistía en no dejar que las cosas se salieran de madre. Él no sabía que sus ojos habían girado hacia arriba y se

habían vuelto hacia adentro. Era algo que yo había visto en los moribundos y, por esto, supe que se nos iba. La enfermera tenía razón.

Después de su entierro aquella misma semana, pocos días antes de mi cumpleaños, me entró una gran furia y me puse a gritar, a dar puntapiés a la puerta del cuarto de baño de Vela, cuando de pronto me acordé de que mi hermano me había llamado a la calma, era prácticamente lo último que había dicho. O sea que me fui de casa. Aquella noche, cuando volví, encontré una nota de Vela: se había ido a dormir a casa de Yelena, otra francesa-balcánica.

Al volver a casa la noche siguiente me la encontré salpicada de circulitos adhesivos de colores: los verdes identificaban mis cosas, los de color salmón estaban pegados en las suyas. El piso era un remolino de topos. Su color era anormal, había algo gaseoso o bilioso en ellos; la caja que los identificaba los calificaba de «tonos pastel». Parecía que allí había habido una ventisca, «una tempestad *meumtuum*», según dije a Ravelstein.

Un grupo de alumnos suyos me ayudaron a desembalar mis cosas en mi nuevo apartamento una vez me hube mudado. Rosamund estaba entre ellos. Como es natural, se interesó en conocer mis libros. En las cajas de embalaje estaba mi Wordsworth de la universidad y mi *Ulises* de Shakespeare and Company, con los curiosos errores cometidos por los tipógrafos parisinos de Joyce: no «dame un toque, Poldy. ¡Oh, Dios!, me muero de ganas», sino que Molly dice «dame un *tough*^[11]». Todo porque hay dos perros copulando abajo, en la calle. «Así empieza la vida», piensa Leopold Bloom. Aquel día él y Molly conciben a su hijo, un niño que no vive mucho tiempo. Los muros de la vida, en todas direcciones, están cubiertos de tantas cosas que no es posible encontrar una explicación a todas, sólo detectar algunas de las más notorias. Por ejemplo, qué pinta debía de tener Vela cuando etiquetaba todos aquellos objetos con los topos adhesivos verdes y naranjas. Sólo con mirarlos te entraban ganas de escapar corriendo y dando gritos. ¿Por qué se habría casado uno con una mujer cuya última acción consiste en ponerse a pegar cientos por no decir miles de etiquetas? Y ya que lo digo, ¿por qué se casaría Molly con Leopold Bloom? La respuesta de ella fue: «Igual da él que otro».

Yo había tenido a Vela por una belleza sin posible rival. Llevaba las faldas ceñidas al cuerpo. Tenía grupa de jinete, además de un busto muy notable, y el golpeteo de sus tacones cuando entraba en una habitación era como un tamborileo militar, si bien no te daba pista alguna con respecto a qué sentía o qué pensaba.

El labio superior de Vela era rígido. Siempre me he sentido inclinado a conceder una especial importancia diagnóstica al labio superior. Como una persona tenga la más mínima tendencia despótica, es ese labio el que la revela. Siempre que examino una fotografía acostumbro a aislar los rasgos de las personas. ¿Qué te dice esta frente? ¿Qué la situación de estos ojos? ¿O este bigote? Hitler y Stalin, dictadores clásicos de nuestro siglo, llevaban bigotes muy diferentes. El labio de Hitler, ahora que lo pienso, era extremadamente llamativo. Un hecho curioso: el labio de Vela,

cuando la besabas, te pinchaba.

Vela tenía la costumbre de llevarte por donde ella quería, de mostrarte cómo ser macho. Una tendencia en las mujeres bastante más habitual de lo que se supone. O bien tenía en sus pensamientos a hombres que le habían gustado en otros tiempos o se atenía a algún principio viril que había en ella, una contrapartida masculina junguiana, un *animus* personal o una visión innata de lo que es un hombre..., inconsciente, por supuesto.

Ravelstein no tenía paciencia para ese tipo de cosas. Decía:

—Esto proviene directamente de Radu Griescu. Vela es una gran amiga del matrimonio Griescu. Tú solías cenar con ellos una semana sí y otra no. Claro, tú eres escritor, necesitas conocer a todo tipo de personas —dijo Ravelstein. —Es natural en un hombre que está en tu situación. Gente del mundo de los deportes, del cine, músicos, agentes de mercancías, incluso delincuentes. Son tu pan y tu sal, tu carne y tus patatas.

—Entonces, ¿por qué no puedo cenar con Griescu y su mujer?

—No hay nada que decir, siempre que tengas conciencia de la situación.

—¿Y cuál es la situación en su caso?

—Pues que Griescu se aprovecha de ti. En su país de antes era un fascista. Esto necesita superarlo. El tío era hitleriano.

—¡No me digas!

—¿Te ha negado alguna vez que perteneciera a la Guardia de Hierro?

—No se ha suscitado el tema.

—No lo has suscitado tú. ¿No te acuerdas de la carnicería que hubo en Bucarest? ¿Cuando colgaron de los ganchos del matadero a personas vivas y las liquidaron a todas..., las desollaron vivas?

Rara vez se oía a Ravelstein hablar de esas cosas. De cuando en cuando se refería a la «Historia» en grandes términos hegelianos y recomendaba por lo divertidos ciertos capítulos de la *Filosofía de la Historia*. Con él eran extremadamente raras las conversaciones sombrías que entran de lleno en el detalle.

—No sé si sabes que Griescu era un seguidor de Nae Ionesco, fundador de la Guardia de Hierro. ¿No te lo ha dicho nunca?

—De cuando en cuando habla de Ionesco, pero habla sobre todo del tiempo que pasó en la India y de que estudió con un maestro de yoga.

—Es su fantochada oriental para deslumbrar a la gente. Tú eres demasiado blando, Chick, aunque tampoco eres del todo inocente. Sabes que es una comedia. Entre vosotros dos hay un acuerdo tácito... ¿Hace falta que te lo diga con toda claridad?

Por lo general, Ravelstein y yo nos hablábamos con franqueza. *Verbum sat sapienti est*. Los Griescu eran, para Vela, gente que contaba mucho en el aspecto social. Yo estaba especialmente dotado para detectar el fenómeno y sabía que Vela me calificaba con buena nota si yo era educado con Radu y amable con su señora.

Que yo estuviera de palique en francés con la madama, hablando de nimiedades, llenaba de inmensa satisfacción a Vela. Pero Ravelstein se tomaba muy en serio mi relación con aquella gente. Puesto que la muerte estaba cerca, parecía que consideraba necesario hablar más abiertamente de cuestiones que nunca hasta entonces habíamos estimado oportuno abordar.

—Te utilizan como tapadera —dijo Ravelstein. —Tú no tendrías por qué estar a partir un piñón con esos matajudíos. Pero como son amigos de Vela, bebas los vientos por ellos, o sea que das a Grielescu exactamente lo que busca. Como nacionalista rumano de los años treinta, el tipo era violento con los judíos. Él no era ario, ¡ni hablar!..., él era dacio^[12].

Yo conocía al dedillo todos estos extremos. Sabía también que Grielescu había mantenido un trato estrecho con C. G. Jung, que se veía a sí mismo como una especie de Cristo ario. Pero ¿qué puede hacer uno con esa gente erudita de los Balcanes que posee tal diversidad de intereses y de talento... que son científicos y filósofos y además historiadores y poetas, que han estudiado sánscrito y tamil y han dado conferencias sobre mitología en la Sorbona? ¿Y que, interrogados a fondo, podrían hablarte de personas que habían «conocido ligeramente» en la Guardia de Hierro, institución paramilitar que odiaba a los judíos?

El hecho era que yo disfrutaba observando a Grielescu. Tenía un sinnúmero de tics. Era un fumador inquieto, de los que hurgan la pipa, la atiborran, introducen alambres en el tubo de brezo para limpiarlo, rebañan la cazoleta para eliminar de ella el pan de carbón. Era bajo y calvo, pero se dejaba largo el pelo de la nuca, que le crecía como la maleza y le caía sobre el cuello de la camisa. Su cráneo, abierto como un estuario, estaba recorrido de venas; parecía congestionado. Nada que ver con la calvicie de melón verde ovalado de Ravelstein. Como para acompañar su agitado manoseo de aquellas larvas peludas con las que se limpiaba la pipa, Grielescu seguía desgranando algún que otro tema esotérico. Tenía unas cejas boscosas y la amplia faz preparada para un intercambio de ideas. Pero el tal intercambio no se producía, porque él ya estaba embarcado en alguna cuestión que tanto podía versar sobre mitología como sobre historia y sobre la que uno no tenía nada que decir. A mí no me importaba en absoluto. No me gusta cargar con la responsabilidad de llevar la voz cantante en una conversación. Sin embargo, todo el mundo tiene una especie de césped de conocimientos aleatorios que le complace tener verde y bien regado. A veces Radu hablaba sobre chamanismo siberiano o volvía a tratar de las costumbres matrimoniales en la Australia primitiva. Se daba por sentado que uno estaba allí para escucharle y aprender de él. La señora Grielescu incluso había amueblado el salón teniendo presente aquel detalle.

—Así se las arreglaba para desviar la conversación de sus antecedentes fascistas —dijo Ravelstein—. Pero son antecedentes que demuestran que escribió sobre la sífilis judía que contaminó a la excelsa civilización balcánica.

Resultó que tenía razón. Grielescu había estado vinculado a los nazis, no a la

forma de fascismo italiano, más desleída. Sería difícil decir hasta dónde llegaban las ideas políticas de la señora Grielescu. Supongo que en la época anterior a la guerra fue una belleza elegante, una joven moderna de clase bien. No costaba imaginarla con un sombrero campana apeándose de una limusina. Las mujeres que llevaban ropa buena y se pintaban los labios de color rojo vivo no acostumbraban a tener ideas políticas. Eran damas europeas que se dedicaban a supervisar el comportamiento social de sus esposos, los varones de su clase. Los hombres estaban para abrir puertas y retirar las sillas del comedor cuando había que sentarse.

La señora Grielescu tenía siempre algún que otro achaque de salud. A juzgar por sus arrugas, había rebasado los sesenta, circunstancia que no la hacía feliz pero que no le impedía ser exigente con los hombres. Era un manual de etiqueta ambulante. Jamás llegaría a saberse hasta qué punto estaba enterada del pasado de su marido como Guardia de Hierro. A finales de los años treinta, cuando los alemanes y los austríacos conquistaron Francia, Polonia, Austria, Checoslovaquia, Grielescu fue en Londres una especie de pez gordo de la cultura y, más adelante, en Lisboa, se convirtió en una figura destacada de la dictadura de Salazar.

Pero su política de mediados de siglo había quedado muerta y enterrada. Cuando Vela y yo salíamos a cenar con los Grielescu la conversación no versaba sobre guerra ni política, sino sobre historia arcaica o mitología. El profesor, con su suéter de seda blanca cuello cisne debajo del esmoquin, retiraba las sillas a las señoras y les colgaba las chaquetillas. Le temblaban las manos. Manejaba el champán con ansiedad.

—Pagaba la cuenta en dinero contante de un fajo de billetes de cincuenta. Nada de tarjetas de crédito.

—No lo veo retirando dinero del banco —dijo Ravelstein.

—Es probable que envíe a la secretaria a cobrar los cheques. En cualquier caso, paga siempre con billetes limpios y planchados. Ni siquiera los cuenta, suelta unos cuantos de los verdes y hace el gesto de «quédese la vuelta». Seguidamente se precipita al otro extremo de la mesa para encender el cigarrillo a su mujer. Es todo galantería, *hommages*, tiene un pedido de rosas fijo en la florista, besamanos y reverencias.

—Todo en francés. Aplica un criterio diferente a los americanos. Y tú, encima, eres judío. Los judíos deberían entender su posición con respecto al mito. ¿Por qué han de asociarse al mito? Fue el mito el que los demonizó. El mito judío tiene conexiones con la teoría de la conspiración. Los Protocolos de Sión, por ejemplo. Radu ha escrito libros, libros interminables, sobre el mito. Así pues, ¿qué esperas de la mitología, Chick? ¿Estás esperando que uno de estos días te den un golpecito en el hombro y te digan que ha llegado el momento de que seas un anciano de Sión? Piensa alguna vez en aquellos que colgaron de los ganchos del matadero.

Ravelstein y yo hablamos interminablemente de la celada balcánica en la que me

encontraba, pero en el momento en que me dispongo a proseguir esta narración me doy cuenta de que tengo que cerrar el asunto Vela. Tengo que terminar con ella de una vez por todas. No es tan fácil como parece. Era una beldad, se vestía maravillosamente bien y sus formas físicas eran memorables. Cuando hablaba por teléfono gorjeaba como Papagena. Ravelstein es prácticamente la única persona que la describía como una mujer con mal gusto para vestir. La veía como una gestora de lo aparente de un nivel fuera de lo común. Hablando en términos políticos podía decirse que habría salido elegida por victoria aplastante. Pero Ravelstein no estaba de acuerdo:

—Cuando la pones en cuarentena, se derrumba todo —dijo. —Demasiada racionalidad en la planificación —pero después añadió—: Hizo bien dándote la patada.

—¿Por qué lo dices?

—Pues porque habrías acabado asesinándola —lo dijo sin aire sombrío. La idea de aquel asesinato era, para él, algo bueno. Me concedía ese crédito. —Te tenía anatemizado con la cuestión del sexo. No tenías más remedio que pensar en una muerte violenta. Eligió el peor momento posible, justo cuando acababan de morir tus dos hermanos, para comunicarte que estaba tramitando el divorcio.

Ravelstein me decía a menudo:

—Tienes una manera de contar las cosas que me llega al alma, Chick. Pero tú tienes que hablar de cosas reales. Me gustaría que escribieras sobre mí cuando me haya ido...

—Depende, ¿no te parece?, de quién lleve a quién al foso.

—No me vengas con pamplinas. Sabes muy bien que mi muerte está cerca...

Por supuesto que lo sabía. La verdad era que lo sabía.

—Tú podrías escribir unas excelentes memorias. No es que te lo pida —añadió—, te lo encargo como una obligación. Hazlo de esa manera tuya a modo de reminiscencia, después de la cena, cuando te hayas tomado unos cuantos vasos de vino, estés relajado y dispuesto a hacer unas cuantas observaciones. Me encanta cuando te sueltas y empiezas a hablar de Edmund Wilson o de John Berryman o de Whittaker Chambers, como cuando te contrataron en *Time* por la mañana y él te echó antes de la hora de comer. Muchas veces he pensado en lo bien que sabes contar una historia cuando estás relajado.

No había manera de zafarme. Era evidente que él no quería que escribiese acerca de sus ideas. Por algo ya las había expuesto a fondo y podían conocerse a través de sus libros teóricos. Yo tenía que hacerme responsable de la persona y, dado que no podía describirla sin una cierta participación mía, tendría que hacer tolerable mi presencia marginal.

La muerte iba cerrando su círculo en torno a Ravelstein y transmitía los habituales

avisos previos, diciéndome a mí sobre todo que, como preámbulo de su final, no olvidase en ningún momento que yo lo superaba a él en algunos años. A mi avanzada edad, de cada tres reflexiones que hiciera una se centraría en la muerte. Pero lo raro de la situación era que yo me había convertido en el marido de Rosamund, una de las alumnas de Ravelstein. Y Ravelstein era un personaje tan paradójico que uno de los efectos de su amistad era hacerme olvidar lo extraño de mi situación: yo, setentón, me había casado con una muchacha.

—Sólo resulta extraño si lo miras desde fuera —dijo Ravelstein. —Ella se enamoró de ti y no era cuestión de pararla.

Al elegirme a mí o al disponer que fuera yo quien escribiera sus memorias, me forzó a considerar mi muerte tanto como la suya. Y no sólo su muerte por causa del herpes, Guillain-Barré, etcétera, sino también muchas otras muertes. Era la hora última para toda una generación. El mismo día que sostuve esta conversación con Ravelstein, por ejemplo, sentado en su extravagante y espléndida habitación, la ventana que daba a levante tenía descorrida la cortina y ante nosotros se extendía el amplio azul del lago sin orillas.

—¿En qué piensas cuando miras en esa dirección? —me preguntó Ravelstein.

—Pienso en el bueno, o malo, de Rakhmiel Kogon —dije.

—Te tiene más fascinado a ti que a mí —dijo Ravelstein.

Era posible. Pero no podía mirar en aquella dirección, hacia levante, sin ver el edificio donde había vivido Kogon, y después empezar a contar hacia arriba o hacia abajo intentando localizar el piso décimo, sin saber nunca con certeza si la que estaba viendo era realmente la ventana de su casa. Rakhmiel, que desde los años cuarenta había entrado en mi vida y desde los cincuenta en la de Ravelstein, se convertiría en uno de los muchos que fueron despegando a intervalos. No se sabía nunca quién sería el siguiente. Había sufrido varios tipos de intervenciones de cirugía mayor: el año pasado le habían extirpado la próstata. Según dijo él, en realidad se había servido de ella muy poco. En cuanto a mí, no me sentía en la categoría de los amenazados porque me había enamorado de una muchacha e iba a casarme con ella. O sea que no estaba del todo en el contingente de los que emprenderían el viaje. Fue uno de aquellos curiosos momentos de lucidez que considero que no puedo silenciar. Rakhmiel poseía una esmerada educación, ¿para qué? Tenía toda la casa, hasta el último rincón, atiborrada de libros. Todas las mañanas Rakhmiel se sentaba a escribir con tinta verde.

Rakhmiel no era ni alto ni fuerte, pero no por esto dejaba de ser conspicuo en el aspecto físico: era compacto y denso, prepotente, tiránico en sus obsesiones, dogmático. Tenía una mente decididamente preparada para abordar cien temas diferentes, señal, quizá, de que había finalizado su trayectoria. Tuve la sensación de que estaba haciendo un compendio de su vida con vistas a una nota necrológica. Lo que yo intentaba hacer, tal vez, era sustituir a Ravelstein por Rakhmiel para no tener que pensar en la muerte de Ravelstein. Prefería pensar en la muerte de Rakhmiel. Así

es que di un repaso a su vida y a sus obras mientras Ravelstein estaba reclinado sobre la almohada con los ojos cerrados, sumido en sus reflexiones.

Rakhmiel era, o había sido un tiempo, pelirrojo, pero los cabellos rojos habían ido perdiendo color y al final lo único rojo que le quedó fue la tez. Utilizando términos de fisiología medieval, se habría dicho que era sanguíneo: cálido y seco. O mejor aún, colérico. Tenía en su rostro una expresión policial y, como su andar era apresurado, a menudo parecía tener algún caso que resolver, tal vez ir a presentar una orden judicial o detener a alguien. Su forma de hablar, a mi parecer, tenía un tono interrogatorio. Sabía expresarse muy bien, utilizando oraciones completas, con gran rapidez y mucha impaciencia. Cuando lo conocías más a fondo te dabas cuenta de que estaba compuesto de dos elementos diversos muy evidentes: uno alemán y otro británico. Su parte alemana consistía en una dureza estilo Weimar. Supongo que las cosas que sé de Weimar proceden de su versión de club nocturno. Lo que se vendió de la Europa posbélica de los años veinte fue su dureza. Los veteranos de guerra eran duros, los líderes políticos eran duros. El más duro de todos, desde luego, fue Lenin, que mandó colgar y disparar a muchos. Hitler le hizo la competencia cuando subió al poder en los años treinta. Una de las primeras cosas que hizo fue fusilar al capitán Roehm y a otros colegas nazis. Hubo un tiempo en que Rakhmiel y yo discutíamos a menudo este tipo de cosas.

Una gran cantidad de hechos amargos, demasiado espantosos para que puedan contemplarlos quienes fueron contemporáneos de ellos. En realidad, no podemos obligarnos a reconocerlos. Nos falta fuerza espiritual para soportarlos. Pero no por ello vamos a concedernos un salvoconducto. Un hombre como Rakhmiel se sentiría obligado a afrontar el hecho de que esta agresividad era universal. Él creía que todo el mundo tenía su parte en ella. Esa clase de impulsos asesinos se pueden encontrar en toda persona de edad adulta. En ciertos casos, como en el de Rakhmiel, se pueden identificar en la estructura física como equivalentes, no necesariamente de guerra, sino de difundidas y vergonzosas enormidades rusas, alemanas, francesas, polacas, lituanas, ucranianas y balcánicas.

Pues bien, en él había ese lado germánico. Pero había también el componente británico. Rakhmiel, cuyo nombre se traduce por «Sálvame, Dios» o por «Ten piedad de mí, Dios», había tomado como modelo a los profesores universitarios ingleses y con el tiempo se convirtió en uno de ellos. Había estado en Inglaterra durante la guerra. Había vivido el *Blitz* de Londres, donde se encontraba en aquel entonces recogiendo e interpretando informes secretos. Después enseñó en el London School of Economics. Más adelante fue profesor en Oxford y dividió su tiempo entre Inglaterra y Estados Unidos. Era autor de muchos libros eruditos. Escribía a diario, en abundancia, interminablemente y sin dilación, con aquella tinta verde suya. Su tema principal eran «los intelectuales» y, en cuanto a estilo, era johnsoniano. A veces te recordaba a Edmund Burke, pero las más de las veces el tono de voz que escuchabas en sus escritos era el de Samuel Johnson. No veo nada de malo en esto. El reto que

plantea la libertad moderna, o la combinación de aislamiento y libertad a la que uno está sujeto, es completarse. El peligro que uno corre es que puede terminar convirtiéndose en una criatura no-del-todo-humana.

Las artes del disfraz están tan desarrolladas que con toda seguridad uno se queda corto a la hora de cuantificar el número de hijos de puta con los que se ha tropezado. Ni siquiera un genio como Rakhmiel era capaz de ocultar la parte turbulenta o, si se prefiere, perversa de su naturaleza. Tenía ideas de decencia que se remontaban a las novelas de Dickens, pero estaba sujeto a unos REM^[13] terribles —saco el término de los especialistas del sueño—, es decir, a unos movimientos rápidos de los ojos en plena vigilia. Su aspecto era el de un socio de un club inglés, un ser irritable y tremendamente inestable, muy rojo de cara. En América, donde la gente no está familiarizada con esos tipos humanos, corría el riesgo de que sus peculiaridades fueran mal interpretadas. La gente veía en él a un hombre bajo, regordete, algo barrigón pero fuerte, vestido con ropa de *tweed* muy deteriorada. Ir mal vestido es una tradición entre los profesores universitarios ingleses que se remonta a la Edad Media, y en Oxford y Cambridge todavía se ven hoy día togas académicas con agujeros reparados con cinta adhesiva. De la ropa que llevaba Rakhmiel Kogon se desprendía un resentimiento muy evidente. Parecía un tirano a quien la tiranía se le hubiera quedado cocida en la cara. Algo que no se diferenciaba mucho de la mansedumbre y la clemencia cristianas ni del civismo. Llevaba, para salir, un sombrero de fieltro de ala ancha y un grueso bastón, «para pegar con él a los campesinos», según decía a modo de chiste. Y era chiste de veras, porque su punto fuerte era el civismo. Con el civismo había abierto un nuevo filón en el que excavaban todos, todo el mundo universitario.

Rakhmiel era cualquier cosa menos sencillo. Estoy convencido de que, de forma colateral, cultivaba su pequeño huerto de buenos sentimientos y de generosidad. Abrigaba la esperanza, especialmente cuando intentaba atraerse a un nuevo amigo, de que le tuvieran por un hombre decente. Era también muy erudito. La primera vez que entrabas en su casa sentías aumentar el respeto que te inspiraba. Tenía las estanterías ocupadas por colecciones completas de Max Weber, además de Gumplowicz y Ratzenhofer también al completo. Poseía las obras completas de Henry James y de Dickens, además de la historia de Roma de Gibbon y la de Inglaterra de Hume, así como enciclopedias de religión y cantidad de libros de sociología, libros muy útiles para subirse a ellos cuando se rompe la cuerda de la persiana, como yo solía decir. Estaba también la tinta verde. No se servía de otro color. El verde era su marca de fábrica exclusiva.

Ravelstein se echó a reír al llegar a este punto. Dijo:

—Así quiero que me trates. Eso mismo. Quiero que me presentes tal como me ves, sin suavizantes ni edulcorantes.

Después de haber leído mi esbozo de Kogon, Ravelstein dijo que habría debido comentar su vida sexual. Consideraba que era una omisión importante. Y con voz

autoritaria me dijo:

—Lo has pasado por alto. A Kogon le atraían los hombres.

Al pedirle que me lo demostrara, me dijo que Fulano de Tal, un universitario, le había jurado y perjurado que, una noche en que habían bebido en exceso, Rakhmiel quiso acostarse con él, por lo que el chico se vio obligado a esquivar sus caricias y sus besos. Costaba pensar en un Kogon besucón y le dije que por mil años que viviera, no podría imaginar a Rakhmiel intentando meterse a la fuerza en la cama de nadie.

—Entonces es que Rakhmiel te ha hecho un lavado de cerebro —dijo Ravelstein.

No había nada en este terreno que, para Ravelstein, fuera excesivamente improbable, pero me fallaron todos los intentos que hice de imaginar a Rakhmiel besando a nadie. Ni siquiera a su anciana madre. Lo veía gritando a su madre, hablándole en tono inmisericorde y diciendo después:

—Está sorda...

Yo, sin embargo, no creo que su desconcertada mamá estuviera sorda ni muchísimo menos.

A su regreso del hospital, Ravelstein se encontraba relativamente bien. Era evidente que no conseguiría vencer la enfermedad, pero dijo:

—No tengo prisa por morir.

Su vida social estaba floreciente. En sus mejores días volaba como un halcón, como él mismo decía.

—Pero ahora aleteo como aquellos pavos salvajes que hay en tu casa de New Hampshire.

Caminaba bastante bien, pero había perdido el sentido del equilibrio.

También podía vestirse y comer sin ayuda, afeitarse, lavarse los dientes (llevaba una placa en la parte superior), atarse los cordones de los zapatos y manipular la máquina de café exprés con sus silbidos y bocanadas de vapor, demasiado voluminosa para el fregadero esmaltado y ondulado de la cocina. Le temblaban las manos más que antes cuando tenía que hacer alguna cosa delicada que requiriera más precisión de la habitual, como introducir el extremo del cordón del zapato por un ojete. Apenas tenía fuerzas para soportar el peso de su abrigo de general, confeccionado en ante y forrado de pieles, que le arrastraba por el suelo cuando yo le ayudaba a ponérselo. Ya no podía ponerse el reloj en hora y tenía que pedir a Nikki o a mí que lo hiciéramos por él.

Sin embargo, seguía dando fiestas en su casa las noches en que su equipo, los Bulls, aparecían en la televisión. Y de cuando en cuando, llevaba a sus alumnos favoritos al Acropolis de Halsted Street. Los camareros le daban fuertes apretones de manos cuando lo veían y exclamaban:

—¡Mira quién está ahí! ¡El profesor!

Lo instaban a que tomara aceite de oliva a palo seco, directamente del vaso.

—Ya es tarde para salvar el cabello, profe, pero es la mejor medicina.

También íbamos a cenar a algún club del centro: Les Atouts, el Trump Cards. Allí Abe tenía una amistad de tiempo en M. Kurbanski, con acento en la a. M. Kurbanski, el propietario y gerente serbio, viajaba al extranjero varias veces al año. Estaba ultimando los preparativos para irse a vivir a una casa en la costa dálmata.

Tenía un aspecto agradable, la cabeza y la barriga a tono con un rostro especialmente impresionante, ancho, pálido, de nariz corta, aliento contenido. Su pelo era lacio y lo llevaba peinado para atrás. Vestía de chaqué. En conjunto, sabía transmitir a Ravelstein la sensación placentera de estar tratando con un hombre civilizado.

Ravelstein me preguntó:

—¿A ti qué te parece Kurbanski?

—Pues que es un caballero franco-serbio que ofrece a la clientela local la posibilidad de pertenecer a su club-restaurante del este de Michigan Boulevard.

—¿Qué historial bélico tiene?

—Dice que peleó contra los alemanes. Perteneció a los maquis.

—Eso lo dicen todos. De todos modos, no creo que fuera comunista —dijo Ravelstein. —Tal como lo describen ellos, estaban en las montañas y luchaban por la libertad. Pero en el fondo del fondo, ¿tú qué piensas de Kurbanski?

—Que como se viera acorralado, se pegaría un tiro en la cabeza —dije.

—Eso me parece. Yo creo lo mismo. Pero aparte de todo esto, es un *maître d' h* superior —dijo Ravelstein.

—¿Quién se lo va a negar sabiendo que ha sido guerrillero en sus días gloriosos y que peleó contra los alemanes?

—Por eso tiene esa mirada triste y distante. ¿Qué queda, pues? —dijo Ravelstein. —La cuestión judía.

—En aquellos tiempos era muy deseable no ser judío, un bienpreciado. Nunca se sabe. Pero lo estupendo de Kurbanski es que sea francés.

—Sí. Llegamos a su establecimiento y nos habla en francés. Una cortesía que es posible, aunque seamos judíos, porque podemos responderle en un francés aceptable...

—Me gusta escucharte cuando estás bebido, Chick..., hablas y bosquejas las cosas con gran libertad. Tienes razón cuando dices que Kurbanski tiene la mirada triste...

Ravelstein había acabado por admitir que era importante observar el aspecto de las personas. No basta con conocer sus ideas, sus convicciones teóricas y sus opiniones políticas. Si uno no tiene en cuenta el corte de pelo, la caída de sus pantalones, sus gustos en materia de camisas y blusas, su manera de conducir o de comer, el conocimiento que se tiene de esa persona es incompleto.

—Uno de tus mejores números, Chick, es la descripción de Khrushchev en la ONU

golpeando la mesa con el zapato. Y casi igual de bueno el de Bobby Kennedy cuando era senador de Nueva York. Te llevó con él en sus rondas a través de Washington, ¿verdad?

—Sí, toda una semana...

—Ahora bien, lo que a mí más me interesó fue uno de tus esbozos —dijo Ravelstein. —Aquello de que su despacho del Senado era como un santuario dedicado a su hermano..., el cuadro enorme de Jack colgado de la pared. Había algo salvaje en aquel luto suyo...

—Yo dije vengativo.

—El enemigo era Lyndon Johnson, ¿no es verdad? Se habían desembarazado de él haciéndolo vicepresidente, una especie de chico de los recados. Pero después fue el sucesor de Jack. Y Bobby necesitaba brazos para recuperar la Casa Blanca. Lleno de odio. Eran muy guapos los dos hermanos. Bob no valía ni la mitad que Jack —dijo Ravelstein—, pero era un luchador de la calle. Lo más divertido eran aquellos paseos desde el despacho del Senado hasta el Capitolio, aquellas preguntas maravillosas que te hacía..., como: «Háblame de Henry Adams», «Dime algo sobre H. L. Mencken». Pensaba que, si tenía que ser presidente, debía saberlo.

A Ravelstein le pirraba hablar de personajes célebres. Una vez, en Idlewild, había descubierto a Elizabeth Taylor y se había pasado casi una hora siguiéndola entre la multitud. Lo que más le gustaba era haberla reconocido. Estaba tan desvaída, que tenía su mérito. Parecía saber que había perdido su encanto.

—¿No intentaste hablar con ella?

—Eehh...

—Como autor de libros de mucha venta estás en pie de igualdad con otros personajes célebres.

Pero no.

Él y yo estábamos sentados, como desde hacía tantos años, en el salón de su casa. Él llevaba el batín japonés, que se le escapaba del cuerpo por todos lados. Sus piernas desnudas eran como calabazas galardonadas con premio, tenía los tobillos hinchados.

—¡Ese maldito edema! —dijo.

La mitad superior de Ravelstein estaba tan viva como siempre, pero la enfermedad iba ganando terreno y él lo sabía tan bien como los médicos. No sólo hablaba más de las memorias que me había encargado que escribiera sino también de cosas curiosas. Como, por ejemplo, de la persistencia de sus deseos sexuales.

—Nunca había estado así de caliente —dijo. —Y es tarde para buscar pareja. Tengo que aliviarme solo...

—¿Cómo?

—Trabajos manuales. ¿Qué otra cosa puedo hacer? A estas alturas me encuentro humanamente fuera de concurso.

Sólo pensarlo me estremecí.

—Estoy fatalmente contaminado. No hago más que pensar en todos aquellos

chicos guapos de París. Si atrapan la enfermedad suelen volver junto a sus madres, que los cuidan. La mía, pobre, está muy vieja. La última vez que fui a verla le pregunté: «¿Me conoces?». Y me contestó: «¡Claro! Tú eres el que ha escrito un libro muy famoso del que habla todo el mundo».

—Ya me lo contaste.

—Vale la pena repetirlo. Su segundo marido también está en una de esas escuelas para nonagenarios. Pero yo les voy a llevar la delantera. A este paso voy a llegar a la meta antes que mamá. A lo mejor la espero.

—Ésa es para mí, ¿verdad?

—Bueno, Chick, tú me has hablado muchas veces de la otra vida.

—Y tú eres un ateo declarado, puesto que no hay filósofo que pueda creer en Dios. Pero esto no reza conmigo. Sólo que mis investigaciones de aficionado demuestran que nueve personas de cada diez esperan volver a ver a sus padres en la otra vida. Otra cosa es si estoy preparado para pasar la eternidad con ellos. Sospecho que no. Preferiría que me dejaran estudiar el universo bajo la dirección de Dios. Esto no tiene nada de original, sólo que eso de captar las ansias colectivas de billones de personas no deja de ser tremendo.

—Bueno, no tardaremos en averiguarlo, tanto tú como yo, Chick.

—¿Por qué? ¿Has visto indicios en mí?

—Sí, si quieres que te hable con franqueza.

Lo dijo como si me hubiera hablado alguna vez de otra manera.

Aunque parezca extraño, no me importó oírsele decir. De todos modos, habría podido acordarse un poco de Rosamund. A veces no se mostraba del todo claro con respecto a mi relación con ella. Como es natural, su enfermedad comportaba desorientación. Había adoptado el papel de intercesor benévolo, de consejero, de componedor. Incluso tenía algo de casamentero. El hecho obedecía en parte a la influencia de Jean-Jacques Rousseau, teórico político y reformista. Inicialmente se había sentido atraído hacia Rousseau porque creía firmemente en el amor que entronca a personas y sociedades. En momentos confidenciales podía admitir que Rousseau, el genio y el innovador cuyas ideas —su gran mente— habían dominado con tanta fuerza la sociedad europea durante más de un siglo, era (casi necesariamente) un chiflado. Para volver sobre la cuestión principal que aquí me ocupa, a Ravelstein le había cogido por sorpresa que me casara con Rosamund sin molestarme en consultárselo. Yo estaba dispuesto a admitir que tal vez él sabía más de mí que yo mismo, pero no por ello iba a ponerme bajo su custodia ni a confiar en que podía dirigir mi vida. Además, habría sido una injusticia hacia Rosamund. No quiero hacer aquí discursos sobre la dignidad, la autonomía y cosas parecidas. Hacía algo más de un año que ella y yo estábamos juntos cuando Ravelstein se enteró de que éramos eso que los periodistas de la prensa de cotilleo habrían llamado «noticia». Debo decir, con todo, que vio con buenos ojos que nos casáramos y no mostró resentimiento alguno. La gente hacía de una manera natural lo que había hecho

siempre. Los viejos continuaban teniendo un rebrote de insensatez tras otro hasta que el organismo acababa por rendirse. Estaba totalmente dispuesto a hacer sus delicias demostrándole que yo era típico, fiel a lo formal. En los meses finales hizo una revisión de sus opiniones sobre sus amigos íntimos y sus alumnos favoritos y vio que había acertado con todos. Nunca le dije que me había enamorado de Rosamund porque se habría echado a reír y me habría dicho que yo era un idiota. Es muy importante, sin embargo, entender que él no fue una de esas personas para quienes el amor está desprestigiado, ha caído de su pedestal, aquéllos para quienes es un mito histórico, romántico, que ha tardado en morir pero que hoy, por fin, ha muerto. Él creía —no, él veía— que cada alma busca al otro peculiar, ansia encontrar su complemento. No voy a describir a Eros, etcétera, tal como él lo veía. Bastante lo he hecho ya. Pero hay en esto un cierto esplendor irreductible sin el cual no seríamos del todo humanos. El amor es la función más alta de nuestra especie, su vocación. No se puede dejar al margen este hecho al considerar a Ravelstein. Él nunca echó en saco roto esta convicción. Estaba presente en todos sus enjuiciamientos.

Solía hablar bien de Rosamund. Decía que era seria, trabajadora, inteligente. Era bonita y vivaracha. Las muchachas, decía, llevaban la carga de lo que él llamaba el «mantenimiento del atractivo». La naturaleza, además, las había dotado del deseo de tener hijos y, por tanto, de casarse, lo que favorecía la estabilidad indispensable en la vida familiar. Y esto, junto con un montón de cosas más, las incapacitaba para la filosofía.

—Hay muchachas que se figuran que van a conseguir que su marido viva siempre —dijo.

—¿Te parece que es el caso de Rosamund? Yo no pienso casi nunca en los años que tengo según el calendario. Camino siempre por la misma llanura, no le veo el final.

—Hay hechos significativos que es preciso vivir, pero no hay que dejar que te absorban.

Al referirse a su enfermedad, lo hacía casi siempre de esa manera oblicua. Ravelstein estaba tomando sus disposiciones finales. Nadie se habría prestado a hablarle de esas cuestiones. La única excepción era Nikki. Pero Nikki, en cierto sentido, era su familia. En caso de que Ravelstein tuviera familia era una familia exótica, porque para él no había familias. Nikki, el guapo príncipe chino, sería su heredero. Los demás no éramos sus herederos sino, en mayor o menor grado, sus amigos.

Ravelstein hizo, en los últimos meses de su vida, lo mismo que había hecho siempre. Dio sus clases, organizó conferencias. Si le faltaban las fuerzas para hablar, invitaba a sus amigos a que hablaran por él. El dinero de la fundación estaba siempre disponible. Su cabeza calva, en el centro de la primera fila, presidía aquellos actos. Cuando terminaba la conferencia, la suya era la primera pregunta que se formulaba.

Aquello se convirtió en protocolo. Todo el mundo esperaba a que él iniciara el

debate. Cuando comenzó el trimestre de otoño seguía bastante activo, pero cuando lo acompañé desde su piso hasta el campus, tuvo que pararse en cada esquina para recobrar el aliento.

Recuerdo bandadas de loros posándose en un grupo de árboles de bayas rojas comestibles. Esos loros, de los que se decía que eran descendientes de una pareja de pájaros enjaulados escapados de su encierro, habían construido primero unos nidos largos, semejantes a sacos, en el parque situado frente al lago y, más tarde, colonizaron los paseos. En aquellas viviendas pajariles que colgaban de postes utilitarios vivían centenares de loros verdes.

—¿Qué estamos mirando? —preguntó Ravelstein volviendo hacia mí sus grandes ojos redondos.

—Los loros.

—Sí, claro, nunca hubiera creído que vería esos pájaros. ¡Vaya ruido el que arman!

—Antes aquí no había más que ratas, ratones y ardillas grises..., ahora por los paseos se ven mapaches y hasta zarigüeyas..., una nueva ecología de las grandes ciudades cuya base es la basura...

—Quieres decir que eso de la jungla urbana ha dejado de ser una metáfora —dijo. —Verdaderamente me cripa los nervios oír a esos alborotadores pájaros verdes venidos de los trópicos. ¿No los expulsa la nieve?

—Al parecer, no.

No había nada que acabase con ellos. Aquellos ruidosos pájaros verdes que trillaban y guerreaban entre las hojas y les sacudían la nieve de encima para atracarse de bayas, retuvieron la atención de Ravelstein más de lo que yo esperaba. La vida natural le interesaba poco. Los seres humanos lo tenían absorbido por entero. Perderse entre hierbas, hojas, vientos, pájaros o bestias era una evasión de las obligaciones de índole superior. A mí me parece que los pájaros retuvieron su atención más tiempo de lo normal porque no sólo comían sino que se atracaban y él, como ellos, era voraz con la comida. O lo había sido. Ahora sus comidas eran sobre todo una ocasión de intercambio social o de conversación. Todas las noches salía a cenar fuera. Nikki no podía cocinar para todos los que acudían a ver a Ravelstein.

Abe tomaba el medicamento que se administraba normalmente a los que padecían su enfermedad, pero no quería que se supiera. Recuerdo su contrariedad un día que, con la sala llena de amigos, entró la enfermera y dijo:

—¡Hora de tomar el AZT!

Al día siguiente me dijo:

—¡La habría matado! —y, furioso, continuó—: ¿No educan a esa gente?

—Salen del gueto —dijo Nikki.

—¡Qué gueto! —exclamó Ravelstein. —Los judíos del gueto tenían sentimientos, tenían nervios civilizados..., miles de años de educación. Tenían comunidades y leyes. La palabra «gueto» sale de periódicos ignorantes. No es del gueto de donde

vienen, sino de un tumulto nihilista atronador que no tiene sentido alguno.

Un día me dijo:

—Chick, necesito que me hagas un cheque. No es mucho. Quinientos pavos.

—¿Por qué no lo haces tú mismo?

—No quiero problemas con Nikki. Se enteraría por la matriz del talonario.

—De acuerdo. ¿A nombre de quién lo hago?

—Hazlo al portador.

No era necesario pedirle explicaciones.

—Ahí tienes la dirección —me dijo, tendiéndome un papelito.

—Dalo por hecho.

—Te haré un cheque.

—No te preocupes —le dije.

Me pregunté si alguno de los visitantes no le habría birlado, quizá, un mechero o cualquier otro *bibelot* y ahora se veía obligado a pagar aquel dinero para rescatarlo. Pero decidí que no valía la pena hacer especulaciones. Ravelstein ya me había hablado del notable aumento de su apetencia sexual. Me había dicho:

—Estoy caliente, ¿qué le puedo hacer? Y algunos de esos muchachitos me tienen una simpatía muy curiosa. Disponen del cuadro completo, además. Nunca habría pensado que la muerte podía ser un afrodisíaco tan raro. No sé por qué me descargo de esto contigo. Quizá porque creo que lo debes saber.

Toda mi vida he tenido la costumbre de postergar las cosas. Por supuesto que sabía que Ravelstein estaba en la línea de fondo, que no viviría mucho tiempo. Pero cuando Nikki me dijo que Morris Herbst iba a venir me lo tomé como un aviso para tratar de dominarme.

Ravelstein y Morris Herbst hablaban por teléfono a diario. Gracias a la ayuda de Ravelstein, Morris, que era viudo, se las había arreglado para colocar a dos hijos. Ravelstein había estado enamorado, en cierto modo, de su difunta esposa y hablaba de ella con singular respeto y admiración. Me había descrito «la impresionante palidez de su rostro, sus ojos negros, su belleza y su disposición abierta a lo sexual sin ser promiscua». En el terreno de la sexualidad ya no hay nada prohibido, pero el reto estriba en mantener a raya la propia ante la anarquía sexual general. Ravelstein admiraba a la difunta esposa de Herbst, la amaba. La suya era la única fotografía de mujer que llevaba en la cartera. Por consiguiente, era natural que fuera un sucedáneo de padre para sus hijos. Les conseguía becas y trabajillos en el campus, tutelaba a sus amigos, se aseguraba de que leyeran los clásicos esenciales.

Supe lo de la foto de Nehamah por Nikki.

—La lleva con las tarjetas de crédito y la Blue Cross —dijo. —Ya sabes que sus simpatías están con aquellos que tienen pasiones básicas, son los únicos que le llenan los ojos de lágrimas. Para Abe, eso es lo que más cuenta.

Si Ravelstein no hablaba mucho de Nehamah Herbst era porque en los últimos meses de vida de aquella mujer, él y Morris habían cultivado una especie de culto en

torno a ella. Abe había pasado mucho tiempo con ella en las últimas semanas y Nehamah le había hablado abiertamente de cuestiones secretas e íntimas. A pesar de que no se podía confiar en él en lo que se refería a respetar las confidencias que se le hacían, a mí no me dijo nunca nada sobre lo que habían hablado él y Nehamah.

Cuando la madre de Nehamah llegó de Mea Sha'arim y pidió a su hija que le dejase celebrar una ceremonia ortodoxa, ésta dijo:

—¿Cómo? ¿En mi lecho de muerte?

—Sí. Tienes que hacerlo por tus hijos. Yo estoy aquí para salvarlos.

Pero, como decía a veces Ravelstein, casi nunca se llega a lo que cuenta de veras. Lo que importa realmente debe ser revelado, nunca practicado. Sin embargo, sólo un puñado de seres humanos poseen la imaginación y fuerza de carácter suficientes para vivir de acuerdo con el verdadero Eros. Nehamah no sólo se negó a recibir al rabino ortodoxo que llevó su madre hasta su lecho de muerte, sino que ya no volvió a dirigirle nunca más la palabra y, sin llevarse el adiós de su hija, la vieja regresó a Mea Sha'arim.

—Nehamah era pura y fue inamovible —dijo Ravelstein en voz baja y con respeto infinito.

Estoy intentando transmitir de la mejor manera que puedo la conexión singular que existía entre Ravelstein y Morris Herbst. Durante treinta o cuarenta años estuvieron en contacto diario.

—Ahora que dispongo de pasta para hacer lo que se me antoje, tengo la satisfacción de estar en contacto con Morris y de poder hablar con él sin preocuparme de lo que pueda costarme —me dijo Ravelstein.

De todos modos, según me dijo Nikki, Ravelstein no veía nunca las facturas de teléfono. Las pagaba Legg Mason, la importante empresa de inversiones del Este que administraba su dinero. Abe le había dicho a Nikki, que era quien abría la correspondencia:

—No me gusta la impresión electrónica, por supuesto que no pienso leer nada. No me traigas nada, no me pases ningún estado de cuentas a menos que el capital baje por debajo de los diez millones.

En este punto la reserva oriental de Nikki se volatilizaba. No conseguía evitar una carcajada.

—Ni un céntimo menos de diez grandes —dijo.

Era franco conmigo porque yo nunca lo agobiaba, no le hablaba nunca de dinero. Se habría sentido..., veamos, ¿cómo se habría sentido?... La palabra adecuada es «ultrajado». Tenía una suavidad principesca asiática pero, como lo ofendieses, Nikki era muy capaz de rebanarte la cabeza.

Volviendo a Morris Herbst, estaba siempre en el primer lugar de la lista de invitados en todos los congresos que organizaba Ravelstein. Era el primero en ser invitado y el primero en aceptar. En todos y cada uno de los actos en los que intervenía Ravelstein, Morris leía un trabajo. Tenía un aire reflexivo, reposado,

estable y hablaba con seguridad, sin prisas ni nerviosismo. Con su barba blanca cuadrada —sin bigote— tenía el aire de un campesino de Michigan al que conocí hace cincuenta años. Herbst también había estudiado con el profesor Davarr pero, como no tenía conocimiento del griego, no podía considerarse un producto Davarr genuino. Enseñaba Goethe, había escrito un libro sobre *Las afinidades electivas*, pero el hecho curioso —siempre hay hechos curiosos— era que también tenía una debilidad por los naipes y los dados y viajaba a menudo a Las Vegas. Ravelstein estimaba en mucho a los jugadores temerarios. También yo tenía buena opinión de Herbst. No habría sabido decir por qué. Era jugador, perdía la cabeza cuando jugaba al veintiuno y, aunque lloraba a su esposa, no por ello dejaba de procurarse otras mujeres y nunca se atribuía méritos falsos.

Sí, se había ocupado de su familia, tal como había prometido a Nehamah, pero sus hijos sabían todos los detalles de sus correrías, de sus aventuras. Después de la muerte de Nehamah tenía siempre a alguna mujer instalada en casa y muchas otras que lo llamaban desde todo el país. Tenía unas maneras tranquilas, una forma de estar sentado inequívocamente serena. Sus blancos cabellos eran a la vez rizados y ondulados y su tez de color intenso. Su aspecto era bueno, pero debía la vida a la cirugía cardíaca. Cuando le hacías una pregunta, tenías que esperar a que organizase la respuesta. Podía quedarse sentado e inmóvil y considerar incluso cinco minutos (lo cronometré varias veces) la respuesta que debía dar. Era un conversador sobrio y circunspecto. Había nacido en Alemania y se había especializado en los pensadores alemanes. Su afición a los mismos no llegó nunca a rayar tan alto como su afición a las mujeres, pero desde la muerte de su esposa tuvo un amor duradero con una mujer cuyo marido, paciente varón, se vio obligado a aguantar sus largas conversaciones telefónicas nocturnas. Privado de teléfono, ¿qué habría sido de la vida espiritual de Morris? Ravelstein prefería la expresión francesa. Decía:

—Yo no llamaría mujeriego a Morris. La verdad es que es un auténtico *homme à femmes*. Si esto no es una vocación, no es nada.

Hacía cinco años que los cirujanos le habían comunicado a Herbst que su corazón estaba agotado. Se hallaba en lista de espera para un trasplante con una calificación de alta prioridad. No le quedaba más que una semana por delante cuando un motorista de Missouri sufrió un atropello y murió en el accidente. Al muchacho le saquearon los órganos. Desde el punto de vista técnico, aquellos trasplantes eran un éxito inmenso. Pero, considerando el caso desde el lado humano, el hecho es que Morris lleva en el pecho el corazón de otro hombre. Que uno acepte un injerto de piel de un desconocido compatible tiene un pase, pero a todos nos parece que, tratándose del corazón, es otro cantar. El corazón es un misterio. El que ha visto su corazón en una pantalla de vídeo, como es el caso ahora de muchos millones de personas, y ha contemplado cómo se contrae y se dilata rítmicamente, tal vez se habrá preguntado a qué obedece la persistencia de este músculo tan leal en su funcionamiento desde el útero materno hasta el último suspiro. Una contracción y una dilatación rítmicas que

prosигuen su ciego funcionamiento. ¿Por qué? ¿Cómo? Pues resulta que el que ahora prolonga la vida de Morris Herbst es un adolescente de Cape Girardeau, Missouri, un demonio de la velocidad de quien su actual poseedor lo ignora todo. Una situación a la que no se puede aplicar otra cosa más que aquella frase hecha de la industria que dice: «Las piezas son intercambiables». Y esto es algo que nos hace conscientes de la realidad moderna.

Durante la guerra, a menudo me había impresionado pensar que los soldados rusos que hicieron retroceder el ejército de Hitler a través de Polonia habían logrado su propósito gracias al cerdo enlatado de Chicago que consumían.

¿Por qué cerdo? Pues bien, en este caso es apropiado. Morris era un judío creyente, no del todo ortodoxo, pero más o menos practicante. Resulta que ese judío laxo debe la vida al corazón que le sacaron del pecho a un muchacho que perdió el control de la moto que conducía. No estoy enterado de las circunstancias reales de su muerte. Todo lo que sé, en realidad, es que los técnicos quirúrgicos extrajeron el órgano al chaval y que ahora sustituye al corazón titubeante alojado anteriormente en el pecho de Herbst. Éste me dijo un día que aquello había aportado a su vida unos impulsos y unas sensaciones ajenas.

Quise saber a qué se refería.

Sentado y circunspecto, las manos en las rodillas, desaparecida la palidez de su rostro junto con el corazón averiado que lo estaba matando, los cabellos blancos rizados enmarcando un rostro de nuevo rubicundo, dijo que ahora se sentía como uno de esos Santa Claus que hay en el departamento de juguetes de los grandes almacenes y que preguntan a los niños qué regalos quieren en Navidad. Y todo porque un corazón prestado se había enseñoreado del centro de su «equipo físico» (según él lo designó) y advertía que, al mismo tiempo, le había sido impuesto un temperamento diferente: juvenil, atolondrado, no que buscase el riesgo pero sí satisfecho de correrlo.

—Me siento un poco como el tipo aquel que se hace llamar Evel Knievel que salta con su Honda por encima de dieciséis barriles de cerveza.

Si lo entendí, por curioso que parezca, fue porque en aquel entonces yo estaba en tratamiento con una fisioterapeuta que me había dicho que los órganos principales del cuerpo estaban rodeados de cargas de energía y que ella, la terapeuta, estaba en contacto en aquellos momentos con mi vesícula biliar.

—Pero es que yo no tengo vesícula biliar —le dije. —Me la extirparon.

—De acuerdo, pero queda la energía..., y seguirá allí mientras usted viva —me dijo.

Lo menciono con una pizca de agnosticismo porque se me pedía que creyera que no se trataba simplemente de que el corazón del muchacho había cambiado de cuerpo. Los órganos son, además, receptores de cosas sombrías, de impulsos de afirmación, tanto ansiosos como felices según los casos, y seguramente habían entrado en el cuerpo de Herbst junto con el nuevo corazón. Ahora tendrían que acomodarse a los impulsos de aquel nuevo marco.

De tratarse de un trasplante de riñón o de páncreas, el caso habría sido diferente. Pero el corazón comporta muchas connotaciones, es el centro de las emociones del hombre, de su vida superior.

En cualquier caso, a Morris, judío alemán, lo había salvado aquel muchacho de Missouri. Y tuve que refrenarme de hacerle preguntas sobre aquel corazón originariamente cristiano o gentil, con sus oscuras energías y sus ritmos. ¿Cómo se adaptaba a las necesidades o peculiaridades judías, a sus pesares, a sus ideas? En aquel momento era un tema del que no podía hablar con Ravelstein. No estaba en condiciones de canalizar sus reflexiones en aquella dirección.

A lo máximo que me atreví fue a preguntar con muchas vacilaciones directamente a Morris sobre el trasplante. Me dijo que en todos los Estados, cuando sacabas el permiso de conducir, te hacían rellenar una casilla en la que te preguntaban si accedías o no a donar tus órganos.

—El chico no había tardado ni medio segundo en poner una X en la casilla correspondiente. ¡Qué demonios! ¿Por qué no? O sea que expidieron el corazón al Este y me operaron en el Mass General.

—¿No sabes nada más sobre el chico?

—Muy poco. Escribí una carta a sus padres dándoles las gracias.

—¿Qué les decías, si no te importa comentarlo?

—Les dije con toda sinceridad lo agradecido que les estaba. Me expresé como si fuera un americano de pura cepa, así no tendrán que preocuparse pensando que gracias al corazón de su hijo hay un chinche extranjero que sigue vivo...

—Seguramente te harás tus reflexiones cuando ahora estás en la carretera y te ves rodeado de pronto por una pandilla de jóvenes con sus motos, sus pañuelos, sus cascos y sus anteojos.

—Estoy preparado para esto.

—¿Te contestó la familia del chico?

—Ni una postal. Pero seguramente les alegra pensar que el corazón de su hijo sigue viviendo.

Inclinó la cabeza y su expresión fue de indecisión. Sus dedos, que tenía en la sien, le sostenían la cabeza... como si buscara respuestas en el motivo de la alfombra persa de Ravelstein o extrajera de ella algún mensaje singular sobre aquella milagrosa prolongación vital que se le había concedido. Como yo no cifraba mis esperanzas en la alfombra, volví al lenguaje de la política de las grandes ciudades... Se había introducido un elemento extraño. Así pues, la vida —es decir, lo que uno ve incesantemente, las imágenes que genera la vida— continuaba. Aquello guardaba relación con algo que yo había dicho a Ravelstein.

Al preguntarme qué idea me hacía de la muerte, cómo la imaginaba, le dije que cesarían las imágenes. Es evidente que, al hablar de imágenes, me refería a aquello que los americanos llaman Experiencia. No pensaba entonces en las imágenes a las que últimamente se tiene acceso, las que ofrece la tecnología, esa especie de

excursión que uno puede hacer a través del propio tubo digestivo o del propio corazón. El corazón..., al fin y al cabo, es una masa de músculos. Pero, qué tenaces. El corazón empieza a latir en el útero materno y prosigue su ritmo a lo largo de casi un siglo. En el caso de Herbst se había rendido después de cumplidos los cincuenta años y, gracias al trasplante, seguiría funcionando hasta los ochenta y tantos. Se había comprometido a ir al hospital una vez al año para someterse a unas pruebas. Pero, en términos generales, su vida era la misma de antes. Tenía todas las trazas de ser un hombre afable, tolerante, accesible. Su rostro benévolo y tranquilo, bordeado de una barba blanca, limpia y rizada, era sereno y sano. Observaba con mucha atención a las mujeres, revisaba sus cuerpos, sus pechos, piernas, peinados. Era uno de esos hombres que saben apreciar a una mujer, que hacen justicia a sus cualidades. No daba la impresión de que esas estimaciones suyas molestaran a nadie. Sentía un placer desinteresado en juzgar a las mujeres. Pero sus maneras eran tranquilas, no hacía grandes alharacas, eran pocas las que se sentían incómodas como resultado de su interés.

Cuando llegó Herbst, me retiré. Abe y Morris, amigos desde hacía casi medio siglo, seguramente tenían montañas de cosas que contarse. Ravelstein gritó desde la cama:

—¡Traédmelo aquí!

Tenía las sábanas Pratesi sueltas por las esquinas de la cama y la colcha de visón, bellamente curada, suavísima, caída en el suelo. En las paredes, por alguna razón, los cuadros no estaban nunca derechos. En el cuarto, sobre los muebles antiguos y valiosos, se amontaban prendas de ropa revueltas con papeles manuscritos y cartas. Las cartas me recordaban siempre las controversias en las que Ravelstein estaba envuelto, los enemigos poderosos e implacables que se había hecho en el mundo académico. Era algo que a él le tenía totalmente sin cuidado.

Herbst se agachó junto a la cabecera de la cama para abrazar a Ravelstein.

—Chick, acerca una silla a Morris, ¿quieres?

Le acerqué la butaca italiana de respaldo redondo, tapizada de cuero. Uno solía olvidar que Herbst estaba vivo gracias al trasplante. Tenía tan buen aspecto que se daba por sentado que podía atender sus necesidades normales. Por un momento pensé que Ravelstein prefería que Herbst, su viejo amigo, fuera un inválido. Pero fue un fognazo. No cuadraba con Ravelstein condescender a aquel tipo de juegos. Se moría, de esto no había duda, pero aquella habitación no se convertiría por ello en la de un enfermo. Él necesitaba —deseaba— hablar.

Dejé solos a los amigos, salí de aquella habitación que Ravelstein había amueblado como dormitorio de un hombre de su talla. Casi de inmediato oí que se reían estrepitosamente, se ponían mutuamente al corriente de los chistes mejores (los más descarnados, los más picantes) que habían oído últimamente. El ambiente solemne tipo «últimos días de Sócrates» no era el estilo de Ravelstein. No era éste el momento de ser otro..., ni siquiera de ser Sócrates. Era el de ser más que nunca quien

había sido siempre. No iba a malgastar tontamente las horas de declive que le quedaban siendo quien no era.

Cuando se instalaron a hablar de sus cosas volví a casa e informé de los asuntos del día a Rosamund. Acababa de hablar por teléfono con la mujer que le pasaba la tesis a máquina. Faltaban pocas semanas para la lectura de su tesis doctoral. Había estudiado cinco años con Ravelstein o sea que, de haberme interesado saber qué debía Maquiavelo a Tito Livio, no tenía más que preguntárselo a aquella mujercita de ojos azules almendrados tan encantadora como guapa. Pero entonces me interesaban muy poco las deudas que pudiera tener Maquiavelo. Lo que para mí más contaba, lo que me reconfortaba más profundamente, era que todo cuanto dijera a aquella mujer, ella lo entendería.

—¿Ha llegado Herbst? Seguro que tienen mucho que contarse.

—No lo dudo, pero lo primero que tienen que contarse son unos cuantos chistes sucios. Una ocasión más bien rara, se mire como se mire. Herbst, con el corazón de otro hombre palpitándole en el pecho, y Ravelstein, que ya se ha despedido de él. En cierto modo, mejor los chistes que una conversación sobre el alma y la inmortalidad. Para averiguar qué ocurre cuando dejas de respirar hay que comprar la entrada.

—¿Morirse?

—¿Hay alguna otra forma de enterarse?

—¿Te ha dicho Nikki que el doctor Schley quiere que Ravelstein vuelva al hospital?

—Me sorprende —dije. —Si acaba de aprender a andar... Según tú decías, todavía le quedaba un año.

—¿No pensabas lo mismo? —dijo Rosamund.

—Sí, claro, pero él no tiene ganas de ir arrastrándose por ahí. Por lo menos en el hospital estará más protegido frente a los amigos y a los que le quieren bien.

—Él es mucho más sociable que tú, Chick. Disfruta con la compañía de la gente.

Pero no se trataba simplemente de compañía. La gente iba a verle para exponerle sus problemas, como si él, desde su lecho de muerte, dispensara una especie de información divina.

La puerta de la habitación de Ravelstein estaba abierta, lo que me permitió ver los largos cabellos de Battle, que le caían sobre sus cargadas espaldas, y también sus elegantes botas hasta el tobillo. No le veía la cara pero pude ver, en cambio, que su esposa estaba llorando. Estaba inclinada hacia adelante. Aquello no podían ser más que lágrimas. Aquella mujer me inspiraba un gran respeto y sentía una gran simpatía hacia su marido.

Los Battle eran grandes admiradores de Ravelstein. No asistían jamás a sus conferencias públicas y dudo que leyeran sus libros, pero se lo tomaban muy en serio. Cuando, hace unos años, a Battle le llegó la jubilación, cruzó con su esposa los

confines del Estado y se internaron juntos en los bosques de Wisconsin, donde se dispusieron a llevar una vida muy sencilla, estilo Thoreau. Cuando venían a la ciudad, Ravelstein solía invitarlos a cenar a nuestro restaurante serbio-francés.

Yo había descubierto que, si sitúas a una persona bajo una luz cómica, se vuelve más agradable. Si dices de alguien que es grosero, que eructa, que tiene unos ojos que parece un lucio humano, a partir de entonces te llevas mejor con él, en parte porque reconoces que has sido sádico con él y que lo has desprovisto de sus atributos humanos. Igualmente, si has perpetrado contra esa persona alguna violencia metafórica, te sientes deudor de alguna consideración especial.

Así que salieron los Battle, Ravelstein me dijo (acurrucado en la cama, como divirtiéndose por dentro) que el propósito de aquella visita había sido recabar su consejo.

—¿Sobre qué?

—Han venido para decirme que proyectaban suicidarse. Se han disculpado conmigo por molestarme en un momento así...

—Menos mal... —dije.

—No seas duro con ellos, Chick. Las fantasías sobre el suicidio son bastante habituales entre la gente mayor. Creo que hablan en serio.

—Se figuran que hablan en serio.

—Como estoy en las últimas, también yo pienso en esas cosas, es natural. Me encuentro en un momento malísimo para que la gente me venga con sus problemas. Me han expuesto la cosa en la forma de «supongamos que...». ¿Consideraba yo, juzgándolo de una manera abstracta, dada la época de la vida en que se encontraban y todo el resto de la que pueda quedarles, que obrarían bien si...?

—¿Un pacto de suicidio?

—Battle ha expuesto sus razonamientos y ella los ha completado y ha incorporado la glosa sensata. Han dicho que yo era la única persona en quien confiaban y que estaban seguros de que no sería satírico con ellos.

—O sea que van a ver a un hombre que preferiría no morir y le exponen su plan de suicidio.

—Hace varias semanas que Battle me lo insinuó. Es un hombre muy inteligente, pero tiene un carácter muy fuerte. Y esto le impide expresarse. La sensata es ella, ha venido con un vestido azul lleno de botones, dos hileras de botones en la parte delantera. Es una mujer menuda. ¿O será que su voluminoso marido la empequeñece? En fin, tiene una carita británica muy graciosa, una cara que te mira desde abajo. Estoy seguro de que los niños, cuando la ven, deben de encontrarla encantadora, simpática...

—¿De qué se quejan, pues?

—Se quejan de que se hacen viejos. Todas las personas cultas cometen el mismo error, creen que la naturaleza y la soledad van a sentarles bien. La naturaleza y la soledad son veneno —dijo Ravelstein. —Al pobre Battle y a su mujer les deprimen

los bosques. Eso es lo primero que hay que tener en cuenta.

—¿Y tú qué les has dicho?

—Les he dicho que han hecho bien contándomelo. Ojalá que la gente, cuando tiene ideas suicidas, pidiera consejo. Si se sienten de esa manera es porque les falta una comunidad, gente con quien hablar.

—Quizá sea la idea que se hacen de pagar un tributo. Tal vez ésa sea su manera de decir que la vida, sin su amigo Ravelstein, no tiene ningún valor —dije.

—Bien, yo los quiero mucho —dijo Ravelstein. —Se han inventado esa manera solapada de hacerme saber que no me iría solo.

—Es evidente que hablan de ti todo el tiempo y que han pensado que tal vez te convertirías en un referente ausente.

—O sea que, si yo muero, también ellos pueden morir —dijo Ravelstein con esa manera suya de explicar las cosas.

Le encantaban los comadreos, pero sería difícil describir el interés que sentía por las personas. Poseía una curiosa intuición, aunque en su caso era más adivinación que análisis lo que estaba en juego cuando hablaba de las personas o las desentrañaba.

—Les he dicho que es un error hacer del suicidio un tema de discusión o de debate. El razonamiento a favor o en contra de la vida es una niñería.

—Tú tienes una gran autoridad con los Battle, si tú les dices que no lo hagan, no lo harán.

—Dictar leyes no es mi estilo, Chick.

Lo cual, ciertamente, no era verdad.

—Querían que me los tomara en serio —dijo. —Pero es evidente que no hablaban en serio. Lo que querían es distraerme con esa canción del doble suicidio.

Aquello se acercaba más a la verdad.

—Les he dicho que habían vivido un gran amor. Un clásico.

—Y que no debían manchar ese amor con el deshonor —añadí.

—Más o menos —dijo Ravelstein. —Ya conoces la historia. Después de haber bailado con Battle, a quien no había visto en su vida, la mujer abandonó a su marido. Cayó en brazos de Battle y aquí se acabó todo. En aquel mismísimo instante las dos partes reconocieron que sus respectivos matrimonios habían terminado... Él era bueno en las pistas de tenis y en las de baile, pero no tenía nada de seductor, y ella no era una esposa infiel. Él le dijo que la esperaba en el aeropuerto...

—¿Y eso dónde fue?

—En Brasil. Y su vida ha sido feliz.

—¡Ah, ya lo recuerdo! Su avión fue alcanzado por un rayo.

—Tuvieron que aterrizar en Uruguay. Han estado juntos muchos años..., cuarenta años sin una fisura. Los Battle querían que yo les hiciera un compendio de todo lo suyo, o sea, que les he complacido y les he contado su propia historia. Entre millones o centenares de millones de personas sólo ellos han tenido suerte. Han vivido un gran amor y décadas de felicidad sin esfuerzo alguno. ¿Por qué, pues, rebajar esa felicidad

con un suicidio?... Me he dado cuenta de que la señora Battle ha oído... lo que esperaba oír. Quería que le demostrara que hay que seguir viviendo.

—Pero Battle no estaba del todo satisfecho, ¿verdad?

—Exactamente, Chick. Esperaba que yo le hablaría de suicidio y nihilismo. Muchas veces he pensado que las fantasías de suicidio se contrarrestan con las fantasías de asesinato en la economía mental de las personas civilizadas. Battle no es un profesor hasta la médula, aunque siente la responsabilidad de alistarse al nihilismo. No es que él sepa mucho sobre nihilismo, pero es algo que está en el aire. Ha hablado de la gente triunfadora inclinada al suicidio, los que miran más allá de las ilusiones del éxito y deciden acabar con su vida...

—Si te disgusta la existencia, la liberación es la muerte. Llámalo nihilismo, si quieres.

—Sí, al estilo americano..., sin el abismo —dijo Ravelstein. —Los judíos, sin embargo, creen que el mundo ha sido creado para todos y cada uno de nosotros y que cuando destruyes una vida humana, lo que destruyes es todo un mundo..., el mundo tal como era para aquella persona.

De repente Ravelstein se sintió incomodado conmigo. Por lo menos me habló con una ampulosidad que dejaba traslucir malhumor. Tal vez yo seguía sonriendo al pensar en los Battle y a él pudo parecerle que disentía de la idea de que uno, al destruirse, destruye todo un mundo. Como si yo lo amenazara con destruir un mundo, yo que he vivido para ver esos fenómenos, yo que creo que el corazón de las cosas está en la superficie de las mismas cosas. Yo que decía siempre: «Cesarán las imágenes», al responder a la pregunta de Ravelstein: «¿Cómo imaginas la muerte?», queriendo significar, una vez más, que en la superficie de las cosas se ve el corazón de las mismas.

Cerca ya del final, Ravelstein atraía a muchos visitantes. Pocos llegaban hasta su dormitorio, Nikki se ocupaba de que así fuera. Pero entre los más significativos se contó Sam Pargiter, cuya presencia resultó curiosa. Era uno de mis mejores amigos. Por mediación mía había leído el famoso libro de Abe y había asistido a sus conferencias públicas y también a algunos de nuestros seminarios conjuntos. Valoraba en mucho las opiniones de Ravelstein y sus chistes. Con un gran letrero detrás de él en el que se leía *Prohibido fumar*, Ravelstein prendía sus cigarrillos con la llama del Dunhill mientras daba sus conferencias y decía:

—Si usted se marcha porque su odio al tabaco es más grande que su amor a las ideas, no le echaremos de menos.

Lo decía con mordacidad tan cómica y con tan buen talante que Pargiter quedó embelesado con él y me pidió que le presentara a aquel hombre tan ingenioso. Le dije, pues, a Ravelstein que mi amigo Sam Pargiter estaba interesado en conocerlo.

—Muy bien, así tendrás en la misma yunta a dos amigos totalmente calvos —dijo Ravelstein.

De su forma de decirlo se deducía que, como le quedaba muy poco tiempo, no

debía traerle gente nueva.

—¿Dijiste que era sacerdote católico?

—Lo fue —dije. —Solicitó la salida. Pero sigue siendo católico... Tú también tienes un amigo jesuita, Trimble.

—Trimble y yo compartimos un piso en París y salíamos juntos a menudo. Pero él fue, como yo, alumno de Davarr y hablábamos el mismo lenguaje.

—Bueno, aunque no lo haya hablado con Sam Pargiter, puedes tener la seguridad de que, si quiere venir a verte, es porque te ha leído y puedes estar seguro de que él no intentaría nunca apuntarse una novena entrada a costa tuya^[14].

Descubro, al volver la vista atrás, que yo me preocupaba extrañamente por las personas que visitaron a Ravelstein en sus últimos días y que, arrimadas a las paredes de la habitación, formaban un grupo de testigos en su mayoría silenciosos. A Ravelstein ya no le quedaban fuerzas para aceptar ni rechazar a los visitantes. De algunos de ellos yo habría podido decir que Ravelstein habría preferido no verlos. Uno de sus rivales de mucho tiempo, Smith, se presentó con una nueva esposa, que se arrogaba el papel de instructora del profesor y le dijo, situándose junto a la cabecera de la cama:

—Dile que le quieres. ¡Anda..., díselo!

Y el hombre, con muy poco entusiasmo, dijo:

—Le quiero.

Estaba muy claro, en cambio, que lo odiaba. Se odiaban mutuamente. Ravelstein cortó aquel momento imposible con una sonrisa maravillosa, aunque ya no era capaz de intervenir. Era evidente que Smith estaba furioso con su última esposa. Nadie tenía autoridad suficiente para pedir a los Smith que abandonaran la cabecera de la cama. Fue una suerte que Pargiter —cuya presencia, de haberme encontrado en mi lecho de muerte, habría agradecido— estuviera sentado junto a la puerta. Pargiter estaba allí como espectador o como testigo, simplemente sentado junto a la pared haciendo la función, en gran parte tácita, de estar donde estaba.

Los visitantes de los que Ravelstein estaba más necesitado eran los que acudían más regularmente. Estaban, por ejemplo, los Flood, marido y mujer, pareja con la que tanto Ravelstein como Nikki estaban muy unidos. Flood pertenecía al cuerpo administrativo de la universidad, su responsabilidad particular se centraba en las relaciones de la comunidad. Era el representante de la universidad en el ayuntamiento y se encargaba de supervisar el sistema de seguridad de la universidad. La policía de la universidad le pasaba información. Una de sus actividades consistía en solventar escándalos. Era un hombre sencillo, sensible, serio, tenía buen corazón. Sólo Dios sabe las muchas cosas desagradables que había resuelto por el bien de la comunidad universitaria. Pero no era indispensable pertenecer a aquella comunidad para ser objeto de sus desvelos. Un propietario de un restaurante griego tenía una hija cuya vida salvó Flood gracias a procurarle asistencia quirúrgica en el último momento y cuando se encontraba en gran peligro. Flood tenía fama en la ciudad de persona-a-la-

que- se-puede-recurrir-en-un-apuro. Había hecho favores tanto a Ravelstein como a mí. Como las de la casa de Ravelstein, las puertas de la casa del matrimonio Flood estaban siempre abiertas. La gente entraba y salía de su casa sin grandes restricciones ni formalismos. Gilda Flood y su marido, para decirlo llanamente, se querían. Ravelstein valoraba más que ningún otro aquel lazo humano tan simple (pero tan indispensable). Él tenía una gran diversidad de conexiones a todos los niveles. No son cosas para ser divulgadas. Me limito simplemente a señalar la variedad de visitantes atraídos a la cabecera de la cama de Ravelstein que él, cuando emergía, observaba arrimados a las paredes de su habitación, personas cuya presencia debía de reconfortarle por las afinidades que tenía con ellas, personas que eran en cierto modo su familia o lo más próximo a ella.

Hacia el final, Ravelstein se mostraba a menudo impaciente conmigo. Había aprendido del profesor Davarr que la gente moderna —y yo, en algunos aspectos, era una persona moderna— entra directamente a saco en las cosas. No estaba de más llamarles la atención, podar aquella excrecencia que supone la persistencia en el error. Por eso podía ser directo sin ofender.

A veces los que están cerca de la muerte son muy severos. Nosotros seguiremos aquí cuando ellos se hayan ido y esto no es fácil de perdonar. Si yo no me merecía la vara por la opinión x, es evidente que me tenía ganados un par de batacazos en los nudillos por la y. Cuanto más viejo te haces, peor es lo que descubres en ti. Él habría empleado mejor que yo los años que me quedaban. Lo mínimo que puede hacer uno es reconocer los hechos escuetos. Ravelstein me consideró petulante con el pecado del suicidio cuando le dije que había dado una respuesta muy judía a los Battle. Pero se aplacó después y dijo:

—Me concederás, en cualquier caso, que he salvado dos vidas.

En cualquier caso, he cumplido, con ayuda de Rosamund, la promesa que hice a Ravelstein. Murió hace seis años, justo cuando empezaban las Grandes Fiestas. Cuando recé el *Kaddish* por mis padres, también lo tuve a él en mis pensamientos. Y durante la ceremonia en recuerdo de él —*Yizkor*— me paré a reflexionar en las memorias que pensaba escribir y estuve pensando en cómo las abordaría. Pensé en sus rarezas, extravagancias, excentricidades, en su manera de comer, beber, afeitarse, vestirse y de atacar jovialmente a sus alumnos. Pero esto era poco más que su historia natural. Otros lo veían extraño, perverso..., su sonrisa burlona, su manera de fumar, sus conferencias, su arrogancia, su impaciencia. Para mí era un ser brillante y seductor. Alguien que estaba decidido a socavar las ciencias sociales y otras especialidades universitarias. La irregularidad de sus costumbres sexuales lo había condenado a morir. En relación con ellas era absolutamente franco conmigo, con sus mejores amigos. Para utilizar un término de otras épocas, era considerado un invertido. No un «*gay*». Despreciaba la homosexualidad teatral, tenía en muy poca estima el «orgullo *gay*». Había momentos en que yo no sabía qué hacer con sus confidencias. Pero me había elegido a mí para que hiciera su retrato y, cuando hablaba conmigo, si era a mí a quien hablaba íntimamente, también hablaba para la crónica. Perder la cabeza era la marca de su grandeza de espíritu. Supongo que, incluso en la época actual, la gente sabrá entender el término «grandeza de espíritu», si bien ahora ya no encierra la connotación permanente que tuvo en otro tiempo. En todo caso, Ravelstein confiaba en que yo sería capaz de describirlo.

—A ti esto te será muy fácil —me dijo.

Yo asentí..., así era, más o menos.

La norma que se sigue con los muertos es que hay que olvidarlos. Terminado el entierro, se inicia el avance gradual y universal hacia el olvido. Pero ésta no era una norma válida en el caso de Ravelstein. Él reclamaba y ocupaba un espacio más importante tanto en la vida de Rosamund como en la mía. Rosamund recordaba un texto de su época de escolar que decía: «Júntate con las personas más nobles que encuentres; lee los libros mejores; vive con los poderosos; pero aprende a ser feliz solo».

Para Ravelstein ésta habría sido la normal *kabibble* magnánima y de elevado espíritu.

Pese a todo, a su manera despendolada, era incuestionable que Ravelstein había sido una «persona de las más nobles». Para mí, no obstante, el reto que comportaba retratarlo (aquello en que se había convertido la antigua palabra «retratar») iba transformándose paulatinamente en una carga. Aun así, Rosamund creía que yo era la persona más adecuada para llevar a cabo aquella tarea. De hecho, realizaría con ella un ensayo personal de la muerte. Pero, de momento, se trataba únicamente de considerar la muerte de Ravelstein.

—Todo es empezar —me dijo Rosamund. —Como decía él, es el *premier pas qui coûte*.

—Sí. Algún equivalente francés de «con todos los sellos», *sur papier timbré*, todo legal y en orden, oficializado por el Estado.

—Eso, eso..., ése es el tono jocoso exacto que él esperaba de ti. Deja que otros comenten sus ideas.

—Eso quiero. Dejar los asuntos intelectuales a los expertos.

—Lo único que necesitas es situarte en la posición correcta.

Pero transcurrían los meses —los años— y seguía sintiéndome incapaz de encontrar el punto de arranque.

—Tendría que ser fácil. «Ser fácil o no ser» o, como decía no sé quién, «si no es como el canto de un pájaro, no vale».

Rosamund a veces decía:

—¿Es que Ravelstein combina bien con el canto de un pájaro? En cierto modo, no me lo parece.

Los años iban pasando entre conversaciones de esta suerte y se hacía evidente que yo me sentía incapaz de empezar, me enfrentaba con algún obstáculo de dimensiones colosales. Rosamund había dejado de animarme y de ofrecerme consejo. Era prudente de su parte que me dejara a mi aire.

Pese a ello, seguíamos hablando de Ravelstein casi a diario. Yo recordaba las veladas de baloncesto en su casa, y también las cenas con estudiantes en el barrio griego, sus salidas para hacer compras y los seminarios caprichosos pero importantes que solía organizar. Otra que no hubiera sido Rosamund me habría acuciado desagradablemente:

—Al fin y al cabo, era un gran amigo tuyo y le juraste que lo harías.

O bien:

—Seguro que, en la otra vida, está muy disgustado.

Ella sabía perfectamente que yo pensaba lo mismo con demasiada frecuencia, de forma agobiante además. A veces me lo representaba envuelto en su sudario, tendido junto a su odiado padre. Ravelstein solía decir:

—Aquel histérico que me golpeaba las nalgas desnudas y me gritaba sandeces..., y después, por mucho que yo me esforzara, me restregaba por las narices que no había conseguido estar en Phi Beta Kappa. «O sea que has publicado un libro y ha sido bien recibido..., pero de Phi Beta Kappa, nada, ¿verdad?».

Lo único que dijo Rosamund fue:

—Sólo con que contaras eso de Phi Beta Kappa, tendrías a Ravelstein encantado en la otra vida.

Y mi respuesta fue:

—Ravelstein no creía en la otra vida. Y suponiendo que él estuviera en algún sitio, ¿qué gusto sacaría de recordar al imbécil de su padre o un tramo cualquiera de lo que llamamos nuestra vida mortal? Yo soy de los que creen que, cuando estemos en el otro lado, veremos a nuestros padres. Y a los hermanos, amigos, primos, tías y tíos...

Rosamund solía asentir con el gesto. Admitía con ello que también ella lo creía. A veces añadía:

—Me pregunto qué harán en la otra vida.

—Si hicieras una encuesta sobre la cuestión descubrirías que la mayoría esperamos volver a ver a nuestros muertos, los amábamos y continuamos amándolos..., de cuando en cuando les engañábamos, a veces los despreciábamos o los odiábamos, y habitualmente les mentíamos. No tú, Rosamund, tu sinceridad te convierte en excepción. Pero hasta el mismo Ravelstein, un hombre demasiado duro para hacerse este tipo de ilusiones, decía..., se delataba cuando me decía que, de todas las personas que le eran próximas, yo era la que tenía más probabilidades de seguirle pronto..., seguirle, ¿adónde? ¿Acaso creía que iría tras él y volveríamos a vernos un día?

—No puedes especular demasiado basándote en ese tipo de observaciones —dijo Rosamund.

—Es lógico argumentar que el origen de este tipo de ilusiones está en el amor infantil. Es mi manera de admitir que hace medio siglo que no veo a mi madre. Freud habría despachado mi afirmación tachándola de sentimental y estúpida. Pero Freud era un médico y los médicos del siglo diecinueve eran implacables con los sentimientos. Decían que los seres humanos estaban formados por componentes químicos en un sesenta y dos por ciento aproximadamente. Eran unos racionalistas de mucho cuidado y unos tíos muy duros.

—Pero Ravelstein distaba mucho de ser una persona sencilla —dijo Rosamund.

—Por supuesto que sí. Pero demos uno o dos pasos más..., y te dejaré con una idea un poco retorcida. Me pregunto qué podría ocurrir. Si escribiera ese recuerdo de Ravelstein ya no habría barrera alguna entre la muerte y yo.

Rosamund se rió con ganas al oír esas palabras.

—¿Qué quieres decir? ¿Que se terminarían tus deberes y ya no tendrías motivo para seguir viviendo?

—No, no. Por suerte todavía te tengo a ti como razón para seguir viviendo, Rosamund. Lo que quiero decir es que quizá Ravelstein pensaba que tal vez ya no me quede en esta vida otra cosa que hacer que ensalzarlo a él.

—¡Vaya idea extraña!

—Él pensaba que me había brindado un buen tema..., el tema de los temas. Y ésa sí que me parece una idea extraña. Aunque nunca he dado por sentado que yo sea una persona racional, moderna. Una persona racional no pensaría que va a encontrarse con sus muertos en el ocaso..., dondequiera que esté el ocaso.

—En cualquier caso —dijo Rosamund—, el hecho de que sea una idea tan persistente hace que deba tenerse en cuenta.

—Pero ¿por qué yo? Puedo nombrar en menos de un minuto a cinco personas más calificadas que yo para realizar esta labor.

—En lo que se refiere a exponer sus ideas, sí —dijo Rosamund—, pero esas personas no sabrían dar a las memorias el color necesario. Además, vosotros os hicisteis amigos en una fase avanzada de la vida y la gente mayor no suele establecer normalmente este tipo de relaciones...

Quizá dejaba también sobrentender que los viejos tampoco suelen enamorarse. No estaban en condiciones de entrar dando tumbos en aquel campo magnético donde no tenían por qué estar.

—Ravelstein se pasó uno o dos años dándome la lata porque Vela y yo nos relacionábamos con Radu Griescu y su mujer con tanta frecuencia —dije a Rosamund.

—¿Tú estabas a gusto con ellos?

—Nos llevaban a buenos restaurantes..., o, en todo caso, a los más caros. A Vela le encantaba todo eso de los besamanos, las reverencias, todos los tejemanejes con las señoras, los ramilletes y los brindis. Estaba extasiada. Griescu montaba un verdadero espectáculo. Ravelstein sentía una curiosidad exagerada con respecto a esas veladas. Decía que Radu había pertenecido a la Guardia de Hierro. Yo no le hacía mucho caso. A Ravelstein le molestaba que no le siguiera la corriente.

—¿Tú no lo tenías por un nazi? —preguntó Rosamund.

—Lo que pasa es que Ravelstein fue más allá que yo y me dijo que hacía unos diez años que habían invitado a Griescu a dar una conferencia en Jerusalén, pero que la invitación fue cancelada. Tampoco lo tuve en cuenta. Quizá yo estuviera entonces demasiado absorbido por mis cosas para relacionar los dos hechos. A veces opto por desconectar los receptores y decido, de una forma u otra, no ver lo que hay que ver. Por supuesto que Ravelstein se había dado perfecta cuenta de la situación. El que no se dio cuenta fui yo.

Ravelstein quería saber simplemente qué decía y qué hacía Griescu. Le dije que, durante las cenas, disertaba sobre historia arcaica, se dedicaba a atiborrar la pipa de tabaco y a encender montañas de cerillas. Hay que aferrar con fuerza la pipa para evitar que se mueva, lo que hace temblar mucho más los dedos que la sostienen. Él continuaba atiborrando la pipa de tabaco rebelde. Y cuando no se dejaba atiborrar, le faltaba fuerza en los pulgares para comprimirlo. ¿Cómo iba a ser peligrosa en el aspecto político una persona así? Los puños de la chaqueta le llegaban a los nudillos.

Rosamund dijo:

—Yo creo que para Griesescu significaba mucho que lo vieran en público contigo. Pero a ti te ocurre lo siguiente, Chick: lo que tú observas no te deja ver lo principal.

—Eso mismo me dijo Ravelstein. Es curioso que yo dejara que se aprovecharan de mí de esa manera.

—Querías complacer a tu mujer. Querías que ella tuviera buena opinión de ti. Y seguramente Ravelstein se dio cuenta de que te dejabas engatusar. Que optabas por la salida fácil...

—Yo me decía, supongo, que aquello era una especie de absurdo franco-balcánico. Por la razón que sea, yo no me tomaba en serio a los fascistas balcánicos. Cuando traían la cuenta, Radu pegaba un salto y la cazaba al vuelo. Se había convertido en un juego del que yo no tenía la clave. Una de las cosas que más me chocaban era que pagara siempre con billetes limpios, planchados, recién salidos del banco. Daba la impresión de que no miraba nunca el importe de la cuenta. Cuando uno se ha criado en los tiempos de la Depresión, son cosas que no se te escapan.

—A Ravelstein le gustaba muchísimo que le contaras todas esas cosas.

—Yo procuraba que así fuera. Pero apartaba a un lado todo lo relacionado con la pipa y los manierismos. Lo que él quería era que yo emergiera de aquella niebla en la que estaba metido.

—Bien, tú eras su biógrafo oficial. Que fueras lento en decidir no podía gustarle en absoluto.

—No, claro. Cuando me dijo que la invitación de Radu a Jerusalén había sido cancelada ni siquiera me interesé por los detalles. Ahora veo que entonces perdí el tren.

—Mira, si te escogió a ti para que escribieras sobre él no fue porque creyera que eres perfecto —dijo Rosamund.

—En lo básico estábamos de acuerdo al máximo, teniendo en cuenta mi ignorancia —le dije. —Él contaba con el soporte de los clásicos. Es indudable que no era mi caso pero, cuando me equivocaba, no volcaba mis energías en defender mis errores. La vida me había enseñado que es una estupidez insistir en que uno tiene razón.

—Tú necesitabas tener razón y no podías seguir adelante y tener razón, además —dijo Rosamund.

—El plan de Vela consistía en que Griesescu se convirtiera en el sustituto de Ravelstein. En París, cuando Abe entró como una tromba en nuestra habitación y sorprendió a Vela en combinación, ella escapó corriendo al cuarto de baño..., tenía una curiosa manera de correr, daba unos saltitos de puntillas... Y cerró la puerta por dentro. Poco tiempo después me dijo que no podíamos volver a ver nunca más a Ravelstein.

—Sí, fue una cosa muy extraña —dijo Rosamund, que, cuando hablaba de Vela, se mostraba siempre correcta y circunspecta. —¿Fue cuando Vela hizo venir a su madre? ¿La llevó a París?

—No, no. Cuando ocurrió esto hacía un par de años que la pobre mujer había muerto. Pero no vas desencaminada. Vela confiaba en su madre para que la sacara del atolladero en lo referente a..., ¿cómo lo llamaría?... a las relaciones humanas. La madre tenía unas habilidades de las que ella carecía. De todos modos, aquella señora me tenía odio. Eso de tener un yerno judío envenenó su vejez.

—Acabas de poner el dedo en la llaga —dijo Rosamund. —Has reflexionado enormemente sobre todo tipo de problemas, pero te has olvidado del más importante. Habías empezado a hablar de la cuestión judía.

—Sí, claro, esta conversación gira alrededor de ese tema, alrededor de lo que suponía para los judíos que hubiera tantísimas personas, millones de personas, que quisieran acabar con ellos. Toda la humanidad los rechazaba. Hitler se llevó la palma cuando dijo que, cuando subiera al poder, levantaría hileras de patíbulos en la Marienplatz de Munich y mandaría colgar a todos los judíos, hasta el último. El programa de Hitler para acceder al poder se centraba en la cuestión judía. No tenía otro, no lo necesitaba. Se convirtió en canciller gracias a unificar Alemania y a gran parte del resto de Europa contra los judíos. De todos modos, en lo que a Griescu se refiere, no creo que fuera un mata-judíos acérrimo, pero cuando tuvo que declarar, declaró. Tenía un voto y votó. Según lo juzgaba Ravelstein, yo había renunciado a la desagradable labor de reflexionar sobre la cuestión.

—¿No sabías por dónde empezar?

—Bien, yo tenía que vivir como judío en la lengua americana y no es una lengua que sirva de mucho cuando los pensamientos son negros.

—¿Hablaste alguna vez con Ravelstein sobre este poder de la agresividad?

—Es posible. Abe tenía un carácter mucho más jovial que yo..., una actitud muy abierta, amplia y diáfana como el día. Era más normal que yo. Pero era cualquier cosa menos inocente.

—Estudié a Tucídides con él —dijo Rosamund. —Recuerdo lo que decía sobre la peste de Atenas y el amontonamiento de cadáveres de padres o de hermanas en las piras funerarias de los muertos no identificados. Pero en clase no relacionó nunca el hecho con los montones de muertos del siglo veinte. ¿Se te ocurre que podría haber dicho algo?

—¿De qué modo te parece que un hombre como Ravelstein iba a contraponer su existencia..., la conciencia diaria de que estaba muriéndose..., al hecho de que su atención iba a dirigirse ahora a los muchos millones de personas que han sucumbido en el presente siglo? No pienso ahora en los hombres que lucharon ni en los campesinos, *kulaks*, burgueses ni en los miembros del partido, ni siquiera en aquellos que fueron destinados a trabajos forzados, a la muerte en los *gulags* o en los campos de concentración fascistas..., gente fácil de acorralar y de trasladar en camiones propios para el transporte de bestias. Esos seres no habrían atraído normalmente la atención de Ravelstein. Eran los «perdedores» de siempre, gente que no se merecía la preocupación de los gobiernos..., alguien dijo que la «sociedad de las arenas

movedizas» engullía a sus víctimas, las ahogaba o las sofocaba. El procedimiento más expeditivo a emplear con aquellos seres era desembarazarse de ellos, reducirlos a cadáveres. Eran judíos que habían perdido el derecho a existir y así se lo decían sus verdugos: «No hay razón para que no mueras». Y lo mismo ocurría en los *gulags* de la Rusia asiática hasta la costa atlántica, donde imperaba una escalada de destrucción o algo muy parecido a una anarquía propagadora de muerte. No tienes más que pensar en los centenares de miles de millones de personas aniquiladas por razones ideológicas..., es decir, ejecutadas con un pretexto de racionalidad. Había que contar con una normativa, era de considerable valor como manifestación de orden o de firmeza en los propósitos. Pero las formas más desatinadas de nihilismo son las del militarismo alemán estricto. Según Davarr, un gran analista, el militarismo alemán generó el nihilismo más extremo y desolador. Para la masa de los soldados rasos esto condujo al celo revanchista y asesino más sangriento y desatinado. En él estaba implícito, al ejecutar las órdenes, que toda la responsabilidad correspondía al nivel superior, fuente de la que manaban las órdenes. De ese modo, todos quedaban absueltos. Estaban locos de atar. Así era cómo la Wehrmacht eludía la responsabilidad por sus crímenes. Ravelstein me dijo que se suponía que eran métodos civilizados utilizados para atenuar una conducta culpable. Y añadió: «Pero en esto hablo por hablar». Él tenía opiniones muy definidas sobre todas las cuestiones, pero hacia el final de su vida, cuando hacía referencia de una manera oblicua a su situación, acostumbraba a expresarse con más tristeza que ironía, ¿no crees, Rosie?

—De todos modos, la tristeza no lo tendría hundido mucho tiempo.

—Existía una voluntad general de vivir con la destrucción de millones de seres humanos. El talante del siglo era aceptar aquella circunstancia. En el campo de batalla, el ser humano queda cubierto por las concesiones especiales que amparan a los soldados. Pero a lo que me estoy refiriendo es a las cuantiosísimas muertes ocurridas en los *gulags* y en los campos de concentración alemanes. ¿Por qué ese siglo —no veo otra manera de formular la pregunta— ha suscrito tanta destrucción? Cuando analizamos estos hechos vemos en ellos una condena que cae sobre todos nosotros.

Sitúo esta conversación en concreto unos dos años después de la muerte de Ravelstein. Después del Guillain-Barré se había esforzado con denuedo en conseguir andar y recuperar el uso de las manos. Sabía que debería rendirse al declive, que tendría que capitular, pero lo hacía de una manera selectiva. Importaba poco que no pudiera hacer funcionar la máquina de moler café, pero necesitaba las manos para afeitarse, escribir notas, vestirse, fumar, firmar cheques. Casi todo el mundo cree que, cuando uno no se aplica en recuperarse, es un caso perdido, un enfermo desahuciado. La mañana del mismo día que él y yo nos acercamos a aquellos acebos poblados de loros, en los que los pájaros se atracaban de bayas rojas y sacudían la nieve de las hojas, dismantelaron la cama de hospital y el triángulo de acero que tenía Ravelstein

en su casa y se los llevaron.

—Gracias a Quien Sea —exclamó Ravelstein al ver que desaparecían de la vista y se lo llevaba todo el montacargas. —No quiero volver a ver en la vida esas jarcias de contra maestre.

Caminaba sin ayuda..., todavía no del todo firme, pero convertido en otro Lázaro si hubo alguna vez uno. Regresó de la muerte y se encontró con toda una tribu de loros verdes, animales tropicales que sobreviven al invierno del Medio Oeste. Con sonrisa burlona, Ravelstein me dijo:

—Incluso tienen cierto aire judío.

Después, aunque apenas le interesaban las ciencias naturales, volvió a preguntarme por qué razón se habían multiplicado de tal manera. De repente yo me había convertido en un experto en la naturaleza. Por consiguiente, volví a la descripción que ya le había hecho de aquellos sacos finos que colgaban de los árboles y de los travesaños de los postes que sostenían los cables eléctricos. Como medias de nailon distendidas, aquellos nidos donde los pájaros empollaban los huevos eran unos colgajos de casi diez metros.

—Esos nidos recuerdan las viviendas del Eastside —le dije.

—Le diremos a Nikki que nos lleve en el coche a echarles un vistazo. ¿Dónde tienen su cuartel general?

—En Jackson Park. Pero hay una gran colonia en un callejón que arranca de la calle 54.

No fuimos nunca a ver las viviendas de los loros, los tubos cimbreantes, acodados en los arbustos, donde hacían nido. Ravelstein me dijo, en cambio, que él y Nikki iban a emprender un viaje en avión a París.

—¿Para qué quieres ir a París?

Al momento me di cuenta de que acababa de hacerle una pregunta tan estúpida como ofensiva y de que Ravelstein se molestaba conmigo. Pero era su manera de cubrirse con sus amigos más próximos. Era natural, pues, que también se cubriera así conmigo.

—En el hospital me han dicho que hago bien.

—¿En serio? —dije.

El razonamiento de los médicos era transparente. Aunque Ravelstein estaba muriéndose, todavía estaba en condiciones de volar. París era uno de sus grandes placeres, allí tenía buenos amigos y diferentes tipos de asuntos humanos que habían quedado pendientes. Si tantas ganas tenía de ir a París, ¿por qué no concederle aquel placer? Los médicos consideraban que un viaje de diez días no podía perjudicarlo demasiado. Para mí, un viaje en avión de veinticinco horas habría sido agotador, pero Ravelstein recorrería los aeropuertos en silla de ruedas y, a diferencia de mí, viajaría en primera clase. Para ahondar un poco más en la cuestión, debo admitir que aquello me parecía una aventura desatinada tratándose de un hombre que estaba a las puertas de la muerte. Nadie sabía, en realidad, qué significaba «estar en condiciones de

volar» en un caso como el de Ravelstein. ¿Volaría en un 727 o tenía, quizá, unas alas poderosas escondidas debajo de la chaqueta?

Y aunque creo que Ravelstein se incomodó conmigo, no pienso que se sorprendiera. Entre nosotros existía una premisa establecida con respecto a que no había nada tan secreto ni tan vergonzoso que no pudiéramos confesarnos, ni nada tampoco que yo no pudiera decir a Ravelstein. Lo que significaba en cierto modo que casi no había nada que él no pudiera percibir por su cuenta. O sea que también debía de saber que yo miraba París con un cierto desdén. Hay un dicho de librepensador judío sobre París: *wie Gott in Frankreich*, que viene a significar que hasta Dios pasaba las vacaciones en Francia. ¿Por qué? Pues porque los franceses son ateos y entre ellos hasta Dios se siente libre de cuidados, un *flâneur*, un turista cualquiera.

Lo que yo, ni siquiera en el último momento, llegué a intuir fue que Ravelstein tenía en París una segunda vida, una vida suplementaria. De aquella breve excursión de despedida volvió alegre, no hizo comentario alguno sobre los amigos franceses que allí había dejado pero estaba muy claro que había hecho lo que tenía que hacer.

Supe, sin embargo, que el doctor Schley había ordenado a Ravelstein que volviera al hospital para realizar «otras pruebas». Nikki lo confirmó, pero añadió que la habitación que quería Ravelstein no estaría disponible hasta principios de la siguiente semana. El domingo por la tarde dio una fiesta con pizza y cerveza, estilo comida campestre, con vasos y platos de cartón. Acababa de comprarse un nuevo equipo de vídeo, *dernier cri*, según dijo él (yo prefería esta expresión a la de «*state-of-the-art*») [15]. Tanto los cantantes como los instrumentistas parecían de tamaño natural, con una inmediatez de jungla tropical. La película que Ravelstein había elegido era una de sus favoritas: *La italiana en Argel*, de Rossini. Los paneles en los que aparecían los músicos y los cantantes eran planos, delgados, altos, anchos, reales hasta límites insoportables: el arte rearmado por la tecnología, como dijo Ravelstein. Los rostros de los cantantes tenían la coloración de los cristales venecianos y las cámaras arrastraban al espectador hasta la profundidad de sus hermosos ojos oscuros e incluso hasta sus dientes. Ravelstein, con su batín de pelo de camello, estaba acomodado en su canapé admirando y explicando el nuevo equipo..., y también riéndose de la ignorancia de los legos en la materia. Pero no estaba a la altura de siempre y pulsaba continuamente el botón de silencio para hacerse oír. Al final resultó ser demasiado para él, y Nikki tuvo que echarle una mano y sacarlo de la habitación diciendo:

—Demasiada excitación. Se figuraba que hoy podía saltarse la siesta, pero no.

Silenciado el vídeo y silencioso también Ravelstein, tal vez revisando la realidad de su enfermedad y de su muerte desde un ángulo insólito, siguió a Nikki fuera de la habitación. Lo condujimos a su dormitorio con su cama trineo y sus edredones de seda. Cuando se tumbó sobre los almohadones, lo cubrí con los linos y las sedas.

El piso no tardó en vaciarse. Y cuando fueron llegando los rezagados, Nikki, apretando el botón del ascensor para mantener abierta la puerta, les decía:

—Abe estaría encantado de verte, pero está tomando tantos medicamentos que no

sabe siquiera en qué mundo vive.

Al día siguiente, cuando Ravelstein sacó a relucir el tema, le dije:

—Nikki fue muy diplomático. No contestó preguntas. Pero la fiesta se disolvió rápidamente.

—Él no contesta nunca preguntas, ¿verdad? Hay preguntas no formuladas en todos los rincones, pero él las ignora. Hay que ser fuerte para actuar de esa manera.

—Se encargó de desconectar el vídeo. No creo que yo hubiera sabido hacerlo.

En los últimos días que Ravelstein pasó en su casa, dediqué muchas mañanas a hacerle compañía. Como yo vivía en la misma manzana y no estaba obligado a seguir un horario regular, solía ir a su casa después del desayuno. Nikki, cuya hora normal de acostarse eran las cuatro de la madrugada, dormía como un tronco hasta las diez de la mañana, mientras que Ravelstein pasaba el tiempo dormitando, solo, tumbado en la cama con las gruesas rodillas separadas. Los médicos lo tenían drogado (sedado), pero esto no le impedía pensar, considerar los diferentes problemas de manera esquemática. Incluso cuando dormitaba captabas muchas cosas de su persona simplemente observando su peculiar rostro judío. No se habría podido imaginar contenedor más raro para su raro intelecto. Su calvicie singular, total, casi geológica, presuponía en cierto modo que no tenía nada que ocultar. Él habría dicho —en francés, como prefería decirlo todo siempre— que había tenido un *succès fou*, pero ahora se enfrentaba al cementerio.

Aunque yo era algunos años mayor que él, se consideraba mi maestro. Bien mirado, era lo suyo, él era un educador. Jamás se presentó como filósofo, los profesores de filosofía no eran filósofos. Había tenido una formación filosófica y había aprendido cómo ha de llevarse una vida filosófica. De aquello se ocupaba la filosofía, por eso había que leer a Platón. De haber tenido que escoger entre Atenas y Jerusalén, entre nosotros las dos fuentes primordiales de la vida superior, él habría elegido Atenas, pese a sentir un gran respeto por Jerusalén. Pero en sus últimos días era de los judíos de los que quería hablar, no de los griegos.

Cuando le comenté este cambio, se molestó conmigo.

—¿Por qué no hablar de ellos? —dijo. —En el Sur todavía hablan de la Guerra entre los Estados, pese a que ocurrió hace mucho más de un siglo. En nuestro tiempo se han aniquilado millones de seres, la mayoría no eran diferentes de ti. De nosotros. No debemos volverles la espalda. Moisés se comunicó con Dios, recibió instrucciones suyas. Fue una conexión que ha durado milenios.

Ravelstein siguió un buen rato por el mismo camino. Dijo que se había utilizado al pueblo judío para que toda la especie conociera la medida de la agresividad humana.

—Dicen a la gente que comenzará una nueva era si se termina con la clase dominante o burguesía, si se racionalizan los medios de producción, sí se recurre a la eutanasia en el caso de los incurables. Tras preparar a la gente de ese modo, se le propone eliminar a los judíos. Y el arranque es considerable. Acaban con más de la

mitad de los judíos europeos... Tú y yo, Chick, formamos parte de los restantes.

No son las palabras exactas de Ravelstein. Yo parafraseo. Lo que quiso decir fue que nosotros, como judíos, nos hemos enterado de lo que puede pasar.

—No se sabe de qué rincón puede brotar la próxima vez. ¿Del rincón francés? No, no, de Francia, no. Ya se dieron su hartazgo de sangre en el siglo dieciocho y, aunque no les importaría demasiado que se repitiera, esta vez no serán ellos. ¿Y los rusos? Lo de los *Protocolos de los Ancianos de Sión* fue una pamema rusa. No hace mucho que tú me hablaste de Kipling.

—Sí, de Kipling, maravilloso escritor —dije. —Me mostraron unas cartas suyas y encontré en una ciertas demostraciones airadas contra Einstein. Fue a principios de siglo. Decía que los judíos habían distorsionado la realidad social en beneficio de sus propósitos judaicos. Pero, no satisfechos con esto, Einstein estaba desfigurando la realidad física con su teoría de la relatividad y los judíos trataban de dar un sesgo hebreo al universo físico.

—Tendrás que suprimir a Kipling de tu lista de favoritos, entonces —dijo Ravelstein.

—No, no toleraremos un Índice judío. Además, no conseguiríamos imponerlo, ni siquiera a los lectores judíos. ¿Cómo se va a suprimir a Céline?

A propósito, te presté mi ejemplar de su panfleto *Les Beaux Draps...*

—No he tenido oportunidad de leerlo.

—Tú tienes debilidad por los nihilistas —le dije.

—Supongo que será porque no sueltan mentiras dictadas por la arrogancia. Me gustan los que aceptan el nihilismo como condición y viven de acuerdo con dicha condición. A los que no soporto es a los nihilistas intelectuales. Prefiero a los que viven con sus perversidades, francamente. Los nihilistas naturales.

—Céline recomendó que se exterminase a los judíos como si fueran bacterias. Supongo que lo diría el médico que había en él. En sus novelas le pesa la influencia del arte como una restricción, pero en su propaganda es un asesino en toda la extensión de la palabra.

Dejamos temporalmente aquella conversación en aquel punto, ya que una vez más la silenciosa ambulancia se acercó a la puerta de su casa y los camilleros, familiarizados ya con la distribución del inmueble, volvieron a pulsar el timbre del montacargas. Ravelstein había entrado y salido tantas veces del hospital que había conseguido sentirse indiferente al hecho.

El doctor Schley no me habló nunca de la enfermedad de Ravelstein. Era un médico extremadamente serio: bajo, tieso, aquilino, eficiente. Se peinaba enhiesto y hacia arriba el escaso pelo que le quedaba, estilo indio iroqués. A mí no me debía explicaciones médicas. Yo no estaba unido a Ravelstein por lazos de sangre. Pero a aquellas alturas Schley había tenido ocasión de ver que Ravelstein y yo éramos muy amigos, por lo que comenzó a transmitirme señales silenciosas..., las que una dama parisina que conocí hace unas décadas en el cabaret ABC me enseñó a designar con el

nombre de *chanson a la carpe*. Parece que nadie ha oído nunca esa expresión, pero puedo jurar que me ciño a la verdad: dos grandes peces entre diáfanas burbujas se comunican en silencio abriendo la boca. Fue así cómo el doctor Schley me notificó que los días de Ravelstein estaban contados. Y Rosamund añadió:

—Éste podría ser el último viaje de Ravelstein al hospital.

Asentí. Nikki, naturalmente, había llegado a la misma conclusión. Había dedicado muchas horas a cumplir encargos, a atender llamadas telefónicas. Era Nikki, no las enfermeras, quien afeitaba a Ravelstein con la maquinilla eléctrica mientras él, con los ojos cerrados, echaba la cabeza para atrás levantando la barbilla. Un pequeño cuenco de plástico debajo de la nariz le suministraba oxígeno.

—Eso tiene mal cariz, ¿no crees? —me dijo Nikki en el pasillo.

—Así es.

—Tiene un encargo para su abogado. Y me ha dicho que avise a Morris Herbst.

No había recuperación posible de aquella enfermedad, como sabíamos todos. La última vez que Ravelstein había sido hospitalizado había organizado seminarios improvisados desde la cama del hospital y los había presidido con brillantez. Así se las ingeniaba para que siguiera funcionando el vodevil de la docencia. Sus alumnos continuaban sentándose debajo del gran tragaluz de la sala de espera aguardando a que los llamasen y, aunque él seguía llamando por su nombre a alguno que otro, ya no enseñaba ni se dejaba admirar. Yo ya había descubierto en sus movimientos los primeros signos de la muerte que se acercaba: la cabeza convertida de pronto en insoportable carga para los hombros y el cuello, el cambio de color, especialmente debajo de los ojos. Ahora sus opiniones eran más perentorias, ya le preocupaba menos lo que pensasen los demás. Convenía, pues, centrarse en cuestiones neutras. Sobre Vela dijo:

—Cediste..., quisiste venderme un recortable a todo color de aquella mujer, como esas figuras de cartón que en otros tiempos colocaban en los vestíbulos de los cines. Mira, Chick, dices a veces que tú no tienes nada que ocultarme. Pero la imagen de tu exmujer..., me la falsificaste. Me dirás que lo hiciste en bien del matrimonio pero ¿qué clase de moral es ésa?

—Tienes toda la razón —le dije.

Me había atrapado, no tenía posibilidad de huida. Podría haber añadido, cuando lo acusé de preferir a los nihilistas de sus coetáneos académicos «con más principios», que por lo menos los nihilistas no esgrimían deformidades y falsedades pequeño burguesas a manera de ejemplos de principios elevados e incluso de belleza.

Nikki, el hijo chino de Ravelstein, totalmente ajeno a estas conversaciones, estaba presente en ellas para secarle la cara. Sólo se hacía a un lado delante de los técnicos que acudían a hacerle radiografías o a sacarle muestras de sangre. De vez en cuando, yo ponía la mano en la calva cabeza de mi amigo. Me daba cuenta de que tenía necesidad de que lo tocasen. Me sorprendió descubrir que tenía en el cráneo un invisible rastrojo. Al parecer, había decidido que prefería la calvicie total que unos

cabellos endeble y se afeitaba la cabeza al igual que las mejillas. En cualquier caso, era una cabeza que ya rodaba hacia la tumba.

—¿El día es oscuro? —me preguntó. —¿O soy yo que estoy de un humor lúgubre?

—No eres tú. Hay nubes muy espesas.

Pero no era habitual que Ravelstein se preocupase del tiempo. El tiempo debía adaptarse a lo que pensaba la gente que importaba realmente y a veces me había censurado por «verificar lo externo»... o por tener un ojo en las nubes.

—Puedes contar con que la naturaleza hará lo que viene haciendo desde siempre. ¿Crees que puedes irrumpir en la Naturaleza y discernir en ella? —me diría.

Pero ahora raras veces tenía estos momentos de brillantez. A menudo parecía comatoso..., lo que hacía que Rosamund murmurase, llena de ansiedad:

—¿Sigue ahí?

Algunas veces yo no lo sabía muy bien. En repetidas ocasiones habían dejado claro que no sobreviviría y allí estaba, tendido, respirando irregularmente, con un estante atiborrado de frascos de medicamentos junto a su cabeza, detrás mismo de sus conspicuas y grandes orejas. A ratos tenías la impresión de que debía de preferir ir medio dormido al encuentro de la muerte. O tal vez reflexionaba sobre algo que no tenía interés en exponer. Se había consagrado sobre todo a los dos polos de la vida humana —religión y gobierno—, según los había calificado Voltaire. Ravelstein no creía que Voltaire fuera serio en el aspecto intelectual, pese a lo cual a veces hacía convenientes compendios. Y ahora Ravelstein añadiría que Voltaire, famoso por sus campañas —«*Ecrasez l'infame!*»—, odiaba de manera violenta a los judíos. Y todavía había otra diferencia física que observar. El cuerpo de Ravelstein, tendido en la cama, era de una gran largura, medía casi los dos metros, y la bata que llevaba, que a los pacientes les llegaba normalmente a los tobillos, a él le terminaba en las rodillas. En su cara, el grueso labio inferior dibujaba una curva afectuosa, pero la nariz, grande, era severa. Respiraba por la boca. Su piel tenía la textura de la fécula hervida.

Me di cuenta de que seguía un rastro de ideas o de esencias judaicas. Era raro ahora que, en una conversación, saliera a relucir Platón o Tucídides. Ahora las Sagradas Escrituras lo desbordaban. Hablaba de religión y del difícil proyecto de ser hombre en el sentido pleno, ser hombre y nada más que hombre. A veces era coherente. Las más de las veces me desorientaba.

Cuando se lo comenté a Morris Herbst, éste dijo:

—Por supuesto que seguirá hablando sin tapujos mientras le quede un soplo de aire en el cuerpo. Para él esto es prioritario porque está conectado con el gran mal.

Entendí muy bien a qué se refería. La guerra había dejado claro que prácticamente todo el mundo estaba de acuerdo en que los judíos no tenían derecho a la vida.

Son cosas que te penetran hasta los huesos.

Hay algunos que pueden optar, su atención se ve solicitada por ésta u otra

cuestión y, acosados por diferentes cuestiones, optan por la que más se acomoda a sus inclinaciones. Pero en el caso de «los elegidos» no hay opción. Nunca se había oído hablar de un odio de tales proporciones, nunca se había sentido, nunca se había negado de tal forma el derecho a la vida, y la voluntad que reclamaba muerte se había visto confirmada y justificada por el inmenso acuerdo colectivo de que el mundo mejoraría con la desaparición y extinción de aquellos seres. *Rismus*: ésa era la palabra que empleaba el profesor Davarr para designar la agresión, el odio, la determinación de desembarazarse de la población intrusa despachándola en hornos crematorios o en fosas comunes. No es preciso profundizar más en la cuestión. Pero la conclusión a la que personas como Herbst y Ravelstein habían llegado era que es imposible librarse de los propios orígenes, es imposible no ser judío. Los judíos, según Ravelstein y Herbst, de acuerdo con la línea trazada por su maestro Davarr, eran, desde el punto de vista histórico, testigos de la ausencia de redención.

Así pues, mientras se moría pensando en estas cuestiones, Ravelstein formuló lo que habría dicho sin poder extraer sus conclusiones. Y una de dichas conclusiones era que todo judío debe interesarse profundamente en la historia de los judíos, en sus principios de justicia, para poner un ejemplo. Pero no todos los problemas pueden resolverse. ¿Qué podría haber hecho Ravelstein?

De todos modos, él ya no estaría presente para hacer nada. En ese caso, ¿qué sugerencia importante podía hacer a sus amigos? Lo primero que hizo fue hablar de las grandes fiestas que ya se aproximaban y decirme que llevara a Rosamund a la sinagoga. Herbst tenía la plena seguridad de que Ravelstein indicaba con ello el mejor camino para el pueblo judío, el cual no poseía nada más valioso que su legado religioso.

Herbst y Ravelstein eran muy amigos desde hacía cuarenta años, la época en que eran estudiantes, por lo que me convenía recurrir a Herbst para que me guiase. Pero si lo hubiera acibillado a preguntas, me habría visto envuelto en justificaciones que no tenía estómago para aguantar. Ravelstein se moría, tendido en la cama cuan largo era, totalmente cubierto con la ropa, los ojos cerrados. O dormía o quizá pensaba lo que pueda pensarse en los últimos días. Creo que procuraba hacer lo que puede hacerse en esos momentos finales, y cuando digo hacer me refiero a hacer por aquellos que tenía bajo su cuidado, por sus alumnos. Yo era demasiado viejo para ser alumno suyo, Ravelstein no creía en la educación de los adultos. Para mí era demasiado tarde para entrar en Platón. Eso que la gente llama cultura no es más que una palabra fantasiosa para encubrir su ignorancia. Ravelstein decía a veces que yo era sonámbulo por elección, lo que no significaba que no fuera educable sino que me correspondía a mí decidir cuándo me consideraría preparado para ponerme en marcha.

Cuando me dicen algo muy importante, lo entiendo bastante bien, si bien me niego de plano a asimilarlo. No se puede decir que sea una tozudez de tipo corriente.

Ahora bien, no son muchos aquéllos con quienes se puede hablar de esas cuestiones. Es una lástima. Como se nos conmina tan a menudo a emitir juicios, el

uso o el abuso constante acaba endureciéndonos de una manera natural. Ya no distinguimos lo original, lo nuevo; al final ya no somos capaces de conmovernos delante de un rostro, de una persona. Y aquí es donde entra en escena Ravelstein. Él te hacía volver el rostro hacia lo original. Te forzaba a que reabrieras lo que tú mismo habías cerrado.

Un día llegué al extremo de dictar algunas notas sobre el tema y mi secretaria de entonces, Rosamund, hizo un comentario personal insólito. Me dijo:

—Creo que sé de qué estás hablando.

Con el tiempo he ido convenciéndome de que, en efecto, era así.

Nikki, el heredero de Ravelstein y quien presidió el luto —los rivales fueron numerosos—, ocupó su piso, situado a la vuelta de la esquina desde mi casa. Entre su inmueble y el nuestro había un espacio cubierto de césped con niños que retozaban y aprendían a lanzar la pelota y a cogerla al vuelo. Desde la ventana de mi dormitorio veía al otro lado lo que un tiempo fuera la casa de Ravelstein. Se veían luces. Ya no se celebraban fiestas. Pero había algo peor, como Rosamund dijo acertadamente:

—Este vecindario se ha convertido en un cementerio, una comunidad de muertos. No puedes dar un paseo sin señalar con el dedo puertas y ventanas de viejos amigos y conocidos. No puedes dar una vuelta a la manzana sin recordar a viejos compañeros y compañeras. Ravelstein era muy querido, uno entre un millón, pero él te diría que llevas encima una sobrecarga de depresión.

Rosamund opinaba que debíamos mudarnos. Disponíamos de la casa de New Hampshire y, por otra parte, una universidad de Boston me había invitado a dar unos cursos de tres años que Ravelstein y yo habíamos dado juntos para que yo, lo mejor que pudiera, los diera solo. Nos ofrecían un alojamiento cómodo en la zona de Back Bay. Ella se las arreglaría sola para el traslado, de eso no tenía que preocuparme lo más mínimo. Como el piso de Back Bay estaba totalmente amueblado, podíamos subarrendar el del Medio Oeste. Siempre nos quedaría el recurso de volver si no estábamos a gusto en el Este. Allí, por lo menos, no existiría el temor de ver las ventanas de Ravelstein al otro lado del césped.

—Y como regalo especial...

Rosamund me mostró unos deslumbrantes folletos de viajes a todo color..., playas bañadas de sol, colinas boscosas, palmeras, pescadores locales. Lo que me estaba proponiendo eran unas vacaciones caribeñas. Descargaríamos el equipaje en Boston y nos desharíamos de las cajas de cartón en las que habíamos transportado nuestras cosas. Seguidamente tomaríamos el avión rumbo a Saint Martin vía San Juan. Una vez allí, nos dejaríamos flotar en la pereza, soñaríamos a orillas de aquel mar cálido, recargaríamos las baterías vitales.

—¿De dónde has sacado toda esa fabulosa propaganda turística, Rosamund? ¿Saint Martin? ¿No es dónde van los Durkin?

—No importa. Son buenos amigos nuestros. Ellos saben muy bien lo que te conviene. Las Indias Occidentales te quitarán todas esas capas de estrés que llevas encima y en seguida te sentirás estupendamente, con fuerzas suficientes para emprender las memorias de Ravelstein. Bueno, no es que te proponga unas vacaciones para trabajar —dijo Rosamund. —Supongo que ya habrás estado en el Caribe.

—Sí.

—¿Y no te gusta?

—En conjunto el Caribe es como unos inmensos barrios bajos pero tropicales... Yo acostumbro a visitar la zona de Puerto Rico. Garitos donde se juega fuerte, una vasta laguna hedionda, oscura y fangosa..., multitudes de nativos que se ve a la legua que viven mal. Los europeos aterrizan allí en vuelos *charter* y, cuando se van, se llevan la impresión de que los americanos lo han embarullado todo y de que Castro se merece el apoyo de escandinavos y holandeses independientes e inteligentes.

Al final Rosamund se salió con la suya. Descubrí, sin embargo, ya en los primeros días de nuestro matrimonio, que siempre que se salía con la suya ponía mis intereses delante de los suyos. Los Durkin nos recomendaron un pequeño apartamento en la playa. Facturamos el equipaje, la ropa de verano, los papeles, los trajes de baño, los filtros solares, las sandalias, los repelentes de insectos. San Juan nos pareció esplendoroso, por lo menos, al borde del mar. Debíamos matar el tiempo entre los vuelos y lo matamos en el bar del mejor Hôtel. Allí nos sentamos junto a un americano que bebía a más y mejor y que nos contó que su mujer había contraído una enfermedad desconocida. Nos dijo que se veía obligado a hacer continuos viajes desde Dallas, donde tenía un negocio, al gran hospital de dimensiones industriales de San Juan, en el que su mujer se encontraba sometida a tratamiento. Se había pasado varias semanas sin poder hablar y quizá sin oír lo que le decían..., ¿quién habría podido asegurarlo? Su mujer estaba inconsciente. No abría los ojos, tal vez no podía.

—No responde. Me siento un idiota cuando le hablo.

Cuando nuestro autobús estuvo a punto, lo dejamos en el bar. Era como un farallón de arenisca roja con un voladizo cubierto de hierba descolorida. A Rosamund le costó abandonarlo viéndolo tan desgraciado..., ella es así. Pero el hombre no respondió cuando le dijimos adiós.

Alrededor de media hora más tarde, así que aterrizamos en Saint Martin, tuvimos que pasar por el hangar de inmigración, una enorme cabaña Quonset de metal verde corrugado. En los trópicos todo parecía tener un carácter provisional. Delante de un mostrador oficial y bajo unas luces que crepitaban tuvimos que hacer cola para satisfacer unas tasas y hacer que nos sellaran el pasaporte. Después montamos en un taxi, que nos condujo al extremo francés de la isla. La patrona estuvo antipática con nosotros porque la habíamos tenido levantada hasta tan tarde. Hacía poco rato que

estábamos en la cama cuando llegó un hombre enfurecido que comenzó a dar puntapiés y puñetazos en la puerta de la casa y a desgañitarse gritando que mataría a la mujer.

—Como la cadena de seguridad no aguante, esto puede acabar en asesinato — dije.

Pero acudió un coche de policía con muchos destellos de luces en la capota y se llevó al individuo.

—¿Tú qué piensas? —dijo Rosamund.

Recuerdo que respondí que aquello podía ser normal dado el clima. Fabuloso pero inestable.

Me negué a dejarme cautivar por el lugar. Tal vez eran los años. Yo había sido en otros tiempos un viajero despreocupado; ahora, en cambio, siempre olfateo las sábanas cuando me acuesto. Y lo que aquella noche olí en ellas y en las almohadas fue detergente y, en el cuarto de baño, la fosa séptica que había debajo.

Pero despertamos a una mañana tropical despejada y poblada de lagartos y gallos. En el océano, delante mismo de nosotros, los yates remolcaban botes neumáticos. En el campo de aviación no paraban de despegar y aterrizar aviones. Pero la playa era hermosa, firme, amplia, bordeada de árboles y arbustos floridos, y a través del aire viajaban multitud de mariposas amarillas. En el lado interior de la casa se levantaba un árbol espléndido con una pesada carga de limas. Detrás había una colina escarpada.

Para tomar el café matinal caminábamos hasta el otro extremo de la calle principal. En los bares y panaderías se hablaba una especie de francés. Nos sentábamos en la terraza y nos dedicábamos a mirar. ¿Qué se podía ver? ¿O qué se podía hacer? Para empezar, comprar las cosas esenciales diarias. Después, nadar. En la bahía rara vez había oleaje. Podías quedarte horas flotando boca arriba en el agua o secarte en la arena. También podías pasearte junto a la orilla y observar a las mujeres desnudas de cintura para arriba tomando el sol o exhibiendo los pechos. Naturales, supongo. Los ojos de aquellas mujeres te informaban, sin embargo, de que, si les dirigías la palabra, no pensaban responderte.

Cuando volvíamos ya estaban abriendo los chiringuitos donde servían comida. Unas veinte parrillas, apretujadas, ofrecían costillas, pollo y langosta entre llamaradas chisporroteantes, más llamas que las necesarias para una cocina sensata. Cada chiringuito tenía su agente promotor, un tipo todo sonrisas, que gritaba y agitaba con la mano langostas vivas, agarradas por las antenas o por la cola. Si se desprendía alguna parte de la criatura y ésta caía al suelo, el incidente formaba parte de la fiesta.

—Vayámonos de aquí —dijo Rosamund.

Se lamentaba del humo de las parrillas, decía que le irritaba los ojos. Lo que no podía soportar, en realidad, era la tortura de las langostas. En New Hampshire, cuando veía una salamandra en la carretera la recogía y la llevaba a un lugar seguro.

—A lo mejor no quiere estar donde la pones tú —yo le decía.

Reconozco que no estaba bien que yo me tomara a broma sus impulsos humanos. Tener el corazón tierno es un problema molesto para todos. El que lo tiene deja que el más duro diga:

—Es la ley de la vida. Hay que comer. ¿Acaso los crustáceos no son caníbales?

Pero eso es evasión. Uno salpica su «interpretación» con la ciencia aprendida en los libros escolares. ¿Es verdad que esas langostas acorazadas regeneran las pinzas cuando las pierden? No parece sino que las clases de ciencias que nos dieron tuvieran como único propósito armar de dureza nuestro corazón. O, por lo menos, refinada. Polonio está en un banquete, no un lugar donde come sino donde lo comen los gusanos..., la recompensa a toda una vida de banquetes.

No puedes utilizar tu cinta métrica humana con ninguna finalidad. Aún no has conseguido tener a raya a tus muertos, cuando descubres de pronto que te tienen rodeado. ¿Qué habría dicho de esto Ravelstein? Pues él habría dicho:

—Remilgos de muchachas.

Con lo que tal vez habría querido decir:

—Rosamund es un ser humano de corazón tierno, tiene que resolverlo ella sola. Es una cuestión en la que los adultos deben reflexionar profundamente. En cuanto a las salamandras rojas, quizá se podrían incorporar a la salsa de los espaguetis...

En Saint Martin estábamos instalados en una casa de dos pisos en el extremo más bajo de la bahía, el oriental. Debajo de nosotros, una familia de turistas procedentes del norte de Francia se habían adueñado del jardín. Pero ellos estaban *en famille* mientras que nosotros no teníamos una necesidad especial del mismo. Lo que nos interesaba era la playa, que se extendía al otro lado de una tapia baja. Nos encontrábamos a unos diez metros del borde del agua. Una barca con el fondo de vidrio llevaba regularmente a los turistas a los arrecifes de coral situados al norte.

Menos mal que tenía a mano la bahía. Nos brindaba un cercado. Agradezco los límites. Me gusta tener unas líneas trazadas a mi alrededor. Yo no estaba allí para batallar con los mares, sino para nadar y flotar tranquilamente. Para abrir mis pensamientos a Ravelstein. Rosamund solía remolcarme o sostenerme en el agua hasta la altura de los hombros. Pasaba los brazos por debajo de mi cuerpo y me llevaba caminando de aquí para allá. No era una mujer fuerte, no le hacía falta serlo. Parece que se flota mejor en el agua de mar, no hay que porfiar para mantenerse a flote, como ocurre, por ejemplo, en un lago o en un estanque. Rosamund es de complexión delgada, pero no flaca ni abrupta. Los cabellos castaños le caen sobre los hombros. Son un bien ilimitado. Sus ojos almendrados, en cambio, son azules, no castaños como cabría esperar de sus cabellos oscuros. La tonada que cantaba mientras hacía navegar mi cuerpo sobre el agua era del *Salomón* de Häendel. Lo habíamos escuchado en Budapest hacía unos meses. «Vive siempre, feliz, feliz Salomón», cantaba Rosamund. El coro que sólo entonaba su voz tenía debajo el susurro del agua del mar. Tendido en sus brazos, yo contemplaba las mariposas de color amarillo pálido que revoloteaban en lentos remolinos, arracimadas a centenares. Debía de ser

su época de apareamiento. Y por encima de la calle principal se veía flotar la nube de humo de las barbacoas, mientras los pregoneros de los chiringuitos, hijos de Belial, cegados por el sol, debían de reírse y agitar en el aire las langostas vivas asidas por las antenas para tentar con ellas a los turistas.

Me di cuenta de que nunca encerraría en mi corazón aquel paraíso tropical. En lugar de ello, mientras Rosamund con su hermosa voz cantaba «Vive siempre», pensé en Ravelstein encerrado en su tumba, junto con todos sus dones, su talante y su intelecto ramificándose incesantemente, todo lo cual, ahora, se había quedado absolutamente inmóvil. No creo que, cuando me pidió que escribiera unas memorias sobre su vida, esperase que yo me centrara en lo que era característico..., característico en mí, es lo que quiero decir, naturalmente.

Rosamund y yo trocamos nuestros papeles y ahora fui yo quien la transporté a ella a través del agua. La arena bajo nuestros pies formaba crestas al tiempo que la superficie del mar se rizaba y, dentro de la boca, el paladar duro estaba también recorrido por crestas.

—¿Nos paramos en Le Forgeron camino de casa y reservamos mesa para esta noche? Está en la playa, a unos cinco minutos.

Roxie Durkin nos había dado una nota para Monsieur Bédier, que regentaba el lugar. Rosamund ya había encargado la cena. En materia de restaurantes, se podía confiar en los Durkin. En los últimos años de vida de Ravelstein se habían visto a menudo con él. Habíamos cenado juntos muchas veces en el barrio griego o en el club de Kurbanski.

Los Durkin habían sido muy atentos con nosotros. Sólo nos habían pedido un favor a cambio. Durkin, que era abogado, se había llevado unos enormes volúmenes a Saint Martin y se había olvidado de copiar varios pasajes relacionados con un caso que estaba al caer. Nos pidió, a manera de favor especial, que los localizásemos y se los enviásemos por correo electrónico. Rosamund me había recordado en varias ocasiones los volúmenes en cuestión. La patrona hizo que una sirvienta nos los subiera a nuestro pequeño apartamento.

Aquella noche fuimos andando hasta Le Forgeron a través del frescor de la playa. Rosamund llevaba los zapatos y las sandalias en una bolsa de redecilla. Nos calzamos antes de atravesar la puerta por el lado del océano. En el jardín había un agradable goteo de agua, parras y arbustos, flores. Madame Bédier, que trabajaba en la cocina, no se fijó en nosotros. Monsieur Bédier echó un vistazo a la nota amable y cordial de Roxie sin mostrar un verdadero interés. Era un hombre alto, calvo, de constitución fuerte, en su organización física había una especie de violencia. El mensaje que transmitía, de haberlo podido expresar en palabras, habría sido:

—Estoy dispuesto a hacer todo lo que *un client* me pida, pero estoy sometido a una presión tan tremenda que puedo estallar de un momento a otro.

Él era el único camarero y el lugar estaba a tope. No lo ayudaba nadie. Su mujer se encargaba ella sola de la cocina. Pese a lo cual, los turistas, como Monsieur Bédier

procuraba que quedase muy claro, no eran sus iguales socialmente hablando.

Fui consciente de la influencia de Ravelstein cuando tracé aquel bosquejo. Habría podido admitir igualmente que a menudo participaba en los hechos de la vida diaria. Esto obedecía a la fuerza de su personalidad. También era porque su vida tenía más estructura interna que la mía y yo me había hecho dependiente de su poder para ordenar la experiencia. O quizá era porque él deseaba persistir. Él, por su parte, también me necesitaba. Son muchos los que quieren verse libres de los muertos. Yo, en cambio, tiendo a aferrarme a ellos. Me acosa el presentimiento insistente —tendría que haber quedado aclarado a estas alturas— de que no se han ido para siempre. El propio Ravelstein habría apartado a un lado estas ideas tachándolas de infantiles. Bien, tal vez lo sean. No estoy discutiendo un caso, me limito a informar de una situación. Sé que cuando se reconoce este tipo de fantasías uno pierde respetabilidad intelectual. Hasta yo mismo, puedo asegurarlo, cedo ante la opinión aceptada. Pero tiene que haber explicaciones simples que justifiquen la persistencia de Ravelstein en mi vida diaria. Por algo, cuando murió, me apercibí de que yo tenía la costumbre de contarle todo lo que me había ocurrido desde la última vez que nos habíamos visto.

Con todo, él tenía curiosas maneras de presentarse y tal vez acuda de manera tortuosa desde el sitio donde esté, dondequiera que sea. No quisiera que esto pareciera una argumentación sobre la vida después de la muerte. No me siento inclinado a argumentar. Lo que ocurre es que no puedo dejar de procesar una información por el simple hecho de que no es intelectualmente respetable.

Ahora bien, ¿qué nos recomendaba Monsieur Bédier de Le Forgeron aquella noche para cenar? Pues cubera roja, servida fría con mayonesa. Rosamund pidió otro pescado. Ninguno de los dos estaba bien cocido. La cubera, servida a temperatura ambiente, estaba pegajosa. La mayonesa parecía pomada de cinc.

—¿Qué tal está? —preguntó Rosamund.

—Crudo.

Tras probarlo, opinó como yo que no estaba bien cocido. El interior estaba crudo.

—Díselo al patrón. Tú puedes hablar en francés con él.

—Su inglés es mejor. A la gente no le gusta caer en la trampa de conversaciones idiotas. ¿Por qué tiene que engañarme en francés? Pensará que mejor que haga un curso en la Berlitz.

No pude acabarme la cubera. La cena fue interminable.

Rosamund dijo:

—Una noche perdida... No entiendo cómo pueden preparar una comida tan mala en un sitio tan bonito como éste.

No es lícito servir cenas incomedibles junto a este mar cálido, tropical, y con luna para rematar el cuadro. Un restaurante situado a una distancia de diez minutos a pie desde tu casa habría sido el sueño de una desposada: ni compras, ni mondar nada, ni cocinar, ni servir, ni lavar platos, ni hacer basura. Alrededor de la medianoche se produjo un descanso pasajero del tráfico aéreo. Muy pronto hube de enterarme de los

muchos aviones de propiedad privada que aterrizaran en el aeropuerto local, lo que me reveló la opulencia y las habilidades que como piloto tiene un considerable sector de la población americana, mexicana, venezolana, hondureña, e incluso los deportistas italianos y franceses, personas a quienes les gusta que la realidad siga sus pensamientos. Uno piensa en un sitio y en cosa de horas ya puede estar en él. En el siglo dieciséis, los viajes que los españoles hacían por mar a veces duraban meses. Hoy uno puede jugar al golf en Venezuela y cenar esa misma noche en el Yucatán. Y estar de regreso en Pasadena por la mañana, con tiempo suficiente para el Orange Bowl.

Cuando uno se detiene a reflexionar sobre esas personas lo bastante ricas para circular zumbando por ahí, trazando itinerarios y cubriendo tantísimos kilómetros a base de gastar gasolina, acaba sintiendo como fatiga propia toda esa fatiga producida por tantas horas de vuelo.

Pero se dio el caso de que Bédier de Le Forgeron me contaminó.

Cada vez que me quejaba de cansancio y de falta de energía, Rosamund me decía que era la fatiga acumulada y que a ella se añadían las preocupaciones y el pesar que sentía. También ella estaba triste por lo ocurrido al pobre Ravelstein, víctima de sus temerarios hábitos sexuales. Rosamund no era de las que hacen oídos sordos a las quejas de los demás, sino que les prestaba la máxima atención sin muestra alguna de irritabilidad. Me decía que es habitual que las vacaciones comiencen con esta sensación de agobio y de sentimientos negativos. Me acariciaba la cara con cariño y me decía que me recuperaría durmiendo.

Yo seguía sus consejos pero no me sentía mejor. La toxina transmitida por el pescado era resistente al calor, según hube de saber después, y ni la ebullición ni la cocción al horno bastaban para neutralizarla. Como me enteraría más tarde en Boston, el cuerpo no tardaba en excretar la toxina de la cigua, pero nunca antes de que ya hubiera dañado radicalmente el sistema nervioso. Era algo muy parecido al síndrome de Guillain-Barré que había afectado a Ravelstein. Uno de los primeros síntomas es la aversión repentina a la comida. Me repugnaba incluso mirarla. Acabé aborreciendo cualquier olor a comida. Lo único que me sentía capaz de cenar eran palomitas de maíz con un poco de leche. No cesaba de repetir a Rosamund que aquello redundaba en beneficio: estaba perdiendo el exceso de peso. Como todos los habitantes de Estados Unidos, le dije, estaba sobrealimentado.

La familia francesa que habitaba el piso inferior había venido de Ruán para estar a sus anchas y vagar a su antojo, sin constricción alguna, en el trópico. Nadaban en el mar apacible al igual que Rosamund y yo. Nos secábamos en la playa y conversábamos agradablemente. Pero los olores que subían de su cocina se me hicieron insoportables. Le dije a Rosamund:

—Pero ¿qué mierda cocinan?

—¿Tan mala te parece? —dijo Rosamund.

Seguidamente le di una conferencia sobre la decadencia de la cocina francesa.

—Antes se comía bien en cualquier *bistrot*. Tal vez el turismo tenga la culpa de que el nivel haya bajado de ese modo. ¿O será que la desaparición de los campesinos ha arruinado la cocina francesa?

—Uno de los placeres de vivir contigo, Chick, es que sabes tanto de todo. Pero me doy cuenta de que has perdido el apetito por completo. Yo tengo mi teoría propia al respecto: estás tan agotado, tan exhausto y acabado, que este lugar es demasiado tranquilo para ti. Lo que te ocurre es que estás sometido a una presión excesiva.

Era evidente que le preocupaban la fuerza y la violencia de mis reacciones.

—Tengo que huir de este espantoso hedor a comida.

—Salgamos, pues.

—Sí, salgamos. Tú necesitas comer, Rosamund, tú tienes que cenar bien. Yo no tengo apetito, pero me gustará que comas.

Las noches en esa isla eran inquietas, mi corazón se portaba mal. Había aumentado la dosis de quinina que me había recetado el doctor Schley, el cardiólogo. Me tragaba las tabletas con vasos de agua de quinina. Tenía la cabeza bastante clara pero me notaba entumecidas las plantas de los pies.

—Siento en los pies un estremecimiento muy desagradable —dije.

—A lo mejor es por la manera de sentarte. Procura estar de pie. Quizá tomas un exceso de quinina —dijo Rosamund.

—El doctor Schley me dijo que tomara toda la que quisiera para solucionar lo de la arritmia, las fibrilaciones. ¡Dios santo, hoy en día todo el mundo parece médico!

Nos paseábamos por la playa para huir de aquella peste a pollo y a langosta que emanaba de los chiringuitos de la calle principal. En Le Forgeron, el patrón, ocioso en la entrada de su establecimiento, hacía como que miraba el mar y no me devolvió el saludo.

—Estar a ocho mil kilómetros de Francia lo emancipa de la *politesse* —dije.

—No volveremos a su restaurante...

—*Machts nicht*. Es un cerdo a quien le enseñaron buenas maneras, pero no se le han quedado. Hay gente horrible en todas partes. No se pueden pedir peras al olmo.

Yo no sabía lo enfermo que estaba. Lo único que sabía es que me sentía

terriblemente irritable, me había salido de los raíles, estaba un poco trastornado. Me daba cuenta de que no hacía más que repetir las mismas cosas y de que Rosamund estaba angustiada. Rosamund no sabía qué hacer. Probablemente se sentía culpable de haberme traído a aquel lugar. Vale la pena que describa una de mis obsesiones. Muchas veces había dicho a Rosamund que uno de los problemas que comporta la vejez es la rapidez con la que transcurre el tiempo. En varias ocasiones le había comentado que los días pasaban raudos «como las estaciones subterráneas vistas desde un tren expreso». Para ilustrárselo le había citado *La muerte de Ivan Illych*. En la infancia los días son muy largos pero en la vejez pasan en un vuelo, «más veloces que la lanzadera», dice Job. Ivan Illych también habla de la lenta ascensión de una piedra lanzada al aire. «Cuando vuelve a la tierra, se acelera a razón de nueve metros setenta y cinco centímetros por segundo». Estamos bajo el influjo del magnetismo gravitacional y todo el universo participa en esa aceleración del final de cada uno. Si pudiéramos recuperar la plenitud de los días que vivimos en nuestra infancia... Pero a mí me parece que nos familiarizamos demasiado con los datos de la experiencia. Nuestra forma de organizar los datos que se precipitan al estilo *gestalt* —es decir, en formas progresivamente más abstractas— acelera las experiencias convirtiéndolas en una comedia que es un peligroso desbarajuste proyectado hacia adelante. Nuestra necesidad de eliminación rápida suprime los detalles que seducen, atraen o entretienen a los niños. El arte es lo único que se salva de esta aceleración caótica. La métrica en la poesía, el compás en la música, la forma y el color en la pintura. Tenemos la sensación de que aceleramos la velocidad con la que corremos hacia la tierra y que acabaremos estrellándonos en la tumba.

—Ojalá que no fueran más que palabras —dije a Rosamund—, pero es una sensación que tengo todos los días. Impotentes, esos pensamientos se van comiendo lo que me queda de vida...

La pobre Rosamund tenía que escuchar toda esta paparrucha noche tras noche a la hora de cenar..., y pensar que aquellas vacaciones caribeñas tenían que ser unas vacaciones románticas, una especie de luna de miel...

—¿Hablaste de esas cosas con Ravelstein?

—Pues..., sí, las hablé con él.

—¿Y él qué decía?

—Decía que Ivan Illych había hecho un *mariage de convenance* y que si él y su mujer se hubieran querido, habrían visto las cosas con ojos diferentes.

—Pero los pobres se odiaban —dijo Rosamund. —Leer su historia es como pisar cristales rotos. Una pesadilla.

Era muy inteligente, Rosamund. No sólo podíamos hablar sino que teníamos la seguridad de que nos entendíamos.

Pasamos a enfrascarnos en los libros que nuestro amigo Durkin nos había pedido que examináramos y trabajamos juntos en las páginas que nos había pedido que le copiásemos. La verdad es que se trataba de muy poco trabajo y que Rosamund se

encargó de la mayor parte del mismo. Allí no había máquinas fotocopadoras para libros de aquellas dimensiones. Yo leía en voz alta los extractos y Rosamund los copiaba en su procesador de textos. Si en un primer momento el material apenas despertó mi interés, no tardó en absorber mi atención. No me refiero al aspecto legal, el pleito por una cuestión de derechos de autor presentado por el cliente de Durkin. El autor del diario en el que el libro estaba basado era un médico americano que había pasado años en la selva tropical de Nueva Guinea con una beca destinada a investigación concedida por el Instituto Nacional de Esto y lo de Más Allá, un hombre que hablaba la jerga o jerigonza de la isla. El hecho de estar bien escrita hacía la crónica más convincente y, en algunos momentos, supermemorable. En ella se describía un acantilado cubierto de grandes flores como una «cascada de orquídeas carmesí». Había muchos pasajes recargados, pero estaban justificados como respuesta a lo recargado de la naturaleza. Su objetivo era decididamente científico, el artículo tenía importancia global y era absorbente por lo humano. Comenzaba describiendo la escasez de proteínas en la dieta de las tribus que había estudiado. Decía que, en las guerras primitivas, los nativos no podían permitirse el lujo de desperdiciar los cuerpos de sus enemigos.

Pero mi interés primordial no se centraba en la especulación científica. Ya he dicho en diversas ocasiones que mi especialidad son los detalles corrientes de la vida diaria. Ravelstein también lo había señalado diferentes veces: lo mío no eran los *noumena* o «las cosas en sí», yo dejaba ese tipo de cosas a los «Kants» de ese mundo. Cuerpos negros sin cabeza en una jungla donde se derraman desde centenares de metros cascadas de orquídeas carmesí no serían más que fenómenos, ¿o no? Los hombres, recién asesinados, eran descabezados. Las cabezas quedaban aparte. El investigador que se encargó de registrar estos hechos dijo que las cabezas eran la moneda utilizada para la compra de mujeres. Ésa era la razón de que los cazadores de cabezas cazaran cabezas. Pero aquel investigador americano se había sentido atraído hacia aquel escondrijo al borde del agua no porque le interesasen aquellos esforzados guerreros sino por el olor a carne asada.

«Era exactamente aquel mismo olorcillo de la cocina de mi casa, la tajada de carne en el horno. O el pavo del Día de Acción de Gracias. Igual de apetitoso. La carne humana también excita las glándulas salivares... Los guerreros me ofrecieron un poco del *shish-kebab* humano. Las víctimas estaban boca abajo. El suelo estaba empapado de sangre roja. Los vencedores encontraban cómica la expresión de mi rostro. “¿Qué pasa? Es carne, una carne como otra cualquiera”, decían».

De hecho, el autor se extendía más de lo necesario en la incitante fragancia de la carne. Los cazadores le explicaron que, de haber caído ellos en la emboscada, ahora serían ellos los muertos y suya la carne que los otros se comerían. Entre nosotros, aquello habría podido ser una racionalización. En el caso de ellos, era una realidad de la vida. En la jungla no abunda la caza. Los cazadores acostumbran a estar agotados y tienen una gran necesidad de comida. El americano seguía con sus reflexiones en

torno a Leningrado en los tiempos del sitio al que los nazis sometieron la ciudad y también hablaba de los soldados japoneses que, acorralados en las selvas de Filipinas, se comían sus muertos, y mencionaba igualmente a los atletas sudamericanos cuyo avión se estrelló en los Andes. A buen seguro que nuestros propios nihilistas, que afirman que todo está permitido, también estarían de acuerdo en que el canibalismo es algo perfectamente lógico. El investigador americano escribe:

«Pero lo que me ponía las cosas más difíciles era el apetitoso olor del asado de muslo humano amputado de un cadáver aún sangrante en aquel paraíso de flores. Aquello era para mí lo más duro de superar. No las cabezas que llevaban los guerreros asidas por los cabellos cuando salían a cortejar».

Rosamund, advirtiéndome al fin que yo estaba realmente enfermo —pese a que yo lo negaba—, recorrió varios kilómetros a pie a través del humo y las fogatas de las parrillas alineadas a lo largo de la acera en busca de un pavo estilo Día de Acción de Gracias. No hubo manera de encontrar ninguno. No parecía sino que las flacuchas gallinas locales criasen pelo, no plumas. En el fondo de un congelador del mercado encontré unos paquetes de muslos y alas de pollo petrificado. Dijo Rosamund que, después de soltar el líquido, tenían mucho peor aspecto que antes. En aquella isla de ñames y cocoteros no había vegetales que cocinar. Pese a ello, Rosamund se las ingenió, tras horas de denodados esfuerzos, para hacer una sopa de pollo. Movidito por la gratitud, quise hacer un chiste con mi incapacidad de comerla... recordando a una mujer inmigrante de mi infancia que había dicho:

—Mi Joey no quiere comer un cucurucho de helado, vuelve la cabeza a un lado. Si no puede lamer un helado quiere decir que está muy mal.

Tal vez porque sentía los trópicos como una amenaza de muerte, el instinto me decía que me tomase las cosas por el lado cómico. Por un lado no me quitaba de la cabeza que aquella tierra era más porosa que la nuestra. No era tan compacta como en el Norte. Debía de ser más difícil enterrar un cadáver en aquel suelo coralino en proceso de putrefacción. De todos modos, no pensaba suscitar un tema tan desatinado como aquél cuando hablase con Rosamund. No hacía más que lamentarse de haberme embarcado en unas vacaciones tan deliciosas como aquéllas..., pese a lo cual, yo sabía que podía confiar en que Rosamund haría lo más conveniente. Me sentía muy extraño, pero me decía que era un malestar que me había traído del Norte —una especie de ansiedad, un encontrarme fuera de sitio, algo parecido a unos sufrimientos metafísicos. Años atrás, cierta vez que fui a parar a Puerto Rico y permanecí allí un largo periodo de tiempo, sentí aquella misma desazón provocada por el entorno tropical, los olores de agua salobre estancada y residuos marinos putrefactos que emanaba la laguna, extraños tufos escapados de la vida vegetal de la jungla, la podredumbre de la materia animal. La mangosta era tan habitual en Puerto Rico como los perros en las calles de otros países. Nadie creería que, en los caminos y calles periféricas de los pueblos, puedan vivir animales tan voluminosos...

Por la noche llegaban del pueblo estallidos de música tribal. Los gallos cortaban

el sueño de raíz. Pero yo dormía poco y lo único que comía eran palomitas de maíz. Como me quejaba del agua del grifo, Rosamund, que ahora estaba seriamente preocupada, hacía frecuentes viajes a la tienda de comestibles, de donde regresaba cargada con pesados botellones de agua.

Era evidente que yo estaba enfermo, pero no toleraba que me dijeran que lo estaba. Pensaba cosas raras y poco a poco vi que me obsesionaba profundamente por el problema de la evolución. Yo, por supuesto, creía en la evolución, ¿quién se negará a aceptar los miles de pruebas que la avalan? Lo que no estaba tan claro era que hubiese ocurrido a través de unos cambios aleatorios, según afirmaban muy convencidos tantos científicos. «Si se dispone del tiempo suficiente, puede ocurrir cualquier cosa y unos billones de años dan tiempo para todos los errores y callejones sin salida posibles». Watson, el genetista, había establecido la ley al respecto. Pero, según dije a Rosamund, enfrentándome aquí con Watson, si uno tiene en cuenta los sutiles recursos del cuerpo —los posee a millares—, demasiado sutiles para ser accidentales, las palabras de Watson eran burda carpintería, toscos trabajos de taller, no ebanistería fina.

Juzgadas las cosas con mirada retrospectiva, siento lástima de Rosamund, que vio entonces que yo estaba realmente enfermo. Intentaba encontrar remedios, que preparaba en la pequeña cocina. Me preparaba comidas que en condiciones normales yo habría ingerido con gusto. Pero la carne del mercado era basta. De las sopas que me hacía, yo no conseguía engullir ni una cucharada. Y entretanto la familia francesa instalada debajo de nosotros seguía cocinando aquellos mejunjes cuyo solo olor me descomponía.

—¿Será posible que personas decentes, civilizadas y amables cocinen —y lo que es peor aún, coman— esos apestosos comistrajos?

—Temo que se molestarían si les dijese que tuvieran las ventanas cerradas —dijo Rosamund. —De todos modos, ¿no crees que debería verte un médico? En esta misma calle hay un médico francés. Hemos visto el letrero docenas de veces.

Estábamos en el porche tomando un vaso de vino como preámbulo de la cena que yo no conseguiría tragar. Comía las aceitunas rellenas que Rosamund había puesto en la mesa. Me gustaban las aceitunas rellenas de anchoa, al estilo español. Aquí sólo se encontraban las rellenas de pimiento. Era imposible contemplar el cielo de las noches caribeñas sin pensar en Dios, según yo había descubierto. Ni pensar en Dios sin que en el cuadro entraran las personas que habías amado y habían muerto. Revivías entonces los lazos que tenías con ellas y terminabas haciendo una estimación todo lo sincera que podías aguantar y, al mismo tiempo, ibas pasando revista a toda una vida de actividades, afectos, apegos. Yo, esto, lo llevaba mal.

Y como, gracias a Rosamund, tenía la tendencia a hacer todo lo posible para llegar al fondo científico de las cosas, al día siguiente fui a ver al médico. Los americanos no valoran demasiado la medicina extranjera. Suelen pensar que un médico francés te dirá que tienes una *crise de foie* y que dejes de tomar vino tinto.

Pero aquel médico no habló del vino. Lo que me dijo, en cambio, fue que tenía el dengue. No era tan grave como parecía. El dengue es una enfermedad tropical transmitida por mosquitos, se trata con quinina. Por consiguiente, añadí quinina local al Quinaglute que el médico americano —Schley, el mismo médico que había regañado a Ravelstein por haberse puesto a fumar minutos después de salir de cuidados intensivos— me había recetado para que el corazón no se me desmandara.

Rosamund tuvo que volver una vez más a la farmacia, una excursión de cuatro kilómetros y medio sin protegerse del sol. El diagnóstico del médico francés pareció tranquilizarla en parte. Por muy grave que fuera el dengue, tenía tratamiento.

Los vecinos, los efluvios de cuyas apestosas comidas seguían revolviéndome el estómago, me brindaron su ayuda. Dijeron que podían llevarme en coche al hospital de la ciudad de M., situado a cuarenta kilómetros de distancia. La carretera era pintoresca pero, como tuve ocasión de comprobar, estaba atiborrada de destartalados vehículos agrícolas y guaguas (autobuses).

El médico era un hombre de maneras suaves, de esos que evitan alarmismos, nada inclinado a los diagnósticos melodramáticos. Decidí, pues, aceptar el dengue sin protestas y tomarme el mejunje a base de quinina que me recetó. Rosamund y yo leímos juntos *Antonio y Cleopatra*, recordando que Ravelstein decía que sin gran política no hay pasión. Rosamund lloró cuando Antonio dice: «Me muero, Egipto, me muero» y cuando Cleopatra acerca el áspid a su pecho. Después nos acostamos y nos dormimos, pero no por mucho tiempo.

Me desmayé sobre las frías baldosas del cuarto de baño. Estaba a oscuras y había salido a tientas de la habitación antes de desplomarme. Rosamund no podía incorporarme ni llevarme a rastras a la cama. Bajó corriendo a despertar a la patrona, que inmediatamente reclamó por teléfono una ambulancia. Cuando me dijeron que la ambulancia se hallaba en camino, dije que me negaba en redondo a que me llevaran al hospital. Había visto demasiados. La medicina colonial, especialmente en los trópicos, era materia delicada.

—Tienes que ir por fuerza —dijo Rosamund.

Pero al ver que yo me empeñaba en no ir, volvió abajo para avisar al médico a través del teléfono de la patrona. Vivía a unos cinco minutos de distancia, en nuestra misma calle. Mostrándose muy considerado pese a haberlo despertado, me iluminó la garganta y los ojos con la linterna. Dos fornidos camilleros subían ya la escalera con una litera plegable. Los dos negros, vestidos con sus batas, desplegaban la camilla cuando les interrumpí diciéndoles:

—Yo no voy a ninguna parte.

Rosamund pidió su parecer al doctor, quien repuso:

—Bueno, si tanto se opone, no es que sea absolutamente *nécessaire*...

Y despidió a la ambulancia. A los camilleros, que desaparecieron en silencio, no pareció importarles demasiado. Se oyó el rugido del motor.

Dejamos transcurrir como pudimos el resto de la noche y, ya con luz de día, sin

mencionar para nada el desayuno, me senté fuera a contemplar los negros arrecifes, la atmósfera, el agua, todos ellos haciendo lo mismo de siempre. Uno de los atractivos de la temporada eran las nubes de pálidas mariposas, una variedad de color amarillo claro. No eran grandes ni tenían una particular belleza, revoloteaban en dirección al mar y regresaban después hacia la vegetación.

Rosamund se encontraba abajo utilizando el teléfono de la patrona, al que hasta entonces no habíamos tenido acceso. La patrona no cogía recados. Los inquilinos no estaban autorizados a hacer llamadas. Pero ahora yo estaba enfermo y la mujer no estaba dispuesta a que estirara la pata en su casa. Supongo que Rosamund también lo advertía y, por extraño que parezca, a mí me era prácticamente indiferente lo que pudiera pasar. El sol no se había levantado todavía y la luz bastaba apenas para distinguir lo líquido de lo sólido, un mar, una especie de planicie y el correspondiente vacío interior. Sólo Rosamund, normalmente dúctil, muy señora, deferente y gentil, revelaba ahora (sin posibilidad de discutírselo) una fortaleza interior y la voluntad evidente de salir al paso del mal carácter de la patrona y de la frialdad burocrática del personal que atendía el teléfono de la compañía aérea. Y cuando subió, luciendo una ligera sonrisa, dijo:

—Nos vamos mañana temprano. Hay cantidad de plazas libres en San Juan porque es el Día de Acción de Gracias. El problema era el vuelo hasta San Juan. Pero les he dicho que se trataba de una urgencia médica. Me han dicho que tendrán una silla de ruedas a punto.

¡Una silla de ruedas! No creía estar tan mal como para que me fuese necesaria una silla de ruedas. Resultó que la inexperta Rosamund había visto la realidad con más claridad que nadie. A mí no se me habría ocurrido la posibilidad de que nos halláramos ante una urgencia o una crisis.

¿Podríamos contar con un taxi a primera hora de la mañana?

Sí. En parte porque la afrocaribeña patrona, mujer expeditiva y severa, de mediana edad y de buen ver, se había percatado la noche anterior, gracias a la presencia de la ambulancia y del médico, de la situación en que nos encontrábamos. Es posible que cruzara también algunas palabras con el escrupuloso, aunque no del todo fiable, médico francés. De todas formas, a ella no le hacía ninguna falta la opinión del médico, le bastaba echar un vistazo a mi arrugado semblante, un rostro de moribundo de muy mal augurio.

Rosamund, que ahora estaba muy asustada, también estaba contenta de que nos fuéramos. Su cara, ligeramente bronceada, miraba ya hacia Boston y a su miríada de médicos. Al parecer había captado el mensaje: de continuar en la isla, la muerte era segura. Cuando me preguntó:

—¿Qué libros y periódicos tiramos?

La respuesta fue fácil.

—Nos desharemos de todos los libros pesados. Y sobre todo de los *Poemas* de Browning.

Me revolví contra Browning. Lo tenía clasificado en el mismo lugar que la cocina y los vecinos franceses.

De lo que no pensaba deshacerme era de la revista de mi amigo Durkin, el número del caníbal. El asado de carne humana, los caníbales y las cabezas cortadas boca arriba diseminadas sobre la hierba empapada de sangre, mirando tal vez los arrecifes cubiertos de orquídeas, eran cosas que me tenían fascinado. El consumo de carne humana se había quedado flotando en mi conciencia, que, lo admito, estaba contaminada. Era mi enfermedad lo que me hacía particularmente susceptible. Por nada del mundo me habría desprendido de aquellas páginas. Quizá podía encubrirme alegando mi enfermedad en descargo. Pero las páginas desaparecieron durante el vuelo.

El alivio que demostró nuestra bella patrona hablaba por sí solo. ¡Qué contenta, qué orgullosa se sentía al desembarazarse de mí! Que se vaya y se muera en otro sitio, en un taxi o en un avión. Se levantó antes del amanecer para vernos partir. También aparecieron los vecinos franceses. La noche anterior debió de despertarlos la ambulancia con la sirena y los destellos de luces. Apesadumbrados, nos desearon lo mejor y nos despidieron con adioses de la mano. Personas muy decentes, todo hay que decirlo. El adiós de la patrona fue como si nos dijera: «¡Hasta nunca!». En su lugar, quizá yo habría pensado lo mismo. Despedirse de alguien a la luz de las cinco de la mañana..., ¡que se fuera con viento fresco!

Rosamund, comentando nuestras frustradas vacaciones, dijo:

—¡Vaya pesadilla!

Ya en el ruidoso taxi, lanzado a toda velocidad, Rosamund se despidió de la isla con profundo alivio.

Por lo menos se libraría del motorista enmascarado que una o dos veces por semana se adueñaba de la calle principal. Iba totalmente recubierto de cuero y llevaba un casco Buck Rogers. Lo único desnudo eran sus grandes dientes. El guardia desaparecía así que iniciaba el barrido. La gente huía a la desbandada cuando llegaba volando. Rugía de un lado a otro en medio de tempestades de polvo, habría matado a los viandantes que se le pusieran a tiro.

—El loco del pueblo —lo llamaba Rosamund. —Ya no tendré que preocuparme de que aparezca yendo y viniendo de la farmacia —dijo.

En el inmenso cobertizo de metal verde que cubría los millares de metros cuadrados del aeropuerto, Rosamund me ayudó a mí, el enfermo, a llegar a la silla de ruedas que me estaba esperando. Me senté en ella sintiéndome un imbécil y firmé sobre las rodillas los cheques de viajero para pagar la tarifa de salida. No me parecía necesaria la silla de ruedas. Todavía estaba en condiciones de caminar, le dije a Rosamund, como hube de demostrarle subiendo sin ayuda los peldaños del avión. Después, vuelta a bajar en San Juan, donde me desplomé, agradecido, en la segunda silla de ruedas que me esperaba. Amontonaron gran parte del equipaje a mi alrededor y sobre mis rodillas. Pero seguidamente venía la inspección del pasaporte, para la

cual tuve que ponerme de pie. Lo peor fue la aduana. Rosamund tuvo que trasladar ella sola las grandes maletas y bolsas del carro a las mesas de inspección, abrirlas después, responder preguntas, cerrarlas de nuevo y cargarlas al carro para que las trasladaran al vuelo de Estados Unidos. Rosamund no tenía la fuerza de un hombre, el músculo necesario. Y aquí fue donde descubrí con claridad meridiana que yo había dejado de ser el viajero autónomo que había sido. Rosamund les dijo a los inspectores que no me encontraba bien, pero no le prestaron particular atención.

Era el Día de Acción de Gracias y el avión no tenía ni la mitad de las plazas ocupadas. La azafata dijo que, si quería, podía viajar tendido y nos condujo a la parte trasera del avión, donde levantó los brazos de una fila de asientos. Pedí agua y seguidamente más agua. No había tenido tanta sed en toda mi vida. El jefe de los camareros, que había tenido el dengue en el Pacífico Sur durante la guerra, me dio una serie de consejos sensatos. También me ofreció oxígeno. Rosamund insistió en que lo tomara, pero yo sólo quería más agua.

Rosamund, entretanto, intentó ponerse en contacto telefónico con mis médicos de Boston. Tenía dos, el «principal» y el cardiólogo. El cardiólogo estaba jugando al golf y no era posible hablar con él; el «principal» había ido a New Hampshire para asistir a una cena de familia.

Recuerdo que en el curso del vuelo volví a hablar de aquel joven amigo de Grielescu que fue asesinado en un compartimento del lavabo de caballeros.

—Ya me lo contaste.

—¿Cuándo?

—No hace mucho.

—No puedo sacármelo de la cabeza. No volveré a hablar de él. Tengo la impresión de que, de alguna manera, lo relaciono con Ravelstein. Mira, a mí Grielescu no me gustaba, pero lo encontraba divertido, y a Ravelstein esto le parecía una capitulación, algo característico en mí. Decir de él que era divertido era como darle el visto bueno. Sin embargo, era un tipo sospechoso, se cree que estaba en connivencia con asesinos. Parece que no calo muy bien a ese tipo de verdugos.

Rosamund se esforzaba en estar atenta. Me alentaba a hablar. Estaba muy preocupada.

—Murió en plena faena..., mientras se estaba aliviando. Le pegaron un tiro a quemarropa. Ravelstein opinaba que yo había cometido uno de mis errores típicos...

—¿Te dijo que Grielescu estaba relacionado con asesinos?

—Exactamente. Me dijo que yo habría debido estar mejor informado.

—Pero ese asesinato de que me hablas ocurrió después de la muerte de Ravelstein.

—Pero había dado en el clavo. El famoso y sabiondo Grielescu, según decía él, era un nazi.

En un intento de hacerme bajar de aquel tiovivo centrado en Grielescu, Rosamund dijo:

—Pero ¿se puede saber qué cosas teníais en común?

—Él me citaba las mismas cosas que yo había dicho.

Había desenterrado algo que yo había dicho sobre el desencanto moderno. Debajo de los escombros de las ideas modernas el mundo seguía en el mismo sitio, todavía por descubrir. Y la manera que tenía él de expresarlo era que aquella red grisácea de abstracciones que cubría el mundo con el objetivo de simplificarlo y explicarlo de manera que sirviera a nuestros fines culturales había pasado a convertirse a nuestros ojos en el mundo. Nos hacían falta visiones alternativas, una diversidad de puntos de vista, y con esto se refería a puntos de vista, no a dejarse dominar por ideas. Él lo veía como una cuestión de palabras: «valores», «estilos de vida», «relativismo». Yo estaba de acuerdo con él hasta cierto punto. Nosotros necesitamos saber, pero esos términos no pueden satisfacer nuestra profunda necesidad humana. No podemos salir del pozo de «cultura» y de las «ideas» que supuestamente se utilizan para expresarlo. Sería de gran ayuda contar con las palabras adecuadas. Y más aún con un don para leer la realidad, el impulso de dirigir tu rostro amoroso hacia ella y de apresarla con las manos.

«Pero después resulta que, desde el bando izquierdo (¿o será el derecho?), Ravelstein insta a todo el mundo a que lea a Céline. Faltaría más. Céline tenía muchos méritos, pero era un loco terrible que antes de la guerra había publicado sus *Bagatelles pour un massacre*. En ese panfleto Céline abominaba de los judíos y los denunciaba por haber ocupado Francia y haberla secuestrado. Eran muchos los franceses que veían el enemigo en los judíos, no en Alemania. Hitler, esto ocurría en 1937, liberaría Francia de la ocupación judía. Los ingleses, aliados de los judíos, estaban conchabados con ellos para destruir *la France*. El país ya se había convertido en un burdel judío. *Un lupanar Juif-Bordel de Dieu*. Volvió a ponerse sobre el tapete el caso Dreyfus. Las autoridades recibieron millones de cartas envenenadas de los antidreyfusianos, enemigos de los judíos. Yo opinaba como Ravelstein que Céline no habría pretendido no haber tenido parte en la Solución Final de Hitler. Tampoco habría comerciado con el interbase Griesescu en favor del exterior derecho Céline. Al reducirlo todo a la jerga del béisbol, se advierte al momento la insensatez del intento».

Rosamund me seguía la corriente. No había estado nunca tan enfermo. Pero no se me ocurrió ni por un momento que lo estuviese realmente. No estaba bien, eso sí; era evidente que no estaba en condiciones. Pero había vivido lo bastante para poder afirmar que no me estaba muriendo, simplemente no me encontraba bien y aquí se acababa todo. Una sociedad secreta reaccionaria puede decidir que te ha llegado la hora de morir, una camarilla de conciudadanos tuyos ha votado que hay que asesinarte. Se ha estudiado tu programa. Se trata de una situación que podría calificarse de política, pero en realidad es voluntad de violencia. Un *playboy* erudito y excéntrico, sujeto a la regularidad de los hábitos normales, estaba en aquel momento sentado atendiendo una necesidad natural —algo que le ocurría a diario— y había

recibido un disparo de un asesino instalado en el compartimento adyacente. Murió al instante.

Rosamund estaba empeñada en ir directamente desde el aeropuerto al hospital.

Pero yo insistí en ir a casa. Cuando me encontrase en la cama estaría perfectamente. Yo, claro, no podía verme. Ignoraba por completo si tenía fiebre, volcado como estaba en demostrar que me encontraba perfectamente bien. Rosamund cedió y amontonó maletas y bolsas en el maletero del taxi. Ya en el otro extremo del trayecto quedaba totalmente descartado que pudiera subir el equipaje escaleras arriba después de pagada la carrera, y en cuanto al taxista, viendo que se avecinaba tormenta, cogió el dinero y desapareció más que corriendo. El vio el problema, no yo. Me arrastré hasta casa y me acosté.

—Me encanta haber abandonado la isla abominable —le dije a Rosamund. — ¿Será posible que estemos en el mismo día? ¿Son las doce? Cuando hemos salido estaba amaneciendo. «La mano del tiempo toca la pica del mediodía», como dijo Mercurio. Una de las citas de Shakespeare favorita de Ravelstein.

Sintiéndome a salvo y cómodo entre las sábanas, dije a Rosamund que lo único que necesitaba era dormir. Pero era primera hora de la tarde, no hora de acostarse. Rosamund no aceptaba que dormir fuera la solución. En virtud de alguna facultad para mí invisible, reconocía que me encontraba en situación desesperada.

—Te habrías muerto mientras dormías —me diría más tarde, y siguió tratando de hablar con los médicos. —El Día de Acción de Gracias es un día de familia, día de pasárselo bien, de jugar al golf.

Rosamund se mantenía en muy buena forma. Hacía meditación, tomaba clases de yoga. Alcanzaba a tocarse la sien con el dedo del pie. Pero se había quedado exhausta por culpa del equipaje, ya que había tenido que cargarlo desde Saint Martin. Pese a todo, se las arregló para arrastrarlo escaleras arriba hasta nuestro apartamento del tercer piso. Jamás habría pensado que tuviera músculos suficientes.

Pero aquello había sido más fácil que conseguir ayuda del hospital, como me diría después. No hubo nadie que contestara a sus llamadas. Se supone que los días de fiesta, cuando los médicos titulares están de vacaciones, los residentes se encargan de sustituirlos.

—No es tan urgente como tú crees —le dije. —Mañana hablas con los médicos y asunto concluido.

Pero para Rosamund estaba muy claro que yo no sabía de qué hablaba. Si me hubiera quedado en Saint Martin, me habría muerto antes de que se hiciera de día. Si hubiera perdido el vuelo de enlace procedente de Puerto Rico, habría muerto en San Juan. Y si me hubiera salido con la mía y me hubiera dormido en mi propia cama, me habría muerto en ella. Rosamund dijo que, sin oxígeno, no habría pasado de aquella noche.

A medida que el sol iba bajando, los cuervos hacían sonar sus bocinas. Trasplantados a la ciudad, eran urbanos. Un poeta francés los había llamado *les*

corbeaux délicieux, pero..., ¿cuál? Creo que ni siquiera Ravelstein lo habría sabido. Mi cerebro ya no conseguía darse alcance. Pese a todo, yo estaba convencido de que las almohadas y el edredón me salvarían.

Rosamund se había puesto en contacto telefónico con su padre en la zona norte de Nueva York.

—Busca la persona más influyente que conozcas —le dijo su padre— y pídele que te ayude.

Rosamund tuvo la suerte de encontrar en mi agenda el número de teléfono particular del doctor Starling, que había sido quien nos había llevado a Boston. Cuando Rosamund le contó lo que ocurría, el doctor Starling dijo:

—Dentro de diez minutos la llamaré Andras, el director del hospital. Mantenga despejada la línea.

Al poco rato el doctor Andras, un señor muy anciano, sometía a Rosamund a interrogatorio para informarse de mis síntomas; seguidamente le dijo que enviaba una ambulancia a recogerme. Rosamund le previno de que, en el Caribe, yo me había negado a subir a una ambulancia. El médico quiso hablar conmigo al respecto. Le dije que me encontraba bien donde estaba, en mi cama, pero que para complacer a mi esposa accedería a que me vieran los médicos. De todos modos, me negaba de plano a que me llevaran en camilla. Pacté la estúpida negociación de ir de pasajero.

—¡Hecho! —exclamó el doctor Andras. —Lo queremos aquí inmediatamente.

Así pues, sentado al lado del conductor, fui trasladado en ambulancia, con rotaciones de luces y lamentos de sirenas, al departamento de urgencias del hospital. Allí me pusieron en una camilla de ruedas y, en un rincón retirado, me sometí al examen de varios médicos. No tengo un conocimiento coherente de lo que ocurrió después. Lo que recuerdo sobre todo es que me aplicaron oxígeno en seguida. A continuación siguió un largo intervalo. Unos decían que había que ingresarme de inmediato en cuidados intensivos de cardiología. Otros opinaban que el problema era respiratorio. La enfermera me ponía la máscara de oxígeno en la cara y yo me empeñaba en apartarla. Rosamund estaba a mi lado velando por mí. Dijo:

—Necesitas el oxígeno, Chick, no me gustaría que los obligaras a atarte las manos.

—Pero es que me ahogo —dije.

Tengo una versión personal de lo que ocurrió. Había un médico de servicio que no llevaba bata blanca, iba en mangas de camisa. Era hablador y muy técnico, tenía un color de cara subido y se encargó de describir a los demás y con gran naturalidad el estado en que me encontraba. En esas circunstancias surgen hombres y mujeres, aparecen, se materializan. Aquel médico parlanchín parecía hablar de cosas técnicas que no guardaban relación alguna con mi estado. Sin embargo, yo me había equivocado por completo con respecto a lo que me ocurría. Me enviaron a cuidados intensivos de cardiología y, una vez ingresado, aquella misma noche tuve una crisis cardíaca. Sin embargo, no guardo memoria del hecho. Como tampoco de la unidad de

cuidados intensivos del servicio respiratorio a la que fui trasladado después. Rosamund me cuenta que, para servirnos de la terminología clínica, la neumonía me había dejado los pulmones opacos. Una máquina se encargaba de respirar por mí..., por la garganta me bajaban unos tubos que me subían después por la nariz.

Ni sabía dónde estaba ni me enteré tampoco de que Rosamund dormía a mi lado en un sillón abatible. Muchas veces había pasado noches críticas velando en unidades de cuidados intensivos a familiares, hijos o hermanas que pasaban momentos de crisis. Rosamund pasó los diez primeros días sin ir a casa, alimentándose de restos que encontraba en bandejas. No quería comer en la cafetería por miedo a que yo me muriese mientras ella estaba comiendo. Cuando las enfermeras se hicieron cargo de la situación, se dispusieron a alimentarla.

Hube de enterarme más tarde de todas estas cosas. Yo no era consciente de que luchaba por la vida. Fueron semanas en las que estuve sometido a altas dosis de Verset. Uno de los efectos de este medicamento consiste en suspender toda vida mental. No sabía si estaba vivo o muerto. Toda apariencia (el mundo exterior) quedó borrada. Una vez, mis hermanos difuntos, los dos, se me acercaron. Llevaban las camisas de siempre, sus mismas corbatas, los zapatos, los trajes que les habían hecho sus sastres. Mi padre se quedó en segundo término. No avanzó. Mis hermanos me indicaron que estaban satisfechos con su situación. No llamé a mi padre. Él conocía las reglas. No vi la utilidad de hacer preguntas. Como me sabía a medio camino, no era urgente preguntar. Quería saber, pero las respuestas podían esperar. Entonces mis hermanos se retiraron o los retiraron. Yo no me veía como un moribundo. Tenía la cabeza llena de delirios, alucinaciones, las causas y los efectos estaban distorsionados. Dicen que el Verset mata la memoria. Pero mi memoria siempre ha sido tenaz. Recuerdo que a menudo me daban la vuelta a un lado y a otro. Alguna enfermera o algún sanitario que sabía lo que se traía entre manos me golpeaba la espalda y me ordenaba que tosiera.

Alguna vez había visitado a Ravelstein y a otros amigos y parientes internados en unidades de cuidados intensivos de diversos hospitales y, con esa estupidez natural en un hombre sano, fuerte, había considerado la posibilidad de que un día podía ser yo la persona maniatada, enchufada a las máquinas que prolongan la vida.

Ahora el moribundo era yo. Me habían fallado los pulmones, Había una máquina que respiraba por mí. Falto de conciencia, tenía de la muerte la idea que de ella tienen los muertos. Pero mi cabeza (digo yo que sería la cabeza) estaba poblada de visiones, delirios, alucinaciones. No eran sueños ni pesadillas. Las pesadillas tienen una compuerta por la que uno puede escapar...

Recuerdo sobre todo que vagaba sin rumbo, lo pasaba mal. En una de aquellas visiones me veo en la calle de una ciudad buscando el sitio donde se supone que debo pasar la noche. Al final lo encuentro. Entro en lo que hace muchísimo tiempo, en los años veinte, era un cine. La taquilla está tapiada. Pero detrás de la misma, sobre un pavimento embaldosado que va elevándose progresivamente, hay una serie de literas

plegables de tipo militar. No están pasando ninguna película. Hay centenares de asientos, todos vacíos. Pero yo sé que el aire que se respira aquí dentro ha sido sometido a un tratamiento especial y es bueno respirarlo. Pasar aquí la noche equivale a ganar puntos médicos camino de la recuperación. O sea que me junto con media docena de tipos más y me tumbo. Se supone que mi mujer vendrá a recogerme por la mañana. Tengo el coche en un *parking* próximo. Aquí nadie tiene sueño. Pero los hombres tampoco tienen ganas de hablar. Se levantan. Deambulan por el pasillo o están sentados en el borde de la litera. Hace cincuenta años o más que no se ha barrido el suelo. No hay calefacción. Se duerme con toda la ropa puesta, el abrigo abotonado hasta arriba. Con el sombrero, la gorra, los zapatos.

Antes de que me dieran el alta de la unidad de cuidados intensivos, cuando me levanté de la cama, me figuraba estar en New Hampshire y que una de mis nietas esquiaba alrededor de la casa. Estaba molesto con sus padres porque no la habían llevado a ver a su abuelo. Era una mañana de invierno o eso creía yo. En realidad, debía de ser plena noche, pero me pareció que el sol resplandecía en la nieve. Me encaramé a la barandilla de la cama sin advertir que estaba conectado a través de tubos y agujas a toda una serie de frascos colgados, llenos de toda suerte de mixturas intravenosas. Vi, como si fueran los de otra persona, mis pies en el suelo bañado de sol. Parecían reacios a sostener mi cuerpo, pero los forcé a obedecer mi voluntad. Entonces caí y aterricé de espaldas. En un primer momento no sentí dolor alguno. Lo que más me dolía era no haber podido salir de la cama ni acercarme a la ventana. Mientras estaba tendido en el suelo, sin posibilidad de hacer nada, entró corriendo un sanitario, que exclamó:

—Ya me habían advertido que usted armaba mucho alboroto.

Uno de los médicos comentó que yo tenía la espalda tan inflamada que parecía un bosque en llamas visto desde un avión. Los médicos me hicieron un TAC. Tuve la impresión de que estaba en un tranvía atestado de gente y que me ahogaban y empujaban desde atrás. Les rogué por favor que me dejaran tranquilo. Pero no había nadie dispuesto a complacerme.

Estaba sometido entonces a fuertes dosis de un fluidificador de la sangre y la caída sufrida había sido peligrosa. Tenía una hemorragia interna. Las enfermeras me pusieron una camisa de fuerza. Pedí a mis hijos mayores que llamaran un taxi. Les dije que estaría mejor en casa, remojándome en la bañera.

—Estamos a cinco minutos —les dije. —Está a la vuelta de la esquina.

A menudo tenía la sensación de que me encontraba debajo mismo de Kenmore Square, en Boston. Lo extraño de aquellos ambientes alucinatorios era que, en cierto modo, constituían una liberación. A veces me pregunto si, situado en el umbral de la muerte, no quise quizá demorarme, libre de cuidados, como una persona normal cualquiera, disfrutando de aquellos delirios descabellados..., unas fantasías que no necesitaba inventar.

Me encontraba en un inmenso sótano. Hacía mucho, muchísimo tiempo, que

habían pintado las paredes de ladrillo. Había lugares tan blancos aún que parecían requesón. Pero requesón sucio. El sitio estaba iluminado con tubos fluorescentes..., había mesas y más mesas y más mesas de chucherías, ropa de mujer, la mayor parte donada al hospital para revenderla: ropa interior, medias, jerseys, bufandas, faldas. Una infinidad de mesas. Era un sitio que me hacía pensar en el sótano de Filene, donde los clientes no tardan en empujarse y pelearse para hacerse con las gangas. Pero los de aquí no estaban para peleas. A mucha distancia había unas muchachas, al parecer voluntarias que se dedicaban a hacer obra benéfica. Yo estaba sentado, acorralado, rodeado de centenares de divanes de cuero. Huir de aquel rincón de queso sucio estaba fuera de lo posible. Detrás de mí, unas enormes tuberías atravesaban el techo y se hundían en el suelo.

Me inquietaba y me dolía aquella camisa o jersey de fuerza que me obligaban a llevar. Aquella prenda agobiante de color caqui me tenía inmovilizado..., me estaba matando, me tenía maniatado. Intenté, en vano, liberarme de ella. Si, por lo menos, pensaba yo, hubiera podido conseguir que una de aquellas voluntarias de la obra social me trajera un cuchillo o un par de tijeras. Pero estaban a varios bloques de distancia, jamás conseguiría hacerme oír. Yo estaba en un rincón lejano, muy lejano, rodeado de BarcaLoungers.

Otra de mis experiencias memorables fue la siguiente.

Un sanitario del hospital está subido a una escalera colgando de las lámparas de pared guirnaldas plateadas, muérdago, ramitas de hoja perenne y otros adornos navideños. El hombre no se ocupa de mí. Es el mismo que me había dicho que yo armaba mucho ruido. Pero esto no impide que yo lo observe. Observarlo forma parte de la descripción de los trabajos que hago. La existencia es —o era— el trabajo. O sea que lo observo, en lo alto de la escalera de tres peldaños, hombros caídos, ancha la espalda. Después baja y traslada la escalera al pilar siguiente. Más guirnaldas de plata y más ramas de hoja perenne que pincha.

A un lado había otro tipo, bajo, nervioso e inquieto, se mueve de un lado a otro calzado con zapatillas de felpa. Era mi vecino. Su habitáculo tenía la puerta a un extremo de mi habitación, pero él no me habría reconocido. Tenía una barba esmirriada, su nariz era como una espátula de plástico de las usadas para limpiar pucheros, llevaba gorra. Habría debido ser un artista. Pero me parecía que sus rasgos carecían por completo de interés.

Al cabo de un rato recordé que lo había visto en la televisión. En efecto, era un artista, y muy respetado además. Aleccionaba mientras iba pintando. Sus temas eran cosas que están de moda: ambientalismo, esencias holísticas de flores y otras cosas por el estilo. Sus esbozos eran vagos, sugerían amor a los ambientes naturales y responsabilidad ante los mismos. En una pizarra comenzaba pintando la superficie del mar cubierta de neblina y después, con la parte lateral de la tiza, creaba la ilusión de un rostro que estaba acechando —la cabellera ondulada de una mujer parecida a un ruibarbo cocido, atisbos de naturaleza que aludían a una presencia humana—,

alguna cosa mítica o, con igual probabilidad, una proyección. Tal vez una ondina o una doncella del Rin. De hecho, no se podía acusar a aquel tipo de engaño ni de superstición. Si de algo se le podía tildar era, como mucho, de darse importancia y de autocomplacencia (en francés, *suffisance*). Prefiero *suffisance* a *smugness*^[16], por la misma razón que prefiero el inglés *suffocating* al francés *suffoquant: Tout suffoquant et bléme* (¿Verlaine?). Si uno se ahoga, ¿a qué viene preocuparse de si está pálido o no?

Aquel Ananías o falso profeta (el artista) vivía allí, tenía un apartamento angosto en uno de los flancos del hospital. Su casa quedaba al doblar la esquina, o sea, que yo no podía verla desde la cama. Conseguía apenas atisbar su librería y la alfombra verde que cubría todo el pavimento. El sanitario encargado de los adornos de Navidad se mostraba muy deferente con el artista, que por su parte no me hacía ningún caso. Ni el más mínimo. No entraba dentro de mis posibilidades registrar ninguna impresión. Con lo que quiero decir únicamente que yo no encajaba en ninguno de sus conceptos.

En cualquier caso, aquel *artiste* de la televisión tenía todo el aire de estar instalado allí desde hacía mucho tiempo, aun cuando muy pronto se vio con toda claridad que se iba aquel día. De su apartamento —o ala del edificio— estaban sacando cajas de embalaje. Los hombres encargados de la mudanza iban amontonando cosas. De los estantes desaparecían los libros, desmontaban estantes con inusitada prisa. Se acercó una furgoneta, que fue cargada con gran apremio y, acto seguido, salió la anciana esposa del artista, encorvada, vestida con un traje largo verde y oro, a la que ayudaron a acomodarse en la delantera de la furgoneta. Llevaba un sombrero de seda. El artista de la televisión se enfundó las zapatillas de felpa en los bolsillos del abrigo, se calzó unos mocasines y se coló en la furgoneta junto a su mujer.

El sanitario estaba allí para verlo partir y seguidamente me dijo:

—Tú eres el siguiente. Necesitamos espacio y tengo órdenes de sacarte de aquí más que aprisa.

Inmediatamente una cuadrilla de hombres procedió a desmontar los estantes y a desmantelarlo todo. Lo desbarataron todo, como los bastidores de un teatro. No quedó nada. Entretanto ya se había acercado una furgoneta, ya habían metido en ella mis trajes de calle, mi Borsalino, la afeitadora eléctrica, los artículos de aseo, los CD, etcétera, todo en bolsas de plástico. Me ayudaron a sentarme en una silla de ruedas y me izaron dentro de un camión con remolque. Allí dentro encontré un despacho..., no, no era un despacho, era una mesa de las que usan las enfermeras, pequeña pero completa, con muchas luces eléctricas. Se levantó la puerta trasera; la parte de arriba estaba abierta y la furgoneta salió zumbando bajo tierra, engullida por un túnel. Siguió un rato a toda velocidad. Después nos paramos mientras el gigantesco motor continuaba en punto muerto. Siguió en punto muerto.

Tan sólo había una enfermera de servicio. Al verme agitado, se ofreció a

afeitarme. Admití que no me iría mal un afeitado. Así pues, me enjabonó y se encargó de la labor con una Schick o una Gillette desechable. Pocas enfermeras saben afeitar a un hombre. Enjabonan la cara sin suavizar la barba primero, a diferencia de los antiguos barberos con sus toallitas calientes. Como no te enjabonen y te remojen bien, la hoja te rasca, tira de los pelos y después te deja escozor en la cara.

Le dije a la enfermera que esperaba a mi esposa Rosamund a las cuatro y que en el gran reloj circular ya eran las cuatro pasadas.

—¿Dónde le parece que estamos?

La enfermera no habría sabido decirlo. A mí me parecía que estábamos debajo de Kenmore Square, en Boston, y que si hubieran parado el motor habríamos oído el ruido de los trenes subterráneos de la línea verde. Eran cerca de las seis, ¿quién habría podido decir si de la mañana o de la tarde? En aquel momento estábamos arrimándonos lentamente a un acceso de peatones por el que algunas personas, no muchas, subían a la calle o bajaban de ella.

—Parece un guerrero indio —me dijo la enfermera. —Como ha adelgazado tanto, está muy arrugado y tiene pelos en los pliegues de la barba. Cuesta llegar a ellos. ¿Era usted fornido antes?

—No, pero he cambiado muchas veces. Siempre quedo mejor sentado que de pie —dije, y, pese a tener el corazón encogido, me eché a reír.

Pero no pareció sacar nada en limpio de mis observaciones.

La furgoneta no estaba. Yo había tenido que desalojar la habitación, puesto que la necesitaban urgentemente y me habían trasladado de noche a otra parte del hospital.

—¿Dónde has estado? —le dije a Rosamund cuando llegó.

Estaba enfadado con ella. Pero me explicó que se había despertado de pronto y se había quedado sentada en la cama, preocupada por mí. Había telefoneado a cuidados intensivos y le habían dicho que me habían trasladado, había subido a un taxi y había venido corriendo hasta aquí.

—Está anocheciendo —dije.

—No, está amaneciendo.

—¿Dónde estoy?

La enfermera de servicio era muy expeditiva y comprensiva. Corrió la cortina alrededor de mi cama y dijo a mi mujer:

—Quítese los zapatos y acuéstese con él. Lo que necesitan es dormir unas horas. Los dos.

Otra breve visión, ésta con fines orientativos.

En ella aparece Vela.

Y nos exponemos los dos para que todo el mundo juzgue. Ella, con la mano abierta y gesto elegante, dirige la atención hacia mi incómoda postura.

Nos encontramos los dos en escena, estamos de pie ante la pared de piedra

bruñida del interior de un banco, un banco de inversiones. Volvíamos a estar enemistados pero, a petición suya, me había reunido con ella en el banco. Iba acompañada de un hombre de unos veinticinco a treinta años, muy elegante y con aire español. Había un tercer hombre, un banquero que hablaba en francés. En la deslumbrante pared de mármol situada ante nuestros ojos había dos monedas. Una era una moneda americana de diez centavos y la otra un dólar de plata de unos tres metros o tres metros y medio de diámetro.

Vela me presentó a su acompañante español. No fue, de hecho, una verdadera presentación, ya que él no me hizo el más mínimo caso. Después ella, a manera de explicación, dijo:

—Hasta ahora yo no había tenido nunca una experiencia sexual auténtica y por esto he pensado que, ateniéndome a lo que tú has llamado siempre revolución sexual, debía saber de qué se trataba..., a fin de descubrir de una vez qué me había perdido estando contigo.

—Es como una enorme conejera con millones de conejos donde las hembras disfrutaban de todos los machos —dije.

Pero aquella primera fase del encuentro no tardó en quedar atrás. Era evidente que el objetivo que perseguía era hacerme sentir culpable inoculándome un disolvente o suavizante mental.

—¿Puedes decirme dónde estamos? —pregunté. —¿Y por qué estamos delante de estas monedas? ¿Qué significan?

Entonces se adelantó el banquero y explicó que, con los años, la moneda de diez centavos de la derecha se transformaría en el dólar de tres metros de diámetro.

—¿En cuánto tiempo?

—Un siglo o poco más.

—Bueno, no dudo en absoluto de la aritmética... pero ¿a quién va a servirle?

—A ti —dijo Vela.

—¿A mí? ¿De qué manera?

—Gracias a la criogenia —dijo Vela. —La persona autoriza a que la congelen y la guarden en depósito. Pasado un siglo, la descongelan y la devuelven a la vida. ¿No recuerdas que una vez leímos en una revista sensacionalista que Howard Hughes se había hecho congelar y que lo descongelarían y resucitarían cuando encontrasen un remedio para la enfermedad que lo estaba matando? Pues a esto se le llama criogenia.

—Dime claramente qué quieres de mí. No sirve de nada andarse con adivinanzas. Dime qué te traes entre manos. ¿Cuándo querrías que me congelasen?

—A ti, ahora. A mí, más adelante. Nos despertaríamos juntos en el siglo veintidós.

El resplandor grisáceo y el brillo intenso de las losas de mármol tenían como finalidad convencer a cualquiera de la estabilidad eterna del dólar. Pero, además, eran la fachada de una planta..., o cripta de congelación. Era una locura, seguramente. Hacían tu cuerpo junto con el de otros inversores detrás de aquella fachada de

mármol. Te almacenaban en un laboratorio atendido por unos técnicos-sacerdotes que te vigilaban generación tras generación, regulaban la temperatura, la humedad y observaban los indicadores de tu estado.

—Volverías a vivir de nuevo... —dijo Vela. —Calcula el interés compuesto por millón. Viviríamos los dos.

—¿Compañeros en la vejez?

El banquero, que iba vestido de chaqué, dijo en tono práctico:

—Para entonces la duración de la vida se habrá ampliado a doscientos años.

—Es la única oportunidad que le queda a nuestro matrimonio —me dijo Vela.

En la gran palabra «matrimonio» percibí una cierta nota de gracia serbia (si bemol la, si bemol do).

—¡Oh, por el amor de Dios, Vela! Ésta no es manera de enfocar la cuestión de la muerte. Retrasarla un siglo no resuelve nada.

Debo recordarles que yo ya había muerto y resurgido a continuación y que existía una curiosa distancia en mi mente entre la antigua manera de ver las cosas (falsa) y la nueva (extraña pero liberadora).

El inglés no era la lengua nativa de Vela y, por ello, era incapaz de reformular nada valiéndose de ella, porque bastante esfuerzo había hecho para estructurar las formulaciones que postulaba. Lo único que podía hacer era repetir lo que ya se había dicho antes. Volvió a exponer los hechos tal como los había entendido, lo que no sirvió para solucionar la discusión.

—No puedo hacerlo —le dije.

—¿Por qué no puedes hacerlo?

—Me pides que me suicide. El suicidio está prohibido.

—¿Quién ha prohibido el suicidio?

—Va contra mi religión. Los judíos no se suicidan a menos que se vean obligados a sucumbir a un asedio, como ocurrió en Masada. O que vayan a despedazarlos, como en las cruzadas. Entonces matan a sus hijos y se suicidan después.

—Tú no recurres nunca a la religión como no sea para ganar una discusión —dijo Vela.

—Supongamos que cambias de parecer y pones una demanda al banco cuando me tienen congelado —dije. —Y después reclamas mis bienes porque he muerto. No pueden garantizarme que entonces me descongelarían y me devolverían a la vida. ¿O es que crees que me sacarían de aquí sólo para que ganara el pleito? ¿Un pleito dirimido delante de un juez más corto que un rabo de conejo?

Así que mencioné los pleitos, el representante del banco se quedó lívido, lo que me indujo a ponerme en su lugar, aunque tampoco yo me encontraba a mis anchas y más bien tenía el alma en los pies.

—Ésta me la pagarás —dijo Vela.

¿Qué había querido decir con esto? Yo, de todos modos, tengo por principio no discutir nada con gente que no razona. Me limité a negar con el gesto y a repetir:

—No se puede hacer, no se puede y no se hará.

—¿No?

—No sabes lo que me pides —dije.

—¿No?

—Por tu manera de pedírmelo demuestras que te figuras que no sé lo que me hago. Estupendo.

Pero nunca lo había sabido menos que el día que nos reunimos para casarnos en el despacho del juez. Un antiguo amigo mío de la escuela, a quien había invitado a la boda, estaba muy entusiasmado con Vela. Mientras el juez estaba enfrascado leyendo en el libro el formulario de la ceremonia, me susurró al oído:

—Aunque no dure más que seis meses, o incluso un mes, la cosa vale la pena..., con ese pecho y esas caderas y esa cara que tiene.

Volviendo al diálogo que sostuve con Vela en el banco, me oí decir con esa convicción que es fruto de la máxima seriedad:

—Hace mucho tiempo que me hice a la idea de morir de muerte natural, como todo el mundo. En mi vida he tenido ocasión de ver muchos muertos y estoy preparado para lo que venga. Quizá he sido demasiado imaginativo en relación con la tumba..., humedad, frío. Me la he representado con excesivo detalle y quizá he tenido sentimientos exagerados —anormales— al pensar en los muertos. Pero no existe ni la más remota posibilidad de que me convenzan de ponerme en manos de la ciencia experimental. Me siento insultado con tu proposición. A lo mejor piensas que si supiste convencerme de que me casara contigo, me brindaré a estar un siglo congelado.

—Sí, creo que me debes algo —dijo Vela, como para redondear lo que yo acababa de decir.

Una de nuestras dificultades, origen de muchos malentendidos entre los dos, era que mis observaciones le resultaban incomprensibles. Un perro es capaz de entender un chiste. Los gatos nunca, los gatos no saben reír. En el caso de Vela, cuando veía reír a los demás, también se reía. Pero si le faltaban pistas («esto que han dicho es cómico»), ni sonreía siquiera. Y cuando yo, en una cena, me dedicaba a divertir a la gente, me hacía sospechoso a sus ojos de hacerla blanco de mis bromas.

Es posible que yo no fuera muy consciente, cuando me vi en aquel banco delante de una moneda pequeña de diez centavos y de una enorme de dólar engastadas en bruñido mármol, de que en el mundo real había gente volcada en salvarme la vida. Los médicos con sus medicamentos, las enfermeras con sus cuidados, los técnicos con su pericia, todos colaboraban en mi salvación. Cuando me salvara, si me salvaba, mi vida seguiría adelante.

De no haber sido por el artículo sobre Howard Hughes, Vela no me habría propuesto la maravillosa idea de que me congelasen por espacio de un siglo... ni se habría lanzado a explorar la lascivia con su amiguito español (dicho sea de paso, él ni me dio los buenos días) mientras yo esperaba congelado, convertido en un bloque de

hielo, a la espera de que me renaciesen o resucitasen.

No puse en duda la realidad de aquel banco, de aquellas monedas, de aquellos interlocutores: Vela, su semental español, el consejero en inversiones y las observaciones de Vela sobre la revolución sexual.

—En cuanto a ese encuentro del banco de cuya realidad estás convencido —me dijo más adelante mi esposa, Rosamund, mi esposa real, tras haberle descrito aquel momento—, ¿por qué será que siempre te parece más real todo lo malo? A veces me pregunto si alguna vez conseguiré convencerte de que no seas sádico contigo mismo.

—Sí —convine con ella—, para mí encierra un tipo curioso de satisfacción, lo malo garantiza que se trata de una experiencia real. Es aquello que nos ocurre, la existencia es así. El cerebro es un espejo y refleja el mundo. Naturalmente, lo que vemos son imágenes, no la realidad, pero son imágenes que nos encantan, acabamos por amarlas pese a ser conscientes de que el cerebro-espejo es un órgano que lo distorsiona todo. Pero no es momento de adentrarnos en la metafísica.

Yo fui uno de esos pacientes de cuidados intensivos que, si el personal hubiera sido dado al juego, me habría convertido en objeto de sus apuestas. Pero era gente demasiado seria para apostar sobre si viviría o no. Más adelante, cuando me encontraba con algún sanitario en otros departamentos del hospital, me decía:

—¡Vaya, lo consiguió! ¡Maravilloso! Jamás lo habría dicho. ¡Vaya lucha la de usted! Lo que es yo, no habría dado dos centavos por su vida...

Así pues..., ¡hasta la vista^[17]!. Nos veremos en la otra vida.

Si estos encuentros hubieran sido más largos (aunque yo prefería que fueran lo más cortos posible), habría tenido que mencionar a mi mujer, dado su mérito. Por todas partes surgían médicos que la habían detectado:

—¡Qué mujer tan encantadora!

—¡Qué devoción la suya!

A menudo los parientes del moribundo son como pájaros deslumbrados por las luces del centro del campo. Vuelan, ciegos, de aquí para allá. No era el caso de Rosamund. Ella habría hecho lo que fuera para salvarme. Por eso, por ella, el personal de cuidados intensivos extremó su dedicación normal. El personal tenía un conocimiento amplio y complejo de hermanos, hermanas, madres, maridos y esposas. La supervivencia no era, en mi caso, una opción probable. Era como si Rosamund respaldara a un perdedor. Otras personas, sobre todo mujeres, tenían la impresión de que Rosamund me tenía aferrado a este lado de la línea que nos separa de la muerte.

¿Se atribuye al amor de esas mujeres el hecho de que salven vidas? Ellas negarían que fuera así si tuvieran que contestar esa pregunta en una encuesta. Como Ravelstein, en frase famosa, había dicho, el nihilismo americano era nihilismo sin el abismo. Parece que el amor, por derecho propio —o desde una luz moderna—, debería considerarse una pasión desacreditada, pero las enfermeras de las unidades de

cuidados intensivos, en primera línea frente a la muerte, estaban más abiertas a los sentimientos puros que las que se movían en corredores más tranquilos. Y Rosamund, aquella beldad esbelta de cabellos oscuros y nariz recta, era un ser que, por paradójico que resulte, se movía en aquel medio con naturalidad. Pese a poseer una educación superior —doctorada en filosofía, demasiado lista para dejarse tomar el pelo—, amaba a su marido. El amor supo encontrar un secreto apoyo en aquellas enfermeras que estaban en la línea de fondo, las que tenían en sus manos unos casos, un ochenta por ciento de los cuales terminaba en el depósito de cadáveres. Pero el personal extremó su dedicación normal. Lo hizo por ella..., por nosotros. La autorizaron a dormir junto a mi cama, dentro del cubículo donde yo estaba.

Cuando en la unidad de cuidados intensivos me licenciaron con el diploma correspondiente, ofrecieron una modesta cena a Rosamund. El doctor Bertolucci trajo de su casa *pasta marinara*. También yo me senté y hasta comí algunos bocados mientras les daba una conferencia sobre el canibalismo en Nueva Guinea, un lugar donde los nativos mataban a sus enemigos y los asaban junto a unos acantilados cubiertos de cascadas de flores tropicales despeñadas desde centenares de metros de altura.

Cuando me sacaron de cuidados intensivos siguieron dejando que Rosamund entrara y saliera de mi habitación sin imponerle restricción alguna. Después de cenar regresaba a casa conduciendo el Crown Vic. Para que no me preocupase me decía:

—Es estable, es de fiar. Es el coche preferido de la policía y me siento segura con él en los semáforos. Los malos actores saben que soy una agente de policía vestida de paisano y que llevo un arma.

Pese a ello, una noche que el coche estaba en el *parking* situado detrás de nuestro edificio nos rompieron uno de los cristales laterales. A Rosamund tampoco le gustaba contemplar, cuando llegaba por la noche, las ratas que, formadas en hileras, estaban al acecho husmeando los olores del restaurante de Beacon Street.

—Esperan formando varias hileras. Parecen un jurado metido en su compartimento —decía Rosamund—. Sus ojos recogen toda la luz que hay a su alrededor.

Tras subir jadeando hasta el tercer piso donde teníamos nuestra casa encontraba el gato que la estaba esperando para saludarla o acusarla de negligencia. Era un gato de campo, que había vivido de ratones, ardillas listadas y pájaros. Ahora pasaba sus días siguiendo con los ojos a los estorninos, los gayos y los cuervos gigantes. Éstos parecían mucho más grandes que los cuervos que se ven en el bosque, tal vez por la escala más reducida de las plantas de la ciudad, vegetación domesticada. Al caer la tarde, en el tejado, armaban tal alboroto que parecían sierras metálicas.

Supongo que era algo que obedecía a alguna finalidad biológica, pero a mí no me interesaba. En aquellos momentos yo era sordo a las teorías, por la misma razón que me negaba a pensar que estaba librando entonces una lucha por la existencia. De haberme parado a considerarlo, me habría percatado de que estaba bajo tierra

intentando desenterrarme con las manos desnudas. Algunos habrían visto con buenos ojos mi tenacidad o mi fidelidad a la vida. Para mí la cosa era muy diferente..., algo más insípido que las patatas.

Después de echar una ojeada a la despoblada nevera (no había tiempo para ir de compras), Rosamund roía unas cortezas de queso y después, con los cabellos protegidos con un alto cono de toallas, muy a la turca, se daba una ducha caliente. Ya en la cama, llamaba por teléfono a sus padres y charlaba con ellos. El despertador sonaría a las siete, llegaba al hospital muy temprano. Se sabía los nombres de todos los medicamentos que me habían recetado, los médicos pudieron comprobar que sabía informarles de cómo había reaccionado mi organismo con cada uno, decirles a cuáles era alérgico o cuál era mi tensión sanguínea hacía dos días. En la cabeza de aquella mujer tan bonita había un gran aparato clasificador. Llena de confianza, me dijo que nos esperaba una larga vida, que estaríamos juntos hasta que fuéramos muy viejos, hasta muy entrado el siglo. Me decía que yo era un prodigio. Yo, en cambio, me veía como una especie de monstruo.

No había tema que se tocase que ella no captase al momento. Ravelstein podía estar satisfecho de ella. Claro que él no dispuso nunca de las ventajas que yo tenía, un acceso a Rosamund que él nunca tuvo. Pasada la crisis, Rosamund me dijo que en ningún momento había puesto en duda que yo sobreviviría. En cuanto a mí, parecía creer que no me iba a morir simplemente porque me quedaban cosas por hacer. Ravelstein esperaba que yo cumpliera mi promesa de escribir las memorias que me había encargado. Y si tenía que cumplir mi palabra, tenía que vivir. Claro que había un corolario evidente: una vez escrita aquella crónica, me quedaba sin protección y pasaba a ser tan fungible como el primero.

—En tu caso, esto no reza —dijo Rosamund. —Una vez te pones en marcha, no hay quien te pare. Pero es que además tienes que vivir por otra razón: por mí.

Recuerdo que en diversas ocasiones le había preguntado a Ravelstein cuál de sus amigos creía él que le seguiría pronto.

—Cuál te hará compañía —le dije.

Y tras observar con detenimiento el color de mi piel, mis arrugas, mi aspecto, dijo que lo más probable era que fuera yo. Él era así. Si le pedías que fuera directo contigo, no se privaba en absoluto de ello. ¿Se refería, acaso, a que yo sería el primero de sus amigos que se reuniría con él en la otra vida? A eso apuntaba el tono de nuestra conversación. Pero es que él no creía en otra vida. Platón, que era su guía en estas cuestiones, hablaba a menudo de una vida futura, pero habría sido difícil asegurar hasta qué punto se lo tomaba Ravelstein en serio. Yo no me sentía dispuesto a lanzarme a la arena para contender con aquel campeón de sumo, representante de la metafísica platónica. Habría bastado un barrigazo de su protuberante vientre para expulsarme del magnífico cuadrilátero y devolverme a la atronadora oscuridad.

Aun así, me preguntó cómo imaginaba la muerte..., y al responderle que sería el cese de las imágenes, se quedó reflexionando profundamente en mi respuesta, hizo

parada y fonda, y consideró qué había querido yo decir con aquella frase. Nadie puede renunciar a las imágenes. Las imágenes podrían continuar, es posible que continúen. Si Ravelstein, el materialista ateo, me había dicho de forma implícita que tarde o temprano nos veríamos, quería decir con ello que no aceptaba que la tumba fuera el final. Nadie puede aceptarlo y nadie lo acepta. Lo que pasa es que hablamos con dureza.

Por tanto, cuando hice mi observación acerca de las imágenes, Ravelstein me respondió con una explosiva y tartajeante carcajada:

—Ja, ja.

Pero la respuesta le había merecido una cierta consideración, un cierto respeto.

Después, sin embargo, se dejó llevar hasta el extremo de decir:

—No parece sino que podrías acabar reuniéndote conmigo.

Ésta es la confianza involuntaria y normal, secreta y esotérica, del hombre de carne y hueso. La carne se contraería y desaparecería, la sangre se secaría, pero nadie, en el fondo de su mente y en el fondo de su corazón, cree que vayan a cesar de veras las imágenes.

Aproximadamente el 40 por ciento de los pacientes de cuidados intensivos mueren en dicha unidad. El 20 por ciento de los restantes sufren mermas permanentes. Son inválidos que van a parar a eso que la industria sanitaria llama «instituciones para enfermos crónicos». No cabe esperar ya que vuelvan a llevar una vida normal. Al hablar de los restantes, los afortunados, se dice que están «en la planta».

Cuando pasé a la planta dejé de estar atendido por el equipo de médicos adscritos a cuidados intensivos. Exhaustos a consecuencia de los centenares de horas que habían pasado en la unidad, dos de los médicos vinieron a decirme que se iban de vacaciones. Como yo había sido uno de sus grandes éxitos, venían a verme a la planta para despedirse. La doctora Alba me trajo sopa de pollo preparada en su cocina. El regalo del doctor Bertolucci fue una lasaña hecha en casa con un suplemento de albóndigas aderezadas con salsa de tomate, como la que había comido en cuidados intensivos. Todavía no estaba en condiciones de comer por mi cuenta. La cuchara me temblaba en la mano y tamborileaba en el plato, pero no podía llevármela a la boca. El doctor Bertolucci comió con Rosamund y conmigo. Yo, que distaba mucho de estar normal, seguía llevando la conversación hacia el tema del canibalismo. El doctor Bertolucci estaba muy contento conmigo y me dijo:

—Acaba de salir del peligro.

Me había salvado la vida. Ahora yo estaba allí sentado, cenando un plato que había preparado el propio médico, tranquilo, de cháchara con él. También Rosamund estaba contenta y muy excitada. Aquélla era mi primera noche en la planta, no tendrían que llevarme a una institución para enfermos crónicos ni me esperaba una vida de inválido.

Cuando me trasladaron a la planta, el residente de neurología me hizo un examen preliminar. Mi historial médico, en la mesa de la enfermera, era un grueso legajo. Rosamund había llevado un historial diario propio durante las semanas de crisis y el residente también habló con ella.

Aquella misma noche, el doctor Bakst, jefe del servicio de neurología, apareció a última hora e hizo varias preguntas a Rosamund. Ella dormía en la butaca al lado de mi cama.

Me habían sometido a tratamiento por neumonía e insuficiencia cardíaca. Y pese a que me encontraba en la planta, no estaba libre de peligro. Todavía no. No del todo. Mis problemas no tienen mucho que ver con lo que aquí se trata. Permítaseme simplemente que diga que la situación distaba mucho de ser normal y que mi futuro seguía siendo comprometido.

El doctor Bakst se trajo un paquete de agujas. Tras un examen en el que me hincó varias agujas en la cara, descubrió que tenía el labio superior mermado (para decirlo a mi manera). Incluso cuando hablaba o reía, tenía una extraña inmovilidad, una especie de parálisis. Me sometió a unas cuantas pruebas sencillas..., en las que fallé. Me pidió repetidas veces que dibujara esferas de relojes. En un primer momento me vi incapaz de dibujar nada. Tenía las manos inútiles. No las dominaba. Me resultaba imposible comer sopa, firmar. No podía manejar la pluma. Cuando me dijo que dibujara un reloj, lo que me salió fue un cero deforme. En opinión del doctor Bakst, los síntomas indicaban envenenamiento. Bédier, de Saint Martin, me había servido un pescado contaminado. El neurólogo me comunicó que había sufrido una contaminación de toxina cigua. Tenía motivos sobrados para hablar mal del Caribe. El médico francés que me había visitado en la isla me había diagnosticado el dengue. Habría debido estar más enterado. Un australiano, experto en la toxina cigua, describió por teléfono al doctor Bakst, en Boston, los síntomas de aquella enfermedad. Algunos colegas de Boston del doctor Bakst no aceptaron el diagnóstico. Pero yo, por razones que, estrictamente hablando, tenían poco que ver con la medicina, me puse de parte del doctor Bakst.

Para decir las cosas claramente, lo primero que tuve que hacer fue decidir si hacía o no los esfuerzos necesarios para recuperarme. Había estado largas semanas inconsciente, mi cuerpo estaba debilitado, irreconocible. Mis esfínteres estaban hechos un lío, andaba a tropezones más que caminaba, siempre colgado de una estructura metálica. Yo había sido el más joven de una familia numerosa. Ahora tenía hijos adultos. Cuando vinieron a verme, los que habían heredado mis rasgos me produjeron la impresión de estar contemplándome con mis propios ojos, afines aún pero preparados para que los reemplazara un modelo más reciente. Ravelstein me habría aconsejado que conservara la cabeza. Me sentía casi vencido pero, aunque vulnerado y totalmente enfermo, no exonerado aún.

Rosamund estaba resuelta a que yo viviera. Fue ella, qué duda cabe, quien me salvó..., ella la que me había traído volando desde el Caribe justo a tiempo, la que me

había vigilado durante todo el tiempo que duraron los cuidados intensivos, la que había dormido en una silla al lado de mi cama. Cuando yo porfiaba por seguir respirando, ella me levantaba la máscara de oxígeno para despejarme el interior de la boca. Hasta que instalaron el respirador no se movió de mi lado, después sólo se ausentaba una hora para ir a casa y ponerse ropa limpia.

El único médico que me visitó regularmente fue el doctor Bakst. Pero sus visitas eran irregulares porque se presentaba a horas extrañas. Y me decía:

—Dibújeme un reloj que marque las diez y cuarenta y siete minutos.

O bien:

—¿Qué día es hoy? Y no me venga con que se encuentra en un plano superior donde no le hace falta saber la fecha exacta. Quiero respuestas concretas.

O bien:

—Multiplique setenta y dos por noventa y tres, y ahora..., divida cinco mil trescientos veintidós por cuarenta y seis.

Gracias a Dios, mis tablas de multiplicar estaban en buenas condiciones.

El médico no estaba dispuesto a discutir conmigo cuestiones «más profundas»..., ni nada que pudiera tener que ver con mi nivel de recuperación.

Cuando yo era un niño de ocho años había tenido que recuperarme de una peritonitis complicada con neumonía. A mi regreso del hospital me había visto obligado a decidir si quería ser un inválido de por vida, dejando que mis dos hermanos mayores me odiasen por monopolizar el cariño y las inquietudes de nuestros padres. Cómo pueden llegar a tomarse estas decisiones en la infancia es algo que está fuera de toda comprensión. Ahora me doy cuenta, sin embargo, de que fue entonces cuando opté por no ser un niño canijo. En un bazar de trastos viejos encontré un libro que trataba de la manera de estar en buena forma física. Estaba escrito por Walter P. Camp y, gracias a él, hice lo que había hecho el famoso entrenador de fútbol: subir cubos de carbón de la bodega con los brazos extendidos. Hice flexiones, practiqué con el saco de arena y las porras indias Turverein. Estudié un estimulante tratado titulado *Cómo ser fuerte y mantenerse*. Decía a todos que me estaba entrenando. No exageraba. La verdad es que yo no estaba dotado para los deportes, pero aquella elección que había hecho a los ocho años seguía siendo efectiva. Unos setenta años después volvía a prepararme para lo mismo.

Por una rara coincidencia, el doctor Bakst tenía en el piso de arriba a otro paciente, una mujer, con la toxina cigua. Se había contaminado en un viaje a Florida. La toxina entra a saco en el sistema nervioso, pero no tarda en ser eliminada por el organismo, hasta el punto de que a los pocos días no queda en el cuerpo ni rastro de ella. Afortunadamente para la mujer, la enfermedad había sido cogida a tiempo, en el primer estadio de la misma y, tan pronto como consiguió eliminar de la corriente sanguínea el veneno transmitido por el pescado, la paciente pudo volver a su casa.

Yo seguía empujando el andador a través de serpenteantes pasillos, decidido a recuperar el uso de las piernas. Tenían que sostenerme para mantenerme de pie en la

ducha y tuve que sufrir la humillación de que unas enfermeras acostumbradas a ver de todo me enjabonaran y me lavaran sin que mi cuerpo les produjera especial impresión.

Di por sentado que mi neurólogo y ángel de la guarda estaba familiarizado con casos como el mío y que sabía en qué punto exacto me encontraba. Mis maltrechas manos y piernas se habrían anquilosado y habría perdido el sentido del equilibrio de haber dejado que se me atrofiaran los pequeños músculos del cuerpo. Habría podido decidir que, puesto que las cosas iban por aquel camino, no tenía por qué hacer el esfuerzo. Uno acaba cansándose de tantas tretas, de andar sobando bolas de masilla y encajando piezas de rompecabezas para ver finalmente, cuando se contempla, los largos surcos de las arrugas que recorren el interior de sus brazos enjutos.

Sólo ahora he entendido el tacto que desplegó el médico en su conducta y he visto que sabía muy bien que yo me habría desintegrado de no haber hecho los ejercicios que me recomendaba. Odiaba aquellas prácticas pero no quería derrumbarme. Además, debía hacer un esfuerzo por recuperarme, era una deuda que tenía con Rosamund. Sí, aunque sentía la tentación de abandonarlo todo, veía que ella había puesto toda su alma en mi supervivencia. Batirme en retirada habría sido insultarla. Y, en último lugar, vivir suponía necesariamente hacer lo que había hecho siempre, debía estar lo bastante fuerte para hacer de manera autónoma todas aquellas cosas que constituían mi vida.

El doctor Bakst, en mi opinión, era un hacha haciendo diagnósticos, pero en mi caso su diagnóstico había sido puesto en cuarentena. La ciguatera es una enfermedad tropical causada por una toxina transmitida por aquellos peces que se alimentan en los arrecifes, «piscavores» los llamaba el médico. Por intensas que sean las llamas de la parrilla y persistente la ebullición a que se la someta, no se consigue aniquilar el veneno que transporta la cubera roja que Bédier, aquel tipo duro que jugaba a franchute de comensales franceses, colocó ante mí. Se había trasladado a los trópicos para hacer dinero y dar una educación a sus hijas. Ahora ya no se estilaba darles *dot*, sino educación. (Ravelstein, que planea por encima de esos personajes y circunstancias, habría preferido *dot* a dote). Más allá del papel que se había asignado, Bédier no debía nada a sus clientes. Ellos corrían sus riesgos con los *piscavores* de los arrecifes de coral, él con el dinero que había invertido. Ni Bédier ni el médico que me había diagnosticado el dengue respondieron a las preguntas que les hicieron desde Boston.

El diagnóstico de ciguatera que había hecho el doctor Bakst fue puesto en tela de juicio por otros médicos. Por eso él tenía un motivo más para demostrar que tenía razón y me llevó a todos los rincones del hospital a que me hicieran varios TAC, resonancias magnéticas y cantidad de esos exámenes esotéricos que hacen sentir sobre ti las fuerzas de todo el planeta. Hasta cierto punto me veía con ánimos de desvincular sus inquietudes profesionales de otros motivos que pudiera tener. Era evidente que él sabía que yo necesitaba sus visitas «personales», su presencia diaria,

quería convencerse de que yo dependía de él.

En uno de esos días fragmentados y desesperanzados se me ocurrió pensar que tal vez yo fuera uno de esos pacientes astutos cuyo plan primordial consiste en acaparar la atención del médico. El enfermo se da cuenta de que el médico tiene que dividirse entre muchos, pero al mismo tiempo reconoce una necesidad especial de situarse por encima de sus rivales enfermos y moribundos. Como es natural, el médico tiene que protegerse frente a los impulsos monopolizadores, instintos tal vez, de aquellos que tienden ciegamente a la recuperación, que sienten esa profunda y especial avidez del enfermo que decide no morir.

El doctor Bakst era un hombre de sólida constitución, pero cuya cabeza, parecida a la de un boxeador, tenía un curioso ademán. Había que descartar de plano la posibilidad de adivinar qué pensaba. Iba y venía a su antojo. A veces sus gafas te miraban cuando no te miraban sus ojos. Cosas que me llevaron a pensar que habría sido un error intentar comunicarle las muchas cosas extrañas que me pasaban por la cabeza. Los problemas aritméticos que me planteaba se parecían mucho a los deberes que imponía a David Copperfield su malvado y tiránico padrastro: «Nueve docenas de quesos a dos libras, ocho chelines, cuatro peniques. Debes hacer ese cálculo en menos de tres minutos». En mis tiempos escolares yo había sido bueno en las sumas, eran actividades que me retrotraían a la infancia. También fueron buena terapia para mis dedos y no tardé en estar en condiciones de firmar cheques y pagar facturas.

El médico adoptó entonces un estilo más brusco conmigo.

—¿A qué día de la semana estamos?

—Martes.

—No es martes. Todas las personas adultas saben qué día es hoy.

—Entonces será miércoles.

—Sí. ¿Qué día del mes?

—No tengo ni idea.

—Bueno, se prepara para hacer un esfuerzo, una jugada atrevida. De ahora en adelante tendrá que saber la fecha como toda persona normal. La comprobará cada mañana y a partir de ahora sabrá decir el día de la semana y la fecha exacta.

Y colgó un calendario de la pared. El médico se había dado cuenta de que, a medida que pasaban los días, derivaba hacia la confusión, me sentía desmoralizado, me dejaba llevar y la dejadez y el desorden me hacían perder el ánimo.

Es posible que el doctor Bakst me salvara. Creo que le debo la vida a él y, por supuesto, a Rosamund. Bakst no creía que hubiera sido un error trasladarme «a la planta», ni que hubiera que llevarme a una institución para enfermos crónicos. Él creía que yo podía —y que por tanto debía— salir airoso. En cierto modo él me evaluó como capaz de regresar. Lo que me digo es qué sería la práctica médica si los médicos no hicieran caso de esas intuiciones. El doctor Bakst, como los hábiles exploradores indios del siglo pasado, arrimaba la oreja a los raíles de la vía férrea y sabía si se acercaba una locomotora. La vida estaba acercándose, pronto volvería a

sentarme en el tren de la vida. La muerte retrocedería y se agazaparía en el sitio que ocupaba antes en el borde del paisaje. El ansia del enfermo es trasladarse a rastras, renqueando o como sea, a la vida que precedió a la enfermedad y levantar después barricadas a su alrededor, fortificarse en la posición de antes.

De haber muerto, como es lógico me habría liberado de la promesa que había hecho años atrás a Ravelstein de escribir una breve descripción de su vida. Puesto que yo, a mi vez, me había acercado a la muerte, no necesitaba abrigar aquel remordimiento que a veces sienten los vivos con respecto a aquéllos —padres, esposas, maridos, hermanos y amigos— que están en la tumba.

Recién salido de la universidad a finales de los años treinta, fui ayudante de unos trabajos de investigación y colaboré en la compilación de una guía geográfica, por la que hube de enterarme de que prácticamente en todos los Estados de la Unión había una ciudad llamada Athens. Era un hecho también que, durante una estancia en Chicago, A. N. Whitehead había profetizado que aquella ciudad estaba destinada a regir el mundo moderno. La inteligencia estaba allí, se encontraba a la libre disposición de todo el mundo, era muy posible, pues, que aquella ciudad pudiese convertirse en una nueva Atenas.

Recuerdo que, cuando se lo dije a Ravelstein, se echó a reír a mandíbula batiente y dijo:

—Si ocurre, no será porque lo haya dicho Whitehead. Con la filosofía que llevaba dentro no se habría llenado ni un globo de cumpleaños. No es que Russell fuera mucho mejor.

Si me interesaban esas opiniones no era porque yo tuviera ambiciones políticas sino porque, sin tener grandes conocimientos de filosofía política, me disponía a escribir, había acordado que escribiría, unas memorias de Ravelstein, filósofo político. Yo no estaba en condiciones de afirmar que Whitehead y Russell hubieran desarrollado o no ideas que valiera la pena examinar. Pero Ravelstein me dijo de manera perentoria que no me molestara en conocer los estudios, ensayos y opiniones de ninguno de los dos. Hay que agradecer los buenos consejos en materias de esta índole, puesto que la vida es demasiado corta para desperdiciarla dedicando todo un mes, pongamos por caso, a la *Historia de la filosofía* de Russell, libro evidentemente deformado y hasta estafalario, aunque muy moderno, porque nos ahorra el tiempo que dedicaríamos al

estudio de diversos filósofos alemanes y franceses.

A su manera, Ravelstein quería protegerme e impedir que me enfrascara en las obras de los pensadores que él más admiraba. Me había pedido que escribiera unas memorias suyas, eso sí, pero no tenía por necesario que me empollase los clásicos del pensamiento occidental. Yo conocía a Ravelstein lo suficiente para escribir una breve biografía suya y concordaba con él en el sentido de que era una labor que debía hacer alguien como yo. Por otra parte, creo profundamente en el poder que tiene la obra inacabada para prolongar la vida. Con todo, la supervivencia no puede explicarse a través de esta simple equivalencia abstracta de uno a uno. Rosamund había impedido que yo muriera. Esto es algo que no me puedo representar sin asumirlo frontalmente y no puedo asumirlo frontalmente mientras mis intereses sigan centrados en Ravelstein. Rosamund había estudiado el amor —el amor romántico rousseauiano y también el Eros platónico, con Ravelstein—, pero sabía muchísimo más del amor que su maestro y que su marido.

Pero prefiero volver a ver a Ravelstein que explicar cuestiones que no sirve de nada explicar:

Ravelstein, que está vistiéndose para salir, habla conmigo y yo lo sigo de un lado a otro tratando de oír qué dice. De su aparato de alta fidelidad se derrama la música, los múltiples planos de su cabeza desnuda y calva me anteceden pasillo adelante entre la sala de estar y su monumental dormitorio principal. Se para delante del entrepaño de vidrio —aquí no hay espejos de pared—, y se coloca en los puños los gemelos de oro macizo, se abrocha la camisa a rayas Kissner & Asser de Jermyn Street. La lavandería y tintorería American Trustworthy le entrega las camisas rellenas de papel de seda. El almidón hace crujir el cuello de la camisa al levantárselo para pasar la corbata. Se la ata en un lujurante nudo. Los titubeantes dedos, largos, mal coordinados, nerviosos hasta el límite de la decadencia, la anudan con doble vuelta. A Ravelstein le gustan los nudos de corbata grandes; al fin y al cabo, es un hombre alto. Se sienta después sobre los cuidados vellones de la cama y se calza las botas Wellington de color tostado Poulsen and Skone. Tiene el pie izquierdo varios números más pequeño que el derecho, pero no cojea. Fuma, por supuesto, fuma siempre, y ladea la cabeza para evitar el humo mientras se ata los cordones y coloca el lazo en su sitio. Los cantantes y la orquesta desparraman *La italiana en Argel* por toda la casa. Es música para vestirse, música accesoria o de ambiente, pero Ravelstein adopta una postura nietzscheana, propicia a la comedia y a los estrados. Mejor Bizet y *Carmen* que Wagner y el *Anillo*. A Ravelstein le gusta poner al máximo el volumen del potente aparato. Que se encargue el contestador del teléfono de recoger las llamadas. Se pone su traje de cinco mil dólares, lana italiana entremezclada con seda. Con las puntas de los dedos tira de la bocamanga y se restriega la parte superior de la cabeza. Tal vez esté deleitándose con la serenata en la que intervienen tantos instrumentos, tantos músicos. Mantiene correspondencia con las editoras de discos compactos del otro lado del Telón de Acero. Dispone de quien

se ofrece a ir de su parte a la oficina de correos a pagar en su nombre los gastos de aduanas.

—¿Qué te parece esa grabación, Chick? —dice. —Tocan con los instrumentos antiguos originales del siglo diecisiete.

Se pierde en la música sublime, una música en la que se disuelven las ideas que se reflejan después en sentimientos. Ravelstein se los lleva con él a la calle. Los altos arbustos se han vestido de nieve temprana, los mismos arbustos que se llenan de bandadas de loros..., los que escaparon un día de sus jaulas y ahora se construyen, en algunos callejones, nidos en forma de largos sacos. Se alimentan de bayas rojas. Ravelstein me mira, ríe entre contento y asombrado, gesticula porque la algarabía de pájaros me impide oír su voz.

No es fácil entregar a un ser como Ravelstein a la muerte.



SAUL BELLOW (Lachine, Canada, 1915 - Brookline, Massachusetts, Estados Unidos, 2005). Novelista estadounidense, procedente de una familia de emigrados rusos, nació en Canadá emigrando con su familia a Chicago, Estados Unidos a la edad de nueve años.

Participó como soldado en la II Guerra Mundial, estudió antropología y sociología en la Universidad de Northwestern y fue profesor y miembro permanente del Comité de pensamiento social de la Universidad de Chicago.

Sus primeras novelas fueron *Hombre en suspenso* (1944) y *La víctima* (1947). Luego, tras obtener una beca de la fundación Guggenheim, Bellow vivió durante un tiempo en Europa, donde escribió la mayor parte de *Las aventuras de Augie March* (1953), novela con la que consiguió su primer National Book Award. La humanidad moderna, amenazada con perder su identidad pero aún no destruida espiritualmente, es el tema de sus obras posteriores, *Carpe Diem* (1956) y *Henderson, el rey de la lluvia* (1959). Pero es en 1964 cuando da a conocer *Herzog*, su novela más importante, considerada como un monumento de la literatura contemporánea, y que fuera galardonada con el National Book Award. Por tercera vez obtendrá el mismo premio con *El planeta de Mr. Sammler* en 1970. En ambas obras retrata a los intelectuales judíos en su lucha contra el malestar espiritual que los rodeaba. En 1975 obtuvo el premio Pulitzer por su libro *El legado de Humboldt*.

Bellow prosiguió su análisis de la cultura contemporánea en *El diciembre del Decano* (1982); *Jerusalén* (1976), un estudio reflexivo de su visita a Israel, y luego la novela

Son más los que mueren de desamor (1987). En 1994 publicó una colección de ensayos titulada *Suma y sigue*; en 1997 publicó una novela corta, *La verdadera*, y en 2000 su última novela, *Ravelstein*. Su libro de relatos, *Collected Stories*, (Cuentos Reunidos) apareció en 2001 con un prefacio de Janis Bellow, entonces su quinta esposa.

Saul Bellow fue reconocido en 1975 con el premio Nobel de Literatura «por la comprensión y análisis sutil que realiza de la sociedad contemporánea en sus trabajos».

Notas

[1] Bible Belt (Cinturón de la Biblia), zona sur y oeste del centro de Estados Unidos donde prevalecen las creencias religiosas de los fundamentalistas protestantes. (*N. de la T.*) <<

[2] *Sinking fund* significa «fondo de amortización» pero, literalmente, es «fondo de hundimiento». De ahí el juego de palabras intraducible. (*N. de la T.*) <<

[3] GPU y NKVD fueron organizaciones secretas soviéticas. (*N. de la T.*) <<

[4] Palabras despectivas utilizadas en francés e inglés para designar a los judíos (*N. de la T.*) <<

[5] Abreviatura de «*maître d'hôtel*». (N. de la T.) <<

[6] Se rigen por la fe, no por la razón. (*N. de la T.*) <<

[7] Nombre formado por las palabras Oxford y Cambridge. (*N. de la T.*) <<

[8] Herrero Armonioso. (*N. de la T.*) <<

[9] «Almas sin deseos». (*N. de la T.*) <<

[10] Q. E. D. significa «*quod erat demonstrandum*», o sea: lo que estaba por demostrar. (N. de la T.) <<

[11] Se refiere a la primera edición del *Ulises*, donde hay erratas como «*tough*» en lugar de «*touch*». (N. de la T.) <<

[12] Los dacios eran para Rumania lo que los arios para Alemania. (*N. de la T.*) <<

[13] REM, sigla de «rapid eye movement», que significa «movimiento rápido de los ojos», se refiere a una fase particular del sueño. (*N. de la T.*) <<

[14] A lo largo del libro aparecen muchos términos de béisbol en sentido metafórico.
(*N. de la T.*) <<

[15] Tanto la expresión francesa como la inglesa significan lo mismo: lo más nuevo, lo más adelantado. (*N. de la T.*) <<

[16] En español, «presunción, petulancia». (*N. de la T.*) <<

[17] En español en el original. (*N. de la T.*) <<